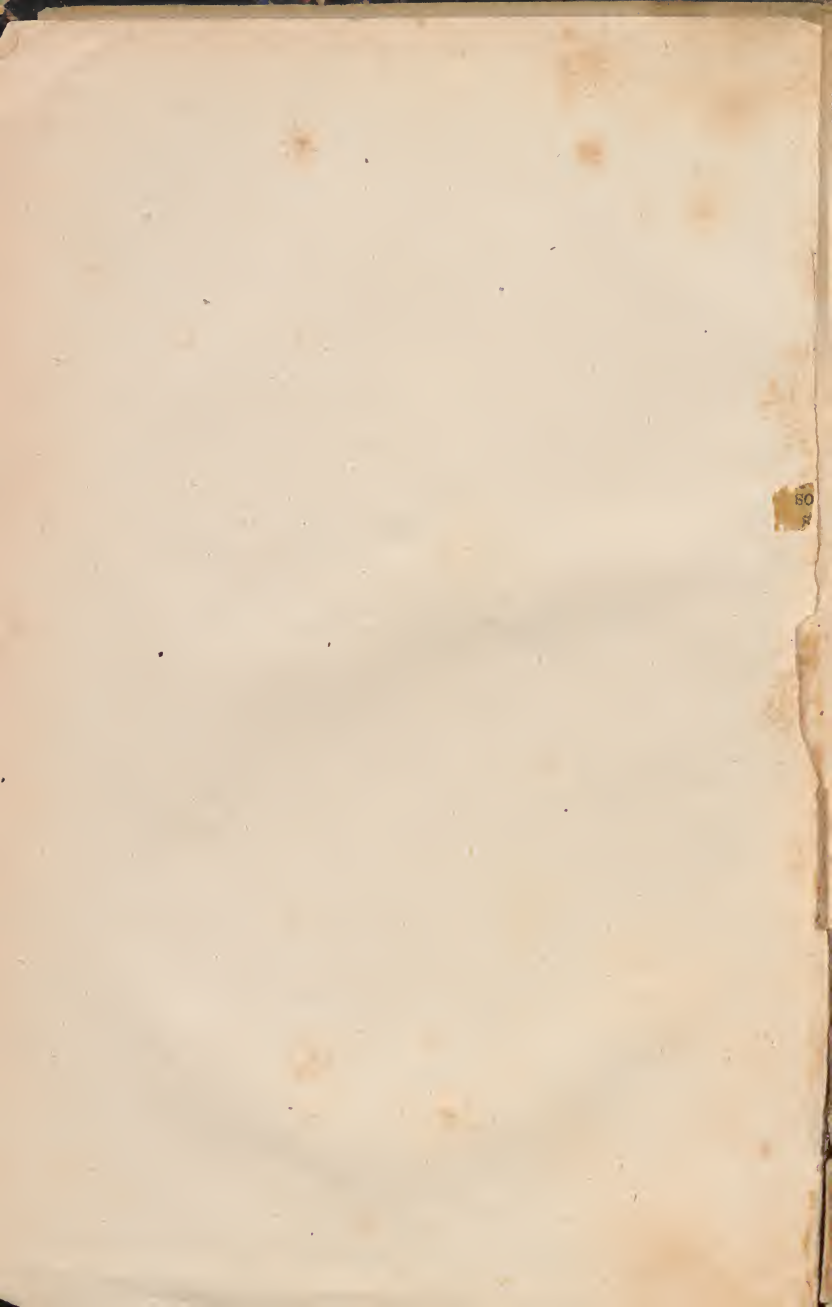
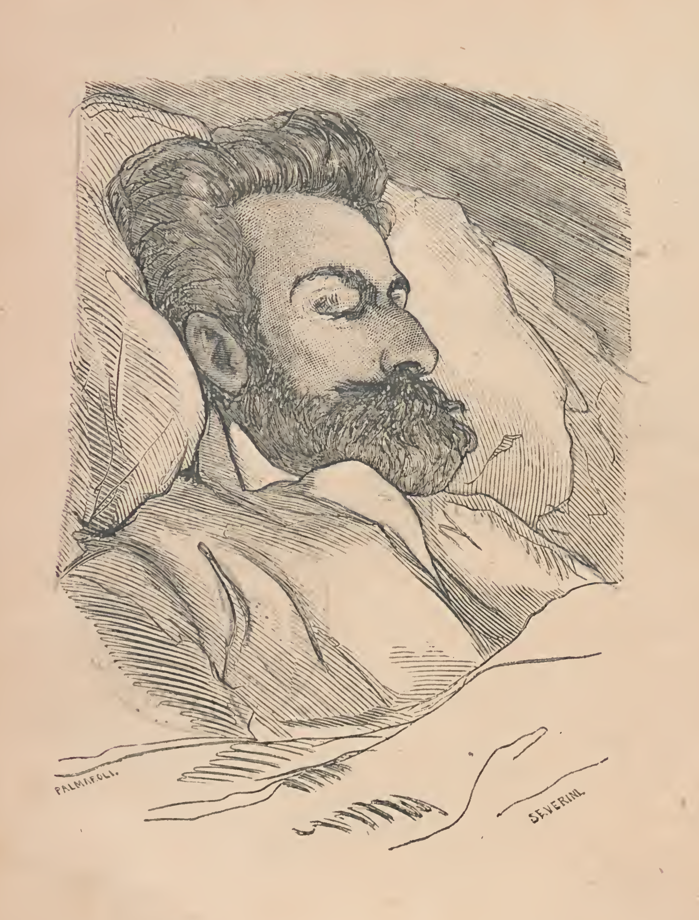




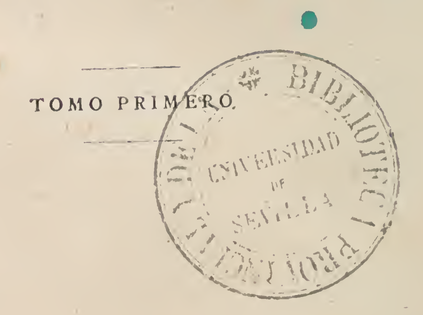

PALMAFOLI.
SEVERINI.

OBRAS

DE

GUSTAVO A. BECQUER

TOMO PRIMERO



MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1871

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

Confieso que he echado sobre mis hombros una tarea superior á mis fuerzas. En vano he retardado el momento. La edicion está ya terminada; todo el mundo ha cumplido con el deber que impuso una admiracion unánime, y las páginas que siguen, donde se contiene todo lo que precipitadamente trabajó en su dolorosa vida mi pobre amigo, sólo aguardan estos oscuros renglones mios para convertirse en una obra que edita la caridad, y que el genio de su autor hará vivir eternamente. ¡Póstuma y única recompensa que él puede dar al generoso desprendimiento de sus contemporáneos y amigos!

¡Salga, pues, de mi pluma, humedecido con el tributo de mis lágrimas, ántes que el relato de la vida y el juicio de las obras del malogrado escritor, un testimonio de justicia hácia esta generacion entre la cual me agito, generacion que á riesgo de su vida ahuyenta la muerte de los infectos campos de batalla y dá su oro para el libro de un poeta!

Majestades de la tierra, artistas, ingenieros, empleados, políticos, habitantes de la ciudad, de las aldeas escondidas, todos los que en esa larga lista que ante mí tengo, habeis depositado, desde la cantidad inesperada, por lo magnífica, hasta el óbolo modesto, recibid por mi conducto un voto de gracias, á que hacen coro los temblorosos labios de hijos sin padres y de madres sin esposos; pues no sólo habeis salvado del olvido las obras de Becquer, sino que, al borde de su tumba, habeis allegado el pan cuotidiano que libertará de la miseria á séres desvalidos.

Los encargados de llevar á cabo tal empresa hubieran tenido un gran placer en poner al frente de la edicion los nombres de los que á ella han contribuido; pero la caridad acreciólos tanto, que su insercion hubiera aumentado el gasto notablemente. El distinguido pintor señor Casado, á cuya iniciativa, actividad y arreglo se debe casi todo el éxito de la recaudacion, publicará en tiempo oportuno, y en union con los demás amigos que han llevado á término esta obra, las cantidades recibidas y las que se han invertido, para justa satisfaccion de todos. No ménos alabanza merece el Sr. D. Augusto Ferran, inseparable amigo del malogrado Becquer, que no se ha dado punto de reposo en el asíduo trabajo de allegar materiales dispersos, coleccionarlos, vigilar la impresion y demás tareas propias de estos difíciles y dolorosos casos, ayudado del señor Campillo, tan insigne poeta como bueno y leal amigo. Hasta aquí lo que sus admiradores han hecho por perpetuar la memoria del que se llamó en el mundo Gustavo Adolfo Becquer.

Hablemos de él.

. . . .

. . . .

Toda mi vida de poeta, todos los delirios, esperanzas, propósitos y realidades de mi juventud han quedado sin diálogo con su último suspiro. Al extender la muerte su fria mano sobre aquella cabeza juvenil, inteligente y soñadora, mató un mundo de magníficas creaciones, de gigantescos planes, cuyo pálido reflejo son las obras que contiene este libro. Todo su afan era conseguir un año de descanso en la continuada carrera de sus desgracias. Pobre de fortuna y pobre de vida, ni la suerte le brindó nunca un momento de tranquilo bienestar, ni su propia materia la vigorosa energía de la salud. Cada escrito suyo representa, ó una necesidad material, ó el pago de una receta. Las estrecheces del vivir y la vecindad de la muerte fueron el círculo de hierro en que aquel alma fecunda y elevada tuvo que estar aprisionada toda su vida. Antes de morir, sospechó que á la tumba bajaria con él y como él, inerte y sin vida, el magnífico legado de sus imaginaciones y fantasías, y entónces se propuso reunirlo en un libro. La muerte anduvo más de prisa, y sólo pudo escribir la introduccion con que van encabezados sus escritos, las rimas y el fragmento titulado *La Mujer de Piedra*, que además de revelar su poderosa inventiva, lleva el sello de su idoneidad y no comun saber en las artes plásticas.

Nació Becquer en Sevilla el 17 de Febrero de 1836, siendo su padre el célebre pintor é inspirado intérprete de las costumbres sevillanas. A los cinco años de edad quedó huérfano de éste, empezando sus estudios de primeras letras en el colegio de San Antonio Abad, donde permaneció hasta los nueve años, en que entró en el colegio de San Telmo para estudiar la carrera de náutica. A los nueve años y medio vióse huérfano de madre, y á los

diez salió de dicho colegio, por haberse suprimido. A tal edad encargóse de Gustavo su madrina de bautismo, persona regularmente acomodada, sin hijos ni parientes, por cuya razon le hubiera dejado sus bienes, á no haber él renunciado á todo por venir á Madrid á los diez y siete años y medio, con el objeto de conquistar gloria y fortuna. ¡Como si en el campo de las letras se hubieran nunca conquistado en España ambas cosas! Queria su madrina hacer de él un honrado comerciante; pero aquel niño, que habia aprendido á dibujar al mismo tiempo que á escribir, cuya desmedida aficion á la lectura le hacia encontrar horizontes más anchos que el de la teneduría de libros, y que jamás pudo sumar de memoria, sólo encontraba aplausos para sus primeras poesías, lo cual le decidió á vivir de su trabajo, armonizándolo con la independencia de su carácter, y á venir á Madrid, como lo verificó el año 54, sin más elementos que lo necesario para el viaje. Corria el año 56, y entónces llegué tambien á buscar lo mismo que Gustavo, con quien en los primeros pasos me encontré en el terreno de las letras. Mi carácter alegre y mi salud robusta fueron acogidos con simpatía por el soñador enfermizo, y casi niños, se unieron nuestras dos almas y nuestras dos vidas. Prolijo seria enumerar las peripecias de la suya, monótona en desdichas. El año 57 se vió acometido de una horrible enfermedad, y para atender á ella y rebuscando entre sus papeles, hallé *El Caudillo de las manos rojas*, tradicion india, que se publicó en *La Crónica*, siendo reproducida, con la singularidad de creerse que el título de *tradicion* era una errata de imprenta; pues todos los que la insertaron en España ó copiaron en el extranjero, la bautizaron con el nombre de

traduccion india. ¡Tan concienzudamente habia sido hecho el trabajo!

Compadecido un amigo de sus escaseces, buscóle un empleo modesto, y juntos entramos á servir al Estado en la Direccion de Bienes nacionales, con tres mil reales de sueldo y con la categoría de escribientes fuera de plantilla. Cito este detalle, porque la cesantía de Gustavo en aquel destino forma un rasgo descriptivo de su carácter soñador y distraido.

Tratóse de hacer un arreglo en la oficina, y el Director quiso por sí mismo averiguar la idoneidad y el número de los empleados, visitando para ello todos los departamentos.

Gustavo, entre minuta y minuta que copiaba, ó bien leia alguna escena de Shakespeare, ó bien la dibujaba con la pluma, y, en el momento en que el Director entró en su negociado, hallábase él entregado á sus elucubraciones. Como sus dibujos eran admirables, ya se habian hecho casos de atencion para todos, que se disputaban el poseerlos, aguardando á que los concluyera, mientras seguian con la vista aquella mano segura y firme, que sabia con cuatro rasgos de pluma hacer figuras tan bien acabadas. El Director se unió al grupo, y despues de observar atentamente aquel tan raro expediente en una oficina de Bienes nacionales, preguntó á Gustavo, que seguia dibujando:

—Y ¿qué es eso?

Gustavo, sin volverse y señalando sus muñecos, respondió:

—Psch... ¡Esta es Ofelia, que va deshojando su corona! Este tio es un sepulturero... Mas allá...

. . . .

En esto observó Gustavo que todo el mundo se habia

puesto de pié, y que el silencio era general. Volvió lentamente el rostro, y...

—¡Aquí tiene usted uno que sobra! exclamó el Director.

Efectivamente; Gustavo fué declarado cesante en el mismo dia.

Excuso decir que él se puso muy alegre; pues aquel alma delicada, á pesar de la repugnancia que le inspiraba el destino, lo aceptó por no hacer un desaire al amigo que se lo habia proporcionado.

Habíase propuesto Gustavo no mezclarse en política y vivir sólo de sus artículos literarios, cosa imposible en España, por lo escaso de la retribucion y lo raro de la demanda; así es que tuvo que alternar los escritos con otros trabajos. De este género son las pinturas al fresco que deben existir en el palacio de los señores marqueses de Remisa, cosa que ignorará el propietario, pues encargó la obra á un pintor de adornos, que no sabiendo pintar las figuras, dió un jornal por ellas á Gustavo.

Fundóse despues *El Contemporáneo*, y al brindarme con una plaza en su redaccion el fundador y mi amigo D. José Luis Albareda, conseguí que tambien entrase á formar parte de ella el autor de este libro. Entónces escribió la mayor parte de sus leyendas y las *Cartas desde mi celda*, que causaron admiracion grande en los círculos literarios de España.

Para Gustavo, que sólo hallaba la atmósfera de su alma en medio del arte, no existia la política de menudeo, tan del gusto de los modernos españoles. Su corazon de artista, amamantado en la insigne escuela literaria de Sevilla, y desarrollado entre catedrales góticas, calados ajimeces y vidrios de colores, vivia á sus anchas en el campo de la

tradicion; y encontrándose á gusto en una civilizacion completa, como lo fué la de la Edad Media, sus ideas artístico-políticas y su miedo al vulgo ignorante, le hacian mirar con predileccion marcada todo lo aristocrático é histórico, sin que por esto se negara su clara inteligencia á reconocer lo prodigioso de la época en que vivia. Indolente, además, para las cosas pequeñas, y siendo los partidos de su país una de estas cosas, figuró en aquel donde tenia más amigos y en que más le hablaban de cuadros, de poesías, de catedrales, de reyes y de nobles. Incapaz de odios, no puso sus envidiables condiciones de escritor á servicio de la ira, que, á haberlo hecho, más positivas hubieran sido sus ventajas y más doradas las cintas de su ataud. No estando destinado, por lo dulce de su temperamento, á causar el terror de nadie, ni apto su carácter noble para la adulacion ó la asiduidad del servilismo, condiciones que sustituyen con ventaja y provecho propio á la acometividad y energía, Gustavo no podia hacer gran papel entre las revueltas, distingos, escándalos, exhibiciones y favoritismos de los que, salvando rarísimos ejemplos, forman la mayoría de los afortunados en política, con relacion á los bienes materiales; y, hecho fiscal de novelas, desempeñó su destino lo mejor que pudo, haciendo dimision tan luego como cayó del poder la persona que habia firmado su nombramiento, el Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo, artista como pocos, y apreciador sincero y leal del mérito de Gustavo.

El año 62, su hermano Valeriano, célebre ya en Sevilla por sus producciones pictóricas, vino á reunirse y á vivir con él, como en los años de su niñez trabajosa. Despues de graves disgustos domésticos que ambos experimentaron,

cesante el poeta, el pintor sin la pension, que devolvia en magníficos cuadros de costumbres al Ministerio de Fomento, la muerte comenzó á prepararles un recibimiento tan ingrato y oscuro como el que tuvieron en los primeros pasos de su vida. Volvieron los ímprobos trabajos de los primeros dias, el malestar de la hora presente, la cruel incertidumbre de lo cercano; pero la desdicha tenia que habérselas con veteranos de sus rigores. Ambos hermanos unieron sus esfuerzos, y mientras el uno dibujaba admirablemente maderas para Gaspar y Roig ó *La Ilustracion de Madrid*, el otro traducia novelas insulsas ó escribia artículos originales, como el de *Las hojas secas*, contentos con vivir juntos y llevar pan á sus tiernos hijos, hablando el pintor de sus futuros cuadros para cuando tuviera lienzos, y el poeta de sus grandiosas concepciones, para verlas realizadas cuando la perentoria necesidad del dia no fuese precipitado final de sus ensueños.

Una de las formas que más complacen á la Desgracia entre el sinnúmero de sus horribles disfraces, es la de la Felicidad. Como el tigre con su presa, parece jugar con sus víctimas; y cuando el golpear de sus fatales hábitos ha embotado las sensaciones, semeja abandonar á los que atormenta, y, siempre acechando, deja que se olviden de ella, permite que el bienestar se introduzca temeroso aún en su morada, que los sueños color de rosa acaricien tímidas fantasías; y cuando ya el mortal, objeto de sus odios, créese libre de sus ultrajes, tiende de pronto su garra certera y pone fin con un tormento inesperado é irremediable á todas las agonías, helando en los labios la sonrisa de aquellos que ya empezaban á regocijarse con su huida.

Esto aconteció en la morada de los hermanos Becquer.

Cuando ya habian conseguido, unificando sus esfuerzos, organizar modesta manera de vivir; cuando un porvenir artístico é independiente les sonreia; cuando el trabajo comenzaba á ser en aquella casa el sosiego del precavido y no la precipitacion del destajista; cuando ya se podia retratar á un amigo por obsequio, y escribir una oda por entusiasmo, la muerte de Valeriano tiñó de luto el alma de sus amigos y contaminó con su frio el corazon de Gustavo, siéndole tanto más sensible el golpe, cuanto más refractario era aquel espíritu ideal á la seca verdad del no ser.

Herida sin cura aquel alma fuerte, pronto habia de destruirse la débil materia que, á duras penas, la habia contenido. El 23 de Setiembre del año 70 dejó de existir Valeriano. El 22 de Diciembre del mismo año exhaló Gustavo su último suspiro.

¡Extraña enfermedad y extraña manera de morir fué aquella! Sin ningun síntoma preciso, lo que se diagnosticó pulmonía, convirtióse en hepatitis, tornándose á juicio de otros en pericarditis; y entre tanto el enfermo, con su cabeza siempre firme y con su ingénita bondad, seguia prestándose á todas las experiencias, aceptando todos los medicamentos y muriéndose poco á poco.

Llegó por fin el fatal instante, y pronunciando claramente sus labios trémulos las palabras ¡TODO MORTAL!... voló á su Creador aquel alma buena y pura, dotada de tan no comunes facultades artísticas, que yo, pudiendo apreciar por el continuado trato las mayores capacidades literarias de mi época, no vacilo en asegurar que ninguna he visto dotada á un tiempo de tantas condiciones creadoras, unidas á un gusto tan exquisito y elevado.

Aunque, como se verá despues en el rápido exámen que

de sus obras haga, deja impreso en ellas lo bastante el carácter del genio para que se le señale un puesto entre nuestros escritores y poetas, los que le conocíamos admirábamos á Gustavo, más por lo que esperábamos de él, que por lo que habia hecho. Puede decirse que todo lo que concibió está escrito al volar de la pluma, sin recogimiento prévio de las facultades intelectuales, y entre la algazara de redacciones de periódicos ó bajo el influjo de premiosos instantes. Esto mismo, que ve la luz pública tal cual lo hemos hallado, no pensaba él publicarlo sin corregirlo ántes cuidadosamente, porque lo habia escrito de prisa y como para que no se le olvidasen asuntos é ideas que no le parecian malas.

En cada punto de España que habia visitado durante su vida artística, habia levantado su fantasía poderosa, unida á su nada comun saber, un mundo de tradiciones y de historias, sólo con ver brillar el bordado manto de santa imágen, ó leyendo apenas una inscripcion borrosa en oscuro rincon de arruinada abadía. Esto explica su estancia en el Monasterio de Veruela, sus correrías por las provincias de Ávila y de Sória, y las idas y venidas á Toledo, donde vivió un año, y en donde estuvo tres dias, veinte ántes de morir. Para él Toledo era sitio adorado de su inspiracion; y la primera vez que con su hermano fué á visitarle, ocurriólcs un suceso por demás extraño.

Una magnífica noche de luna decidieron ambos artistas contemplar su querida ciudad, bañada por la fantástica luz del tibio astro. Armado el pintor de lápices y el poeta-arquitecto de recuerdos, abandonaron la vetusta corte, y sobre arruinado muro entregáronse horas enteras á su charla artística, que puede el lector apreciar cuán intere-

sante é instructiva seria, leyendo los artículos sobre el *Arte árabe en Toledo; La basílica de Santa Leocadia* y *La historia de San Juan de los Reyes*, hecha por Gustavo en la magnífica obra que, con el título de *Historia de los Templos de España*, comenzó á publicarse en Madrid por los años 57 y 58, bajo su direccion y propiedad; obra grandiosa, imaginada por él, y que, á haberse continuado, seria la mejor y más á propósito para hacer la crónica filosófica, artística y política de nuestra patria.

Hallábanse departiendo los hermanos, cuando acercóse una pareja de Guardias civiles, que por aquellos dias, sin duda, andaban á caza de malhechores vecinos. Algo oyeron de ábsides, de pechinas, de ojivas y otros términos á cual más sospechosos y enrevesados, unido á disertaciones sobre el género plateresco de Berruguete y Juan Gua, sobre el artificio de Juanelo, etc.; y examinando el desaliño de los que tal hablaban, sus barbas luengas, sus exaltados modales, lo entrado de la hora, la soledad de aquellos lugares, y, obedeciendo, sobre todo, á esa axiomática seguridad que tiene la policía de España para engañarse, dieron airados sobre aquellos pajarracos nocturnos, y á pesar de protestas y de no escuchadas explicaciones, fueron éstos á continuar sus escarceos artísticos á la dudosa y horripilante luz de un calabozo de la cárcel de Toledo. Tambien el gobernador debia aguardar por aquellas cercanías la visita de temidos conspiradores, cuando, al amanecer, los *delincuentes honrados* continuaban en su mazmorra.

Supimos todo esto en la redaccion de *El Contemporáneo*, al recibir una carta explicatoria de Gustavo, toda llena de dibujos, representando los detalles de la pasion y muerte probable de ambos justos. La redaccion en masa escribió

á los equivocados carceleros, y, por fin, vimos entrar sanos y salvos los presos, parodiando ante nosotros con palabras y lápices las famosas prisiones de Silvio Pellico. ¿Quién en aquellos ojos brillantes, risas estrepitosas y sorprendentes facilidades para todo lo que era expresion de cualquier arte, hubiera podido predecir estéril é inoportuna muerte?

Tal fué la vida de Gustavo. Diré algo sobre sus costumbres y carácter ántes de hablar del escritor, porque esto, que llamaré prólogo, va haciéndose pesado, aunque los lectores buenos me lo dispensarán. Paréceme al escribirlo que estoy hablando con algo suyo; que al estampar cada frase en su alabanza, su infantil modestia se subleva, y que á cada error de estilo ó grosería de lenguaje mios, sus nervios artísticos se crispan y su voz cariñosa me riñe, como otras veces, por mis innumerables descuidos y mi prisa en entregarme á la pereza.

Gustavo era un ángel. Hay dos escritores á quienes en la vida he oido hablar mal de nadie. El uno era Becquer, el otro es Miguel de los Santos Álvarez. Si á álguien se satirizaba injustamente, él lo defendia con poderosos argumentos; si la crítica era justa, un aluvion de lenitivos, un apurado golpe de candoroso ingenio ó una frase compasiva y dulce cubria con un manto de espontánea caridad al destrozado ausente. Alguna vez escribió críticas. No hemos querido insertarlas; pues, cuando cumpliendo alguna mision las hacia de encargo, á cada línea protestaba de lo que censurando iba, y era de ver su apuro, colocado entre el sacerdocio de la verdad y del arte y la mansedumbre de su buen corazon. Si desde el cielo, en que de seguro habita, pues no es dado hallar infierno en otra vida al que en

la tierra le tuvo, tiende los ojos sobre este libro, sólo hallará en él lo que escribió sin remordimientos de su bondad.

La fecundidad é inventiva de Gustavo eran prodigiosas, y puede decirse que esto perjudicó á la importancia de sus escritos. Su manera de concebir no era embrionaria, sino clara, metódica y precisa, tanto, que á sus imaginaciones sólo faltaba un taquígrafo; pero encariñado con ellas y no queriéndolas escribir con la precipitacion del oficio, sino con el reposo del artista, íbalas dejando para cuando pudiera conseguirlo.

A fin de poseer el sustento escribió mucho y en géneros diferentes, como zarzuelas, traducciones, artículos políticos y de crítica, un tomo sobre *Los Templos de España*, y tenia meditados y bosquejados, á la manera que ántes he dicho, multitud de obras, cuyos títulos sólo revelan facultades extraordinarias.

Para el teatro tenia concebidas, sin que faltara el más pequeño detalle, las obras siguientes: *El cuarto poder*, comedia.—*Los hermanos del dolor*, drama.—*El duelo*, comedia.—*El ridículo*, drama.—*Marta*, poema dramático.—*¡Humo!* idem.

Entre las novelas, encuentro en sus apuntes los títulos que siguen: *Vivir ó no vivir.*—*El último valiente* y *El último cantador*, de costumbres andaluzas.—*Herrera.*— *Crepúsculos.*—*La conquista de Sevilla.*

En fantasias y caprichos, los que siguen: *El rapto de Ganimedes*, bufonada.—*La vida de los muertos*, leyenda fantástica.—*La Diana india*, estudio de la América.—*La amante del Sol*, estudio griego.—*La Bayadèra*, estudio indio.—*Luz y nieve*, estudio de las regiones polares.

Tenia perfectamente ideadas las siguientes leyendas toledanas: *El Cristo de la Vega*, pintando un judío.—*La fé salva.* — *La fundadora de conventos.* — *El hombre de palo*, estudio sobre Juanelo.—*La casa de Padilla*, ocurrida sobre el solar abandonado.—*La Salve.*— *Los ángeles músicos.*— *La locura del genio*, estudio sobre el Greco.— *La lepra de la infancia*, estudio sobre el Condestable de Borbon.

Lo primero que pensaba escribir á conciencia, segun decia, era un poema en cuatro cantos, titulado *Las estaciones.*

Además tenia proyectados y hasta versos hechos, de las siguientes poesías, que cada una habia de formar un libro, á saber: *La oracion de los Reyes.*—*Los mártires del Genio*, poema sobre los dolores de los hombres famosos.— *Las Tumbas*, obra artística y poética; meditaciones sobre las sepulturas célebres.— *Un Mundo*, poema sobre el descubrimiento de las Américas; y otros títulos y otros planes que la muerte ha encerrado con él en la tumba y cuya historia se halla escrita brevemente en el magnífico prólogo, original suyo, que á este mio sigue, donde se hallan indicados la sospecha de su muerte y el martirio que tantas creaciones, á las que sólo faltaba un poco de actividad sosegada para ser reales, causaban en aquel cerebro tan potente y seguro.

Todas las obras que contienen estos dos tomos han sido escritas, como ya he dicho, sin tomarse más tiempo para idearlas que aquel que tardaba en dibujar con la pluma lo que habia de describir ó ser objeto de su inspiracion; y eran de ver los primores de sus cuartillas, festoneadas de torreones ruinosos, mujeres ideales, guerreros, tumbas, paisajes, esqueletos, arcos, guirnaldas y flores. Rara era la carta que

salia de su mano sin ir llena de copias de lo que veia ó caricaturas admirables sobre lo que narraba.

Ni de su triste vida, ni de sus dolores físicos, quejábase nunca ni maldecia jamás. Mudo cuando era desgraciado, sólo tenia voz para expresar un momento de alegría. Cuando referia contrarios sucesos de su vida, lo hacia, ó entre burlas ó poetizando alegre y simpáticamente la desgracia. Así es que cuando leí sus *rimas* me afectaron profundamente. La única vez que exhalaba quejas lo hacia en verso, y era que en aquella naturaleza artística, hasta el grito del dolor habia de escucharse sin vulgaridad, y semejante á los gladiadores antiguos que dejaban caer con gracia el moribundo cuerpo, él no dejaba ver su lacerado espíritu, sino envuelto entre las elegantes formas del plasticismo sevillano, pura y rígida escuela á que sólo ha faltado ser más subjetiva y franca para ser perfecta.

Tal era el hombre. Ocupémonos por fin del escritor y del poeta.

Llegado á este punto, preciso es que abandone el alto criterio que las deslumbradoras facultades de Gustavo y la especialidad de su trato habian engendrado en mis juicios, para examinar el conjunto de obras que nos lega; las cuales, á pesar de no ser aquellas en que yo fundaba mi segura confianza, forman, sin embargo, un conjunto que basta á dar idea fija de su importancia en el terreno de nuestra literatura.

Sin entrar todavía en el campo de las relaciones, basta abrir esta obra por cualquiera de sus páginas para sentir en el mismo instante el ánimo agradablemente sorprendido, encontrándole fuera de esa atmósfera de lo vulgar, que tantos se afanan por romper, domeñando, sobre todo

en España, la dificultad del lenguage para expresar lo ideal y analítico del sentir moderno. Aunque Gustavo, cuando escribia en reposo, jamás olvidaba que su cuna literaria se habia mecido en la patria de Herrera, Rioja, Mármol y Lista, como quiera que es un escritor eminentemente subjetivo, jamás deben desligarse en el análisis para su crítica la forma y la idea, dueña casi siempre ésta de aquella, la una dictando, obedeciendo la otra. En el fondo de sus escritos hay lo que podria llamarse *realismo ideal*, único realismo posible en artes, si no han de ser mera imitacion de la naturaleza ó anacronismo literario y han de llevar el sello de algo, creado por el artista. Sorprende á veces su semejanza con ciertos autores alemanes, á quienes no habia leido hasta hace muy poco, y á los que se parece, porque sus producciones están pensadas y escritas con la razon y la imaginacion, que son en aquellos inseparables y como dos buenas hermanas entre las que no hay secretos, ni ódios, reinando siempre armonía inalterable, producto del largo uso de la libertad de conciencia. Vése en Gustavo dominar siempre la idea á la forma, por más que ésta sea brillante y riquísima y oculte en apariencia á aquella primorosamente; pues artista verdadero, es decir, hombre de sentimiento que atisba y oye repetirse dentro de su sér en mil ecos cualquier sensacion externa, sabe permanecer siempre dentro del arte, ó séase de lo bello, de lo bueno, de lo simpático, de lo sublime que casi todos fantaseamos, aunque necesitemos las más de las veces que álguien, el génio, nos lo enseñe y explique para comprenderlo y precisarlo. Como todos los autores de estima, es Gustavo revolucionario, es decir, innovador y creador, amante de la verdad. En sus escritos tiende más á conmover que á enseñar; porque el

tiempo y la razon á él y á aquellos han demostrado, que despertar los sentimientos que duermen en el fondo del alma es dar á los hombres la mejor enseñanza, llevándolos por el camino de lo bello (en cualquier sentimiento fingido no hay belleza), á cuyo término está la única moral, la moral subjètiva por decirlo así, la que se desprende de todas las sensaciones que han agitado una vida. Todo hombre que siente, esto es, que puede conmoverse profundamente, está en vías de perfeccionarse y de llegar á la verdadera moral; la moral, que á mi juicio es la vida de la idea, la vida del cuerpo y del alma que viven en paz y armonía.

Sí: Gustavo es revolucionario; porque como los pocos que en las letras se distinguen por su originalidad y verdadero mérito, ántes que escritor es artista, y por eso siente lo que dice mucho más de lo que expresa, sabiendo hacerlo sentir á los demás. Es revolucionario, como los alemanes, pero no por imitacion, sino dentro de la espontaneidad y del arte, cuyos límites, por muy dilatados que sean, no se pueden traspasar impunemente, aunque sí ensancharlos, siempre que la imaginacion y la razon, la idea y la forma vayan unidas, sin separarse un ápice una de otra. Hé aquí por qué se parece á los alemanes; porque llega á esos límites y sabe y tiene poder para agrandarlos, lo cual consiguen muy pocos. Sus leyendas, que pueden competir con los cuentos de Hoffman y de Grimn, y con las baladas de Ruckert y de Uhland, por muy fantásticas que sean, por muy imaginarias que parezcan, entrañan siempre un fondo tal de verdad, una idéa tan real, que en medio de su forma y contestura extraordinarias, aparece espontáneamente un hecho que ha sucedido ó puede suceder sin

dificultad alguna, á poco que se analicen la situacion de los personajes, el tiempo en que se agitan, ó las circunstancias que les rodean. No son una idea filosófica que ocultan tal ó cual cosa y que quieren decir esto ó lo otro; no: contienen una realidad que, para grabarse más profundamente en el corazon, hiere primero la fantasía con deslumbradoras apariencias, y, disipadas éstas, queda espontánea, fuerte y erguida. De la verdad ha de brotar la filosofía, y no de ésta ha de resultar aquella. Tal sucede en las leyendas, en los artículos y, sobre todo, en sus magníficas *Cartas*, modelos de buen decir, verdaderas obras maestras de facundia y de lenguaje. *El rayo de luna*, *Los ojos verdes*, ¿qué son sino cuadros fantásticos en que tal vez la locura de un hombre hace brillar una idea para todos real y visible? Aquel contorno de mujer que dibuja la luna, al atravesar las inquietas ramas de los árboles; aquel hada de ojos verdes que habita en el fondo del lago, ¿qué representan sino la mujer ideal, pura, que inspira el amor de los amores, el amor que todo corazon noble desea y siente, amor interno, duradero, que jamás se encuentra en la tierra? ¿Qué significa aquel *Miserere* magnífico de las montañas, que va á escuchar un músico extraño, y al que pone notas tan extrañas como él, sino ese anhelar del artista, ese luchar sin reposo con la forma, esa desesperacion eterna por hallar digno ropaje, línea precisa, color verdadero, palabra oportuna y nota adecuada al mundo increado de su alma, á los hijos brillantes de su fantasía? ¿Qué nos enseña aquel viejo *Órgano de Maese Perez*, que nadie puede hacer sonar delante de Dios y del mundo, á no ser su propio espíritu, sino la imposibilidad de las escuelas, ese arte de las serviles imitaciones, en que no deben suceder falsos

Rafaeles, Ticianos y Velazquez á los que así se llamaron en la tierra, á ménos que Dios no haga el milagro de permitir bajar del cielo el ánima que le entregaron con el último estertor de la agonía?

Y si, teniendo presente que se publican sus obras despues de muerto el autor y sin la menor enmienda, examinamos el estilo, la propiedad, el profundo conocimiento de épocas lejanas y de costumbres ya idas, no podremos ménos de admirar consorcio tan sorprendente entre la espontaneidad y el estudio, entre lo fantástico y lo real.

Otra de las particularidades de Gustavo, la más esencial á mi juicio, la que más claramente revela su génio noble y elevado, es que personalmente siente y manifiesta sus particulares sensaciones, resultando, y así debe ser, que aquellas son comprensibles para todos, porque las experimenta ni más ni ménos que como cualquier otro, si bien revela la manera de percibirlas bajo una forma poética, á fin de despertar esos mismos sentimientos en los demás. Sus pasiones, sus alegrías, sus aspiraciones, sus dolores, sus esperanzas, sus desengaños, son espontáneos é ingénuos, y semejantes á los que lleva en sí todo corazon, por insensible que sea. Esta particularidad se revela en sus poesías con más fuerza que en sus otros escritos. No finge nunca, dándole proporciones estéticas que al pronto la hacen parecer grande, una pasion exagerada; atento siempre á la verdad dentro del arte, habla segun siente, y teniendo el don de sentir lo que impresiona á la colectividad, don tan sólo concedido al génio, apodérase de todos los corazones, que admíranse de ver á otro sorprender sus secretos y decir cuanto les conmueve, impresion que cada cual creia exclusivamente suya.

¿Por qué esta poesía subjetiva ha brillado tan poco en España, y cuando tal há sucedido se ha verificado dentro de una excepcion del sentimiento humano?

No creo tanto en la influencia de las razas como en la de las religiones, que generando las costumbres, preparan una política, una literatura, un arte general dados, los cuales llegan á ser medios en que se desarrollan fatalmente las inteligencias.

Asombra contemplar lo que pudo ser la nacion española inmediatamente despues de la conquista de Granada y al advenimiento de Cárlos V. Era tanto el empuje de la anterior civilizacion, nacida entre la fé y la guerra, entre el amor y el ódio, que puede afirmarse la imposibilidad de encontrar, en igual período de tiempo y circunstancias, pueblo que hubiese adelantado más terreno en ciencias y en artes.

Aparece primero la poesía anónima y heróica; inmediatamente la mística y didáctica, de Berceo y Alonso el Sabio, con el cual la prosa castellana, abandonando su hermosa cuna del Lacio, declárase libre de la anterior tutela, hermoseada y rejuvenecida por la literatura provenzal y arábiga. El pueblo que ántes que ningun otro de Europa adquiria derechos y municipios, creó una forma exclusivamente suya, cantando la gloria de sus héroes, la religion que le animaba y el amor que le enardecia, en un metro que no tiene semejante en otro idioma.

El príncipe Juan Manuel burlábase de las pretensiones de los frailes y de la alquimia de su tio Alonso el Sabio; el arcipreste de Hita dejábase inspirar, ya por Epicúreo, ya por Cristo; la Danza de la muerte rivalizaba con todas las composiciones de su género en tétrica fantasía, y Pero Lope de Ayala llevaba á la poesía la política.

El arte subjetivo, aunque materialista, de la literatura árabe, encontraba eco en Jorge Manrique; los libros de caballería no agotaban riquísimas imaginaciones, y las crónicas y los crepúsculos del teatro, y la arquitectura y las ciencias, y el ingenio humano en todas sus manifestaciones, con un carácter eminentemente nacional, recibian entre la tolerancia de cultos y las libertades de los pueblos, el influjo de todo lo bello, de todo lo grande y de todo lo útil.

La poesía subjetiva no habia brotado aún, porque no era tiempo; pues ocupados los poetas en ensalzar sus héroes, en adorar sus santos, aliados fieles en guerras contra agarenos, y en reconquistar para la religion y la patria antiguas el terreno arrebatado, no habian abandonado todavía el campo de batalla, la plática en la asediada tienda de combate, ni el rezo á favor de la victoria entre las arcadas del templo, para sustituir el mundo exterior, que les embargaba, con la contemplacion de sí mismos, al contacto de una sociedad tranquila y adecuada á la reflexion y al exámen.

Llegó por fin el momento de reposo; y como si la Providencia, que vela por el equilibrio de las leyes materiales, temiese que tanta fuerza moral acumulada desnivelase el mundo, abrió playas apartadas con objeto de librar á Europa de la peligrosa energía de los españoles, y sentó en su trono un rey, emperador de lejanos países, precediéndole en el gobierno un monje de carácter tan elevado y firme, como hábil y fanático.

Al mismo tiempo que las Américas se descubrian, la Inquisicion, oponiéndose á la reforma y consiguiendo brillantemente alejarla de España, comenzó á pesar sobre

todas las inteligencias, y sin su permiso ni podia la fantasía crear, ni inquirir el alma humana.

Sintióse el hombre posesor de un espíritu peligroso, y apartando la vista de este enemigo interno, que podia rodear su cuerpo de las horribles llamas del Santo Oficio, suprimió su personalidad en todas las concepciones de su inteligencia, y semejante á tímidas aves que vuelan rastreando ó se pierden tras las nubes, la hipocresía de la forma ocultó los sentimientos, ó el misticismo fué el espacio á que se remontó sereno el espíritu, sin que por ello lograra escapar á persecuciones inesperadas.

Todos los escritores y poetas subjetivos castellanos, Santa Teresa, Fr. Luis de Leon, San Juan de la Cruz, Juan de Ávila, Fr. Luis de Granada, á pesar de haber sido despues canonizados, tuvieron que humillar sus puras frentes y anublar sus radiantes inteligencias ante las negras sotanas de los inquisidores.

Si esto pasaba á los que eran poeta-santos, ¿qué suplicio no hubiera encontrado el simple poeta terrenal, exponiendo su alma desnuda á la zarpa de la Inquisicion ó al anatema de los conventos?

Derruida, por otra parte, la estructura nacional política en los campos de Villalar, la forma tradicional poética y artística perturbóse tambien con influencias extrañas; pero era tal el empuje recibido y tan peculiar y genérico nuestro carácter propio, que no bastaron á destruirle tan instantáneos y rápidos contratiempos.

Desapareció el análisis de la verdad, es cierto, en todo el territorio de España; pero no la fantasía ni la riquísima vena de los españoles.

Perseguido el pensamiento, no murió entre las manos

que le apretaban, sino que amoldándose, como cuerpo flúido é impalpable, á la forma de la materia que le oprimia, se escapaba ufano por todas las aberturas.

El poeta que amaba hacia responsables de sus delirios á pastores y héroes de la Mitología, y los grandes alientos, las dudas del alma, los placeres de la tierra encontraron hombres sin existencia real, mundo ficticio en que desarrollarse, dentro de nuestro inmortal teatro, donde parece que sus grandes génios se vengaron de la tiranía social que les oprimia, encerrando todos los preceptos bajo llave y creando con la anarquía dramática el moderno romanticismo, que no es más que la libertad de pensamiento en artes.

Pero entre tanto, la poesía lírica, esencialmente subjetiva, desarrollábase dentro de los estrechos límites de la forma, acortando su vuelo á medida que se perfeccionaba, y manteniendo su existencia, bien invadiendo el teatro, bien ensalzando á las veces triunfos compatibles con la religion y la patria.

Sólo Rioja, ese gran genio de la escuela sevillana, abre su alma á la verdad, y en aquella magnífica turquesa de su estilo funde sus cantares, ya anonadando cortesanos aduladores, ya vertiendo lágrimas ante los estragos del tiempo, ya cantando las flores hermosas, tan puras como su alma, que se trasparenta siempre á través de sus poesías.

Pero no todos tenian la rigidez de su espíritu, y ya la forma habia dado de sí cuanto pudiera. Los retruécanos, la mitología, los diferentes metros, los idiomas afines al castellano, todo se habia agotado. No habia más remedio que lanzarse en el terreno de la idea y de la verdad, cuya puerta vigilaba la Inquisicion, ó introducir la anarquía del despecho en el campo de las formas.

Góngora, Luzbel de nuestra literatura, lanzado por la tradicion del cielo de la libertad y queriendo progresar dentro de lo limitado y finito, introdujo el estilo culterano.

La Inquisicion mató la espontaneidad y el análisis. El orgullo quebró el cincelado vaso de obligados pensamientos.

Quedó únicamente la sátira, revoloteando ya alegre y licenciosa, ya altiva y soberbia, sobre la frente del profundo Quevedo, á quien no valió su astucia para pensar libremente en una mazmorra.

Imperó la teocracia, y un idiota fué su última víctima y su ejemplar producto. No llegó á España la libertad del pensamiento, pero sí con el hijo de Luis XIV el principio de autoridad literario, y Moratin reglamentó de nuevo el arte, severamente conservado por la escuela sevillana.

Tras la revolucion francesa operóse la revolucion del mundo, y Quintana levantó su poderoso estro entre himnos á la libertad y severas justicias de los tiranos. Con la invasion volvió España á pelear para verse independiente, y una vez triunfante, no quiso volver á dormir el narcótico sueño de tres siglos. Las artes resucitaron, el teatro volvió á levantarse, y la poesía lírica, tan perfecta en la forma como en otros dias, tuvo por sacerdotes de su culto hombres libres.

Mientras Zorrilla nos refiere imperecederas tradiciones, Espronceda nos habla de sí mismo y del alma humana, y con él esa poesía subjetiva, producto de la libertad del pensamiento, toma carácter de naturaleza entre nosotros, demasiado apegados aún á la admiracion de tiempos que pasaron, hasta el punto de que hombres casi demagogos son perfectos reaccionarios en cuanto hablan en verso.

No quiero por esto decir que la poesía lírica ha de ser política. ¡Líbreme Dios de verla por este camino! pero

cuando lo sea, debe representar su tiempo, como las obras que forman el glorioso catálogo de nuestro Parnaso.

Creo haber probado lo bastante que, léjos de ser la poesía esencialmente subjetiva imitacion de extranjeros líricos, es resultado natural de la moderna civilizacion, por lo cual comienza hoy á nacer en España, más atrasada en todo que otros países.

A consecuencia de lo apuntado, y volviendo á ocuparme de las poesías de Becquer, diré que, aunque hay un gran poeta aleman, Enrique Heine, á quien puede creerse ha imitado Gustavo, esto no es cierto, si bien entre ambos existe mucha semejanza.

Heine, más independiente, es sin embargo ménos artista que Gustavo, y el deseo de ser original lo arrastra á veces más allá de lo verdadero, siendo escéntrico y escéptico, no porque él realmente lo sea, sino porque cree singularizarse de este modo, sin notar que, abandonando la verdad, huye del arte, que es la unidad, de la que nadie se separa impunemente. En su poema *Germanía*, en su libro de *Lázaro*, hay pruebas de lo que digo, si bien, por fortuna, están escondidas entre multitud de bellezas de primer órden. Otro autor á quien Gustavo se asemeja es Alfred de Musset. Nada tiene de extraño, pues como él educóse en el clasicismo. Sin embargo, es ménos mundano y ardiente que el inspirado poeta de las *Cuatro noches*.

Las rimas de Gustavo, en que á propósito parece huir de la ilusion del consonante y del metro, para no herir el ánimo del lector más que con la importancia de la idea, son á mi ver de un valor inapreciable en nuestra literatura.

Generalmente las poesías son cortas, no por método ó por imitacion, sino porque para expresar cualquier pasion

ó una de sus fases, no se necesitan muchas palabras. Una reflexion, un dolor, una alegría, pueden concebirse y sentirse lentamente; pero se han de expresar con rapidez, si se quiere herir en los demás la fibra que responde al mismo afecto. De aquí la explicacion de esas composiciones cortas, que han nacido modernamente en Alemania, donde todos los grandes poetas las han cultivado. Gœthe, Schiller, Heine y otros han escrito multitud de *lieder* (*lied*-cancion), que constituyen la actual poesía lírico alemana.

En España, aunque inculto, existe hace tiempo ese género, como lo prueban la infinidad de nuestros cantares populares, en que no se sabe qué admirar más, si lo profundo de los sentimientos y reflexiones, ó la concision y naturalidad del estilo.

Todas las *Rimas* de Gustavo forman, como el *Intermezzo* de Heine, un poema, más ancho y completo que aquel, en que se encierra la vida de un poeta. Son primero las aspiraciones de un corazon ardiente que busca en el arte la realizacion de sus deseos, dudando de su destino, como cuando exclama:

Saeta que voladora,
cruza arrojada al azar,
y que no se sabe dónde
temblando se clavará;

Gigante ola que el viento
riza y empuja á la par,
y rueda y pasa y se ignora
qué playa buscando va.

Siéntese poeta, y dice:

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida,
sin formas de la idea.
. . . .
. . . .
Yo ondulo con los átomos
del humo que se eleva,
y al cielo lento sube
en espiral inmensa.

Yo en los dorados hilos
que los insectos cuelgan,
mézcome entre los árboles
en la ardorosa siesta.
. . . .
. . . .
Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso
de que es vaso el poeta!

No encontrando realizada su ilusion en la gloria, vuélvese espontáneamente hácia el amor, realismo del arte, y se entrega á él, y goza un momento y sufre y llora y desespera largos dias; porque es condicion humana, indiscutible, como un hecho consumado, que el goce menor se paga aquí con los sufrimientos más atroces. Anúnciase esta nueva fase en la vida del poeta con la magnífica com-

posicion que, no sé por qué, me recuerda la atrevida manera de decir del Dante:

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman...
. . . .
. . . .
Mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?...
¡Es el amor que pasa!

Sigue luégo desenvolviéndose el tema de una pasion profunda, tan sentida como espontánea.

Una mujer hermosa, tan naturalmente hermosa, que

Ella tiene la luz, tiene el perfume,
El color y la línea,
La forma engendradora de deseos,
La expresion, fuente eterna de poesía,

conmueve y fija el corazon del poeta, que se abre al amor, olvidándose de cuanto le rodea. La pasion es desde su principio inmensa, avasalladora, y con razon, puesto que se vé correspondida, ó, al ménos, parece satisfecha del objeto que la inspira: una mujer hermosa, aunque sin otra buena cualidad, porque es ingrata y estúpida. ¡Tarde lo conoce, cuando ya se siente engañado y descubre dentro de un pecho tan fino y suave, un corazon *nido de sierpes*, en el cual *no hay una fibra que al amor responda!* Aquí, en medio de sus dolores, llega el poeta á la desesperacion; pero, cuando ésta le lleva ya al punto en que se pierde toda esperanza, él se detiene espontáneamente, me-

dita en silencio, y aceptando por último su parte de dolor en el dolor comun, prosigue su camino; triste, profundamente herido, pero resignado; con el corazon hecho pedazos, pero con los ojos fijos en algo que se le revela como reminiscencia del arte, á cuyo impulso brotaron sus sentimientos.

Piensa ántes en *lo solos que se quedan los muertos*, y siente dentro de la religion de su infancia un nuevo amor, que únicamente pueden sentir los que sufren mucho y jamás se curan; un amor ideal, puro, que no puede morir ni áun con la muerte, que más bien la desea, porque es tranquilo como ella; ¡como ella callado y eterno! Se enamora de la estátua de un sepulcro, es decir, del arte, de la belleza ideal, que es el póstumo amor para siempre duradero, por lo mismo que nunca se vé por completo correspondido. En mi incompetencia declaro que esta composicion última me parece una de las más perfectas en castellano, no sólo por su vaguedad, misterio y dificultad de precisar claramente, sino por lo correcto y acabado de la forma.

Tal fué Gustavo A. Becquer como hombre y como poeta en lo que puede apreciar el público.

Todo lo que atesoraba en su imaginacion está dicho en el siguiente prólogo suyo.

Leedlo pronto y olvidad el mio, escrito nada más que por acompañarle siempre. Él sólo, desde la otra vida, podrá apreciarlo.

. . . .

¡Ojalá seas eterno, libro que compendias la vida de mi pobre amigo!

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

INTRODUCCION.

Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la miseria, y parecida á esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, á las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serian suficientes á dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusion, los siento á veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante á la de esas miriadas de gérmenes, que hierven y se estremecen en una eterna incubacion dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir á la superficie y convertirse al beso del sol en flores y frutos.

Conmigo van, destinados á morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la me-

dia noche, que á la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en formidable, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por donde salir á la luz, de entre las tinieblas en que viven. Pero ¡ay! que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra, tímida y perezosa, se niega á secundar sus esfuerzos! Mudos, sombríos é impotentes, despues de la inútil lucha vuelven á caer en su antiguo marasmo. ¡Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cesa el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino!

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginacion explican algunas de mis fiebres: ellas son la causa desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí, paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término, y á éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya, como las raquíticas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia, disputándose los átomos de la memoria, como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso á las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Andad, pues! Andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seais palpables; os vestirá, aunque sea de harapos, lo

bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estofa tejida de frases exquisitas, en la que os pudiérais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un precioso perfume. Mas es imposible.

No obstante, necesito descansar: necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo, por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente á contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrion que aventa por el aire la muerte, ántes que su creador haya podido pronunciar el *fiat lux* que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volvais á pasar por delante de mis ojos en extravagante procesion, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque á la vida de la realidad del limbo en que vivís, semejantes á fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse este arpa vieja y cascada ya, se pierdan, á la vez que el instrumento, las ignoradas notas que contenia. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido comun, que es la barrera de los sueños, comienza á flaquear, y las gentes de diversos campos se mezclan y confunden. Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginacion y personajes reales. Mi

memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y dias que han muerto ó han pasado, con los de dias y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándoos de la cabeza de una vez para siempre.

Si *morir es dormir*, quiero dormir en paz en la noche de la muerte, sin que vengais á ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado á la nada ántes de haber nacido. Id, pues, al mundo á cuyo contacto fuísteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran viaje. De una hora á otra puede desligarse el espíritu de la materia, para remontarse á regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanco, el tesoro de oropeles y guiñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

Junio de 1868.

LEYENDAS.

LA CREACION.

POEMA INDIO.

I.

Los aéreos picos del Himalaya se coronan de nieblas oscuras en cuyo seno hierve el rayo, y sobre las llanuras que se extienden á sus piés flotan nubes de ópalo que derraman sobre las flores un rocío de perlas.

Sobre la onda pura del Ganges se mece la simbólica flor del loto, y en la ribera aguarda su víctima el cocodrilo, verde como las hojas de las plantas acuáticas, que lo esconden á los ojos del viajero.

En las selvas del Indostan hay árboles gigantescos, cuyas ramas ofrecen un pabellon al cansado peregrino, y otros cuya sombra letal lo llevan desde el sueño á la muerte.

El amor es un cáos de luz y de tinieblas; la mujer una amalgama de perjurios y ternura; el hombre un abismo de grandeza y pequeñez; la vida, en fin, puede compararse á una larga cadena con eslabones de hierro y de oro.

II.

El mundo es un absurdo animado que rueda en el vacío para asombro de sus habitantes.

No busqueis su explicacion en los Vedas, testimonio de las locuras de nuestros mayores, ni en los Puranas, donde, vestidos con las deslumbradoras galas de la poesía, se acumulan disparates sobre disparates acerca de su orígen.

Oid la historia de la creacion tal como fué revelada á un piadoso brahmin, despues de pasar tres meses en ayunas, inmóvil en la contemplacion de sí mismo, y con los índices levantados hácia el firmamento.

III.

Brahma es el punto de la circunferencia; de él parte y á él converge todo. No tuvo principio ni tendrá fin.

Cuando no existian ni el espacio ni el tiempo, la Maya flotaba á su alrededor como una niebla confusa, pues absorto en la contemplacion de sí mismo, aún no la habia fecundado con sus deseos.

Como todo cansa, Brahma se cansó de contemplarse, y levantó los ojos de una de sus cuatro caras y se encontró consigo mismo, y abrió airado los de otra y tornó á verse, porque él lo ocupaba todo, y todo era él.

La mujer hermosa, cuando pule el acero y contempla su imágen, se deleita en sí misma; pero al cabo busca otros ojos donde fijar los suyos y, si no los encuentra, se aburre.

Brahma no es vano como la mujer, porque es perfecto.

Figuráos si se aburriria de hallarse solo, solo en medio de la eternidad y con cuatro pares de ojos para verse.

IV.

Brahma deseó por primera vez, y su deseo, fecundando la creadora Maya que lo envolvia, hizo brotar de su seno millones de puntos de luz, semejantes á esos átomos microscópicos y encendidos que nadan en el rayo del sol que penetra por entre la copa de los árboles.

Aquel polvo de oro llenó el vacío, y al agitarse produjo miriadas de séres destinados á entonar himnos de gloria á su criador.

Los *grandharvas*, ó cantores celestes, con sus rostros hermosísimos, sus alas de mil colores, sus carcajadas sonoras y sus juegos infantiles, arrancaron á Brahma la primera sonrisa, y de ella brotó el Edem. El Edem con sus ocho círculos, las tortugas y los elefantes que los sostienen, y su santuario en la cúspide.

V.

Los chiquillos fueron siempre chiquillos: bulliciosos, traviesos é incorregibles, comienzan por hacer gracia; una hora despues aturden, y concluyen por fastidiar. Una cosa muy parecida debió acontecerle á Brahma, cuando apeándose del gigantesco cisne, que como un corcel de nieve lo paseaba por el cielo, dejó á aquella turba multa de *grandharvas* en los círculos inferiores, y se retiró al fondo de su santuario.

Allí, donde no llega ni un eco perdido, ni se percibe el rumor más leve; donde reina el augusto silencio de la soledad, y su profunda calma convida á las meditaciones, Brahma, buscando una distraccion con que matar su eterno fastidio, despues de cerrar la puerta con dos vueltas de llave, entregóse á la alquimia.

VI.

Los sábios de la tierra que pasan su vida encorvados sobre antiguos pergaminos, que se rodean de mil objetos misteriosos y conocen las extrañas propiedades de las piedras preciosas, los metales y las palabras cabalísticas, hacen por medio de esta ciencia trasformaciones increibles. El carbon lo convierten en diamante, la arcilla en oro, descomponen el agua y el aire, analizan la llama, y arrancan al fuego el secreto de la vitalidad y la luz.

Si todo esto consigue un mortal miserable con el reflejo de su saber, figuráos por un instante lo que haria Brahma, que es el principio de toda ciencia.

VII.

De un golpe creó los cuatro elementos, y creó tambien á sus guardianes: *Agnis*, que es el espíritu de las llamas; *Vajous*, que aulla montado en el huracan; *Varunas*, que se revuelve en los abismos del Océano; y *Prithivi*, que conoce todas las cavernas subterráneas de los mundos, y vive en el seno de la creacion.

Despues encerró en redomas trasparentes y de una materia nunca vista gérmenes de cosas inmateriales é intangibles, pasiones, deseos, facultades, virtudes, principios de dolor y de gozo, de muerte y de vida, de bien y de mal. Y todo lo subdividió en especies, y lo clasificó con diligencia exquisita, poniéndole un rótulo escrito á cada una de las redomas.

VIII.

La turba de rapaces que ensordecia en tanto con sus voces y sus ruidosos juegos los círculos inferiores del paraíso, echaron de ver la falta de su señor. ¿Dónde estará? exclamaban los unos. ¿Qué hará? decian entre sí los otros; y no eran parte á disminuir el afan de los curiosos las columnas de negro humo que veian salir en espirales inmensas del laboratorio de Brahma, ni los globos de fuego que desde el mismo punto se lanzaban volteando al vacío, y allí giraban como en una ronda luminosa y magnífica.

IX.

La imaginacion de los muchachos es un corcel, y la curiosidad la espuela que lo aguijonea y lo arrastra á través de los proyectos más imposibles. Movidos por ella los microscópicos cantores, comenzaron á trepar por las piernas de los elefantes que sustentan los círculos del cielo, y de uno en otro se encaramaron hasta el misterioso recinto, donde Brahma permanecia aún, absorto en sus especulaciones científicas.

Una vez en la cúspide, los más atrevidos se agruparon al rededor de la puerta, y uno por el ojo de la llave, y otros por entre las rendijas y claros de los mal unidos tableros, penetraron con la mirada en el inmenso laboratorio, objeto de su curiosidad.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos, no pudo ménos de sorprenderles.

X.

Allí habia diseminadas, sin órden ni concierto, vasijas y redomas colosales de todas hechuras y colores. Esqueletos de mundos, embriones de astros y fragmentos de lunas yacian confundidos con hombres á medio modelar, proyectos de animales monstruosos sin concluir, pergaminos oscuros, libros en fólio é instrumentos extraños. Las paredes estaban llenas de figuras geométricas, signos cabalísticos y fórmulas mágicas, y en medio del aposento, en una gigantesca marmita colocada sobre una lumbre inextinguible, hervian, con un ruido sordo, mil y mil ingredientes sin nombre, de cuya sábia combinacion habian de resultar las creaciones perfectas.

XI.

Brahma, á quien apenas bastaban sus ocho brazos y sus diez y seis manos para tapar y destapar vasijas, agitar líquidos y remover mixturas, tomaba algunas veces un gran canuto, á manera de cerbatana, y así como los chiquillos hacen pompas de jabon valiéndose de las cañas del trigo seco, lo sumergia en el licor, se inclinaba despues so-

bre los abismos del cielo, y soplaba en la una punta, apareciendo en la otra un globo candente que al lanzarse comenzaba á girar sobre sí mismo y al compás de los otros que ya flotaban en el espacio.

XII.

Inclinado sobre el abismo sin fondo, el creador los seguia con una mirada satisfecha, y aquellos mundos luminosos y perfectos, poblados de séres felices y hermosísimos sobre toda ponderacion, que son esos astros que, semejantes á los soles, vemos aún en las noches serenas, entonaban un himno de alegría á su Dios, girando sobre sus ejes de diamante y oro con una cadencia majestuosa y solemne.

Los pequeñuelos *grandharvas*, sin atreverse ni áun á respirar, se miraban espantados entre sí, llenos de estupor y miedo ante aquel espectáculo grandioso.

XIII.

Cansóse Brahma de hacer experimentos, y abandonando el laboratorio, no sin haberle echado al salir la llave y guardádola en el bolsillo, tornó á montar sobre su cisne con el objeto de tomar el aire. ¿Pero cuál no seria su preocupacion cuando él, que todo lo ve y todo lo sabe, no advirtió que, abstraido en sus ideas, habia echado la llave en falso? No le pasó lo mismo á la inquieta turba de rapaces, que notando el descuido, le siguieron á larga distancia

con la vista, y cuando se creyeron solos, uno empuja poquito á poco la puerta, éste asoma la cabeza, aquél adelanta un pié, é invaden todos, por fin, el laboratorio, tardando muy poco en encontrarse en él como en su cása.

XIV.

Pintar la escena que entónces se verificó en aquel recinto, seria imposible.

Primeramente examinaron todos los objetos con el mayor asombro; luégo se atrevieron á tocarlos, y al fin terminaron por no dejar títere con cabeza. Echaron pergaminos en la lumbre para que sirvieran de pasto á las llamas; destaparon las redomas, no sin quebrar algunas; removieron las vasijas, derramando su contenido, y despues de oler, probar y revolverlo todo, los unos se colgaban de los soles y estrellas, áun no concluidos y pendientes de las bóvedas para secarse; los otros se subian por los osamentos de los gigantescos animales, cuyas formas no habian agradado al señor. Y arrancaron las hojas de los libros para hacer mitras de papel, y se colocaron los compases entre las piernas, á guisa de caballo, y rompieron las varas de virtudes misteriosas, alanceándose con ellas.

Por último, cansados de enredar, decidieron hacer un mundo tal y como le habian visto hacer.

XV.

Aquí comenzó el gran bullicio, la confusion y las carcajadas. La marmita estaba candente. Llegó el uno, vertió un líquido en ella, y se levantó una columna de humo.

Luégo vino otro, arrojó sobre aquél un elíxir misterioso que contenia una redoma, con la que llegó casi sin aliento hasta el borde del receptáculo; tan grande era la vasija y tan rapazuelo su conductor. A cada nuevo ingrediente que arrojaban en la marmita, se elevaban de su fondo llamaradas azules y rojas que saludaba la alegre muchedumbre con gritos de júbilo y risotadas interminables.

XVI.

Allí mezclaron y confundieron todos los elementos del bien y del mal, el dolor y la alegría, la fealdad y la hermosura, la abnegacion y el egoismo, los gérmenes del hielo destinados á mundos hechos de manera que el frio causase una fruicion deleitosa en sus habitadores, y los del calor, compuestos para globos cuyos séres se habian de gozar en las llamas; y revolvieron los principios de la divinidad, el espíritu con la grosera materia, la arcilla y el fango, confundiendo en un mismo brevaje la impotencia y los deseos, la grandeza y la pequeñez, la vida y la muerte.

Aquellos elementos tan contrarios rabiaban al verse juntos en el fondo de la marmita.

XVII.

Hecha la operacion, uno de ellos se arrancó una pluma de las alas, le cortó las barbas con los dientes, y mojando lo restante en el líquido, fué á inclinarse sobre el abismo

sin fondo, y sopló, y apareció un mundo. Un mundo deforme, raquítico, oscuro, aplastado por los polos, que volteaba de medio ganchete, con montañas de nieve y arenales encendidos, con fuego en las entrañas y océanos en la superficie, con una humanidad frágil y presuntuosa, con aspiraciones de Dios y flaquezas de barro. El principio de muerte, destruyendo cuanto existe, y el principio de vida con conatos de eternidad, reconstruyéndolo con sus mismos despojos: un mundo disparatado, absurdo, inconcebible; nuestro mundo, en fin.

Los chiquillos que lo habian formado, al mirarle rodar en el vacío de un modo tan grotesco, lo saludaron con una inmensa carcajada, que resonó en los ocho círculos del Edem.

XVIII.

Brahma, al escuchar aquel ruido volvió en sí y vió cuanto pasaba, y lo comprendió todo. La indignacion llameó en sus pupilas; su airado acento atronó el cielo y amedrentó á la turba de muchachos que huyó sobrecogida y dispersa á puntapiés; y ya tenia levantada la mano sobre aquella deforme creacion para destruirla; ya el solo amago habia producido en ella esa gran catástrofe que áun recordamos con el nombre del diluvio, cuando uno de los *grandharvas*, el más travieso, pero el más mono, se arrojó á sus plantas diciendo entre sollozos: ¡Señor, señor, no nos rompas nuestro juguete!

XIX.

Brahma es grave, porque es Dios, y sin embargo, tuvo que hacer un grande esfuerzo al oir estas palabras para no dejar reventar la risa que le retozaba en los ojos. Al cabo, reponiéndose, exclamó: Id, turba desalmada é incorregible, marcháos donde no os vea más, con vuestra deforme criatura. Ese mundo no debe, no puede existir, porque en él hasta los átomos pelean con los átomos; pero marchad, os repito; mi esperanza es que en poder vuestro no durará mucho.

Dijo Brahma, y los chiquillos, dándose empellones y riéndose descompasadamente y arrojando gritos descomunales, se lanzaron en pos de nuestro globo, y éste le dá por aquí, el otro le urga por allá... Desde entónces ruedan con él por el cielo, para asombro de los otros mundos y desesperacion de sus habitantes.

Por fortuna nuestra, Brahma lo dijo, y sucederá así. Nada hay más delicado ni más temible, que las manos de los chiquillos: en ellas el juguete no puede durar mucho.

MAESE PEREZ EL ORGANISTA.

En Sevilla, en el mismo átrio de Santa Inés, y mientras esperaba que comenzase la misa del gallo, oí esta tradicion á una demandadera del convento.

Como era natural, despues de oirla, aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir á un prodigio.

Nada ménos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la misa, no pude por ménos de decirle á la demandadera con aire de burla:

—¿En qué consiste que el órgano de maese Perez suena ahora tan mal?

—Toma, me contestó la vieja, en que ese no es el suyo.

—¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

—Se cayó á pedazos de puro viejo, hace una porcion de años.

—¿Y el alma del organista?

—No ha vuelto á parecer desde que colocaron el que ahora le sustituye.

Si á alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta, despues de leer esta historia, ya sabe el por qué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros dias.

I.

—¿Veis ese de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias; aquel que baja en este momento de su litera, para dar la mano á esa otra señora, que despues de dejar la suya, se adelanta hácia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ese es el marqués de Moscoso, galan de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que ántes de poner sus ojos sobre esta dama, habia pedido en matrimonio á la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es un poco avaro... pero, ¡calle! en hablando del ruin de Roma, cátale aquí que asoma. ¿Veis aquel que viene por debajo del arco de San Felipe, á pié, embozado en una capa oscura, y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

¿Reparásteis, al desembozarse para saludar á la imágen, la encomienda que brilla en su pecho?

A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creeria un lonjista de la calle de Culebras... Pues ese es el padre en cuestion; mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. Él solo,

tiene más ducados de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey don Felipe; y con sus galeones podria formar una escuadra suficiente á resistir á la del gran turco...

Mirad, mirad ese grupo de señores graves: esos son los caballeros veinticuatros. ¡Hola, hola! Tambien está aquí el flamencote, á quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde, merced á su influjo con los magnates de Madrid... Este no viene á la iglesia más que á oir música... no, pues si maese Perez no le arranca con su órgano lágrimas como puños, bien se puede asegurar que no tiene su alma en su armario, sino friyéndose en las calderas de Pero Botero... ¡Ay vecina! malo... malo... presumo que vamos á tener jarana; yo me refugio en la iglesia, pues por lo que veo, aquí van á andar más de sobra los cintazos que los *Pater Noster*. Mirad, mirad: las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la plaza de San Pedro, y por el callejon de las Dueñas, se me figura que he columbrado á las del de Medinasidonia... ¿No os lo dije?

Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos... los grupos se disuelven... los ministriles, á quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el átrio... y luégo dicen que hay justicia.

Para los pobres...

Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la oscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes... ¡vecina! ¡vecina! aquí... ántes que cierren las puertas. Pero ¡calle! ¿Qué es eso? Aun no han

comenzado, cuando lo dejan. ¿Qué resplandor es aquél?... ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor obispo.

La Vírgen Santísima del Amparo, á quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo á esta Señora!... ¡Con cuánta usura me paga las candelillas que le enciendo los sábados!... Vedlo, qué hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo... Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él, media Sevilla hubiera ya ardido con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones, cómo se acercan ambos á la litera del prelado para besarle el anillo... Cómo le siguen y le acompañan, confundiéndose con sus familiares. Quién diria que esos dos que parecen tan amigos, si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura... es decir, ¿ellos... ellos?... Líbreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí, peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero es la verdad, que si se buscaran... y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarian, poniendo fin de una vez á estas contínuas reyertas, en las cuales los que verdaderamente se baten el cobre de firme son sus déudos, sus allegados y su servidumbre.

Pero vamos, vecina, vamos á la iglesia, ántes que se ponga de bote en bote... que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades, puedo decir que le han hecho á maese Perez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofre-

cido montes de oro por llevarle á la catedral... Pero él, nada... Primero dejaria la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conoceis á maese Perez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varon; pobre sí, pero limosnero cual no otro... Sin más parientes que su hija ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro... ¡Cuidado, que el órgano es viejo!... Pues nada, él se dá tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla... Como que le conoce de tal modo que á tientas... porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y con qué paciencia lleva su desgracia... Cuando le preguntan que cuánto daria por ver, responde: mucho, pero no tanto como creeis, porque tengo esperanzas.—¿Esperanzas de ver?—Sí, y muy pronto, añade sonriéndose como un ángel; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré á Dios.....

¡Pobrecito! Y sí lo verá... porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenia la misma profesion que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle á los fuelles. Luégo, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, á la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecia que se las llevaran á la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre; pero en

semejante noche como ésta, es un prodigio... Él tiene una gran devocion por esta ceremonia de la misa del gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo... las voces de su órgano son voces de ángeles...

En fin, para qué tengo de ponderarle lo que esta noche oirá; baste el ver cómo todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, vienen á un humilde convento para escucharle; y no se crea que sólo la gente sabida y á la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Perez las manos en el órgano... y cuando alzan... cuando alzan no se siente una mosca... de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiracion de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas, y va á comenzar la misa; vamos á dentro...

Para todo el mundo es esta noche Noche-Buena, pero para nadie mejor que para nosotros.

Esto diciendo, la buena mujer que habia servido de cicerone á su vecina, atravesó el átrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujon en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

II.

La iglesia estaba iluminada con una profusion asombrosa. El torrente de luz que se desprendia de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendian los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron á formar un brillante círculo al rededor de la verja del presbiterio. Junto á aquella verja, de pié, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque ó acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecian formar un muro, destinado á defender á sus hijas y sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorumpió en una aclamacion de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, despues de sentarse junto al altar mayor bajo un sólio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendicion al pueblo.

Era la hora de que comenzase la misa.

Trascurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba á rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras á media voz, y el arzobispo

mandó á la sacristía uno de sus familiares á inquirir el por qué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Perez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche á la misa de media noche.

Esta fué la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo, seria cosa imposible; baste decir que comenzó á notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pié y los alguaciles entraron á imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento, un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

—Maese Perez está enfermo, dijo; la ceremonia no puede empezar. Si quereis, yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Perez es el primer organista del mundo, ni á su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente...

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocian á aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban á prorumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el átrio un ruido espantoso.

—¡Maese Perez está aquí!... ¡Maese Perez está aquí!...

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Perez, pálido y desencajado, entraba en efecto en la iglesia, conducido en un sillon, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada habian sido bastante á detenerle en el lecho.

—No, habia dicho; esta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Noche-Buena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos á la iglesia.

Sus deseos se habian cumplido; los concurrentes le subieron en brazos á la tribuna, y comenzó la misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el introito y el Evangelio y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, despues de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza á elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvia en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Perez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonáron en un acorde majestuoso y prolongado que se perdió poco á poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde que parecia una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía.

Era la voz de los ángeles, que, atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Despues comenzaron á oirse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos á la vez, que al confundirse formaban uno solo, que, no obs-

tante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecia flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un giron de niebla sobre las olas del mar.

Luégo fueron perdiéndose unos cantos, despues otros; la combinacion se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundian entre sí; luégo quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana y como á través de una gasa azul que fingia el humo del incienso, apareció la hostia á los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Perez sostenia trinando, se abrió, se abrió, y una explosion de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido, y cuyos vidrios de colores se estremecian en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde, se desarrolló un tema; y unos cerca, otros léjos, éstos brillantes, aquellos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos habia una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentia temblar sus manos, porque Aquél que levantaba en ellas, Aquél á quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios, era su Dios, y le parecia haber visto abrirse los cielos y trasfigurarse la hostia.

El órgano proseguia sonando; pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco, y se aleja y se debilita al alejarse, cuando de pronto

sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discorde y extraño, semejante á un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó á la escalera de la tribuna, hácia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? se decian unos á otros, y nadie sabia responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecia la confusion, y el alboroto comenzaba á subir de punto, amenazando turbar el órden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso? preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fué uno de los primeros á subir á la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigia al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desórden.

—¿Qué hay?

—Que maese Perez acaba de morir.

—En efecto, cuando los primeros fieles, despues de atropellarse por la escalera, llegaron á la tribuna, vieron al pobre organista caido de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que áun vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada á sus piés, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

III.

—Buenas noches, mi señora doña Baltasara; ¿tambien usarced viene esta noche á la misa del gallo? Por mi parte

tenia hecha intencion de irla á oir á la parroquia; pero lo que sucede... ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Y eso que, si he de decir la verdad, desde que murió maese Perez, parece que me echan una losa sobre el corazon cuando entro en Santa Inés... ¡Pobrecito!... ¡Era un santo!... Yo de mí sé decir, que conservo un pedazo de su jubon como una reliquia, y lo merece... pues en Dios y en ánima, que si el señor arzobispo tomara mano en ello, es seguro que nuestros nietos le verian en los altares... Mas, ¡cómo ha de ser!... A muertos y á idos, no hay amigos... Ahora lo que priva es la novedad... ya me entiende usarced. ¡Qué! ¿No sabe nada de lo que pasa? Verdad que nosotras nos parecemos en eso: de nuestra casita á la iglesia, y de la iglesia á nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice ó déjase de decir... sólo que yo, así... al vuelo... una palabra de acá, otra de acullá... sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades... Pues, sí señor; parece cosa hecha que el organista de San Roman, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los otros organistas; aquel perdulariote, que más parece jifero de la puerta de la Carne que maestro de solfa, va á tocar esta Noche-Buena en lugar de maese Perez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo y es cosa pública en Sevilla, que nadie queria comprometerse á hacerlo. Ni áun su hija, que es profesora, y despues de la muerte de su padre entró en el convento de novicia. Y era natural: acostumbrados á oir aquellas maravillas, cualquiera otra cosa habia de parecernos mala, por más que quisieran evitarse las comparaciones. Pues cuando ya la comunidad habia decidido que, en honor del difunto y como muestra de respeto á su memoria, permaneceria callado el órgano en esta noche, héte aquí

que se presenta nuestro hombre, diciendo que él se atreve á tocarlo... No hay nada más atrevido que la ignorancia... Cierto que la culpa no es suya, sino de los que le consienten esta profanacion... pero, así va el mundo... y digo, no es cosa la gente que acude... cualquiera diria que nada ha cambiado desde un año á otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empellones en la puerta, la misma animacion en el átrio, la misma multitud en el templo... ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto! Se volvia á morir por no oir su órgano tocado por manos semejantes. Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas, va á comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas, que no haya más que oir... pero ¡calle! ya entra en la iglesia el héroe de la funcion. ¡Jesús, qué ropilla de colorines, qué gorguera de cañutos, qué aires de personaje! Vamos, vamos, que ya hace rato que llegó el arzobispo, y va á comenzar la misa... vamos, que me parece que esta noche va á darnos que contar para muchos dias.

Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus exabruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose, segun costumbre, un camino entre la multitud á fuerza de empellones y codazos.

Ya se habia dado principio á la ceremonia.

El templo estaba tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, despues de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir á besar el anillo del prelado, habia subido á la tribuna, donde tocaba unos tras otros los registros del órgano, con una gravedad tan afectada como ridícula.

Entre la gente menuda que se apiñaba á los piés de la iglesia, se oia un rumor sordo y confuso, cierto presagio de que la tempestad comenzaba á fraguarse, y no tardaria mucho en dejarse sentir.

—Es un truhan, que por no hacer nada bien, ni áun mira á derechas, decian los unos.

—Es un ignoranton, que despues de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene á profanar el de maese Perez, decian los otros.

Y mientras éste se desembarazaba del capote para prepararse á darle de firme á su pandero, y aquél apercibia sus sonajas, y todos se disponian á hacer bulla á más y mejor, sólo alguno que otro se aventuraba á defender tibiamente al extraño personaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacia tan notable contraposicion con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto maese Perez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, despues de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la hostia en sus manos... Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal; se elevaron las diáfanas ondas del incienso, y sonó el órgano.

Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, todos los instrumentos del populacho alzaron sus discordantes voces á la vez; pero la confusion y el estrépito sólo duró algunos segundos. Todos á la vez, como habian comenzado, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, ámplio, valiente, magnífico, se sos-

tenia aún brotando de los tubos de metal del órgano, como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes como los que acarician los oidos en los momentos de éxtasis; cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio; notas sueltas de una melodía lejana, que suenan á intervalos, traidas en las ráfagas del viento; rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia; trinos de alondras que se levantan gorjeando de entre las flores como una saeta despedida á las nubes; estruendos sin nombre, imponentes como los rugidos de una tempestad; coros de serafines sin ritmos ni cadencia, ignota música del cielo que sólo la imaginacion comprende; himnos alados, que parecian remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos... todo lo expresaban las cien voces del órgano, con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que lo habian expresado nunca. . .

. . . .

Cuando el organista bajó de la tribuna, la muchedumbre que se agolpó á la escalera fué tanta y tanto su afan por verle y admirarle, que el asistente temiendo, no sin razon, que le ahogaran entre todos, mandó á algunos de sus ministriles, para que vara en mano le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.

—Ya veis, le dijo este último cuando le trajeron á su presencia; vengo desde mi palacio aquí sólo por escucharos. ¿Sereis tan cruel como maese Perez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Noche-Buena en la misa de la catedral?

—El año que viene, respondió el organista, prometo

daros gusto, pues por todo el oro de la tierra no volveria á tocar este órgano.

—¿Y por qué? interrumpió el prelado.

—Porque... añadió el organista procurando dominar la emocion que se revelaba en la palidez de su rostro; porque es viejo y malo, y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró, seguido de sus familiares. Unas tras otras las literas de los señores fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos del átrio se disolvieron, dispersándose los fieles en distintas direcciones; y ya la demandadera se disponia á cerrar las puertas de la entrada del átrio, cuando se divisaban aún dos mujeres que, despues de persignarse y murmurar una oracion ante el retablo del arco de San Felipe, prosiguieron su camino, internándose en el callejon de las Dueñas.

—¿Qué quiere usarced? mi señora doña Baltasara, decia la una, yo soy de este genial. Cada loco con su tema... Me lo habian de asegurar capuchinos descalzos y no lo creeria del todo... Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oido mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oidos con algodones... Y luégo, si no hay más que mirarle al rostro, que segun dicen, es el espejo del alma... Yo me acuerdo, pobrecito, como si lo estuviera viendo, me acuerdo de la cara de maese Perez, cuando en semejante noche como esta bajaba de la tribuna, despues de haber suspendido al auditorio con sus primores... ¡Qué sonrisa tan bondadosa, qué color tan animado!... Era viejo y parecia un ángel... no que éste ha bajado las escaleras á trompicones,

como si le ladrase un perro en la meseta, y con un color de difunto y unas... Vamos, mi señora doña Baltasara, créame usarced, y créame con todas veras... Yo sospecho que aquí hay busilis...

Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejon y desaparecian.

Creemos inútil decir á nuestros lectores quién era una de ellas.

IV.

Habia trascurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Perez hablaban en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilon llamaba á voz herida á los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el átrio silencioso y desierto esta vez, y despues de tomar el agua bendita en la puerta, escogia un puesto en un rincon de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la misa del gallo.

—Ya lo veis, decia la superiora, vuestro temor es sobremanera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel á la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad... pero... proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os pasa? ¿Qué teneis?

—Tengo... miedo, exclamó la jóven con un acento profundamente conmovido.

—¡Miedo! ¿de qué?

—No sé... de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os habia oido decir que teníais empeño en que tocase el

órgano en la misa, y ufana con esta distincion pensé arreglar sus registros y templarle, á fin de que hoy os sorprendiese... Vine al coro... sola... abrí la puerta que conduce á la tribuna... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora... no sé cuál. Pero las campanadas eran tristísimas y muchas... muchas... estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el dintel, y aquel tiempo me pareció un siglo.

La iglesia estaba desierta y oscura... Allá léjos, en el fondo, brillaba como una estrella perdida en el cielo de la noche, una luz moribunda... la luz de la lámpara que arde en el altar mayor... A sus reflejos debilísimos, que sólo contribuian á hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, ví... le ví, madre, no lo dudeis, ví un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hácia el sitio en que yo estaba, recorria con una mano las teclas del órgano, mientras tocaba con la otra á sus registros... y el órgano sonaba; pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecia un sollozo ahogado dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco, y reproducia el tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora, y el hombre aquel proseguia recorriendo las teclas. Yo oia hasta su respiracion.

El horror habia helado la sangre de mis venas; sentia en mi cuerpo como un frio glacial, y en mis sienes fuego... Entónces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel habia vuelto la cara y me habia mirado... digo mal, no me habia mirado porque era ciego... ¡Era mi padre!!!

—¡Bah! hermana, desechad esas fantasías con que el ene-

migo malo procura turbar las imaginaciones débiles... Rezad un *Pater noster* y un *Ave-María* al arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la reliquia de San Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad á ocupar la tribuna del órgano; la misa va á comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, ántes que á daros sustos, bajará á inspirar á su hija en esta ceremonia solemne, para el objeto de tan especial devocion.

La priora fué á ocupar su sillon en el coro en medio de la comunidad. La hija de maese Perez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la misa.

Comenzó la misa y prosiguió sin que ocurriese nada de notable hasta qué llegó la consagracion. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de maese Perez...

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron á la tribuna.

—¡Miradle, miradle! decia la jóven, fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se habia levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas al barandal de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo, y no obstante, el órgano seguia sonando... sonando como sólo los arcángeles podrian imitarlo en sus raptos de místico alborozo.

. . . .

—No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo... aquí hay busilis... Oidlo; qué, ¿no

estuvísteis anoche en la misa del gallo? Pero, en fin, ya sabreis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho, y con razon, una furia... Haber dejado de asistir á Santa Inés; no haber podido presenciar el portento... y para qué, para oir una cencerrada; porque personas que lo oyeron, dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé en la catedral, no fué otra cosa... Si lo decia yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira... aquí hay busilis, y el busilis era en efecto el alma de maese Perez.

LOS OJOS VERDES.



Hace mucho tiempo que tenia ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado ocasion, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luégo he dejado á capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, trasparentes como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles despues de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginacion de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algun dia.

I.

—Herido va el ciervo... herido va; no hay duda. Se vé el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al sal-

tar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro jóven señor comienza por donde otros acaban... en cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... ¡Pero por San Saturio, patron de Soria! cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundidle á los corceles una cuarta de hierro en los hijares: ¿no veis que se dirige hácia la fuente de los álamos, y si la salva ántes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más á propósito para cortarle el paso á la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó á las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las habia salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducia á la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! gritó Iñigo entónces; estaba de Dios que habia de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron los trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista á la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunia á la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces? exclamó dirigiéndose á su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardia

la cólera en sus ojos. ¿Qué haces, imbécil? ¡Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya á morir en el fondo del bosque! ¿Crees, acaso, que he venido á matar ciervos para festines de lobos?

—Señor, murmuró Iñigo entre dientes, es imposible pasar de este punto,

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque esa trocha, prosiguió el montero, conduce á la fuente de los Álamos; la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente, paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvareis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿lo ves?... Aun se distingue á intervalos desde aquí... las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame... déjame... suelta esa brida, ó te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue á la fuente? y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitadores. ¡Sús! *¡Relámpago!* ¡sús, caballo mio! si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracan.

Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en

la maleza; despues volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecian inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habeis visto; me he expuesto á morir entre los piés de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe á pasar el capellan con su hisopo.

II.

—Teneis la color quebrada; andais mústio y sombrío; ¿qué os sucede? Desde el dia, que yo siempre tendré por funesto, en que llegásteis á la fuente de los Álamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais á los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Sólo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomais la ballesta para enderezaros á la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volveis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas léjos de los que más os quieren?

Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Despues de un largo silencio, que sólo interrumpia el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada ma-

dera, el jóven exclamó dirigiéndose á su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Iñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo á las fieras, y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez á su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí, dijo el jóven; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazon y asoma á mi semblante. Voy, pues, á revelártelo... Tú me ayudarás á desvanecer el misterio que envuelve á esa criatura, que al parecer sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razon de ella.

El montero, sin desplegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Este, despues de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el dia en que á pesar de tus funestas predicciones llegué á la fuente de los Álamos, y atravesando sus aguas recobré el ciervo que vuestra supersticion hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalándose gota á gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reunen entre los céspedes, y susurrando, susurrando, como un ruido semejante al de las

abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cáuce, y luchan con los obstáculos que se oponen á su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oido en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco, á cuyos piés saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veias tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fué nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, nó; iba á sentarme al borde de la fuente, á buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El dia en que salté sobre ella con mi *Relámpago*, creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña... muy extraña... los ojos de una mujer.

Tal vez seria un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálices parecen esmeraldas... no sé: yo creí ver una mirada que se clavó en la mia; una mirada qué encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fuí un dia y otro á aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño... pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo á tí ahora... una tarde encontré sentada en mi puesto y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderacion. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo habia visto... sí; porque los ojos de aquella mujer, eran los ojos que yo tenia clavados en la mente; unos ojos de un color imposible; unós ojos...

—¡Verdes! exclamó Iñigo con un acento de profundo terror, é incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró á su vez como asombrado de que concluyese lo que iba á decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y alegría:—¿La conoces?

—¡Oh! no, dijo el montero; ¡líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio ó mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más ameis en la tierra, á no volver á la fuente de los Álamos. Un dia ú otro os alcanzará su venganza, y expiareis muriendo el delito de haber encenagado sus ondas.

—¡Por lo que más amo!... murmuró el jóven con una triste sonrisa.

—Sí, prosiguió el anciano; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

—¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú

por qué daria yo el amor de mi padre, los besos de la que me dió la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¿Cómo podré yo dejar de buscarlos?

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Iñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío: ¡Cúmplase la voluntad del cielo!

III.

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un dia y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae á estos lugares, ni á los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble ó villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol habia traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban á grandes pasos por su falda; la brisa gemia entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco á poco de la superficie del lago, comenzaba á envolver las rocas de su márgen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecia próxima á desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba temblando el primogénito de Almenar, de rodillas á los piés de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida, como una estátua de alabastro. Uno de sus rizos caia sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol

que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el jóven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaron un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes! exclamó Fernando, al ver burlada su esperanza; ¿querrás que dé crédito á lo que de tí me han dicho? ¡Oh! No... Háblame: yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El jóven vaciló un instante; un sudor frio corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

—Si lo fueses... te amaria... te amaria, como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando, dijo la hermosa entónces con una voz semejante á una música: yo te amo más aún que tú me amas; yo que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de tí, que eres superior á los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea como ellas, fugaz y trasparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues.

Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; ántes le premio con mi amor como á un mortal superior á las supersticiones del vulgo, como á un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el jóven, absorto en la contemplacion de su fantástica hermosura, atraido como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven, la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellon de lino... las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles, el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven... ven...

La noche comenzaba á extender sus sombras, la luna rielaba en la superficie del lago, la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fátuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven... ven... estas palabras zumbaban en los oidos de Fernando como un conjuro. Ven... y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecia ofrecerle un beso... un beso... Fernando dió un paso hácia ella... otro... y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban á su cuello, y una sensacion fria en sus labios ardorosos, un beso de nieve... y vaciló... y perdió pié, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz, y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose, hasta espirar en las orillas.

LA AJORCA DE ORO.

I.

Ella era hermosa, hermosa con esa hermosura que inspira el vértigo; hermosa con esa hermosura que no se parece en nada á la que soñamos en los ángeles, y que sin embargo, es sobrenatural; hermosura diabólica, que tal vez presta el demonio á algunos séres para hacerlos sus instrumentos en la tierra.

Él la amaba; la amaba con ese amor que no conoce freno ni límites; la amaba con ese amor en que se busca un goce y sólo se encuentran martirios; amor que se asemeja á la felicidad y que, no obstante, parece infundir el cielo para la expiacion de una culpa.

Ella era caprichosa, caprichosa y extravagante, como todas las mujeres del mundo.

Él supersticioso, supersticioso y valiente, como todos los hombres de su época.

Ella se llamaba María Antunez.

Él Pedro Alfonso de Orellana.

Salí del templo, vine á casa, pero vine con aquella idea fija en la imaginacion. Me acosté para dormir; no pude... Pasó la noche, eterna con aquel pensamiento... Al amanecer se cerraron mis párpados y, ¿lo creerás? áun en el sueño veia cruzar, perderse y tornar de nuevo una mujer, una mujer, morena y hermosa, que llevaba la joya de oro y de pedrería; una mujer, sí, porque no era ya la Vírgen que yo adoro y ante quien me humillo; era una mujer, otra mujer como yo, que me miraba y se reia mofándose de mí.—¿La ves? parecia decirme, mostrándome la joya. —¡Cómo brilla! Parece un círculo de estrellas arrancadas del cielo de una noche de verano. ¿La ves? pues no es tuya, no lo será nunca, nunca... Tendrás acaso otras mejores, más ricas, si es posible; pero esta, esta que resplandece de un modo tan fantástico, tan fascinador... nunca... nunca... —Desperté; pero con la misma idea fija aquí, entónces como ahora, semejante á un clavo ardiendo, diabólica, incontrastable, inspirada sin duda por el mismo Satanás... ¿Y qué?... Callas, callas y doblas la frente... ¿No te hace reir mi locura?

Pedro, con un movimiento convulsivo, oprimió el puño de su espada, levantó la cabeza, que en efecto habia inclinado, y dijo con voz sorda:

—¿Qué Vírgen tiene esa presea?

—La del Sagrario, murmuró María.

—¡La del Sagrario! repitió el jóven con acento de terror; ¡la del Sagrario de la catedral!... Y en sus facciones se retrató un instante el estado de su alma, espantada de una idea.

—¡Ah! ¿por qué no la posee otra Vírgen? prosiguió con acento enérgico y apasionado: ¿por qué no la tiene el ar-

zobispo en su mitra, el rey en su corona, ó el diablo entre sus garras? Yo se la arrancaria para tí, aunque me costase la vida ó la condenacion. Pero á la Vírgen del Sagrario, á nuestra santa patrona, yo... yo que he nacido en Toledo, ¡imposible, imposible!

—¡Nunca! murmuró María con voz casi imperceptible; ¡nunca! y siguió llorando.

Pedro fijó una mirada estúpida en la corriente del rio. En la corriente, que pasaba y pasaba sin cesar ante sus extraviados ojos, quebrándose al pié del mirador entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial.

III.

¡La catedral de Toledo! Figuráos un bosque de gigantes palmeras de granito, que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive con la vida que le ha prestado el génio, toda una creacion de séres imaginarios y reales.

Figuráos un cáos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas; donde lucha y se pierde con la oscuridad del santuario el fulgor de las lámparas.

Figuráos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religion, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendreis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fé de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado

á porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiracion y de sus artes.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo, y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra.

La consuncion material se alivia respirando el aire puro de las montañas; el ateismo debe curarse respirando su atmósfera de fé.

Pero si grande, si imponente se presenta la catedral á nuestros ojos á cualquier hora que se penetra en su recinto misterioso y sagrado, nunca produce una impresion tan profunda, como en los dias en que despliega todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería, sus gradas de alfombras y sus pilares de tapices.

Entónces, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata; cuando flota en el aire una nube de incienso, y las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan, entónces es cuando se comprende, al sentirla, la tremenda majestad de Dios que vive en él, y lo anima con su soplo, y lo llena con el reflejo de su omnipotencia.

El mismo dia en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, se celebraba en la catedral de Toledo el último de la magnífica octava de la Vírgen.

La fiesta religiosa habia traido á ella una multitud inmensa de fieles; pero ya ésta se habia dispersado en todas direcciones, ya se habián apagado las luces de las capillas

y del altar mayor, y las colosales puertas del templo habian rechinado sobre sus goznes para cerrarse detrás del último toledano, cuando de entre las sombras y pálido, tan pálido como la estátua de la tumba en que se apoyó un instante mientras dominaba su emocion, se adelantó un hombre que vino deslizándose con el mayor sigilo hasta la verja del crucero. Allí la claridad de una lámpara permitia distinguir sus facciones.

Era Pedro.

¿Qué habia pasado entre los dos amantes para que se arrestara al fin á poner por obra una idea, que sólo el concebirla habia erizado sus cabellos de horror? Nunca pudo saberse. Pero él estaba allí, y estaba allí para llevar á cabo su criminal propósito. En su mirada inquieta, en el temblor de sus rodillas, en el sudor que corria en anchas gotas por su frente, llevaba escrito su pensamiento.

La catedral estaba sola, completamente sola, y sumergida en un silencio profundo.

No obstante, de cuando en cuando se percibian como unos rumores confusos: chasquidos de madera tal vez, ó murmullos del viento, ó ¿quién sabe? acaso ilusion de la fantasía, que oye y ve y palpa en su exaltacion lo que no existe; pero la verdad era que ya cerca, ya léjos, ora á sus espaldas, ora á su lado mismo, sonaban como sollozos que se comprimen, como roce de telas que se arrastran, como rumor de pasos que van y vienen sin cesar.

Pedro hizo un esfuerzo para seguir en su camino; llegó á la verja, y subió la primera grada de la capilla mayor. Al rededor de esta capilla están las tumbas de los reyes, cuyas imágenes de piedra, con la mano en la empuñadura de la espada, parecen velar noche y dia por el san-

tuario á cuya sombra descansan todos por una eternidad.

—¡Adelante!—murmuró en voz baja, y quiso andar y no pudo. Parecia que sus piés se habian clavado en el pavimento. Bajó los ojos, y sus cabellos se erizaron de horror: el suelo de la capilla lo formaban anchas y oscuras losas sepulcrales. Por un momento creyó que una mano fria y descarnada le sujetaba en aquel punto con una fuerza invencible. Las moribundas lámparas, que brillaban en el fondo de las naves como estrellas perdidas entre las sombras, oscilaron á su vista, y oscilaron las estátuas de los sepulcros y las imágenes del altar, y osciló el templo todo con sus arcadas de granito y sus machones de sillería.

—¡Adelante!—volvió á exclamar Pedro como fuera de sí, y se acercó al ara, y trepando por ella subió hasta el escabel de la imágen. Todo al rededor suyo se revestia de formas quiméricas y horribles; todo era tinieblas y luz dudosa, más imponente aún que la oscuridad. Sólo la reina de los cielos, suavemente iluminada por una lámpara de oro, parecia sonreir tranquila, bondadosa y serena en medio de tanto horror.

Sin embargo, aquella sonrisa muda é inmóvil que le tranquilizara un instante, concluyó por infundirle temor; un temor más extraño, más profundo que el que hasta entónces habia sentido.

Tornó empero á dominarse, cerró los ojos para no verla, extendió la mano con un movimiento convulsivo y le arrancó la ajorca de oro, piadosa ofrenda de un santo arzobispo; la ajorca de oro, cuyo valor equivalia á una fortuna.

Ya la presea estaba en su poder; sus dedos crispados la oprimian con una fuerza sobrenatural; sólo restaba huir, huir con ella; pero para esto era preciso abrir los ojos, y

Pedro tenia miedo de ver, de ver la imágen, de ver los reyes de las sepulturas, los demonios de las cornisas, los endriagos de los capiteles, las fajas de sombras y los rayos de luz que, semejantes á blancos y gigantescos fantasmas, se movian lentamente en el fondo de las naves, pobladas de rumores temerosos y extraños.

Al fin abrió los ojos, tendió una mirada, y un grito agudo se escapó de sus labios.

La catedral estaba llena de estátuas; estátuas que, vestidas con luengos y no vistos ropajes, habian descendido de sus huecos, y ocupaban todo el ámbito de la iglesia, y le miraban con sus ojos sin pupila.

Santas, monjas, ángeles, demonios, guerreros, damas, pajes, cenobitas y villanos, se rodeaban y confundian en las naves y en el altar. A sus piés oficiaban, en presencia de los reyes, de hinojos sobre sus tumbas, los arzobispos de mármol que él habia visto otras veces, inmóviles sobre sus lechos mortuorios, mientras que arrastrándose por las losas, trepando por los machones, acurrucados en los doseles, suspendidos de las bóvedas, pululaban, como los gusanos de un inmenso cadáver, todo un mundo de reptiles y alimañas de granito, quiméricos, deformes, horrorosos.

Ya no pudo resistir más. Las sienes le latieron con una violencia espantosa; una nube de sangre oscurecia sus pupilas; arrojó un segundo grito, un grito desgarrador y sobrehumano, y cayó desvanecido sobre el ara.

Cuando al otro dia los dependientes de la iglesia le encontraron al pié del altar, tenia aún la ajorca de oro entre sus manos, y al verlos aproximarse, exclamó con una estridente carcajada.—¡Suya, suya!

El infeliz estaba loco.

EL

CAUDILLO DE LAS MANOS ROJAS.

TRADICION INDIA.

CANTO PRIMERO.

I.

El sol ha desaparecido tras las cimas del Jabwi, y la sombra de esta montaña envuelve con un velo de crespon á la perla de las ciudades de Osira, á la gentil Kattak, que duerme á sus piés entre los bosques de canela y sicomoros, semejante á una paloma que descansa sobre un nido de flores.

II.

El dia que muere y la noche que nace luchan un momento, mientras la azulada niebla del crepúsculo tiende sus alas diáfanas sobre los valles, robando el color y las formas á los objetos, que parecen vacilar agitados por el soplo de un espíritu.

III.

Los confusos rumores de la ciudad, que se evaporan temblando; los melancólicos suspiros de la noche, que se dilatan de eco en eco repetidos por las aves; los mil ruidos misteriosos que como un himno á la Divinidad levanta la creacion al nacer y al morir el astro que la vivifica, se unen al murmullo de Jawkior, cuyas ondas besa la brisa de la tarde, produciendo un canto dulce, vago y perdido como las últimas notas de la improvisacion de una bayadera.

IV.

La noche vence; el cielo se corona de estrellas, y las torres de Kattak para rivalizar con él se ciñen una diadema de antorchas. ¿Quién es ese caudillo que aparece al pié de sus muros, al mismo tiempo que la luna se levanta entre ligeras nubes más allá de los montes, á cuyos piés corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata?

V.

Él es. ¿Qué otro guerrero de cuantos vuelan como la saeta á los combates y á la muerte, tras el estandarte de *Schiven*, meteoro de la gloria, puede adornar sus cabellos con la roja cola del ave de los dioses indios, colgar á su cuello la tortuga de oro, ó suspender su puñal de mango de ágata del amarillo schal de cachemira, sino Pulo-Dheli, rajá de

Dakka, rayo de las batallas y hermano de Tippot-Dheli, magnífico rey de Osira, señor de los señores, sombra de Dios é hijo de los astros luminosos?

VI.

Él es: ningun otro sabe prestar á sus ojos ya el melancólico fulgor del lucero del alba, ya el siniestro brillo de la pupila del tigre, comunicando á sus oscuras facciones el resplandor de una noche serena, ó el aspecto terrible de una tempestad, en las aéreas cumbres del Dawalagiri. Es él; pero ¿qué aguarda?

VII.

¿Oís las hojas suspirar bajo la leve planta de una vírgen? ¿Veis flotar entre las sombras los extremos de su diáfano schal, y las orlas de su blanca túnica? ¿Percibís la fragancia que la precede como la mensajera de un génio? Esperad y la contemplareis al primer rayo de la solitaria viajera de la noche; esperad y conocereis á Siannah, la prometida del poderoso Tippot-Dheli, la amante de su hermano, la vírgen á quien los poetas de su nacion comparan á la sonrisa de Bermach, que lució sobre el mundo cuando éste salió de sus manos; sonrisa celeste, primera aurora de los orbes.

VIII.

Pulo percibe el rumor de sus pasos; su rostro resplandece como la cumbre que toca el primer rayo del sol y sale á su encuentro. Su corazon, que no ha palpitado en el fuego

de la pelea, ni en la presencia del tigre, late violentamente bajo la mano que se llega á él, temiendo se desborde la felicidad que ya no basta á contener. ¡Pulo! ¡Siannah! exclaman al verse, y caen el uno en los brazos del otro. En tanto el Jawkior, salpicando con sus ondas las alas del céfiro, huye á morir al Ganges, y el Ganges al golfo de Bengala, y el golfo al Océano. Todo huye: con las aguas, las horas; con las horas, la felicidad; con la felicidad, la vida. Todo huye á fundirse en la cabeza de Shiven, cuyo cerebro es el cáos, cuyos ojos son la destruccion, y cuya esencia es la nada.

IX.

Ya la estrella del alba anuncia el dia; la luna se desvanece como una ilusion que se disipa, y los sueños hijos de la oscuridad huyen con ella en grupos fantásticos. Los dos amantes permanecen aún bajo el verde abanico de una palmera, mudo testigo de su amor y sus juramentos, cuando se eleva un sordo ruido á sus espaldas.

Pulo vuelve el rostro y exhala un grito agudo y ligero como el del chacal, y retrocede diez piés de un solo salto, haciendo brillar al mismo tiempo la hoja de su agudo puñal damasquino.

X.

¿Qué ha puesto pavor en el alma del valiente caudillo? ¿Acaso esos dos ojos que brillan en la oscuridad son los del manchado tigre, ó los de la terrible serpiente? No. Pulo no teme al rey de las selvas ni al de los reptiles: aquellas pu-

pilas que arrojan llamas pertenecen á un hombre, y aquel hombre es su hermano.

Su hermano, á quien arrebataba su único amor; su hermano, por quien estaba desterrado de Osira, el que por último juró su muerte si volvia á Katrak, poniendo la mano sobre el ara de su Dios.

XI.

Siannah le ve tambien, siente helarse la sangre en sus venas y queda inmóvil, como si la mano de la muerte lo tuviera asido por el cabello. Los dos rivales se contemplan un instante de piés á cabeza; luchan con las miradas, y exhalando un grito ronco y salvaje; se lanzan el uno sobre el otro como dos leopardos que se disputan una presa... Corramos un velo sobre los crímenes de nuestros antepasados; corramos un velo sobre las escenas de luto y horror de que fueron causa las pasiones de los que ya están en el seno del grande espíritu.

XII.

El sol nace en Oriente; diríase al verlo que el génio de la luz, vencedor de las sombras, ébrio de orgullo y majestad, se lanza en triunfo sobre su carro de diamantes, dejando en pos de sí, como la estela de un buque, el polvo de oro que levantan sus corceles en el pavimento de los cielos. Las aguas, los bosques, las aves, el espacio, los mundos tienen una sola voz, y esta voz entona el himno del dia. ¿Quién no siente saltar su corazon de júbilo á los ecos de este solemne cántico?

XIII.

Sólo un mortal: vedle allí. Sus ojos desencajados están fijos con una mirada estúpida en la sangre que tiñe sus manos; en balde saliendo de su inmovilidad, y embargado de un frenesí terrible, corre á lavárselas en las orillas del Jawkior: bajo las cristalinas ondas, las manchas desaparecen; mas apenas retira sus manos, la sangre humeante y roja vuelve á teñirlas. Y torna á las ondas, y torna á aparecer la mancha, hasta que al cabo exclama con un acento de terrible desesperacion: ¡Siannah! ¡Siannah! La maldicion del cielo ha caido sobre nuestras cabezas.

—¿Conoceis á ese desgraciado, á cuyos piés hay un cadáver, y cuyas rodillas abraza una mujer? Es Pulo-Dheli, rey de Osira, magnífico señor de señores, sombra de Dios é hijo de los astros luminosos, por la muerte de su hermano y antecesor.

CANTO SEGUNDO.

I.

¿De qué me sirven el poder y la riqueza si una víbora enroscada en el fondo de mi corazon la devora, sin que me sea dado arrancarla de su guarida? Ser rey, señor de señores; ver cruzar ante los ojos, como las visiones de un sueño, las perlas, el oro, los placeres y la alegría; verlos cruzar al alcance de la mano, y al tenderla para asirlos, encontrar cuanto toca manchado de sangre!... ¡Oh! ¡Esto es espantoso!

II.

Así exclamaba Pulo, revolcándose sobre la púrpura de su lecho y torciéndose las manos á impulsos de su terrible desesperacion. En balde el humo de los pebeteros embalsaman la opulenta cámara; en balde la seda de brillantes colores se ha extendido sobre diez pieles de tigre para que descansen sus miembros; en balde han invocado los Bracmines por siete veces al espíritu del reposo y al génio de los sueños de nácar... el Remordimiento, sentado á la cabecera del lecho, los ahuyenta con un grito lúgubre y prolongado, grito que resuena incesante en el oido de Pulo, que golpea su frente con dolor al escucharlo.

III.

Los génios que cruzan en numerosas caravanas sobre dromedarios de záfiro y entre nubes de ópalo; las schiwas de ojos verdes como las olas del mar, cabello de ébano y cinturas esbeltas como los juncos de los lagos; los cantares de los espíritus invisibles que refrescan con sus alas los cansados párpados de los justos, no pasan como una tromba de luz y de colores en el sueño del criminal.

Gigantes cataratas de sangre negra y espumosa que se estrellan bramando sobre las oscuras peñas de un precipicio terrible, imágenes espantosas y confusas de desolacion y terror; éstos son los fantasmas que engendra su mente durante las horas del reposo.

IV.

Por eso el magnífico señor de Osira no puede gustar la copa del beleño con que los dioses brindan á sus escogidos; por eso apenas la aurora abre las puertas al dia, se lanza del lecho, se desnuda de sus vestidos que abrillantan las perlas y el oro, y depositando un beso sobre la frente de su amada, sale del palacio en traje de un simple cazador, dirigiéndose hácia la parte de la ciudad que domina la cumbre del Fabwi.

V.

Como á la mediacion de esta montaña, nace un torrente que se derrumba en sábanas de plata, hasta bajar á la llanura, donde refrenando su ímpetu, se desliza silencioso entre las guijas y las flores para ir á confundir sus rizadas ondas con las ondas del Jawkior. Una gruta natural formada de enormes peñascos que parecen próximos á desplomarse, sirve de taza á estas olas en su nacimiento. Allí, trasparentes y sombrías sus aguas, parecen dormir sin que las turbe otro rumor que el monótono ruido del manatial que las alimenta, el suspiro de la brisa que viene á humedecer sus alas en la linfa, ó el salvaje grito de los condores que se lanzan á las nubes como una flecha disparada.

VI.

Pulo, ya fuera de los muros de la ciudad, manda retirarse á los que le siguen, y emprende solo y sumido en

hondas meditaciones el camino que, serpenteando entre las rocas y las cortaduras, se dirige á la gruta donde nace el torrente, que ya salpica su rostro con el polvo de sus aguas. ¿Dónde va el señor de Osira? ¿Por qué desnudándose de su recamada túnica, del amarillo schal, emblema misterioso, y del amuleto de los reyes, cambia su vestidura por el tosco traje de un simple cazador? ¿Viene á los montes á buscar á las fieras en su guarida? ¿Viene ansioso de encontrar la soledad, único bálsamo de las penas que el resto de los hombres no comprenden?

VII.

No. Cuando el régio morador de Kattak abandona su alcázar para acosar en sus dominios al soberbio leon ó al rayado tigre, cien bocinas de marfil fatigan el eco de los bosques; cien ágiles esclavos le preceden arrancando las malezas de los senderos, y alfombrando el lugar en que ha de poner sus plantas; ocho elefantes conducen su tienda de lino y oro, y veinte rajás siguen su paso, disputándose el honor de conducir su aljaba de ópalo.

¿Viene á buscar la soledad? Imposible.

La soledad es el imperio de la conciencia.

VIII.

El sol toca á la mitad de su viaje, y Pulo á su término. Á sus piés salta el torrente; sobre su cabeza está la gruta en que duerme el manantial que lo alimenta, manantial sagrado que brotó de las hendiduras de una roca para templar la sed del dios Vichenú, cuando destinado de los cielos



venia á cazar en las faldas del Jabwi durante la noche. A datar de aquella época remota, un Bracmin vela constantemente en el fondo de la gruta, dirigiendo sus oraciones al dios para que conserve las maravillosas virtudes en que, segun una venerable tradicion, abundan las sagradas linfas.

IX.

El último de estos sacerdotes, que encendidos en amor por la divinidad, han consagrado sus dias á venerarla en contemplacion de sus obras, es un anciano, cuyo orígen envuelve un misterio profundo: nadie sabe la época en que llegó á Kattak para guarecerse en la gruta de Vichenú. Rajás venerables, sobre cuya cabeza han lucido más de cuarenta mil soles, aseguran que en su juventud, el Bracmin del torrente tenia ya los cabellos blancos y la frente inclinada. El pueblo le mira con temor y respeto cuando por casualidad baja á la llanura. Dicen que las serpientes danzan á su voz, que los condores le traen su alimento, y que el génio de aquellas aguas, á quien debe la inmortalidad, le revela los arcanos futuros. Otros aseguran que el mismo no es otra cosa que el espíritu bajo las formas de un Bracmin.

X.

¿Quién es? ¿De dónde vino y qué hace? se ignora; pero los que se sienten con el valor necesario para llegar hasta la gruta en que habita, suben á ella para pedirle un remedio contra los males desesperados; una revelacion para conocer el término de las empresas arriesgadas; una peni-

tencia suficiente á lavar un crímen que ni la sangre borraria. Uno de estos es Pulo, porque á la gruta del torrente se dirige. Conociendo que las leves expiaciones que los aduladores Bracmines de Kattak le impusieran, no bastaban á desterrar sus remordimientos, sube á consultar al solitario del Jabwi, solo y de incógnito, para que la pompa real no turbe el espíritu y selle los labios del profeta.

XI.

Pulo llega á través de las zarzas que rodean como un feston los bordes del torrente, hasta la entrada de la gruta. Allí vé una ancha vasija de cobre, suspendida de las ramas de una palmera, para que el viajero apague su sed. El caudillo toca por tres veces con el mango de su yathagan, y el cobre restalla, produciendo un sonido metálico y misterioso, que se pierde vibrando con el rumor de las olas. Un momento trascurre, y el solitario aparece.—Elegido del grande espíritu, exclama al verle el caudillo inclinando la frente; que el enojo de Shiwen no se amontone sobre tu cabeza, como las brumas en las cimas de los montes.—Hijo de mortales, replica el anciano sin responder á su salutacion, ¿qué me quieres?

XII.

—Consultarte.—Habla.—Yo he cometido un crímen, un crímen horroroso, cuyo recuerdo abruma mi alma como una pesadilla eterna. En vano consulté á los adivinos de Bracma; las penitencias que me impusieron han sido inútiles; el remordimiento vive aún en mi corazon; el fan-

tasma de la víctima me sigue á todas partes; se ha hecho la sombra de mi cuerpo, el rumor de mis pasos. Tú, á quien los dioses se dignan visitar; tú, que lees el porvenir en los astros y en las arenas que arrastran los riós, dime: ¿cuándo quedará lavada mi alma de este crímen?—Cuando la sangre que mancha tus manos, que en balde me ocultas, haya desaparecido, exclama el terrible Bracmin lanzando una mirada de indignacion al príncipe, que permanece aterrado ante aquella prueba de la sabiduría del solitario.

XIII.

—¿Me conoces? prorumpe Pulo al fin, saliendo de su estupor.—No te conozco, pero sé quién eres.—¿Quién soy? —El matador de Tippot Dheli.

El príncipe inclina la cabeza á estas palabras como herido de un rayo, y el Bracmin prosigue de este modo:—En la pasada noche, cuando el sueño habia descendido sobre los párpados de los mortales, yo velaba. Un sordo rumor se elevó por grados del fondo del agua sagrada, rumor confuso como el hervidero de cien legiones de abejas; una manga de aire frio y silencioso vino de la parte de Oriente, rizó las ondas y tocó con la punta de sus húmedas alas mi frente. Á su contacto mis nervios saltaron y se heló el tuétano de mis huesos; aquel soplo era el aliento de Vichenú. Poco despues sentí su diestra tan pesada como un mundo, descansar sobre mi hombro, en tanto que me contaba al oido tu historia.

XIV.

—Ahora bien, pues conoces mi delito, dime la manera de expiarlo y hacer que desaparezcan de mis manos estas terribles manchas.

El Bracmin permanece en silencio, y el príncipe prosigue:—¡Qué! ¿mi sangre toda no podrá borrar esta sangre? —Lo ignoro: es muy corta tu vida para expiar ese delito, y Schiwen está airado, porque has hecho uso de tus facultades para la destruccion, obra que á él sólo está encomendada.—Pues bien, si tú lo ignoras, consultemos á Vichenú; él me protegerá contra su hermano. Penetremos en la gruta sagrada.—¿Has ayunado las tres lunas?—Sí.—¿Has huido del lecho nupcial por siete noches?—Sí.—¿Has dejado de cazar durante nueve dias?—Tambien.—Entónces, sígueme. —Algunos momentos despues de este corto diálogo, sus interlocutores se hallaban en el fondo de la misteriosa gruta.

XV.

Lo que pasó en aquel recinto se ignora. La tradicion guarda una idea confusa, y el príncipe por quien esto se supo habla vagamente de sierpes monstruosas y aladas que se precipitaron en las ondas del torrente, para aparecer de nuevo en forma de animales desconocidos y fantásticos; de conjuros tan temibles, que á veces se cubria de manchas el sol, y los montes se estremecian como cañas; de lamentos y aullidos tan espantosos, que la sangre se helaba al escucharlos.

XVI.

Las palabras del dios se guardan y son estas:—Asesino marcado por Schiwen con un sello de eterna infamia, sólo existe una penitencia con que puedes expiar tu crímen; sube por las orillas del Ganges, á través de los pueblos feroces que habitan sus riberas hasta encontrar sus fuentes. El remoto país del Tibbet, á quien defiende como un gigante muro la cordillera del Himalaya, es el término de tu viaje. Cuando llegues á él, lava tus manos en el más escondido de los manantiales, y á la hora en que el valiente Tippot cayó á tus plantas. Si en el discurso de tu peregrinacion no conoces á tu esposa Siannach, que deberá acompañarte, la sangre desaparecerá de tus manos.

XVII.

¿Quién es ese peregrino que se apoya en un grosero cayado de abedul, y que en la sola compañía de una mujer hermosa pero humildemente ataviada, sale por una de las puertas del Kattak al mismo tiempo que la luna se desvanece ante los rayos del astro del dia? Él, él; Pulo-Dheli, magnífico rey de Osira, señor de señores, sombra de Dios é hijo de los astros luminosos.

CANTO TERCERO.

I.

Los peregrinos tocan al término de su viaje: ya han dejado á sus espaldas las fértiles é inmensas llanuras de Ne-

poul; ya han visto á Benarés, célebre por sus alcázares cuyos cimientos besa el sagrado rio que divide al Indostan del imperio de los Birmanes. Como las creaciones de una vision celeste, han cruzado ante sus ojos Palná, famosa por sus templos, sus mujeres y sus tapicerías; Dakka, la ciudad que tejió un velo para el santuario de los dioses, con las trenzas de ébano de sus vírgenes; Goalior, escudo del reino de Sindiak, cuyos muros detienen á las nubes en su vuelo.

II.

Tambien han gustado el reposo á la sombra de los inmensos plátanos de Dehli, concha que guarda á la perla de los reyes, presentando una ofrenda de miel y flores al génio protector de Allad-abad, ciudad que debe su nombre á las caravanas de peregrinos, que de todos los puntos de la India acuden á sus templos, más numerosos que las hojas de los bosques y las arenas del Océano.

III.

Cuarenta lunas han nacido despues que abandonaron su alcázar; pero ¿quién podrá enumerar los países que han cruzado, los bosques que les han prestado su sombra, los rios que han apagado su sed? El Kian-gar, conocido por el de las aguas rojas; el Espuri, cuya mansa corriente arrastra oro bastante á construir con él una alcázar soberbio; los Sen-wads, bosques sombríos, donde el boa se desliza con el rumor de la lluvia; Lahorre, la madre de los guer-

reros; Cachemira, la vírgen de los sietes schales de amianto, y cien y cien otros países, ciudades, bosques, torrentes, rios y montañas, que hasta llegar á las cordilleras del Himalaya, se extienden sobre las inmensas llanuras de la India.

IV.

Pero ya tocan al deseado término, ya han salido de la más terrible de las pruebas, atravesando á par del Ganges el valle del Acíbar, llamado así, no tanto por los árboles que produce, de los que se extrae este licor, como por las amarguras que padecen los infelices que se ven en la necesidad de atravesarlo. Y Pulo atravesó las rocas que lo erizan, llevando á Siannah sobre sus espaldas.

V.

El sol lanza sus rayos perpendiculares sobre la tierra; los viajeros, fatigados de su trabajosa jornada, reposan á la orilla del rio á cuya fuente se aproximan. Un boabad corpulento y magnífico les presta su sombra, capaz de cubrir á una tribu de guerreros; entre las brumas del lejano horizonte se lanza al vacío el Himalaya, y empinado sobre sus cumbres el Dawalagiri, que pasea sus miradas sobre medio mundo.

VI.

Un aura fresca mece las magnolias y los tulipanes que crecen entre los juncos de la ribera, y enjuga el sudor de

sus frentes. El bulbul sobre las ramas de un penachudo talipot entona un canto melancólico y suavísimo, y entre las ráfagas de luz que reverberan las arenas, cruzan diáfanos como el ámbar miriadas de pájaros y de insectos con ropajes de oro y azul, de crespon y esmeraldas.

VII.

Todo convida al descanso. Pulo y Siannah, despues de refrescar sus labios con algunas de las deliciosas frutas del bosque, apagan su sed en las cristalinas ondas que corren produciendo al besar las orillas un ruido manso y melancólico, semejante al arrullo de una tórtola. Al agradable son de las aguas y de las hojas que se agitan como abanicos de esmeraldas sobre sus cabezas, recuerdan en dulces coloquios, y con esa especie de satisfaccion con que se menciona el peligro pasado, las mil aventuras de que han sido héroes durante su peregrinacion, los países que han recorrido, las maravillas que como un panorama magnífico se han desplegado á sus ojos. Forman proyectos sobre el porvenir y sobre la felicidad que les espera, cuando hayan cumplido la expiacion próxima á satisfacerse; sus palabras se atropellan llenas de un fuego y de un color vivísimo; despues va poco á poco languideciendo su diálogo: diríase que hablan una cosa y piensan otra; por último, algunas frases vagas é incoherentes preceden al silencio, que con un dedo sobre el labio se sienta á la par de los amantes sin ser sentido.

VIII.

El sol cae á plomo sobre la gran llanura. La frente del príncipe descansa sobre las rodillas de su esposa. Todo á su alrededor calla ó duerme. En los países tropicales, el medio-día es la noche de la naturaleza. Sólo interrumpen esta calma profunda el grito breve y agudo del bengali, el zumbido monótono y tenaz de los insectos que voltean en el aire, brillando á la luz del sol como un torbellino de piedras preciosas, y la acelerada respiracion de Siannah, respiracion sonora y encendida como la del que sueña embriagado con ópio. Los peregrinos permanecen en silencio. ¿Qué ideas cruzan por su mente?

IX.

Hay momentos en que el alma se desborda como un vaso de mirra que ya no basta á contener el perfume; instantes en que flotan los objetos que hieren nuestros ojos, y con ellos flota la imaginacion. El espíritu se desata de la materia y huye, huye á través del vacío á sumergirse en las ondas de luz entre las que vacilan los lejanos horizontes.

La mente no se halla en la tierra ni en el cielo; recorre un espacio sin límites ni fondo, océano de voluptuosidad indefinible, en el que empapa sus alas para remontarse á las regiones en donde habita el amor.

Las ideas vagan confusas, como esas concepciones sin formas ni color que se ciernen en el cerebro del poeta; como esas sombras, hijas del delirio, que nos llaman al pasar y

huyen, nos brindan amor y se desvanecen entre nuestros brazos.

X.

Pulo es el primero que interrumpe el silencio.

—¡Cuán dulce es, dice, percibir el aliento de la mujer que se ama, ese aliento que se escapa de unos labios encendidos, atropellándose en ellos como olas de ambrosía que vienen á espirar sobre una playa de rubíes!

¡Si me fuera posible, oh hermosa Siannah, explicarte lo que el murmullo de tu respiracion me dice! Suena en mi oido como una voz insólita que murmura palabras desconocidas en un idioma extraño y celeste; me recuerda los dias de mi infancia, aquellas horas sin nombre que precedian á mis sueños de niño, aquellas horas en que los génios, volando al rededor de mi cuna, me narraban consejas maravillosas, que embelesando mi espíritu, formaban la base de mis delirios de oro. ¿No es cierto, no es cierto, hermosa mia, que hasta el aroma que precede al objeto de nuestro amor, el ténue y débil crujido de su túnica, tienen palabras, dicen algo que los demás no comprenden?

XI.

Siannah calla: sus labios entreabiertos y rojos dejan escapar suspiros ardientes, y en su pupila húmeda, azul y dilatada, brilla un punto luminoso semejante al reflejo de una estrella en un lago. Pulo, exclama al fin como volviendo de un éxtasis que le hubiese alejado por algunos

instantes de la tierra, ¿es cierto que existe un árbol cuya sombra causa la muerte?—Es cierto, responde el príncipe; el dios Schiwen lo creó para destruir á los mortales, y su hermano Vichenú, apiadándose de nuestra infelicidad, se lo dió á conocer á Bracma, su elegido. Siannah vuelve á su muda agitacion; su esposo, en tanto, la contempla con un sentimiento de ternura indescriptible.

XII.

Pulo, exclama á los pocos instantes la hermosa, ¿es verdad que existe un árbol cuya sombra agita la sangre en las venas y enciende el amor?—Sí.—¿Lo conoces?—Lo conozco, áun cuando ignoro su nombre. Mas... ¿por qué me haces esta pregunta tan extraña?—No sé... la sombra de este bosque me hace daño... prosigamos nuestra jornada.—¡Proseguir cuando el sol abrasa las arenas! Esperemos á que la brisa de la tarde se levante del golfo y la luz comience á palidecer.—Esperemos, murmura Siannah; pero entre tanto, aparta tus ojos de los mios, vuélvelos al cielo ó duerme, mas no me los claves en el alma.

XIII.

Bien dices; mis ojos en los tuyos beben amor, y nuestro amor, casto y puro otras veces, ahora es un crímen; sí, es necesario que no te vea... Siannah, voy á dormir; cántame algun himno de nuestra patria; arrulla mi sueño como una madre, ya que no como una esposa.

La beldad de las trenzas de ébano canta:

I.

«¡Guerreros! Las espadas de la tribu tienen sed, y la sed de las espadas se templa con sangre.»

«Un torrente de fuego desciende del Jawi; esas centellas que brillan entre la nube de polvo que levantan, son los hierros de nuestros enemigos.»

«Traedme el escudo reforzado con las siete pieles de búfalo, y rodead á mi casco el schal amarillo, para que no me desconozcan en la confusion de la pelea.»

«¡Guerreros! Las espadas de la tribu tienen sed, y la sed de las espadas se templa con sangre.»

II.

«Allá van semejantes en...»

Al llegar aquí, Pulo se incorpora, y Siannah se detiene en su canto.—¿Por qué, exclama el príncipe, no escucho ahora las canciones de mi patria con el placer de otras veces? ¿Será que ya no alienta en mi pecho el corazon de un Dheli, ó acaso que los himnos de guerra no se han hecho para que los recite una hermosa?

XIV.

Entona un canto de amor, uno de aquellos himnos que al son de los címbalos alzan las vírgenes cuando conducen á una jóven esposa al pié de las aras.—Pulo...—Canta, no

temas; yo dormiré tranquilo, arrullado por el eco de tu voz, el suspiro de la brisa, y la música de las aguas.

Siannah canta; su voz tiembla, su pecho se eleva acompasadamente como una ola que se hincha coronada de espuma.

LA VUELTA DEL COMBATE.

I.

«El combate ha terminado con el dia, y el caudillo está ya en presencia de su adorada.»

LA VÍRGEN.

«Caudillo, reclina tu frente sobre mi seno, que quiero beber en ella el sudor y el polvo de la gloria.»

EL CAUDILLO.

«Vírgen, apoya tus labios sobre los mios, que quiero beber en ellos la muerte en una copa de rubí.»

II.

LA VÍRGEN.

«¡Alma de la creacion! ¡hijo de Bermach! ¡génio de las setenta alas! ¡amor, divino amor! desciende en brazos del misterio y de la noche á coronar con tu aureola á los que arden en tu llama.»

EL CAUDILLO.

«¡Espíritu invisible! ¡aliento del alma generosa! ¡esperanza del guerrero! ¡amor, ardiente amor! abandona un instante el alcázar de los dioses, para poner una guirnalda de rosas sobre la corona de laurel del caudillo.»

LA VÍRGEN.

«Caudillo, reclina tu frente sobre mi seno, que quiero beber en ella el sudor y el polvo de la gloria.»

EL CAUDILLO.

«Vírgen, apoya tus labios sobre los mios, que quiero beber en ellos la muerte en una copa de rubí.»

III.

LA VÍRGEN.

«Tu aliento humea y abrasa como el aliento de un volcan; tu mano que busca la mia, tiembla como la hoja en el árbol; la sangre se agolpa á mi corazon, rebosa en él, y enciende mis mejillas; un velo de sombras cae sobre mis párpados; todo se borra y se confunde ante mis ojos, que no ven más que el fuego que arde en los tuyos. Caudillo, ¿qué espíritu invisible llena el aire de melodiosos acordes y me estremece á su contacto?»

EL CAUDILLO.

«Vírgen, es el amor que pasa.»

XV.

El canto de Siannah espira, y con él, suave y armonioso, el rumor de un beso.

¿Qué son los vanos castillos que eleva la voluntad del hombre para combatir las funestas armas de que se vale la fatalidad? Montes de arena que, como los de la gran llanura de Nepoul, asombran al viajero, y un soplo del huracan los arrebata.

CANTO CUARTO.

I.

Hijo mio, dice Schiwen al sueño, baja á la tierra y sé el mensajero de mis iras.

El sueño, hijo de la tumba, levanta á esta voz la frente, entreabre los soñolientos ojos y agita sus noventa manos, en cada una de las cuales tiene una copa llena hasta los bordes de un licor soporífero. ¿Qué me quieres, realidad de mi símbolo, padre que me distes el sér para que sirviera de eslabon invisible entre lo finito y lo infinito, entre el mundo de los hombres y el de las almas, sirviendo para bajar las potencias del cielo y elevar las de la tierra hasta que se toquen en el vacío, que es el lugar de mi soberanía?

II.

Schiwen continúa de este modo, dirigiéndose á su imágen:—Hace algunos momentos pensaba en llevar á cabo la destruccion del príncipe que usurpó un dia el cetro de la muerte; mas en vano buscaba la ocasion de herirle, en vano, porque Vichenú, mi orgulloso antagonista, le defendia bajo el inmenso escudo con que oculta los hombres á mis ojos, cuando éstos se encienden en cólera y arrojan rayos que hieren y matan. De repente oí un zumbido á mi alrededor; torné el rostro; un mundo nuevo, un jóven planeta se adelantaba hácia mí, trazando su círculo en el vacío, fascinado é inocente como el ave atraida por el boa.

III.

De su seno brotaba un raudal de armonías, que llenaban el vacío, dilatándose en él como los círculos en un lago donde se arroja una piedra. Envuelto en un flúido ardiente y luminoso, rodando entre mares de colores y sonidos, su alegría y su gloria parecian insultar mi terrible poder. Levanté la mano; el aire de ésta, desquiciándolo de sus órbitas, lo ha herido de muerte. Incorpórate y tiende los ojos sobre las inmensas llanuras del cielo, verás á Vichenú que corre en pos de él para arrancarle á la inmensa tumba de los astros, volviéndole á la vida.

IV.

Hé aquí el momento oportuno para mi venganza. El

príncipe faltó á su promesa, y ahora está abandonado por mi funesto enemigo. Refresca su ardorosa frente con tus alas, y aguarda la ocasion propicia para derramar sobre sus párpados un sueño precursor del sepulcro, un sueño de agonía y ansiedad, de esos que ciñen la garganta con sus manos de acero, y pesan sobre el corazon como una montaña de plomo.

V.

El sueño tiende las alas de tul, y abandona la selva donde vive, en un alcázar de ébano escondido entre la flotante sombra de los aloes.

El silencio le precede, y sus hechuras le siguen en grupos fantásticos; éstos se agitan y confunden entre sí, dando sér á nuevas y rápidas metamorfosis, locos delirios, embriones de confusas ideas, semejantes á las que produce en mitad de la fiebre una imaginacion débil y sobrexcitada.

VI.

La silenciosa caravana llega á las orillas del Ganges y al lugar en que el príncipe descansa; éste experimenta primero una languidez voluptuosa, despues un entorpecimiento general, y por último, sus párpados caen con el peso del plomo sobre sus pupilas, como una losa fúnebre sobre un sepulcro. El sueño ha vertido sobre ellos una gota del licor que contiene su misterioso vaso de ópalo.

VII.

Cuando la materia duerme, el espíritu vela. En tanto que el cuerpo del caudillo permanece inmóvil y sumergido en un letargo profundo, su alma se reviste de una forma imaginaria, y huye de los lazos que la aprisionan para lanzarse al éter: allí le esperan las creaciones del sueño, que le fingen un mundo poblado de séres animados con la vida de la idea; vision magnífica, profética y real en su fondo, vana sólo en la forma. Oid, segun la tradicion la conserva, la vision del caudillo.

VIII.

La noche es oscura; el viento muge y silba sacudiendo las gigantes ramas del boa-bad de las selvas; los génios blanden sus cárdenas espadas de fuego sobre las nubes, en que se les vé pasar cabalgando; el trueno retumba dilatándose de eco en eco en los abismos de las cordilleras; la lluvia azota el penacho de las palmas, y confundiéndose con los sordos mugidos de la tormenta, el prolongado lamento del vendaval y el temeroso murmullo de las hojas del bosque, se escucha por intervalos un rugido lejano, ronco y estridente, que parece formarse en la cavidad de un pecho de bronce.

IX.

Un Bracmin, al atravesar en tal noche y á tal hora aquella selva, no hubiera podido ménos de dirigir sus ple-

garias al Dios destructor, cuyo triunfo parecia acercarse, equivocando aquellos quejidos de la naturaleza con las profecías de los blancos fantasmas de sus antepasados, que rompian el secreto del sepulcro para enseñarle el camino de la muerte.

X.

De cuantos guerreros se rodean el schal amarillo á la cintura en las fiestas y á la frente en el combate, sólo el caudillo de Osira tendria el valor necesario para arriergarse en sus agrestes y enmarañados senderos con una noche tan terrible.

XI.

Pulo se adelanta con el arco tendido, la flecha pronta y el puñal entre los dientes. Siannah le sigue, pálida la color, el cabello erizado y el paso temeroso.—¿Oyes, dice al príncipe; oyes esa voz que resuena en la espesura?—Es el viento que azota los palmares, responde el caudillo, lanzando, á pesar suyo, una mirada escudriñadora á través de los añosísimos troncos de aloes que bordan las lindes del sendero.

XII.

Los esposos prosiguen caminando, y la tempestad haciéndose cada vez más terrible.—¿Oyes ese rumor que se eleva por grados á nuestra espalda? interrumpe de nuevo la hermosa.—Es la lluvia que agita las lianas, añade el

príncipe armando la flecha y cubriendo á Siannah con su cuerpo. — ¿Oyes? vuelve ésta á interrumpir; álguien respira al rededor nuestro.—Échate en tierra, grita Pulo de repente; el tigre va á saltar sobre nosotros.

XIII.

Dos llamas fosfóricas brillan en la oscuridad.

La flecha del príncipe parte.

A su áspero silbar responde un rugido ahogado y profundo; el tigre salta; Pulo arroja el arco, se cubre con el escudo de pieles, dobla una rodilla, esconde el rostro, y lo espera con el puñal en la diestra. Siannah está desmayada y oculta con el manto del guerrero, á cuyos piés yace.

XIV.

La lucha se traba.

Pulo hunde una y cien veces su puñal en el pecho y en el vientre del tigre, que en su agonía pugna aún por lanzarse sobre su adversario. Éste, cubierto con el escudo, ha podido evitar su ataque, merced á esa ligereza y sangre fria, patrimonio de los hombres avezados á los peligros y á la muerte. Pero ya la temible fiera ha lanzado el último y ronco estertor, revolcándose entre el polvo y la sangre que brota de sus heridas, cuando el príncipe levanta los ojos al cielo sorprendido por un extraño fenómeno.

XV.

La lluvia ha cesado, el huracan y el trueno han enmudecido: al brillante y súbito resplandor de los relámpagos sucede una claridad ténue y azulada, una luz indecisa semejante al primer albor de un dia sin sol y sin aurora. Las aves que se habian guarecido de la tempestad bajo los pabellones de verdura de la selva, llenas de gozo á su vista, quieren alzar el vuelo y entonar su canto; pero la voz se ahoga en su garganta, y caen á tierra heridas de muerte por una mano invisible. Los gigantescos árboles se agitan, y retorciéndose como á impulsos de una horrorosa convulsion, comienzan á alfombrar el suelo con las pálidas hojas que se desprenden de sus ramas, como se desprenden los cabellos de la cabeza de un anciano. Las verdes lianas que se mecieran al soplo del viento suspendidas en el tronco de los antiguos reyes del bosque, pierden el color y la frescura arrugándose sus tersas flores, como un pergamino que se acerca al fuego. Diríase al contemplar este asombroso espectáculo, que un tósigo mortal circulando en el aire, ó levantándose en imperceptibles efluvios de las entrañas de la tierra, habia envenenado la atmósfera, y con ella el mundo.

XVI.

El caudillo lleno de estupor vuelve en torno suyo la mirada; por todas partes le persiguen aquellas imágenes desoladoras; pero lo que más asombro le causa es el ver el sangriento cadáver del tigre estremecerse, y poco á poco,

perdiendo sus primitivas formas, ir tomando, merced á una inconcebible trasformacion, las de una serpiente.

—Ya no me queda ningun género de duda, exclama; Schiwen desea mi muerte; reconozco en ese reptil al ministro de su cólera. ¡Oh! ¡Que no fuera yo un dios para luchar con los dioses!... Mas no importa; mortal miserable como soy, venderé cara mi vida.

XVII.

El temible reptil crece con una rapidez prodigiosa; su longitud es ya treinta veces mayor que la del boa secular que se despierta de dos en dos lunas sobre las márgenes del Sitpuri. Sus ojos redondos, fijos y facisnadores, están clavados en los del caudillo: éste, presa de un vértigo, y con ese arrojo sin límites que presta la desesperacion en sus momentos supremos, arroja léjos de sí el tresdoblado escudo, inútil para aquel combate, y desnuda por segunda vez su puñal.

XVIII.

La gigantesca serpiente comienza á replegarse sobre sí misma, lanzando un silbo áspero y agudo: el príncipe, sin aguardar á que le acometa, se arroja á su cuello, tan grueso como el de una palma colosal, y hace esfuerzos inauditos por herirlo. ¡Imposible! Las aceradas escamas que la cubren y defienden son impenetrables como la concha de las tortugas del Jawkior.

Ya el reptil, aprisionándolo entre sus anillos de bronce, lo

estrecha y comienza á ahogarle; ya el puñal se ha escapado de sus manos desfallecidas, y el velo de la muerte se extiende ante sus ojos, cuando una flecha disparada de las nubes baja silbando y traspasa los de la serpiente.

XIX.

Un furor terrible se apodera de ésta, que, desasiéndose del ya casi inanimado cuerpo de Pulo, busca á ciegas á su celeste enemigo.

La punta de diamante de una segunda flecha pone fin á su agonía con la muerte.

El caudillo recobrado de su estupor puede entónces contemplar, no sin sentirse sobrecogido de una emocion profunda de gratitud y respeto, al que es deudor de la vida.

Vichenú, cubiertas las espaldas con un manto de pieles, el arco tendido aún y el carcax de las flechas de diamante sobre el hombro, está á su lado de pié; la frente del dios toca á las nubes, y su sombra es inmensa como la que arroja el Himalaya sobre las llanuras al ocultarse el sol en los confines del Océano.

XX.

—Caudillo, exclama el antagonista de Schiwen con acento airado, ¿para qué subiste á la sagrada gruta del Jabwi? ¿Para qué interrogastes á las limpias aguas de su manantial, si las revelaciones celestes han sido inútiles, si al cabo habias de romper tu juramento, como se rompe

la flecha sobre la rodilla, en prenda de paz entre dos enemigos?

Pulo enmudece; el rubor de su falta colora sus bronceadas mejillas y ahoga su voz; Vichenú continúa de este modo:

—Inmensa como la imprevision de los hombres es la bondad del cielo: hé aquí por qué me he apiadado de tus culpas. Inútil es ya que busques las fuentes del Ganges; cada grano de arena que cae en la medida de la culpa, debe añadirse á la del castigo; el que te impuso el solitario del Jabwi es ya insuficiente para lavar tu alma.

XXI.

—Si un solo momento de olvido desvaneció como el humo cuanto habia logrado merecer con mi arrepentimiento, ¿qué haré para lavar mi culpa? exclama el príncipe.

—Levántate, prosigue el dios, toma tu arco, descálzate las sandalias, y abandonando las orillas del Ganges, vuelve sobre tus pasos hasta llegar á Cutac. Entre las arenas de sus costas duerme en el seno del olvido un templo que en mi honor levantara un dia tu glorioso antecesor, cuando protegido por mi escudo llevó hasta allí sus huestes invencibles. Sobre los peñascos en que se estrellan las encrespadas olas, tiene su nido un cuervo; sube á preguntarle el lugar en que el templo se oculta: éste lo conocerás por los fuegos que durante la noche voltean sobre sus ruinas, y á aquél por su cabeza blanca.

XXII.

Vichenú desaparece: los árboles recobran su lozanía, la liana su verdura, los pájaros su voz, y á la indecisa y cárdena luz del cielo sucede el tranquilo y suave esplendor de una noche estrellada y llena de armonía, perfumes, suspiros y cantares.

El príncipe se incorpora y corre al lugar en que Siannah permanece desmayada y oculta bajo los pliegues del manto de su esposo. Levanta éste, y de sus labios se escapa un grito de sorpresa y ansiedad.

Siannah no está allí; Siannah ha desaparecido.

XXIII.

En aquel punto el sueño tiende las alas y abandona al príncipe; éste, convulso y pálido aún, despierta de su pesadilla, busca á su esposa, en cuyo seno se habia dormido, y no la encuentra.

El sol, recostado en un lecho de púrpura y de oro como un radjá en su alfombra de colores, lanza á la tierra el último rayo de sus entreabiertos ojos. La naturaleza comienza á despertarse de su sueño del mediodía. Las brisas de la tarde, impregnadas en murmullos y perfumes, juguetean con el cáliz de las flores que se abren á sus besos. Las aguas del Ganges, copiando en sus linfas trasparentes la vigorosa vegetacion de sus riberas, alzan un himno melancólico, al que se unen las aladas y suaves notas de los pájaros que despiden al dia con un dulcísimo y triste adios.

XXIV.

—Siannah, dice el caudillo con voz ahogada por el llanto; Siannah, esposa mia, ¿dónde estás que no me oyes? Siannah, inseparable compañera de mi dolor y mi infortunio, ¿quién te arrancó de mi lado para robarme la única felicidad que me restaba en la tierra? ¡Oh! vuelve, vuelve, hermosa mia: sin tí, mi vida será una noche sin aurora, un llanto sin lágrimas.

XXV.

Sólo el eco responde al enamorado Pulo, que presa de un loco frenesí, corre de nuevo á las orillas del Ganges, busca en la arena la huella de su esposa, y vuelve á llamarla por su nombre cien y cien veces: todo es inútil. La noche borra del cielo los colores; y las nubes, las estrellas, mudos testigos de los pesares y la felicidad de los amantes, aparecen unas tras otras rodeadas de un ligero cendal de bruma, y Siannah no parece.

XXVI.

Insensato, dice una voz que resuena en el viento, sin que se vea la boca de donde parte; ¿qué vas á hacer?

El caudillo, que ha desnudado el puñal para asestarlo contra su pecho, se detiene sobrecogido, y escucha estas palabras:

—Si mueres, nunca la tornarás á ver; si conservas tu vida y cumples cuanto te he dicho, la mancha de sangre de tus

manos desaparecerá para siempre, y encontrarás de nuevo á tu esposa.

Los sueños son el espíritu de la realidad, con las formas de la mentira; los dioses descienden en él hasta los mortales, y sus visiones son páginas del porvenir, ó recuerdos del pasado.

La voz que detiene al príncipe es la de Vichenú, que se le habia aparecido en sueños.

CANTO QUINTO.

I.

El príncipe, despues de un año de peregrinacion, llega al fin al termino señalado por el génio. Éste, durante las jornadas, fijos los ojos sobre su protegido, ha velado dia y noche por su vida hasta dejarle en Cutac.

II.

La aurora rasga el velo de la noche; de sus trenzas de oro se desprende el rocío en una lluvia de perlas sobre las colinas y las llanuras; los horizontes del mar se encienden, y las crestas de sus olas brillan como las escamas de la armadura de un guerrero en un dia de combate; de las flores, húmedas aún con las lágrimas del crepúsculo, se eleva al cielo una columna de aromas en emanaciones; perfumadas emanaciones que los génios cruzando sobre las nubes celestes y ambarinas recogen con las matinales

plegarias de los Bracmines, para depositarlas á los piés de Bermach, autor de la maravillosa máquina de los mundos.

III.

Pulo se ha sentado sobre una de las rocas que erizan en aquella parte del reino de Cutac las extensas playas del Océano. Su pensamiento está dividido entre su esposa y su conciencia.

—Ya se aproxima, dice, la hora del perdon; unos esfuerzos más, y me hallo en presencia del ave misteriosa que Vichenú ha escogido para intérprete de sus designios. Dios, que conservas cuanto existe, apartando las tempestades y la muerte de la cabeza de los hombres, no interpongas tu poder entre mi corazon y la flecha de los guerreros, entre mi vida y las garras del tigre ó los anillos del boa gigante; pero defiéndeme contra mí mismo, arráncame el amor y la conciencia, cuyos golpes matan sin que se vea la mano que los dirige.

IV.

El sol se va levantando pausadamente del seno del mar, y remontándose por la cumbre del firmamento. El caudillo, despues de lavarse por siete veces las manos y los sangrientos piés, recitando algunas oraciones misteriosas, emprende una difícil ascension para llegar á la cima de las colosales rocas, cuya frente han ennegrecido los rayos y las tempestades, cuyas plantas besan ó azotan las hirvientes olas del Océano.

V.

Despues de trepar por espacio de una hora, asiéndose á los arbustos y malezas que crecen en las aberturas de las peñas, el príncipe consigue al fin encontrarse en la cumbre del promontorio.

En una de las rocas de granito que coronan su cúspide hay una hendidura, y en el fondo de ésta le parece distinguir las formas confusas de un ave, que fija en los suyos dos ojos que brillan en la oscuridad con una luz fantástica.

VI.

—Ave de los dioses, prorumpe Pulo cayendo de rodillas ante el aéreo nido del cuervo de la cabeza blanca; ave misteriosa bajo cuyo negro plumaje vivió por espacio de tres siglos el poderoso Vichenú, logrando con este ardid evitar la muerte que el dios de la destruccion le aprestaba; héme aquí esperando tus palabras, como los tulipanes agostados por el fuego del dia esperan las gotas del rocío de la noche.

VII.

El cuervo, abandonando su guarida, se abate sobre una de las enhiestas rocas, y despues de agitar sus alas por tres veces, dice así al caudillo que lo escucha en silencio y con la frente humillada en el polvo:

—Señor de Osira, poderoso descendiente de los Dhelí,

conquistadores de la India y protegidos de Vichenú; sé lo que vienes á preguntarme: así es inútil que me lo refieras. El templo que buscas se halla léjos de este lugar; sigue mis pasos, y te mostraré el sitio en que se empezarán las excavaciones.

VIII.

El cuervo de la cabeza blanca se remonta en los aire dejándose caer al pié del promontorio, donde espera á que baje el caudillo. Cuando éste toca al término de su descension, el ave misteriosa emprende la marcha, caminando á saltos pequeños y sin abandonar la costa en que viene á romperse el oleaje de crestas de oro.

Prosiguen durante todo el dia sin abandonar la ribera blanqueada por la espuma, y cuando ya el sol desciende al seno de las ondas rodeado de espesos y rojos celajes, el alado guía se aparta de las playas, internándose tierra adentro, á través de un pantano cenagoso y cubierto de juncos verdes y altísimos.

IX.

Las nubes, amontonándose en el Occidente, envuelven el cadáver del sol en un sudario de brumas, ántes que descienda á su sepulcro.

La noche se adelanta, una noche sin astros y sin trasparencia; la brisa murmura la oracion de los muertos, sollozando melancólica entre los espesos juncos; el perfume de las flores que se abren en la sombra, vaga en el espacio; el grito del chacal y el silbo de las aves nocturnas resuenan

confundiéndose con esos rumores siniestros y misteriosos, que nacen, tiemblan y se dilatan en el seno de la oscuridad, sin que podamos decir quién los produce.

—Ave inmortal, exclama Pulo deteniéndose en su camino, hé aquí que la noche se ha apoderado de la tierra, y que en balde procuro seguirte, pues la sombra te ha robado á mi vista.

El grito del chacal se oye cada vez más próximo; tú sabes que no le temo; mas estoy sin armas, y por lo tanto inhábil para defenderme de sus traidores ataques.

Volvamos atrás y esperemos al dia para proseguir nuestra jornada. Temerario valor juzgo el de aquel que arriesga su vida contra enemigos que no puede exterminar ó vencer; si al ménos la luna brillara en el cielo, su luz me guiaria á través de este pantano, donde á cada paso que doy temo encontrar la muerte, sepultándome en sus aguas cenagosas é inmóviles.

X.

—No temas, responde el cuervo; el dios que nos envía cuidará de nosotros desde su elevacion. Hé aquí la manera de salir con bien de este peligro: las llanuras que vamos á atravesar presenciaron la derrota de tu padre. Schiwen, celoso del culto que éste rendia en el templo á que nos dirigimos al génio que te protege, reunió en su daño á los guerreros de Cutac y de Lahorre, que ardiendo en sed de venganza contra su vencedor, se juntaron entre las sombras de la noche para afilar las espadas que habian de herir á los predilectos de Vichenú.

XI.

Un dia tu padre abandonó el templo para dirigirse á las selvas que se extienden al pié de la colina, en cuya cumbre está oculto; de pronto una nube de polvo blanca é inmensa, que elevándose de la parte de Oriente oscurecia la luz del sol, atrajo su curiosidad.

—¿Qué nueva y numerosa caravana de peregrinos será la que se aproxima al templo de mi dios? dice, volviéndose á uno de los pérfidos radjás portadores de su escudo y su aljaba.

XII.

Este, lanzando á sus compañeros una mirada de inteligencia, respondió al victorioso rey con la sonrisa en los labios:

—¿Quién sabe cuál será el remoto país que envía este enjambre de peregrinos? La fama del asombroso templo de Cutac corre de boca en boca hasta los más remotos confines del mundo.

Tu padre, despues de fijar nuevamente las miradas en aquella nube de polvo que se aproxima, y de la cual brotan centellas de fuego, exclama con voz terrible:

XIII.

—¿Qué es esto? Los toscos yaids de los peregrinos llamean al rayo del sol como las armaduras de los guerreros de Lahorre. ¿Oís? En las alas del viento llega confuso el

eco de la terrible y bárbara armonía de sus trompas de guerra. ¡Oh! ya no me queda duda; el enemigo que hollé á mis piés se endereza como la víbora para morderme en ellos. No importa; veremos si los caudillos de Lahorre han aprendido de nuevo á vencer, tras tantos años de acostumbrarse á huir.

XIV.

—Valientes, prosigue dirigiéndose á los que le acompañan, dadme el arco y el escudo, desnudad vuestros aceros, y que las roncas bocinas de plata convoquen á mis huestes con sus bramidos.

Eldi-Salck, uno de sus traidores capitanes, por toda respuesta le hunde en el pecho su misma espada, de que era portador, y blandiéndola despues en los aires en ademan de triunfo, prorumpe á voces:

—¡Ánimo, compañeros de esclavitud! ¡Ánimo, domeñados ejércitos de Cutac y Lahorre, desvanecidos un dia al soplo del tirano como al del huracan el humo! ¡Ánimo; nuestro país es libre!

XV.

En tanto, el infelice rey, revolcándose en su sangre, intenta en vano llamar en su socorro; la voz se ahoga en su garganta; hace una postrer tentativa para incorporarse, y cae á tierra muerto y con los puños crispados y tendidos hácia las bárbaras huestes, que se adelantan al bélico y rudo compás de sus instrumentos de bronce.

XVI.

Los sacerdotes de Vichenú se aperciben de la sorpresa, y subiendo á las altas torres de la Pagoda, llenan el ámbito de los aires con los terribles bramidos del caracol sagrado, al que responden en la llanura las bocinas de marfil de los guerreros de tu padre.

XVII.

¿Dónde está nuestro caudillo, que no corre como el leon al combate? ¿Por qué no vuela en la primera fila su manto de púrpura y el schal amarillo que ciñe su frente? ¡Mi dueño! exclaman los valientes conquistadores de Cutac, y ninguno sabe decir dónde se encuentra el señor de Osira, que no responde al rumor de la batalla con el grito de guerra.

XVIII.

Los enemigos se adelantan, la llanura gime bajo el peso de sus carros y elefantes de guerra, y el eco de los lejanos montes repite sus salvajes alaridos. Suena la señal del combate y de la muerte. Los defensores de Vichenú espiran uno á uno al rigor del acero; el templo del dios es presa de las llamas, y con él la naciente ciudad que en sus inmediaciones levantó el rey de Osira en honor del benéfico génio de Alab-abad.

XIX.

Cuando llegó la noche, la espirante llama del incendio, arrojando sus temblorosos círculos de luz y de sombra sobre la llanura, chispeaba en el casco de los valientes que habian sucumbido á los golpes de Schiwen, y que yacían entre el polvo, cubiertos de sangre y de gloria.

Un hondo silencio reinaba en el que fué teatro de la sangrienta lucha, silencio que sólo interrumpia el imponente estruendo de los muros al desplomarse abrasados por las silbadoras llamas, ó el ronco grito del chacal, que ofuscado por el ardiente resplandor del fuego, rugia en su cueva temeroso de lanzarse sobre los cadáveres insepultos.

Los vencedores abandonaron con el dia la llanura, donde desde esa época nadie osa poner la planta, temiendo el enojo de Schiwen, que quiso tener en aquellos hogares un templo de ruinas, habitado por la soledad y el espanto.

XX.

Pulo escucha sobrecogido de un religioso pavor la historia del sangriento combate en que su padre perdió la vida; historia que en su país cantan las bayaderas al son de los címbalos, pero cuya terrible sencillez nunca habia arrancado una lágrima tan ardiente á sus ojos, cual la que entónces rodó abrasadora sobre su mejilla.

XXI.

El cuervo prosigue así: ¿Ves allá entre los espesos caña-

verales, encenderse una llama ligera y cárdena, que vacila y corre sobre el haz de las fétidas aguas del pantano? Más léjos, al pié de la colina donde á la sombra de un bosque sombrío se levanta un grosero sepulcro formado de piedras toscas é irregulares, ¿ves cómo se desarrolla el brillante flúido, y vuela sobre la tumba, y se detiene junto á los troncos de los árboles, y se multiplica, subdividiéndose en mil otras llamas fantásticas, ligeras y de un azulado resplandor?

XXII.

Esos son los espíritus de los valientes que en defensa del génio que te protege sucumbieron al golpe de las hachas de Cutac. Dobla en tierra la rodilla, que tu padre va á dejar el seno de la tumba para guiarnos, á través de la noche, del pantano y de las sombras de los valientes, al sitio en que cubiertos de musgo y escondidos entre las yerbas altas y silenciosas hallaremos los restos mortales, única reliquia del ara de Vichenú.

XXIII.

Pulo se arrodilla, y del tosco sepulcro del bosque se levanta una llama roja, que lanzándose al vacío comienza á caminar con direccion al ocaso.

El cuervo sigue á la llama, y el príncipe al cuervo.

De repente aquella se detiene sobre la cumbre de la colina, en cuya falda duerme el viento de la noche suspirando entre las hojas de los árboles.

El pájaro de la cabeza blanca tiende el vuelo, y cernién-

dose en los aires sobre las ruinas de la Pagoda, llama con una voz al caudillo; éste, maravillado y absorto, sube la suave pendiente que conduce al término de su peregrinacion.

CANTO SEXTO.

I.

Vuelve á tu reino; derrama tus tesoros y trae en tu compañía los artífices más celebrados que en él encuentres. Á la luz del sol durante el dia, á la de las antorchas durante la noche, que no se dé un minuto de reposo á la ociosidad, fatigando el eco de estos solitarios lugares con el alegre y bullicioso clamor de los trabajadores, á los rudos y sonoros golpes del martillo.

II.

Seis años tienes de término para reedificar la Pagoda que llenará al mundo de admiracion, y al rededor de cuyas altísimas torres se agruparán las nubes y estallarán las tempestades, como en las crestas de las montañas. Sedas hay en Cachemir, oro en Siam, cedros en Katuy, elefantes en Lahorre y perlas en el golfo de Ormuz. Recorre estos países, y con sus ofrendas y tus adquisiciones la Pagoda de nuestro dios resplandecerá como los astros, flotantes moradas de los génios.

Entónces se traba en el alma de Pulo una lucha entre la curiosidad y el temor, lucha que concluye con el triunfo de aquella.

Un génio del mal guia sus pasos á través de la noche, y éstos se dirigen impulsados por una fuerza incontrastable hácia el lugar en que se encuentra el peregrino.

III.

Presta de nuevo atencion; nada se escucha. ¿Qué hará? ¡Si fuera posible descubrir un arcano!

Diciendo así, el caudillo de las manos rojas separa las colgaduras de seda y oro que cubren la puerta de la habitacion que ocupa el misterioso viajero; un rayo que hubiera caido á sus piés, no le asombraria tanto como la escena que se presenta á sus ojos.

IV.

El peregrino ha desaparecido.

En mitad del aposento, y al débil resplandor de una lámpara de alabastro, se vé el informe busto de un horroroso ídolo.

La locura en sus fantásticas creaciones, el sueño en sus angustiosas pesadillas, el insomnio en su delirio abrumador, no forjaron nunca una imágen tan repugnante y terrible.

V.

No es su rostro el del génio benéfico que protege al príncipe; ese rostro en cuyas facciones se ven grabadas en ar-

moniosas líneas y rasgos atrevidos, la noble fiereza, la salvaje y varonil hermosura del dios de las selvas; no: la fisonomía de aquella tosca escultura, que sin concluir aún se presenta á los ojos del aterrado Pulo, tiene algo de infernal y medroso: de su redonda pupila parece pronto á brotar el rayo y la muerte; su dilatada boca está contraida por una sonrisa feroz; todo en él revela un génio del mal.

Es la imágen de Schiwen y no la de Vichenú.

La impaciencia ha perdido para siempre al desgraciado caudillo.

VI.

Éste, presa de un vértigo y saliendo de su inmovilidad, —Bracmines, exclama en alta voz, despertad de vuestro sueño; la esperanza de dicha que áun me restaba, se ha desvanecido como el perfume de un lirio que besa el simoun. Schiwen venció en el combate; levantad el ídolo que lo representa; llevadlo al ara sobre vuestros hombros al compás de los himnos de luto y el clamor de las plañideras y los címbalos; suyo será el templo de su hermano, y con él mi vida.

VII.

Los bracmines y los servidores del príncipe que han acudido á su llamamiento, se apresuran á ejecutar sus mandatos; las apagadas antorchas vuelven á despedir torrentes de luz; los guerreros hieren sus escudos con el pomo de la espada; las roncas bocinas de marfil ahuyentan el tranquilo sueño de los habitantes de Cutac, y la triste é imponente

comitiva que conduce al dios de la muerte y del estrago, se dirige á la gigantesca Pagoda, del seno de la cual se escuchan levantarse, crecer y morir temblando en el vacío, medrosos lamentos y horribles carcajadas. Son los génios de la destruccion que solemnizan su victoria.

VIII.

El dia comienza á despuntar; la luna se desvanece, y el mar se colora con la primera luz del alba. El templo resplandece iluminado en su interior por cien y cien magníficas lámparas de bronce y oro; las blancas nubes que se elevan de los altares, difunden la esencia de la mirra y del aloe por los extensos ámbitos de la Pagoda; el príncipe ha ceñido la frente con el amarillo schal, emblema del poder soberano, y cubierto con sus más ricas vestiduras, está de rodillas ante el ara.

Las ceremonias con que los bracmines, invocando la piedad de los génios, han dado posesion al de la muerte del templo de Jaganata, han concluido.

IX.

—¡Sacerdotes, caudillos, siervos, prorumpe al fin el señor de Osira, la cólera de los dioses está suspendida sobre mi cabeza, como una espada pendiente de un cabello; mis manos, que desde la terrible hora en que subí al sólio, ningun mortal ha visto desnudas, están manchadas de sangre. Vedlas; esta sangre es la de mi antecesor, la de mi herma-

no, á quien arranqué la vida con la corona. Schiwen, el dios del remordimiento y de la expiacion, me exige ojo por ojo, corona por corona, vida por vida. Cúmplase su voluntad. Sacerdotes, caudillos, siervos; rogad por el último de los Dhelí, cuya raza va á desaparecer de la tierra.

La multitud, sobrecogida y llena de terror, permanece en silencio; Pulo, volviéndose hácia el altar en que está colocado el dios, prosigue de este modo, dirigiéndose al informe ídolo, que parece que contrae sus labios con una muda é infernal sonrisa..

X.

—Schiwen, enemigo y estirpador de mi raza: si la sangre puede saber mis culpas, apartando tu cólera de la frente de Siannah, recíbela como mi última ofrenda; pero concédeme al ménos que, ántes de partir del mundo, la contemple un instante por la postrera vez; que su boca reciba el frio y apagado aliento de la mia; que sus besos cierren mis párpados á la eterna noche de la tumba.

XI.

La muchedumbre que ocupa las naves del templo tiene fijos sus ojos en el príncipe, y arroja un grito de horror.

Pulo se ha atravesado con su espada, y el caliente borboton de sangre que brotó de su herida, saltó humeando al rostro del génio.

En aquel instante, una mujer atraviesa el átrio de la Pagoda, y se adelanta hasta el recinto en que se eleva el ara de Schiwen.

—¡Siannah! murmura el príncipe reconociéndola; Siannah, al fin te veo ántes de morir. Y espira.

XII.

Siannah, la perla de Ormuz, la violeta de Osira, el símbolo de la hermosura y del amor, la que formó Bermach en un delirio de placer, combinando la gentileza de las palmas de Nepous, la flexibilidad de los juncos del Ganges, la esmeralda de los ojos de una *Schiva*, la luz de un diamante de Golconda, la armonía de una noche de verano y la esencia de un lirio salvaje del Himalaya. Siannah, la hermosa entre las hermosas, siguió á Pulo á través de su peregrinacion en esas regiones desconocidas de las que ningun viajero vuelve.

Siannah fué la primera viuda indiana que se arrojó al fuego con el cadáver de su esposo.

EL RAYO DE LUNA.

Yo no sé si esto es una historia que parece cuento, ó un cuento que parece historia; lo que puedo decir es que en su fondo hay una verdad, una verdad muy triste, de la que acaso yo seré uno de los últimos en aprovecharme, dadas mis condiciones de imaginacion.

Otro con esta idea tal vez hubiera hecho un tomo de filosofía lacrimosa; yo he escrito esta leyenda, que á los que nada vean en su fondo, al ménos podrá entretenerles un rato.

I.

Era noble, habia nacido entre el estruendo de las armas, y el insólito clamor de una trompa de guerra no le hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos un punto del oscuro pergamino en que leia la última cántiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle, no lo debian buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban á volar á los halco-

nes, y los soldados se entretenian los dias de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

—¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? preguntaba algunas veces su madre.

—No sabemos, respondian sus servidores: acaso estará en el cláustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oido á ver si sorprende alguna palabra de la conversacion de los muertos; ó en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del rio por debajo de sus arcos; ó acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista, ó contemplar los fuegos fátuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, porque su sombra no le siguiese á todas partes.

Amaba la soledad, porque en su seno, dando rienda suelta á la imaginacion, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y sus ensueños de poeta; porque Manrique era poeta, tanto, que nunca le habian satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, y nunca los habia encerrado al escribirlos.

Creia que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrian como insectos de oro á lo largo de los troncos encendidos, ó danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado en un escabel junto á la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creia que en el fondo de las ondas del rio, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago, vivian unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides ú ondinas, que exhalaban lamentos y suspiros, ó cantaban y se reian en el monótono rumor del agua, rumor que oia en silencio, intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas, imaginaba percibir formas ó escuchar sonidos misteriosos, formas de séres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podia comprender.

¡Amar! Habia nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba á todas las mujeres un instante: á ésta porque era rubia, á aquella porque tenia los labios rojos, á la otra porque se cimbreaba al andar como un junco.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando á la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, ó á las estrellas, que temblaban á lo léjos como los cambiantes de las piedras preciosas. En aquellas largas noches de poético insomnio, exclamaba: Si es verdad, como el prior de la Peña me ha dicho, que es posible que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas, y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?...

Manrique no estaba aún lo bastante loco para que le siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular á solas, que es por donde se empieza.

II.

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendian á lo largo de la opuesta márgen del rio.

En la época á que nos referimos, los caballeros de la Orden habian ya abandonado sus históricas fortalezas; pero áun quedaban en pié los restos de los anchos torreones de sus muros, áun se veian, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas los macizos arcos de su cláustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido , agitando las altas yerbas.

En los huertos y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacia muchos años las plantas de los religiosos, la vegetacion, abandonada á sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subian encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban y se confundian entre sí, se habian cubierto de céspedes; los cardos silvestres y las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, y en los trozos de fábrica próximos á desplomarse, el jaramago, flotando al viento como el penacho de una cimera, y las campanillas blancas y azules, balanceándose como en un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destruccion y la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de

perfumes y de rumores apacibles, y con una luna blanca y serena, en mitad de un cielo azul, luminoso y trasparente.

Manrique, presa su imaginacion de un vértigo de poesía, despues de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras arrolladas en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba á su punto. La luna, que se habia ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando al entrar en una oscura alameda que conducia desde el derruido cláustro á la márgen del Duero, Manrique exhaló un grito, un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de júbilo.

En el fondo de la sombría alameda habia visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la oscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que habia cruzado el sendero y se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de quimeras ó imposibles penetraba en los jardines.

¡Una mujer desconocida!... ¡En este sitio!... ¡A estas horas! Esa, esa es la mujer que yo busco, exclamó Manrique; y se lanzó en su seguimiento, rápido como una saeta.

III.

Llegó al punto en que habia visto perderse entre la espesura de las ramas á la mujer misteriosa. Habia desaparecido. ¿Por dónde? Allá léjos, muy léjos, creyó divisar por entre los cruzados troncos de los árboles como una claridad

ó una forma blanca que se movia.—¡Es ella, es ella, que lleva alas en los piés y huye como una sombra!—dijo, y se precipitó en su busca separando con las manos las redes de hiedra que se extendian como un tapiz, de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre la maleza y las plantas parásitas hasta una especie de rellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡nadie!—¡Ah! por aquí, por aquí va;—exclamó entónces.—Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, y el crujido de su traje, que arrastra por el suelo y roza en los arbustos;—y corria, y corria como un loco de aquí para allá, y no la veia.—Pero siguen sonando sus pisadas,—murmuró otra vez;—creo que ha hablado; no hay duda, ha hablado... el viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oir lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado... ha hablado... ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera... Y tornó á correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oirla; ya notando que las ramas por entre las cuales habia desaparecido se movian; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus breves piés; luégo firmemente persuadido de que un perfume especial que aspiraba á intervalos era un aroma perteneciente á aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huirle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afan inútil!

Vagó algunas horas de un lado á otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya deslizándose con las mayores precauciones sobre la yerba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando, avanzando por entre los inmensos jardines que bordaban la márgen del rio, llegó al fin al pié de las

rocas sobre que se eleva la ermita de San Saturio.—Tal vez, desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas á través de ese confuso laberinto, exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Llegó á la cima, desde la que se descubre la ciudad en lontananza y una gran parte del Duero que se retuerce á sus piés, arrastrando una corriente impetuosa y oscura por entre las corvas márgenes que lo encarcelan.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista á su alrededor; pero al tenderla y fijarla, al cabo, en un punto, no pudo contener una blasfemia.

La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigia á todo remo á la orilla opuesta.

En aquella barca habia creido distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer sin duda, la mujer que habia visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realizacion de sus más locas esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad de un gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda y larga pluma podia embarazarle para correr, y desnudándose del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalacion hácia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar á la ciudad ántes que la barca tocase en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y cubierto de sudor á la entrada, ya los que habian atravesado el Duero por la parte de San Saturio entraban en Soria por una de las puertas del muro, que en aquel tiempo llegaba hasta la márgen del rio, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

IV.

Aunque desvanecida su esperanza de alcanzar á los que habian entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podia albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la poblacion, y dirigiéndose hácia el barrio de San Juan, comenzó á vagar por sus calles á la ventura.

Las calles de Soria eran entónces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpian, ora el lejano ladrido de un perro, ora el rumor de una puerta al cerrarse, ora el relincho de un corcel que piafando hacia sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oido atento á estos rumores de la noche, que unas veces le parecian los pasos de alguna persona que habia doblado ya la última esquina de un callejon desierto, otras, voces confusas de gentes que hablaban á sus espaldas, y que á cada momento esperaba ver á su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de un sitio á otro.

Por último, se detuvo al pié de un caseron de piedra, oscuro y antiquísimo, y al detenerse brillaron sus ojos con una indescriptible expresion de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio, se veia un rayo de luz templada y suave, que pasando á través de unas ligeras colgaduras de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco y grieteado paredon de la casa de enfrente.

—No cabe duda; aquí vive mi desconocida, murmuró el

jóven en voz baja, y sin apartar un punto sus ojos de la ventana gótica; aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio... por el postigo de San Saturio se viene á este barrio... en este barrio hay una casa, donde pasada la media noche áun hay gente en vela... ¿en vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas excursiones, puede estarlo á estas horas?... No hay más; esta es su casa.

En esta firme persuasion, y revolviendo en su cabeza las más locas y fantásticas imaginaciones, esperó el alba frente á la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz, ni él separó la vista un momento.

Cuando llegó el dia, las macizas puertas del arco que daba entrada al caseron, y sobre cuya clave se veian esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado y agudo. Un escudero apareció en el dintel con un manojo de llaves en la mano, restregándose los ojos, y enseñando al bostezar una caja de dientes, capaces de dar envidia á un cocodrilo.

Verle Manrique y lanzarse á la puerta, todo fué obra de un instante.

—¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido á Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal. Esta fué la salutacion que sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual, despues de mirarle un buen espacio de tiempo, con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

—En esta casa vive el muy honrado Sr. D. Alonso de Valdecuellos, montero mayor de nuestro señor el rey, que herido en la guerra contra moros, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

—Pero ¿y su hija? interrumpió el jóven impaciente; ¿y su hija, ó su hermana, ó su esposa, ó lo que sea?

—No tiene ninguna mujer consigo.

—¡No tiene ninguna!... ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

—¿Allí? Allí duerme mi señor D. Alonso, que como se halla enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo, cayendo de improviso á sus piés, no le hubiera causado más asombro que el que le causaron estas palabras.

V.

—Yo la he de encontrar, la he de encontrar; y si la encuentro, estoy casi seguro de que he de conocerla... ¿En qué?... Eso es lo que no podré decir... pero he de conocerla. El eco de su pisada ó una sola palabra suya que vuelva á oir; un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva á ver, me bastarán para conseguirlo. Noche y dia estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y dia me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras... ¿Qué dijo?... ¿qué dijo?... ¡Ah! si yo pudiera saber lo que dijo, acaso... pero áun sin saberlo la encontraré... la encontraré; me lo da el corazon, y mi corazon no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno, hecho poste de una esquina; que he gastado más de veinte doblas de oro en hacer charlar á dueñas y escuderos; que he dado agua

bendita en San Nicolás á una vieja, arrebujada con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; y al salir de la Colegiata una noche de maitines, he seguido como un tonto la litera del Arcediano, creyendo que el extremo de sus hopalandas era el del traje de mi desconocida; pero no importa... yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla excederá seguramente al trabajo de buscarla.

¿Cómo serán sus ojos?... Deben ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí... no hay duda; azules deben ser, azules son, seguramente; y sus cabellos negros, muy negros, y largos para que floten... me parece que los ví flotar aquella noche, al par que su traje, y eran negros... no me engaño, no; eran negros.

¡Y qué bien sientan unos ojos azules, muy rasgados y adormidos, y una cabellera suelta, flotante y oscura, á una mujer alta... porque... ella es alta, alta y esbelta, como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas, cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

¡Su voz!... su voz la he oido... su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar acompasado y majestuoso como las cadencias de una música.

Y esa mujer, que es hermosa como el más hermoso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que ódia lo que yo ódio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi sér, ¿no se ha de sentir conmóvida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como la amo ya, con

todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la ví la primera y única vez que la he visto... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad y el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habian trascurrido desde que el escudero de D. Alonso de Valdecuellos desengañó al iluso Manrique; dos meses, durante los cuales en cada hora habia formado un castillo en el aire, que la realidad desvanecia con un soplo; dos meses, durante los cuales habia buscado en vano á aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma, merced á sus áun más absurdas imaginaciones, cuando despues de atravesar absorto en estas ideas el puente que conduce á los Templarios, el enamorado jóven se perdió entre las intrincadas sendas de sus jardines.

VI.

La noche estaba serena y hermosa, la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles.

Manrique llegó al cláustro, tendió la vista por su recinto, y miró á través de las macizas columnas de sus arcadas... Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hácia la oscura alameda que conduce al Duero, y áun no habia penetrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Habia visto flotar un instante y desaparecer el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso agita sus miembros, un temblor que va creciendo, que va creciendo, y ofrece los síntomas de una verdadera convulsion, y prorumpe al fin en una carcajada, en una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, habia vuelto á brillar ante sus ojos; pero habia brillado á sus piés un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba á intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movia sus ramas.

Habian pasado algunos años. Manrique, sentado en un sitial junto á la alta chimenea gótica de su castillo, inmóvil casi y con una mirada vaga é inquieta como la de un idiota, apenas prestaba atencion ni á las caricias de su madre, ni á los consuelos de sus servidores.

—Tú eres jóven, tú eres hermoso, le decia aquella; ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer á quien ames, y que amándote pueda hacerte feliz?

—¡El amor!... El amor es un rayo de luna, murmuraba el jóven.

—¿Por qué no os despertais de ese letargo? le decia uno de sus escuderos; os vestís de hierro de piés á cabeza, mandais desplegar al aire vuestro pendon de rico-hombre, y marchamos á la guerra: en la guerra se encuentra la gloria.

—¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

—¿Quereis que os diga una cántiga, la última que ha compuesto mosen Arnaldo, el trovador provenzal?

—¡No! ¡no! exclamó el jóven incorporándose colérico en su sitial; no quiero nada... es decir, sí quiero... quiero que me dejeis solo... Cántigas... mujeres... glorias... felicidad... mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginacion y vestimos á nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos, ¿para qué? ¿para qué? para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco; por lo ménos, todo el mundo lo creia así. A mí, por el contrario, se me figura que lo que habia hecho era recuperar el juicio.

LA CRUZ DEL DIABLO.

Que lo creas ó no, me importa bien poco. Mi abuelo se lo narró á mi padre; mi padre me lo ha referido á mí, y yo te lo cuento ahora, siquiera no sea más que por pasar el rato.

. . .

I.

El crepúsculo comenzaba á extender sus ligeras alas de vapor sobre las pintorescas orillas del Segre, cuando despues de una fatigosa jornada llegamos á Bellver, término de nuestro viaje.

Bellver es una pequeña poblacion situada á la falda de una colina, por detrás de la cual se ven elevarse, como las gradas de un colosal anfiteatro de granito, las empinadas y nebulosas crestas de los Pirineos.

Los blancos caseríos que la rodean, salpicados aquí y allá sobre una ondulante sábana de verdura, parecen á lo léjos un bando de palomas que han abatido su vuelo para apagar su sed en las aguas de la ribera.

Una pelada roca, á cuyos piés tuercen éstas su curso, y sobre cuya cima se notan aún remotos vestigios de cons-

truccion, señala la antigua línea divisoria entre el condado de Urgel y el más importante de sus feudos.

A la derecha del tortuoso sendero que conduce á este punto, remontando la corriente del rio, y siguiendo sus curvas y frondosas márgenes, se encuentra una cruz.

El asta y los brazos son de hierro; la redonda base en que se apoya de mármol, y la escalinata que á ella conduce de oscuros y mal unidos fragmentos de sillería.

La destructora accion de los años, que ha cubierto de orin el metal, ha roto y carcomido la piedra de este monumento, entre cuyas hendiduras crecen algunas plantas trepadoras, que suben enredándose hasta coronarlo, mientras una vieja y corpulenta encina le sirve de dosel.

Yo habia adelantado algunos minutos á mis compañeros de viaje, y deteniendo mi escuálida cabalgadura, contemplaba en silencio aquella cruz, muda y sencilla expresion de las creencias y la piedad de otros siglos.

Un mundo de ideas se agolpó á mi imaginacion en aquel instante. Ideas ligerísimas, sin forma determinada, que unian entre sí, como un invisible hilo de luz, la profunda soledad de aquellos lugares, el alto silencio de la naciente noche y la vaga melancolía de mi espíritu.

Impulsado de un pensamiento religioso espontáneo é indefinible, eché maquinalmente pié á tierra, me descubrí, y comencé á buscar en el fondo de mi memoria una de aquellas oraciones que me enseñaron cuando niño; una de aquellas oraciones que, cuando más tarde se escapan involuntarias de nuestros labios, parece que aligeran el pecho oprimido, y semejantes á las lágrimas, alivian el dolor que tambien toma estas formas para evaporarse.

Ya habia comenzado á murmurarla, cuando de impro-

viso sentí que me sacudian con violencia por los hombros.

Volví la cara; un hombre estaba al lado mio.

Era uno de nuestros guías, natural del país, el cual, con una indescriptible expresion de terror pintada en el rostro, pugnaba por arrastrarme consigo y cubrir mi cabeza con el fieltro que áun tenia en mis manos.

Mi primera mirada, mitad de asombro, mitad de cólera, equivalia á una interrogacion enérgica, aunque muda.

El pobre hombre, sin cejar en su empeño de alejarme de aquel sitio, contestó á ella con estas palabras, que entónces no pude comprender, pero en las que habia un acento de verdad que me sobrecogió:—¡Por la memoria de su madre! ¡Por lo más sagrado que tenga en el mundo, señorito, cúbrase usted la cabeza, y aléjese más que de prisa de esta cruz! ¡Tan desesperado está usted, que no bastándole la ayuda de Dios, recurre á la del demonio!

Yo permanecí un rato mirándole en silencio. Francamente, creí que estaba loco; pero él prosiguió con igual vehemencia:

—Usted busca la frontera; pues bien, si delante de esa cruz le pide usted al cielo que le preste ayuda, las cumbres de los montes vecinos se levantarán en una sola noche hasta las estrellas invisibles, sólo porque no encontremos la raya en toda nuestra vida.

Yo no pude ménos de sonreirme.

—¿Se burla usted?... ¿cree acaso que esa es una cruz santa como la del porche de nuestra iglesia?...

—¿Quién lo duda?

—Pues se engaña usted de medio á medio; porque esa cruz, salvo lo que tiene de Dios, está maldita... esa cruz

pertenece á un espíritu maligno, y por eso la llaman *La cruz del diablo.*

—¡La cruz del diablo! repetí cediendo á sus instancias, sin darme cuenta á mí mismo del involuntario temor que comenzó á apoderarse de mi espíritu, y que me rechazaba como una fuerza desconocida de aquel lugar; ¡la cruz del diablo! ¡Nunca ha herido mi imaginacion un amalgama más disparatada de dos ideas tan absolutamente enemigas!... ¡Una cruz... y del diablo!!! ¡Vaya, vaya! Fuerza será que en llegando á la poblacion me expliques este monstruoso absurdo.

Durante este corto diálogo, nuestros camaradas, que habian picado sus cabalgaduras, se nos reunieron al pié de la cruz; yo les expliqué en breves palabras lo que acababa de suceder; monté nuevamente en mi rocin, y las campanas de la parroquia llamaban lentamente á la oracion, cuando nos apeamos en el más escondido y lóbrego de los paradores de Bellver.

II.

Las llamas rojas y azules se enroscaban chisporroteando á lo largo del grueso tronco de encina que ardia en el ancho hogar; nuestras sombras, que se proyectaban temblando sobre los ennegrecidos muros, se empequeñecian ó tomaban formas gigantescas, segun la hoguera despedia resplandores más ó ménos brillantes; el vaso de saúco, ora vacío, ora lleno y no de agua, como cangilon de noria, habia dado tres veces la vuelta en derredor del círculo que formábamos junto al fuego, y todos esperaban con impa-

ciencia la historia de *La cruz del diablo*, que á guisa de postres de la frugal cena que acabábamos de consumir, se nos habia prometido, cuando nuestro guía tosió por dos veces, se echó al coleto un último trago de vino, limpióse con el revés de la mano la boca, y comenzó de este modo:

—Hace mucho tiempo, mucho tiempo, yo no sé cuánto, pero los moros ocupaban aún la mayor parte de España, se llamaban condes nuestros reyes, y las villas y aldeas pertenecian en feudo á ciertos señores, que á su vez prestaban homenaje á otros más poderosos, cuando acaeció lo que voy á referir á ustedes.

Concluida esta breve introduccion histórica, el héroe de la fiesta guardó silencio durante algunos segundos como para coordinar sus recuerdos, y prosiguió así:

—Pues es el caso, que en aquel tiempo remoto, esta villa y algunas otras formaban parte del patrimonio de un noble baron, cuyo castillo señorial se levantó por muchos siglos sobre la cresta de un peñasco que baña el Segre, del cual toma su nombre.

Aun testifican la verdad de mi relacion algunas informes ruinas que, cubiertas de jaramago y musgo, se alcanzan á ver sobre su cumbre desde el camino que conduce á este pueblo.

No sé si por ventura ó desgracia quiso la suerte que este señor, á quien por su crueldad detestaban sus vasallos, y por sus malas cualidades ni el rey admitia en la corte, ni sus vecinos en el hogar, se aburriese de vivir solo con su mal humor y sus ballesteros en lo alto de la roca en que sus antepasados colgaron su nido de piedra.

Devanábase noche y dia los sesos en busca de alguna distraccion propia de su carácter, lo cual era bastante di-

fícil despues de haberse cansado, como ya lo estaba, de mover guerra á sus vecinos, apalear á sus servidores y ahorcar á sus súbditos.

En esta ocasion, cuentan las crónicas que se le ocurrió, aunque sin ejemplar, una idea feliz.

Sabiendo que los cristianos de otras poderosas naciones se aprestaban á partir juntos en una formidable armada á un país maravilloso para conquistar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que los moros tenian en su poder, se determinó á marchar en su seguimiento.

Si realizó esta idea con objeto de purgar sus culpas, que no eran pocas, derramando su sangre en tan justa empresa, ó con el de trasplantarse á un punto donde sus malas mañas no se conociesen, se ignora; pero la verdad del caso es, que con gran contentamiento de grandes y chicos, de vasallos y de iguales, allegó cuanto dinero pudo, redimió á sus pueblos del señorío, mediante una gruesa cantidad, y no conservando de propiedad suya más que el peñon del Segre y las cuatro torres del castillo, herencia de sus padres, desapareció de la noche á la mañana.

La comarca entera respiró en libertad durante algun tiempo, como si despertara de una pesadilla.

Ya no colgaban de los árboles de sus sotos, en vez de frutas, racimos de hombres; las muchachas del pueblo no temian al salir con su cántaro en la cabeza á tomar agua de la fuente del camino, ni los pastores llevaban sus rebaños al Segre por sendas impracticables y ocultas, temblando encontrar á cada revuelta de la trocha, á los ballesteros de su muy amado señor.

Así trascurrió el espacio de tres años; la historia de *el mal caballero*, que sólo por este nombre se le conocia, co-

menzaba á pertenecer al exclusivo dominio de las viejas, que en las eternas veladas del invierno las relataban con voz hueca y temerosa á los asombrados chicos; las madres asustaban á los pequeñuelos incorregibles ó llorones diciéndoles: *¡que viene el señor del Segre!* Cuando hé aquí que no sé si un dia ó una noche, si caida del cielo ó abortada de los profundos, el temido señor apareció efectivamente, y como suele decirse, en carne y hueso, en mitad de sus antiguos vasallos.

Renuncio á describir el efecto de esta agradable sorpresa. Ustedes se lo podrán figurar mejor que yo pintarlo, sólo con decirles que tornaba reclamando sus vendidos derechos, que si malo se fué, peor volvió, y si pobre y sin crédito se encontraba ántes de partir á la guerra, ya no podia contar con más recursos que su despreocupacion, su lanza, y una media docena de aventureros tan desalmados y perdidos como su jefe.

Como era natural, los pueblos se resistieron á pagar tributos, que á tanta costa habian redimido; pero el señor puso fuego á sus heredades, á sus alquerías y á sus mieses.

Entónces apelaron á la justicia del rey; pero el señor se burló de las cartas-leyes de los condes soberanos; las clavó en el postigo de sus torres, y colgó á los farsantes de una encina.

Exasperados y no encontrando otra via de salvacion, por último, se pusieron de acuerdo entre sí, se encomendaron á la Divina Providencia y tomaron las armas; pero el señor reunió á sus secuaces, llamó en su ayuda al diablo, se encaramó á su roca y se preparó á la lucha.

Esta comenzó terrible y sangrienta. Se peleaba con todas

armas, en todos sitios y á todas horas, con la espada y el fuego, en la montaña y en la llanura, en el dia y durante la noche.

Aquello no era pelear para vivir; era vivir para pelear.

Al cabo triunfó la causa de la justicia. Oigan ustedes cómo.

Una noche oscura, muy oscura, en que no se oia ni un rumor en la tierra ni brillaba un solo astro en el cielo, los señores de la fortaleza, engreidos por una reciente victoria, se repartian el botin, y ébrios con el vapor de los licores, en mitad de la loca y estruendosa orgía, entonaban sacrílegos cantares en loor de su infernal patrono.

Como dejo dicho, nada se oia en derredor del castillo, excepto el eco de las blasfemias, que palpitaban, perdidas en el sombrío seno de la noche, como palpitan las almas de los condenados envueltas en los pliegues del huracan de los infiernos.

Ya los descuidados centinelas habian fijado algunas veces sus ojos en la villa que reposaba silenciosa, y se habian dormido sin temor á una sorpresa, apoyados en el grueso tronco de sus lanzas, cuando hé aquí que algunos aldeanos, resueltos á morir y protegidos por la sombra, comenzaron á escalar el cubierto peñon del Segre, á cuya cima tocaron á punto de la media noche.

Una vez en la cima, lo que faltaba por hacer fué obra de poco tiempo: los centinelas salvaron de un solo salto el valladar que separa al sueño de la muerte; el fuego aplicado con teas de resina al puente y al rastrillo, se comunicó con la rapidez del relámpago á los muros; y los escaladores, favorecidos por la confusion y abriéndose paso entre las llamas, dieron fin con los habitantes de aquella guarida en un abrir y cerrar de ojos.

Todos perecieron.

Cuando el cercano dia comenzó á blanquear las altas copas de los enebros, humeaban aún los calcinados escombros de las desplomadas torres, y á través de sus anchas brechas, chispeando al herirla la luz y colgada de uno de los negros pilares de la sala del festin, era fácil divisar la armadura del temido jefe, cuyo cadáver, cubierto de sangre y polvo, yacía entre los desgarrados tapices y las calientes cenizas, confundido con los de sus oscuros compañeros.

El tiempo pasó: comenzaron los zarzales á rastrear por los desiertos patios, la hiedra á enredarse en los oscuros machones, y las campanillas azules á mecerse colgadas de las mismas almenas. Los desiguales soplos de la brisa, el graznido de las aves nocturnas y el rumor de los reptiles, que se deslizaban entre las altas yerbas, turbaban sólo de vez en cuando el silencio de muerte de aquel lugar maldecido; los insepultos huesos de sus antiguos moradores blanqueaban al rayo de la luna, y áun podia verse el haz de armas del señor del Segre, colgado del negro pilar de la sala del festin.

Nadíe osaba tocarle; pero corrian mil fábulas acerca de aquel objeto, causa incesante de hablillas y terrores para los que le miraban llamear durante el dia, herido por la luz del sol, ó creian percibir en las altas horas de la noche el metálico son de sus piezas, que chocaban entre sí cuando las movia el viento, con un gemido prolongado y triste.

A pesar de todos los cuentos que á propósito de la armadura se fraguaron, y que en voz baja se repetian unos á otros los habitantes de los alrededores, no pasaban de cuentos, y el único más positivo que de ello resultó, se re-

dujo entónces á una dósis de miedo más que regular, que cada uno de por sí se esforzaba en disimular lo posible haciendo, como decirse suele, de tripas corazon.

Si de aquí no hubiera pasado la cosa, nada se habia perdido. Pero el diablo, que á lo que parece no se encontraba satisfecho de su obra, sin duda con el permiso de Dios, y á fin de hacer purgar á la comarca algunas culpas, volvió á tomar cartas en el asunto.

Desde este momento las fábulas, que hasta aquella época no pasaron de un rumor vago y sin viso alguno de verosimilitud, comenzaron á tomar consistencia y á hacerse de dia en dia más probables.

En efecto, hacia algunas noches que todo el pueblo habia podido observar un extraño fenómeno.

Entre las sombras, á lo léjos, ya subiendo las retorcidas cuestas del peñon del Segre, ya vagando entre las ruinas del castillo, ya cerniéndose al parecer en los aires, se veian correr, cruzarse, esconderse y tornar á aparecer para alejarse en distintas direcciones, unas luces misteriosas y fantásticas, cuya procedencia nadie sabia explicar.

Esto se repitió por tres ó cuatro noches durante el intervalo de un mes; y los confusos aldeanos esperaban inquietos el resultado de aquellos conciliábulos, que ciertamente no se hizo aguardar mucho, cuando tres ó cuatro alquerías incendiadas, varias reses desaparecidas y los cadáveres de algunos caminantes despeñados en los precipicios, pusieron en alarma todo el territorio en diez leguas á la redonda.

Ya no quedó duda alguna. Una banda de malhechores se albergaba en los subterráneos del castillo.

Estos, que sólo se presentaban al principio muy de tarde en tarde y en determinados puntos del bosque, que áun en

el dia se dilata á lo largo de la ribera, concluyeron por ocupar casi todos los desfiladeros de las montañas, emboscarse en los caminos, saquear los valles y descender como un torrente á la llanura, donde á este quiero, á este no quiero, no dejaban títere con cabeza.

Los asesinatos se multiplicaban; las muchachas desaparecian, y los niños eran arrancados de las cunas á pesar de los lamentos de sus madres, para servirlos en diabólicos festines, en que, segun la creencia general, los vasos sagrados sustraidos de las profanadas iglesias servian de copas.

El terror llegó á apoderarse de los ánimos en un grado tal, que al toque de oraciones nadie se aventuraba á salir de su casa, en la que no siempre se creian seguros de los bandidos del peñon.

Mas ¿quiénes eran estos? ¿De dónde habian venido? ¿Cuál era el nombre de su misterioso jefe? Hé aquí el enigma que todos querian explicar y que nadie podia resolver hasta entónces, aunque se observase desde luego que la armadura del señor feudal habia desaparecido del sitio que ántes ocupara, y posteriormente varios labradores hubiesen afirmado que el capitan de aquella desalmada gavilla marchaba á su frente, cubierto con una que, de no ser la misma, se le asemejaba en un todo.

Cuanto queda repetido, si se le despoja de esa parte de fantasía con que el miedo abulta y completa sus creaciones favoritas, nada tiene en sí de sobrenatural y extraño.

¿Qué cosa más corriente en unos bandidos que las ferocidades con que éstos se distinguian, ni más natural que el apoderarse su jefe de las abandonadas armas del señor del Segre?

Sin embargo, algunas revelaciones hechas ántes de morir por uno de sus secuaces, prisionero en las últimas refriegas, acabaron de colmar la medida, preocupando el ánimo de los más incrédulos. Poco más ó ménos, el contenido de su confesion fué este:

—Yo, dijo, pertenezco á una noble familia. Los extravíos de mi juventud, mis locas prodigalidades y mis crímenes por último, atrajeron sobre mi cabeza la cólera de mis deudos y la maldicion de mi padre, que me desheredó al espirar. Hallándome solo y sin recursos de ninguna especie, el diablo sin duda debió sugerirme la idea de reunir algunos jóvenes que se encontraban en una situacion idéntica á la mia, los cuales, seducidos con la promesa de un porvenir de disipacion, libertad y abundancia, no vacilaron un instante en suscribir á mis designios.

Estos se reducian á formar una banda de jóvenes de buen humor, despreocupados y poco temerosos del peligro, que desde allí en adelante vivirian alegremente del producto de su valor y á costa del país, hasta tanto que Dios se sirviera disponer de cada uno de ellos conforme á su voluntad, segun hoy á mí me sucede.

Con este objeto señalamos esta comarca para teatro de nuestras expediciones futuras, y escogimos como punto el más á propósito para nuestras reuniones el abandonado castillo del Segre, lugar seguro, no tanto por su posicion fuerte y ventajosa, como por hallarse defendido contra el vulgo por las supersticiones y el miedo.

Congregados una noche bajo sus ruinosas arcadas, al rededor de una hoguera que iluminaba con su rojizo resplandor las desiertas galerías, trabóse una acalorada disputa sobre cuál de nosotros habia de ser elegido jefe.

Cada uno alegó sus méritos; yo expuse mis derechos: ya los unos murmuraban entre sí con ojeadas amenazadoras; ya los otros con voces descompuestas por la embriaguez habian puesto la mano sobre el pomo de sus puñales para dirimir la cuestion, cuando de repente oimos un extraño crujir de armas, acompañado de pisadas huecas y sonantes, que de cada vez se hacian más distintas. Todos arrojamos á nuestro alrededor una inquieta mirada de desconfianza; nos pusimos de pié y desnudamos nuestros aceros, determinados á vender caras las vidas; pero no pudimos por ménos de permanecer inmóviles al ver adelantarse con paso firme é igual un hombre de elevada estatura, completamente armado de la cabeza al pié y cubierto el rostro con la visera del casco, el cual, desnudando su montante, que dos hombres podrian apenas manejar, y poniéndole sobre uno de los carcomidos fragmentos de las rotas arcadas, exclamó con una voz hueca y profunda, semejante al rumor de una caida de aguas subterráneas:

—Si alguno de vosotros se atreve á ser el primero mientras yo habite en el castillo del Segre, que tome esa espada, signo del poder.

Todos guardamos silencio, hasta que, trascurrido el primer momento de estupor, le proclamamos á grandes voces nuestro capitan, ofreciéndole una copa de nuestro vino, la cual rehusó por señas, acaso por no descubrirse la faz, que en vano procuramos distinguir á través de las rejillas de hierro que la ocultaba á nuestros ojos.

No obstante, aquella noche pronunciamos el más formidable de los juramentos, y á la siguiente dieron principio nuestras nocturnas correrías. En ellas nuestro misterioso jefe marchaba siempre delante de todos. Ni el fuego le

ataja, ni los peligros le intimidan, ni las lágrimas le conmueven. Nunca despliega sus labios; pero cuando la sangre humea en nuestras manos, como cuando los templos se derrumban calcinados por las llamas; cuando las mujeres huyen espantadas entre las ruinas, y los niños arrojan gritos de dolor, y los ancianos perecen á nuestros golpes, contesta con una carcajada de feroz alegría á los gemidos, á las imprecaciones y á los lamentos.

Jamás se desnuda de sus armas ni abate la visera de su casco despues de la victoria, ni participa del festin, ni se entrega al sueño. Las espadas que le hieren se hunden entre las piezas de su armadura, y ni le causan la muerte, ni se retiran teñidas en sangre; el fuego enrojece su espaldar y su cota, y áun prosigue impávido entre las llamas, buscando nuevas víctimas; desprecia el oro, aborrece la hermosura, y no le inquïeta la ambicion.

Entre nosotros, unos le creen un extravagante; otros un noble arruinado, que por un resto de pudor se tapa la cara; y no falta quien se encuentra convencido de que es el mismo diablo en persona.

El autor de estas revelaciones murió con la sonrisa de la mofa en los labios y sin arrepentirse de sus culpas; varios de sus iguales le siguieron en diversas épocas al suplicio; pero el temible jefe, á quien contínuamente se unian nuevos prosélitos, no cesaba en sus desastrosas empresas.

Los infelices habitantes de la comarca, cada vez más aburridos y desesperados, no acertaban ya con la determinacion que deberia tomarse para concluir de un todo con aquel órden de cosas, cada dia más insoportable y triste.

Inmediato á la villa, y oculto en el fondo de un espeso bosque, vivia á esta sazon, en una pequeña ermita dedi-

cada á San Bartolomé, un santo hombre de costumbres piadosas y ejemplares, á quien el pueblo tuvo siempre en olor de santidad, merced á sus saludables consejos y acertadas predicciones.

Este venerable ermitaño, á cuya prudencia y proverbial sabiduría encomendaron los vecinos de Bellver la resolucion de este difícil problema, despues de implorar la misericordia divina por medio de su santo patrono, que, como ustedes no ignoran, conoce al diablo muy de cerca, y en más de una ocasion le ha atado bien corto, les aconsejó que se emboscasen durante la noche al pié del pedregoso camino que sube serpenteando por la roca, en cuya cima se encontraba el castillo, encargándoles al mismo tiempo que ya allí, no hiciesen uso de otras armas para aprehenderlo que de una maravillosa oracion que les hizo aprender de memoria, y con la cual aseguraban las crónicas que San Bartolomé habia hecho al diablo su prisionero.

Púsose en planta el proyecto, y su resultado excedió á cuantas esperanzas se habian concebido; pues áun no iluminaba el sol del otro dia la alta torre de Bellver, cuando sus habitantes, reunidos en grupos en la plaza Mayor, se contaban unos á otros con aire de misterio, cómo aquella noche, fuertemente atado de piés y manos y á lomos de una poderosa mula, habia entrado en la poblacion el famoso capitan de los bandidos del Segre.

De qué arte se valieron los acometedores de esta empresa para llevarla á término, ni nadie se lo acertaba á explicar, ni ellos mismos podian decirlo; pero el hecho era que, gracias á la oracion del santo ó al valor de sus devotos, la cosa habia sucedido tal como se referia.

Apenas la novedad comenzó á extenderse de boca en boca



y de casa en casa, la multitud se lanzó á las calles con ruidosa algazara, y corrió á reunirse á las puertas de la prision. La campana de la parroquia llamó á concejo, y los vecinos más respetables se juntaron en capítulo, y todos aguardaban ansiosos la hora en que el reo habia de comparecer ante sus improvisados jefes.

Éstos, que se encontraban autorizados por los condes de Urgel para administrarse por sí mismos pronta y severa justicia sobre aquellos malhechores, deliberaron un momento, pasado el cual, mandaron comparecer al delincuente á fin de notificarle su sentencia.

Como dejo dicho, así en la plaza Mayor, como en las calles por donde el prisionero debia atravesar para dirigirse al punto en que sus jueces se encontraban, la impaciente multitud hervia como un apiñado enjambre de abejas. Especialmente en la puerta de la cárcel, la conmocion popular tomaba cada vez mayores proporciones; y ya los animados diálogos, los sordos murmullos y los amenazadores gritos comenzaban á poner en cuidado á sus guardas, cuando afortunadamente llegó la órden de sacar al reo.

Al aparecer éste bajo el macizo arco de la portada de su prision, completamente vestido de todas armas y cubierto el rostro con la visera, un sordo y prolongado murmullo de admiracion y de sorpresa se elevó de entre las compactas masas del pueblo, que se abrian con dificultad para dejarle paso.

Todos habian reconocido en aquella armadura la del señor del Segre; aquella armadura, objeto de las más sombrías tradiciones mientras se la vió suspendida de los arruinados muros de la fortaleza maldita.

Las armas eran aquellas, no cabia duda alguna; todos

habian visto flotar el negro penacho de su cimera en los combates, que en un tiempo trabaran contra su señor; todos le habian visto agitarse al soplo de la brisa del crepúsculo, á par de la hiedra del calcinado pilar en que quedaron colgadas á lá muerte de su dueño. Mas ¿quién podria ser el desconocido personaje que entónces las llevaba? Pronto iba á saberse: al ménos así se creia. Los sucesos dirán cómo esta esperanza quedó frustrada, á la manera de otras muchas, y por qué de este solemne acto de justicia, del que debia aguardarse el completo esclarecimiento de la verdad, resultaran nuevas y más inexplicables confusiones.

El misterioso bandido penetró al fin en la sala del consejo, y un silencio profundo sucedió á los rumores que se elevaran de entre los circunstantes, al oir resonar bajo las altas bóvedas de aquel recinto el metálico son de sus acicates de oro. Uno de los que componian el tribunal, con voz lenta é insegura le preguntó su nombre, y todos prestaron el oido con ansiedad para no perder una sola palabra de su respuesta; pero el guerrero se limitó á encoger sus hombros ligeramente con un aire de desprecio é insulto, que no pudo ménos de irritar á sus jueces, los que se miraron entre sí sorprendidos.

Tres veces volvió á repetirle la pregunta, y otras tantas obtuvo semejante ó parecida contestacion.

—¡Que se levante la visera! ¡Que se descubra! ¡Que se descubra! comenzaron á gritar los vecinos de la villa presentes al acto. ¡Que se descubra! ¡Veremos si se atreve entónces á insultarnos con su desden, como ahora lo hace protegido por el incógnito!

—Descubríos, repitió el mismo que anteriormente le dirigiera la palabra.

El guerrero permaneció impasible.

—Os lo mando en el nombre de nuestra autoridad.

La misma contestacion.

—En el de los condes soberanos.

Ni por esas.

La indignacion llegó á su colmo, hasta el punto que uno de sus guardas, lanzándose sobre el reo, cuya pertinacia en callar bastaria para apurar la paciencia á un santo, le abrió violentamente la visera. Un grito general de sorpresa se escapó del auditorio, que permaneció por un instante herido de un inconcebible estupor.

La cosa no era para ménos.

El casco, cuya férrea visera se veia en parte levantada hasta la frente, en parte caida sobre la brillante gola de acero, estaba vacío... completamente vacío.

Cuando pasado ya el primer momento de terror quisieron tocarle, la armadura se estremeció ligeramente, y descomponiéndose en piezas, cayó al suelo con un ruido sordo y extraño.

La mayor parte de los espectadores, á la vista del nuevo prodigio, abandonaron tumultuosamente la habitacion y salieron despavoridos á la plaza.

La nueva se divulgó con la rapidez del pensamiento entre la multitud, que aguardaba impaciente el resultado del juicio; y fué tal la alarma, la revuelta y la vocería, que ya á nadie cupo duda sobre lo que de pública voz se aseguraba, esto es, que el diablo, á la muerte del señor del Segre, habia heredado los feudos de Bellver.

Al fin se apaciguó el tumulto, y decidióse volver á un calabozo la maravillosa armadura.

Ya en él, despacháronse cuatro emisarios, que en repre-

sentacion de la atribulada villa hiciesen presente el caso al conde de Urgel y al arzobispo, los que no tardaron muchos dias en tornar con la resolucion de estos personajes, resolucion que, como suele decirse, era breve y compediosa.

—Cuélguese, les dijeron, la armadura en la plaza Mayor de la villa; que si el diablo la ocupa, fuerza le será el abandonarla ó ahorcarse con ella.

Encantados los habitantes de Bellver con tan ingeniosa solucion, volvieron á reunirse en consejo, mandaron levantar una altísima horca en la plaza, y cuando ya la multitud ocupaba sus avenidas, se dirigieron á la cárcel por la armadura, en corporacion y con toda la solemnidad que la importancia del caso requeria.

Cuando la respetable comitiva llegó al macizo arco que daba entrada al edificio, un hombre pálido y descompuesto se arrojó al suelo en presencia de los aturdidos circunstantes, exclamando con las lágrimas en los ojos:

—¡Perdon, señores, perdon!

—¡Perdon! ¿Para quién? dijeron algunos; ¿para el diablo, que habita dentro de la armadura del señor del Segre?

—Para mí, prosiguió con voz trémula el infeliz, en quien todos reconocieron al alcaide de las prisiones; para mí... porque las armas... han desaparecido!

Al oir estas palabras, el asombro se pintó en el rostro de cuantos se encontraban en el pórtico, que, mudos é inmóviles, hubieran permanecido en la posicion en que se encontraban Dios sabe hasta cuándo, si la siguiente relacion del aterrado guardian no les hubiera hecho agruparse en su alrededor para escuchar con avidez:

—Perdonadme, señores, decia el pobre alcaide; y yo no os ocultaré nada, siquiera sea en contra mia.

Todos guardaron silencio, y él prosiguió así:

—Yo no acertaré nunca á dar la razon; pero es el caso que la historia de las armas vacías me pareció siempre una fábula tejida en favor de algun noble personaje, á quien tal vez altas razones de conveniencia pública no permitian ni descubrir ni castigar.

En esta creencia estuve siempre, creencia, en que no podia ménos de confirmarme la inmovilidad en que se encontraban desde que por segunda vez tornaron á la cárcel traidas del concejo. En vano una noche y otra, deseando sorprender su misterio, si misterio en ellas habia, me levantaba poco á poco y aplicaba el oido á los intersticios de la ferrada puerta de su calabozo; ni un rumor se percibia.

En vano procuré observarlas á través de un pequeño agujero producido en el muro; arrojadas sobre un poco de paja y en uno de los más oscuros rincones, permanecian un dia y otro descompuestas é inmóviles.

Una noche, por último, aguijoneado por la curiosidad y deseando convencerme por mí mismo de que aquel objeto de terror nada tenia de misterioso, encendí una linterna, bajé á las prisiones, levanté sus dobles aldabas, y no cuidando siquiera—tanta era mi fé en que todo no pasaba de un cuento—de cerrar las puertas tras mí, penetré en el calabozo. Nunca lo hubiera hecho; apenas anduve algunos pasos, la luz de mi linterna se apagó por sí sola, y mis dientes comenzaron á chocar, y mis cabellos á erizarse. Turbando el profundo silencio que me rodeaba, habia oido como un ruido de hierros, que se removian y chocaban al unirse entre las sombras.

Mi primer movimiento fué arrojarme á la puerta para cerrar el paso; pero al asir sus hojas, sentí sobre mis hom-

bros una mano formidable cubierta con un guantelete, que despues de sacudirme con violencia me derribó sobre el dintel. Allí permanecí hasta la mañana siguiente, que me encontraron mis servidores falto de sentido, y recordando sólo que despues de mi caida, habia creido percibir confusamente como unas pisadas sonoras, al compás de las cuales resonaba un rumor de espuelas, que poco á poco se fué alejando hasta perderse.»

Cuando concluyó el alcaide, reinó un silencio profundo, al que siguió luégo un infernal concierto de lamentaciones, gritos y amenazas.

Trabajo costó á los más pacíficos el contener al pueblo que, furioso con la novedad, pedia á grandes voces la muerte del curioso autor de su nueva desgracia.

Al cabo logróse apaciguar el tumulto, y comenzaron á disponerse á una nueva persecucion. Esta obtuvo tambien un resultado satisfactorio.

Al cabo de algunos dias, la armadura volvió á encontrarse en poder de sus perseguidores. Conocida la fórmula, y mediante la ayuda de San Bartolomé, la cosa no era ya muy difícil.

Pero áun quedaba algo por hacer: pues en vano, á fin de sujetarlo, lo colgaron de una horca; en vano emplearon la más exquisita vigilancia con el objeto para quitarle toda ocasion de escaparse por esos mundos. En cuanto las desunidas armas veian dos dedos de luz, se encajaban, y pian pianito, volvian á tomar el trote y á emprender de nuevo sus excursiones por montes y llanos, que era una bendicion del cielo.

Aquello era el cuento de nunca acabar.

En tan angustiosa situacion, los vecinos se repartieron

entre sí las piezas de la armadura, que acaso por la centésima vez se encontraba en sus manos, y rogando al piadoso eremita, que un dia los iluminó con sus consejos, decidiera lo que debia hacerse con ella.

El santo varon ordenó al pueblo una penitencia general. Se encerró por tres dias en el fondo de la caverna que le servia de asilo, y al cabo de ellos dispuso que se fundiesen las diabólicas armas, y con ellas y algunos sillares del castillo del Segre, se levantase una cruz.

La operacion se llevó á término, aunque no sin que nuevos y aterradores prodigios llenasen de pavor el ánimo de los consternados habitantes de Bellver.

En tanto que las piezas arrojadas á las llamas comenzaban á enrojecerse, largos y profundos gemidos parecian escaparse de la ancha hoguera, de entre cuyos troncos saltaban como si estuvieran vivas y sintiesen la accion del fuego. Una tromba de chispas rojas, verdes y azules, danzaba en la cúspide de sus encendidas lenguas, y se retorcian crujiendo como si una legion de diablos, cabalgando sobre ellas, pugnasen por libertar á su señor de aquel tormento.

Extraña, horrible fué la operacion en tanto que la candente armadura perdia su forma para tomar la de una cruz.

Los martillos caian resonando con un espantoso estruendo sobre el yunque, al que veinte trabajadores vigorosos sujetaban las barras del hirviente metal, que palpitaba y gemia al sentir los golpes.

Ya se extendian los brazos del signo de nuestra redencion, ya comenzaba á formarse la cabecera, cuando la diabólica y encendida masa se retorcia de nuevo como en una

convulsion espantosa, y rodeándose al cuerpo de los desgraciados, que pugnaban por desasirse de sus brazos de muerte, se enroscaba en anillas como una culebra, ó se contraia en zigzag como un relámpago.

El constante trabajo, la fé, las oraciones y el agua bendita, consiguieron por último vencer al espíritu infernal, y la armadura se convirtió en cruz.

Esa cruz es la que hoy habeis visto, y á la cual se encuentra sujeto el diablo que le presta su nombre: ante ella, ni las jóvenes colocan en el mes de Mayo ramilletes de lirios, ni los pastores se descubren al pasar, ni los ancianos se arrodillan, bastando apenas las severas amonestaciones del clero para que los muchachos no la apedreen.

Dios ha cerrado sus oidos á cuantas plegarias se le dirijan en su presencia. En el invierno los lobos se reunen en manadas junto al enebro que la protege, para lanzarse sobre las reses; los bandidos esperan á su sombra á los caminantes, que entierran á su pié despues que los asesinan; y cuando la tempestad se desata, los rayos tuercen su camino para liarse silbando al asta de esa cruz y romper los sillares de su pedestal.

TRES FECHAS.

En una cartera de dibujo que conservo aún llena de ligeros apuntes, hechos durante algunas de mis excursiones semi-artísticas á la ciudad de Toledo, hay escritas tres fechas.

Los sucesos de que guardan la memoria estos números, son hasta cierto punto insignificantes. Sin embargo, con su recuerdo me he entretenido en formar algunas noches de insomnio una novela más ó ménos sentimental ó sombría, segun que mi imaginacion se hallaba más ó ménos exaltada y propensa á ideas risueñas ó terribles.

Si á la mañana siguiente de uno de estos nocturnos y extravagantes delirios, hubiera podido escribir los extraños episodios de las historias imposibles que forjo ántes que se cierren del todo mis párpados; esas historias, cuyo vago desenlace flota, por último, indeciso en ese punto que separa la vigilia del sueño, seguramente formarian un libro disparatado, pero original y acaso interesante.

No es eso lo que pretendo hacer ahora. Esas fantasías ligeras, y por decirlo así, impalpables, son en cierto modo

como las mariposas, que no pueden cogerse en las manos sin que se quede entre los dedos el polvo de oro de sus alas.

Voy, pues, á limitarme á narrar brevemente los tres sucesos que suelen servir de epígrafe á los capítulos de mis soñadas novelas; los tres puntos aislados que yo suelo reunir en mi mente, por medio de una série de ideas como un hilo de luz; los tres temas, en fin, sobre que yo hago mil y mil variaciones, las que pudiéramos llamar absurdas sinfonías de la imaginacion.

I.

Hay en Toledo una calle estrecha, torcida y oscura, que guarda tan fielmente la huella de las cien generaciones que en ella han habitado; que habla con tanta elocuencia á los ojos del artista, y le revela tantos secretos puntos de afinidad entre las ideas y las costumbres de cada siglo, con la forma y el carácter especial impreso en sus obras más insignificantes, que yo cerraria sus entradas con una barrera, y pondria sobre la barrera un tarjeton con este letrero:

«En nombre de los poetas y de los artistas; en nombre de los que sueñan y de los que estudian, se prohibe á la civilizacion que toque á uno sólo de estos ladrillos con su mano demoledora y prosáica.»

Dá entrada á esta calle por uno de sus extremos, un arco macizo, achatado y oscuro, que sostiene un pasadizo cubierto.

En su clave hay un escudo, roto ya y carcomido por la accion de los años, en el cual crece la hiedra, que agitada

con el aire, flota sobre el casco que lo corona como un penacho de plumas.

Debajo de la bóveda y enclavado en el muro, se vé un retablo con su lienzo ennegrecido é imposible de descifrar, su marco dorado y churrigueresco, su farolillo pendiente de un cordel y sus votos de cera.

Más allá de este arco que bañá con su sombra aquel lugar, dándole un tinte de misterio y tristeza indescriptible, se prolongan á ambos lados dos hileras de casas oscuras, desiguales y extrañas, cada cual de su forma, sus dimensiones y su color. Unas están construidas de piedras toscas y desiguales, sin más adornos que algunos blasones groseramente esculpidos sobre la portada; otras son de ladrillo, y tienen un arco árabe que les sirve de ingreso, dos ó tres ajimeces abiertos al capricho en un paredon grieteado, y un mirador que termina en una alta veleta. Las hay con traza que no pertenece á ningun órden de arquitectura, y que tienen, sin embargo, un remiendo de todas; que son un modelo acabado de un género especial y conocido, ó una muestra curiosa de las extravagancias de un período del arte.

Estas tienen un balcon de madera con un cobertizo disparatado; aquellas una ventana gótica recientemente enlucida y con algunos tiestos de flores; la de más allá unos pintorreados azulejos en el marco de la puerta, clavos enormes en los tableros, y dos fustes de columnas, tal vez procedentes de un alcázar morisco, empotrados en el muro.

El palacio de un magnate convertido en corral de vecindad; la casa de un alfaquí habitada por un canónigo; una sinagoga judía trasformada en oratorio cristiano; un convento levantado sobre las ruinas de una mezquita árabe,

de la que áun queda en pié la torre; mil extraños y pintorescos contrastes, mil y mil curiosas muestras de distintas razas, civilizaciones y épocas compendiadas, por decirlo así, en cien varas de terreno. Hé aquí todo lo que se encuentra en esta calle: calle construida en muchos siglos, calle estrecha, deforme, oscura y con infinidad de revueltas, donde cada cual al levantar su habitacion tomaba una saliente, dejaba un rincon ó hacia un ángulo con arreglo á su gusto, sin consultar el nivel, la altura ni la regularidad; calle rica en no calculadas combinaciones de líneas, con un verdadero lujo de detalles caprichosos, con tantos y tantos accidentes, que cada vez ofrece algo nuevo al que la estudia.

Cuando por primera vez fuí á Toledo, mientras me ocupé en sacar algunos apuntes de San Juan de los Reyes, tenia precision de atravesarla todas las tardes para dirigirme al convento desde la posada, con honores de fonda, en que me habia hospedado.

Casi siempre la atravesaba de un extremo á otro, sin encontrar en ella una sola persona, sin que turbase su profundo silencio otro ruido que el ruido de mis pasos, sin que detrás de las celosías de un balcon, del cancel de una puerta ó la rejilla de una ventana, viese ni áun por casualidad el arrugado rostro de una vieja curiosa ó los ojos negros y rasgados de una muchacha toledana. Algunas veces me parecia cruzar por en medio de una ciudad desierta, abandonada por sus habitantes desde una época remota.

Una tarde, sin embargo, al pasar frente á un caseron antiquísimo y oscuro, en cuyos altos paredones se veian tres ó cuatro ventanas de formas desiguales, repartidas sin órden ni concierto, me fijé casualmente en una de ellas. La

formaba un gran arco ojival, rodeado de un feston de hojas picadas y agudas. El arco estaba cerrado por un ligero tabique, recientemente construido y blanco como la nieve, en medio del cual se veia, como contenida en la primera, una pequeña ventana con un marco y sus hierros verdes, una maceta de campanillas azules, cuyos tallos subian á enredarse por entre las labores de granito, y unas vidrieras con sus cristales emplomados y su cortinilla de una tela blanca, ligera y trasparente.

Ya la ventana de por sí era digna de llamar la atencion por su carácter; pero lo que más poderosamente contribuyó á que me fijase en ella, fué el notar que cuando volví la cabeza para mirarla, las cortinillas se habian levantado un momento para volver á caer, ocultando á mis ojos la persona que sin duda me miraba en aquel instante.

Seguí mi camino preocupado con la idea de la ventana, ó mejor dicho, de la cortinilla, ó más claro todavía, de la mujer que la habia levantado; porque indudablemente, á aquella ventana tan poética, tan blanca, tan verde, tan llena de flores, sólo una mujer podia asomarse, y cuando digo una mujer, entiéndase que se supone jóven y bonita.

Pasé otra tarde; pasé con el mismo cuidado; apreté los tacones, aturdiendo la silenciosa calle con el ruido de mis pasos, que repetian, respondiéndose, dos ó tres ecos; miré á la ventana, y la cortinilla se volvió á levantar.

La verdad es que realmente detrás de ella no ví nada; pero con la imaginacion me pareció descubrir un bulto, el bulto de una mujer, en efecto.

Aquel dia me distraje dos ó tres veces dibujando. Y pasé otros dias, y siempre que pasaba, la cortinilla se levantaba de nuevo, permaneciendo así hasta que se perdia el ruido

de mis pasos, y yo desde léjos volvia á ella por última vez los ojos.

Mis dibujos adelantaban poca cosa. En aquel cláustro de San Juan de los Reyes; en aquel cláustro tan misterioso y bañado en triste melancolía, sentado sobre el roto capitel de una columna, la cartera sobre las rodillas, el codo sobre la cartera y la frente entre las manos, al rumor del agua que corre allí con un murmullo incesante, al ruido de las hojas del agreste y abandonado jardin, que agitaba la brisa del crepúsculo, ¡cuánto no soñaria yo con aquella ventana y aquella mujer! Yo la conocia; ya sabia cómo se llamaba, y hasta cuál era el color de sus ojos.

La miraba cruzar por los extensos y solitarios patios de la antiquísima casa, alegrándolos con su presencia como el rayo del sol que dora unas ruinas. Otras veces me parecia verla en un jardin con unas tapias muy altas y muy oscuras, con unos árboles muy corpulentos y añosos, que debia haber allá en el fondo de aquella especie de palacio gótico, donde vivia, coger flores y sentarse sola en un banco de piedra, y allí suspirar mientras las deshojaba pensando en... ¿quién sabe?... Acaso en mí; ¿qué digo acaso? en mí seguramente. ¡Oh! ¡cuántos sueños, cuántas locuras, cuánta poesía despertó en mi alma aquella ventana mientras permanecí en Toledo!...

Pero trascurrió el tiempo que habia de permanecer en la ciudad. Un dia, pesaroso y cabizbajo, guardé todos mis papeles en la cartera; me despedí del mundo de las quimeras, y tomé un asiento en el coche para Madrid.

Antes de que se hubiera perdido en el horizonte la más alta de las torres de Toledo, saqué la cabeza por la portezuela para verla otra vez, y me acordé de la calle.

Tenia aún la cartera bajo el brazo, y al volverme á mi asiento, mientras doblábamos la colina que ocultó de repente la ciudad á mis ojos, saqué el lápiz y apunté una fecha. Es la primera de las tres, á la que yo llamo la fecha de la ventana.

II.

Al cabo de algunos meses volví á encontrar ocasion de marcharme de la corte por tres ó cuatro dias. Limpié el polvo á mi cartera de dibujo, me la puse bajo el brazo, y provisto de una mano de papel, media docena de lápices y unos cuantos napoleones, deplorando que áun no estuviese concluida la línea férrea, me encajoné en un vehículo para recorrer en sentido inverso los puntos en que tiene lugar la célebre comedia de Tirso *Desde Toledo á Madrid.*

Ya instalado en la histórica ciudad, me dediqué á visitar de nuevo los sitios que más me llamaron la atencion en mi primer viaje, y algunos otros que áun no conocia sino de nombre.

Así dejé trascurrir en largos y solitarios paseos entre sus barrios más antiguos la mayor parte del tiempo de que podia disponer para mi pequeña expedicion artística, encontrando un verdadero placer en perderme en aquel confuso laberinto de callejones sin salida, calles estrechas, pasadizos oscuros y cuestas empinadas é impracticables.

Una tarde, la última que por entónces debia permanecer en Toledo, despues de una de estas largas excursiones á través de lo desconocido, no sabré decir siquiera por qué calles llegué hasta una plaza grande, desierta, olvidada al

parecer áun de los mismos moradores de la poblacion, y como escondida en uno de sus más apartados rincones.

La basura y los escombros arrojados de tiempo inmemorial en ella, se habian identificado, por decirlo así, con el terreno de tal modo, que éste ofrecia el aspecto quebrado y montuoso de una Suiza en miniatura. En las lomas y los barrancos formados por sus ondulaciones, crecian á su sabor malvas de unas proporciones colosales, corros de gigantescas ortigas, matas rastreras de campanillas blancas, prados de esa yerba sin nombre, menuda, fina y de un verde oscuro, y meciéndose suavemente al leve soplo del aire, descollando como reyes entre todas las otras plantas parásitas, los poéticos al par que vulgares jaramagos, la verdadera flor de los yermos y las ruinas.

Diseminados por el suelo, medio enterrados unos, casi ocultos por las altas yerbas los otros, veíase allí una infinidad de fragmentos de mil y mil cosas distintas, rotas y arrojadas en diferentes épocas á aquel lugar, donde iban formando capas en las cuales hubiera sido fácil seguir un curso de genealogía histórica.

Azulejos moriscos esmaltados de colores, trozos de columnas de mármol y de jaspe, pedazos de ladrillo de cien clases diversas, grandes sillares cubiertos de verdin y de músgo, astillas de madera ya casi hechas polvo, restos de antiguos artesonados, girones de tela, tiras de cuero, y otros cien y cien objetos sin forma ni nombre, eran los que aparecian á primera vista á la superficie, llamando asimismo la atencion, y deslumbrando los ojos una miriada de chispas de luz derramadas sobre la verdura como un puñado de diamantes arrojados á granel, y que examinados de cerca, no eran otra cosa que pequeños fragmentos de vidrio, de

pucheros, platos y vasijas, que refractando los rayos del sol, fingian todo un cielo de estrellas microscópicas y deslumbrantes.

Tal era el pavimento de aquella plaza, empedrada á trechos con pequeñas piedrecitas de varios matices formando labores, á trechos cubiertas de grandes losas de pizarra, y en su mayor parte, segun dejamos dicho, semejante á un jardin de plantas parásitas, ó á un prado yermo é inculto.

Los edificios que dibujaban su forma irregular, no eran tampoco ménos extraños y dignos de estudio. Por un lado la cerraba una hilera de casucas oscuras y pequeñas, con sus tejados dentellados de chimeneas, veletas y cobertizos, sus guardacantones de mármol sujetos á las esquinas con una anilla de hierro, sus balcones achatados ó estrechos, sus ventanillos con tiestos de flores, y su farol rodeado de una red de alambre que defiende los ahumados vidrios de las pedradas de los muchachos.

Otro frente lo constituia un paredon negruzco, lleno de grietas y hendiduras, en donde algunos reptiles asomaban su cabeza de ojos pequeños y brillantes por entre las hojas de musgo: un paredon altísimo, formado de gruesos sillares, sembrado de huecos de puertas y balcones, tapiados con piedra y argamasa, y á uno de cuyos extremos se unia, formando ángulo con él, una tapia de ladrillos, desconchada y llena de mechinales, manchada á trechos de tintas rojas, verdes ó amarillentas, y coronada de un bardal de heno seco, entre el cual corrian algunos tallos de enredaderas.

Esto no era más, por decirlo así, que los bastidores de la extraña decoracion que al penetrar en la plaza se pre-

sentó de improviso á mis ojos, cautivando mi ánimo y suspendiéndolo durante algun tiempo, pues el verdadero punto culminante del panorama, el edificio que le daba el tono general, se veia alzarse en el fondo de la plaza, más caprichoso, más original, infinitamente más bello en su artístico desórden, que todos los que se levantaban en su alrededor.

—¡Hé aquí lo que yo deseaba encontrar! exclamé al verle; y sentándome en un pedrusco, colocando la cartera sobre mis rodillas y afilando un lápiz de madera, me apercibí á trazar, aunque ligeramente, sus formas irregulares y estrambóticas para conservar por siempre su recuerdo.

Si yo pudiera pegar aquí con obleas el ligerísimo y mal trazado apunte que conservo de aquel sitio, imperfecto y todo como es, me ahorraria un cúmulo de palabras, dando á mis lectores una idea más aproximada de él que todas las descripciones imaginables.

Ya que no puede ser así, trataré de pintarlo del mejor modo posible, á fin de que, leyendo estos renglones, pueda formarse una idea remota, si no de sus infinitos detalles, al ménos de la totalidad de su conjunto.

Figuráos un palacio árabe, con sus puertas en forma de herradura, sus muros engalanados con largas hileras de arcos que se cruzan cien y cien veces entre sí, y corren sobre una franja de azulejos brillantes: aqui se ve el hueco de un ajimez partido en dos por un grupo de esbeltas columnas y encuadrado en un marco de labores menudas y caprichosas; allá se eleva una atalaya con su mirador ligero y airoso, su cubierta de tejas vidriadas, verdes y amarillas, y su aguda flecha de oro que se pierde en el vacío; más léjos se divisa la cúpula que cubre un gabinete

pintado de oro y azul, ó las altas galerías cerradas con persianas verdes, que al descorrerse dejan ver los jardines con calles de arrayan, bosques de laureles y surtidores altísimos. Todo es original, todo armónico, aunque desordenado; todo deja entrever el lujo y las maravillas de su interior; todo deja adivinar el carácter y las costumbres de sus habitadores.

El opulento árabe que poseia este edificio lo abandona al fin; la accion de los años comienza á desmoronar sus paredes, á deslustrar los colores y á corroer hasta los mármoles. Un monarca castellano escoge entónces para su residencia aquel alcázar que se derrumba, y en este punto rompe un lienzo y abre un arco ojival y lo adorna con una cenefa de escudos, por entre los cuales se enrosca una guirnalda de hojas de cardo y de trébol; en aquél levanta un macizo torreon de sillería con sus saeteras estrechas y sus almenas puntiagudas; en el de más allá construye un ala de habitaciones altas y sombrías, en las cuales se ven por una parte trozos de alicatado reluciente, por otra artesones oscurecidos, ó un ajimez solo, ó un arco de herradura ligero y puro, que da entrada á un salon gótico, severo é imponente.

Pero llega el dia en que el monarca abandona tambien aquel recinto, cediéndole á una comunidad de religiosas, y éstas á su vez fabrican de nuevo, añadiéndole otros rasgos á la ya extraña fisonomía del alcázar morisco. Cierran las ventanas con celosías; entre dos arcos árabes colocan el escudo de su religion esculpido en berroqueña; donde ántes crecian tamarindos y laureles, plantan cipreses melancólicos y oscuros; y aprovechando unos restos y levantando sobre otros, forman las combinaciones más pintorescas y extravagantes que pueden concebirse.

Sobre la portada de la iglesia, en donde se ven como envueltas en el crepúsculo misterioso en que los bañan las sombras de sus doseles, una andanada de santos, ángeles y vírgenes, á cuyos piés se retuercen, entre las hojas de acanto, sierpes, vestiglos y endriagos de piedra, se mira elevarse un minarete esbelto y afiligranado con labores moriscas; junto á las saeteras del murallon, cuyas almenas están ya rotas, ponen un retablo, y tapian los grandes huecos con tabiques cuajados de pequeños agujeritos, y semejantes á una tabla de ajedrez; colocan cruces sobre todos los picos, y fabrican, por último, un campanario de espadaña con sus campanas, que tañen melancólicamente noche y dia llamando á la oracion, campanas que voltean al impulso de una mano invisible, campanas cuyos sonidos lejanos arrancan á veces lágrimas de involuntaria tristeza.

Despues pasan los años, y bañan con una veladura de un medio color oscuro todo el edificio, armonizan sus tintas, y hacen brotar la hiedra en sus hendiduras.

Las cigüeñas cuelgan su nido en la veleta de la torre; los vencejos en el ala de los tejados; las golondrinas en los doseles de granito, y el buho y la lechuza escogen para su guarida los altos mechinales, desde donde en las noches tenebrosas asustan á las viejas crédulas y á los atemorizados chiquillos con el resplandor fosfórico de sus ojos redondos y sus silbos extraños y agudos.

Todas estas revoluciones, todas estas circunstancias especiales, hubieran podido únicamente dar por resultado un edificio tan original, tan lleno de contrastes, de poesía y de recuerdos, como el que aquella tarde se ofreció á mi vista y hoy he ensayado, aunque en vano, describir con palabras.

Ya lo habia trazado en parte en una de las hojas de mi cartera. El sol doraba apenas las más altas agujas de la ciudad; la brisa del crepúsculo comenzaba á acariciar mi frente, cuando absorto en las ideas que de improviso me habian asaltado al contemplar aquellos silenciosos restos de otras edades, más poéticas que la material en que vivimos y nos ahogamos en pura prosa, dejé caer de mis manos el lápiz y abandoné el dibujo, recostándome en la pared que tenia á mis espaldas y entregándome por completo á los sueños de la imaginacion. ¿Qué pensaba? No sé si sabré decirlo. Veia claramente sucederse las épocas, derrumbarse unos muros y levantarse otros. Veia á unos hombres, ó mejor dicho, veia á unas mujeres dejar lugar á otras mujeres, y las primeras y las que venian despues, convertirse en polvo y volar deshechas, llevando un soplo del viento la hermosura, hermosura que arrancaba suspiros secretos, que engendró pasiones y fué manantial de placeres; luégo... qué sé yo... todo confuso, veia muchas cosas revueltas, y tocadores de encaje y de estuco con nubes de aroma y lechos de flores; celdas estrechas y sombrías con un reclinatorio y un crucifijo; al pié del crucifijo un libro abierto, y sobre el libro una calavera; salones severos y grandiosos cubiertos de tapices y adornados con trofeos de guerra, y muchas mujeres que cruzaban y volvian á cruzar ante mis ojos; monjas altas, pálidas y delgadas; odaliscas morenas con labios muy encarnados y ojos muy negros; damas de perfil puro, de continente altivo y andar majestuoso.

Todas estas cosas veia yo, y muchas más de esas que despues de pensadas no pueden recordarse; de esas tan inmateriales que es imposible encerrar en el círculo estrecho

de la palabra, cuando de pronto dí un salto sobre mi asiento, y pasándome la mano por los ojos para convencerme de que no seguia soñando, incorporándome como movido de un resorte nervioso, fijé la mirada en uno de los altos miradores del convento. Habia visto, no me puede caber duda, la habia visto perfectamente, una mano blanquísima, que saliendo por uno de los huecos de aquellos miradores de argamasa, semejantes á tableros de ajedrez, se habia agitado varias veces como saludándome con un signo mudo y cariñoso. Y me saludaba á mí; no era posible que me equivocase... estaba solo, completamente solo en la plaza.

En balde esperé la noche, clavado en aquel sitio, y sin apartar un punto los ojos del mirador; inútilmente volví muchas veces á ocupar la oscura piedra que me sirvió de asiento la tarde en que ví aparecer aquella mano misteriosa, objeto ya de mis ensueños de la noche y de mis delirios del dia. No la volví á ver más...

Y llegó al fin la hora en que debia marcharme de Toledo, dejando allí, como una carga inútil y ridícula, todas las ilusiones que en su seno se habian levantado en mi mente. Torné á guardar los papeles en mi cartera con un suspiro; pero ántes de guardarlos escribí otra fecha, la segunda, la que yo conozco por la fecha de la mano. Al escribirla miré un momento la anterior, la de la ventana, y no pude ménos de sonreirme de mi locura.

III.

Desde que tuvo lugar la extraña aventura que he referido, hasta que volví á Toledo, trascurrió cerca de un año,

durante el cual no dejó de presentárseme á la imaginacion su recuerdo, al principio á todas horas y con todos sus detalles; despues con ménos frecuencia, y por último con tanta vaguedad, que yo mismo llegué á creer algunas veces que habia sido juguete de una ilusion ó de un sueño.

No obstante, apenas llegué á la ciudad, que con tanta razon llaman algunos la Roma española, me asaltó nuevamente, y llena de él la memoria salí preocupado á recorrer las calles, sin camino cierto, sin intencion preconcebida de dirigirme á ningun punto fijo.

El dia estaba triste, con esa tristeza que alcanza á todo lo que se oye, se vé y se siente. El cielo era de color de plomo, y á su reflejo melancólico los edificios parecian más antiguos, más extraños y más oscuros. El aire gemia á lo largo de las revueltas y angostas calles, trayendo en sus ráfagas, como notas perdidas de una sinfonía misteriosa, ya palabras ininteligibles, clamor de campanas ó ecos de golpes profundos y lejanos. La atmósfera húmeda y fria helaba el alma con su soplo glacial.

Anduve durante algunas horas por los barrios más apartados y desiertos, absorto en mil confusas imaginaciones; y contra mi costumbre, con la mirada vaga y perdida en el espacio, sin que lograse llamar mi atencion ni un detalle caprichoso de arquitectura, ni un monumento de órden desconocido, ni una obra de arte maravillosa y oculta, ninguna cosa, en fin, de aquellas en cuyo exámen minucioso me detenia á cada paso, cuando sólo ocupaban mi mente ideas de arte y recuerdos históricos.

El cielo cerraba de cada vez más oscuro; el aire soplaba con más fuerza y más ruido, y habia comenzado á caer en gotas menudas una lluvia de nieve deshecha, finísima y

penetrante, cuando sin saber por dónde, pues ignoraba aún el camino, y como llevado allí por un impulso al que no podia resistirme, impulso que me arrastraba misteriosamente al punto á que iban mis pensamientos, me encontré en la solitaria plaza que ya conocen mis lectores.

Al encontrarme en aquel lugar salí de la especie de letargo en que me hallaba sumido, como si me hubiesen despertado de un sueño profundo con una violenta sacudida.

Tendí una mirada á mi alrededor. Todo estaba como yo lo dejé. Digo mal, estaba más triste. Ignoro si la oscuridad del cielo, la falta de verdura ó el estado de mi espíritu era la causa de esta tristeza; pero la verdad es que desde el sentimiento que experimenté al contemplar aquellos lugares por la vez primera, hasta el que me impresionó entónces, habia toda la distancia que existe desde la melancolía á la amargura.

Contemplé por algunos instantes el sombrío convento, en aquella ocasion más sombrío que nunca á mis ojos; y ya me disponia á alejarme, cuando hirió mis oidos el son de una campana, una campana de voz cascada y sorda, que tocaba pausadamente, mientras le acompañaba, formando contraste con ella, una especie de esquiloncillo que comenzó á voltear de pronto con una rapidez y un tañido tan agudo y continuado, que parecia como acometido de un vértigo.

Nada más extraño que aquel edificio, cuya negra silueta se dibujaba sobre el cielo como la de una roca erizada de mil y mil picos caprichosos, hablando con sus lenguas de bronce por medio de las campanas, que parecian agitarse al impulso de séres invisibles, una como llorando con sollozos ahogados, la otra como riendo con carcajadas estridentes, semejantes á la risa de una mujer loca.

Á intervalos y confundidas con el atolondrador ruido de las campanas, creia percibir tambien notas confusas de un órgano y palabras de un cántico religioso y solemne.

Varié de idea, y en vez de alejarme de aquel lugar, llegué á la puerta del templo, y pregunté á uno de los haraposos mendigos que habia sentados en sus escalones de piedra:

—¿Qué hay aquí?

—Una toma de hábito, me contestó el pobre interrumpiendo la oracion que murmuraba entre dientes, para continuarla despues, aunque no sin haber besado ántes la moneda de cobre que puse en su mano al dirigirle mi pregunta.

Jamás habia presenciado esta ceremonia; nunca habia visto tampoco el interior de la iglesia del convento. Ambas consideraciones me impulsaron á penetrar en su recinto.

La iglesia era alta y oscura: formaban sus naves dos filas de pilares compuestos de columnas delgadas reunidas en un haz, que descansaban en una base ancha y octógona, y de cuya rica coronacion de capiteles partian los arranques de las robustas ojivas. El altar mayor estaba colocado en el fondo, bajo una cúpula de estilo del renacimiento, cuajada de angelones con escudos, grifos, cuyos remates fingian profusas hojarascas, cornisas con molduras y florones dorados, y dibujos caprichosos y elegantes. En torno á las naves se veian una multitud de capillas oscuras, en el fondo de las cuales ardian algunas lámparas, semejantes á estrellas perdidas en el cielo de una noche oscura. Capillas de una arquitectura árabe, gótica ó churrigueresca: unas cerradas con magníficas verjas de hierro, otras con humildes barandales de madera; éstas sumidas en las tinieblas con una antigua tumba de mármol delante del al-

tar; aquellas profusamente alumbradas, con una imágen vestida de relumbrones, y rodeada de votos de plata y cera con lacitos de cinta de colorines.

Contribuia á dar un carácter más misterioso á toda la iglesia, completamente armónica en su confusion y su desórden artístico con el resto del convento, la fantástica claridad que la iluminaba. De las lámparas de plata y cobre, pendientes de las bóvedas; de las velas de los altares y de las estrechas ojivas y los ajimeces del muro, partian rayos de luz de mil colores diversos: blancos, los que penetraban de la calle por algunas pequeñas claraboyas de la cúpula; rojos, los que se desprendian de los cirios de los retablos; verdes, azules y de otros cien matices diferentes, los que se abrian paso á través de los pintados vidrios de las rosetas. Todos estos reflejos, insuficientes á inundar con la bastante claridad aquel sagrado recinto, parecian como que luchaban confundiéndose entre sí en algunos puntos, mientras que otros los hacian destacar con una mancha luminosa y brillante sobre los fondos velados y oscuros de las capillas. Á pesar de la fiesta religiosa que allí tenia lugar, los fieles reunidos eran pocos. La ceremonia habia comenzado hacia bastante tiempo y estaba á punto de concluir. Los sacerdotes que oficiaban en el altar mayor, bajaban en aquel momento las gradas cubiertas de alfombras, envueltos en una nube de incienso azulado que se mecia lentamente en el aire, para dirigirse al coro en donde se oia á las religiosas entonar un salmo.

Yo tambien me encaminé hácia aquel sitio con el objeto de asomarme á las dobles rejas que lo separaban del templo. No sé, me pareció que habia de conocer en la cara á la mujer de quien sólo habia visto un instante la mano; y

abriendo desmesuradamente los ojos y dilatando la pupila, como queriendo prestarla mayor fuerza y lucidez, la clavé en el fondo del coro. Afan inútil: á través de los cruzados hierros, muy poco ó nada podia verse. Como unos fantasmas blancos y negros que se movian entre las tinieblas, contra las que luchaba en vano el escaso resplandor de algunos cirios encendidos; una prolongada fila de sitiales altos y puntiagudos, coronados de doseles, bajo los que se adivinaban, veladas por la oscuridad, las confusas formas de las religiosas, vestidas de luengas ropas talares; un crucifijo, alumbrado por cuatro velas, que se destacaba sobre el sombrío fondo del cuadro, como esos puntos de luz que en los lienzos de Rembrandt hacen más palpables las sombras; hé aquí cuanto pude distinguir desde el lugar que ocupaba.

Los sacerdotes, cubiertos de sus capas pluviales bordadas de oro, precedidos de unos acólitos que conducian una cruz de plata y dos ciriales, y seguidos de otros que agitaban los incensarios perfumando el ambiente, atravesando por en medio de los fieles, que besaban sus manos y las orlas de sus vestiduras, llegaron al fin á la reja del coro.

Hasta aquel momento no pude distinguir, entre las otras sombras confusas, cuál era la de la vírgen que iba á consagrarse al Señor.

¿No habeis visto nunca en esos últimos instantes del crepúsculo de la noche levantarse de las aguas de un rio, del haz de un pantano, de las olas del mar ó de la profunda sima de una montaña, un giron de niebla que flota lentamente en el vacío, y alternativamente ya parece una mujer que se mueve y anda y deja volar su traje al andar, ya un velo blanco prendido á la cabellera de alguna silfa invisible,

ya un fantasma que se eleva en el aire cubriendo sus huesos amarillos con un sudario, sobre el que se cree ver dibujadas sus formas angulosas? Pues una alucinacion de ese género experimenté yo al mirar adelantarse hácia la reja, como desasiéndose del fondo tenebroso del coro, aquella figura blanca, alta y ligerísima.

El rostro no se lo podia ver. Vino á colocarse perfectamente delante de las velas que alumbraban el crucifijo; y su resplandor, formando como un nimbo de luz al rededor de su cabeza, la hacian resaltar por oscuro bañándola en una dudosa sombra.

Reinó un profundo silencio; todos los ojos se fijaron en ella, y comenzó la última parte de la ceremonia.

La abadesa, murmurando algunas palabras ininteligibles, palabras que á su vez repetian los sacerdotes con voz sorda y profunda, le arrancó de las sienes la corona de flores que la ceñia y la arrojó léjos de sí... ¡Pobres flores! Eran las últimas que habia de ponerse aquella mujer, hermana de las flores como todas las mujeres.

Despues la despojó del velo, y su rubia cabellera se derramó como una cascada de oro sobre sus espaldas y sus hombros, que sólo pudo cubrir un instante, porque en seguida comenzó á percibirse en mitad del profundo silencio que reinaba entre los fieles un chirrido metálico y agudo que crispaba los nervios, y la magnífica cabellera se desprendió de la frente que sombreaba, y rodaron por su seno y cayeron al suelo despues aquellos rizos que el aire perfumado habria besado tantas veces!...

La abadesa tornó á murmurar las ininteligibles palabras; los sacerdotes las repitieron, y todo quedó de nuevo en silencio en la iglesia. Sólo de cuando en cuando se oian á

lo léjos como unos quejidos largos y temerosos. Era el viento que zumbaba estrellándose en los ángulos de las almenas y los torreones, y estremecia al pasar los vidrios de color de las ojivas.

Ella estaba inmóvil, inmóvil y pálida como una vírgen de piedra arrancada del nicho de un cláustro gótico.

Y la despojaron de las joyas que le cubrian los brazos y la garganta, y la desnudaron, por último, de su traje nupcial, aquel traje que parecia hecho para que un amante rompiera sus broches con mano trémula de emocion y cariño...

El esposo místico aguardaba á la esposa. ¿Dónde? Más allá de la muerte; abriendo sin duda la losa del sepulcro y llamándola á traspasarlo, como traspasa la esposa tímida el umbral del santuario de los amores nupciales, porque ella cayó al suelo desplomada como un cadáver. Las religiosas arrojaron como si fuese tierra sobre su cuerpo puñados de flores, entonando una salmodia tristísima; se alzó un murmullo de entre la multitud, y los sacerdotes con sus voces profundas y huecas comenzaron el oficio de difuntos, acompañados de esos instrumentos que parece que lloran, aumentando el hondo temor que inspiran de por sí las terribles palabras que pronuncian.

¡De profundis clamavi á te! decian las religiosas desde el fondo del coro con voces plañideras y dolientes.

¡Dies iræ, dies illa! le contestaban los sacerdotes con eco atronador y profundo, y en tanto las campanas tañian lentamente tocando á muerto, y de campanada á campanada se oia vibrar el bronce con un zumbido extraño y lúgubre.

Yo estaba conmovido; no, conmovido no, aterrado. Creia

presenciar una cosa sobrenatural, sentir como que me arrancaban algo preciso para mi vida, y que á mi alrededor se formaba el vacío; pensaba que acababa de perder algo, como un padre, una madre ó una mujer querida, y sentia ese inmenso desconsuelo que deja la muerte por donde pasa, desconsuelo sin nombre que no se puede pintar, y que sólo pueden concebir los que lo han sentido...

Aun estaba clavado en aquel lugar con los ojos extraviados, tembloroso y fuera de mí, cuando la nueva religiosa se incorporó del suelo. La abadesa la vistió el hábito, las monjas tomaron en sus manos velas encendidas, y formando dos largas hileras, la condujeron como en procesion hácia el fondo del coro.

Allí, entre las sombras, ví brillar un rayo de luz; era la puerta claustral que se habia abierto. Al poner el pié en su dintel, la religiosa se volvió por la vez última hácia el altar. El resplandor de todas las luces la iluminó de pronto, y pude verla el rostro. Al mirarlo, tuve que ahogar un grito. Yo conocia á aquella mujer; no la habia visto nunca, pero la conocia de haberla contemplado en sueños; era uno de esos séres que adivina el alma ó los recuerda acaso de otro mundo mejor, del que al descender á este, algunos no pierden del todo la memoria.

Dí dos pasos adelante; quise llamarla, quise gritar, no sé, me acometió como un vértigo, pero en aquel instante la puerta claustral se cerró... para siempre. Se agitaron las campanillas, los sacerdotes alzaron un *¡Hosanna!*, subieron por el aire nubes de incienso, el órgano arrojó un torrente de atronadora armonía por cien bocas de metal, y las campanas de la torre comenzaron á repicar, volteando con una furia espantosa.

Aquella alegría loca y ruidosa me erizaba los cabellos. Volví los ojos á mi alrededor buscando los padres, la familia, huérfanos de aquella mujer. No encontré á nadie.

—Tal vez era sola en el mundo, dije: y no pude contener una lágrima.

—¡Dios te dé en el cláustro la felicidad que no te ha dado en el mundo! exclamó al mismo tiempo una vieja que estaba á mi lado, y sollozaba y gemia agarrada á la reja.

—¿La conoce usted? la pregunté.

—¡Pobrecita! Sí, la conocia. Y la he visto nacer y se ha criado en mis brazos.

—¿Y por qué profesa?

—Porque se vió sola en el mundo. Su padre y su madre murieron en el mismo dia del cólera, hace poco más de un año. Al verla huérfana y desvalida, el señor dean la dió el dote para que profesase; y ya veis... ¿qué habia de hacer?

—¿Y quién era ella?

—Hija del administrador del conde de C... al cual serví yo hasta su muerte.

—¿Dónde vivia?

Cuando oí el nombre de la calle, no pude contener una exclamacion de sorpresa.

Un hilo de luz, ese hilo de luz que se extiende rápido como la idea y brilla en la oscuridad y la confusion de la mente, y reune los puntos más distantes y los relaciona entre sí de un modo maravilloso, ató mis vagos recuerdos, y todo lo comprendí ó creí comprenderlo. . . . . . .

. . . .

. . . .

Esta fecha que no tiene nombre, no la escribí en nin-

guna parte... Digo mal; la llevo escrita en un sitio en que nadie más que yo la puede leer, y de donde no se borrará nunca.

Algunas veces recordando estos sucesos, hoy mismo al consignarlos aquí, me he preguntado:

—Algun dia en esa hora misteriosa del crepúsculo, cuando el suspiro de la brisa de primavera, tibio y cargado de aromas, penetra hasta en el fondo de los más apartados retiros, llevando allí como una ráfaga de recuerdos del mundo, sola, perdida en la penumbra de un cláustro gótico, la mano en la mejilla, el codo apoyado en el alfeizar de una ojiva, ¿habrá exhalado un suspiro alguna mujer al cruzar su imaginacion la memoria de estas fechas?

¡Quién sabe!

¡Oh! Y si ha suspirado, ¿dónde estará ese suspiro?

EL CRISTO DE LA CALAVERA.

I.

El rey de Castilla marchaba á la guerra de moros, y para combatir con los enemigos de la religion habia apellidado en son de guerra á todo lo más florido de la nobleza de sus reinos. Las silenciosas calles de Toledo resonaban noche y dia con el marcial rumor de los atabales y los clarines, y ya en la morisca puerta de Visagra, ya en la del Cambron, ó en la embocadura del antiguo puente de San Martin, no pasaba hora sin que se oyese el ronco grito de los centinelas, anunciando la llegada de algun caballero que, precedido de su pendon señorial y seguido de jinetes y peones, venia á reunirse al grueso del ejército castellano.

El tiempo que faltaba para emprender el camino de la frontera y concluir de ordenar las huestes reales, discurria en medio de fiestas públicas, lujosos convites y lucidos torneos, hasta que, llegada al fin la víspera del dia señalado de antemano por S. A. para la salida del ejército, se dispuso un postrer sarao, con el que debieran terminar los regocijos.

La noche del sarao, el alcázar de los reyes ofrecia un aspecto singular. En los anchurosos patios, al rededor de inmensas hogueras, y diseminados sin órden ni concierto, se veia una abigarrada multitud de pajes, soldados, ballesteros y gente menuda, quienes éstos aderezando sus corceles y sus armas y disponiéndolos para el combate; aquellos saludando con gritos ó blasfemias las inesperadas vueltas de la fortuna, personificada en los dados del cubilete; los otros repitiendo en coro el refran de un romance de guerra, que entonaba un juglar acompañado de la guzla; los de más allá comprando á un romero conchas, cruces y cintas tocadas en el sepulcro de Santiago, ó riendo con locas carcajadas de los chistes de un bufon, ó ensayando en los clarines el aire bélico para entrar en la pelea, propio de sus señores, ó refiriendo antiguas historias de caballerías ó aventuras de amor, ó milagros recientemente acaecidos, formaban un infernal y atronador conjunto, imposible de pintar con palabras.

Sobre aquel revuelto océano de cantares de guerra, rumor de martillos que golpeaban los yunques, chirridos de limas que mordian el acero, piafar de corceles, voces descompuestas, risas inextinguibles, gritos desaforados, notas destempladas, juramentos y sonidos extraños y discordes, flotaban á intervalos como un soplo de brisa armoniosa los lejanos acordes de la música del sarao.

Este, que tenia lugar en los salones que formaban el segundo cuerpo del alcázar, ofrecia á su vez un cuadro, si no tan fantástico y caprichoso, más deslumbrador y magnífico.

Por las extensas galerías que se prolongaban á lo léjos formando un intrincado laberinto de pilastras esbeltas y

ojivas caladas y ligeras como el encaje; por los espaciosos salones vestidos de tapices, donde la seda y el oro habian representado, con mil colores diversos, escenas de amor, de caza y de guerra, y adornados con trofeos de armas y escudos, sobre los cuales vertian un mar de chispeante luz un sinnúmero de lámparas y candelabros de bronce, plata y oro, colgadas aquellas de las altísimas bóvedas, y enclavados éstos en los gruesos sillares de los muros; por todas partes á donde se volvian los ojos, se veian oscilar y agitarse en distintas direcciones una nube de damas hermosas con ricas vestiduras, chapadas en oro, redes de perlas aprisionando sus rizos, joyas de rubíes llameando sobre su seno, plumas sujetas en vaporoso cerco á un mango de marfil, colgadas del puño, y rostrillos de blancos encajes que acariciaban sus mejillas, ó alegres turbas de galanes con tabartes de terciopelo, justillos de brocado y calzas de seda, borceguíes de tafilete, capotillos de mangas perdidas y caperuza, puñales con pomo de filigrana y estoques de corte bruñidos, delgados y ligeros.

Pero entre esta juventud brillante y deslumbradora, que los ancianos miraban desfilar con una sonrisa de gozo, sentados en los altos sitiales de alerce que rodeaban el estrado real, llamaba la atencion, por su belleza incomparable, una mujer, aclamada reina de la hermosura en todos los torneos y las córtes de amor de la época, cuyos colores habian adoptado por emblema los caballeros más valientes; cuyos encantos eran asunto de las coplas de los trovadores más versados en la ciencia del gay saber; á la que se volvian con asombro todas las miradas; por la que suspiraban en secreto todos los corazones, al rededor de la cual se veian agruparse con afan, como vasallos humildes en torno de

su señora, los más ilustres vástagos de la nobleza toledana, reunida en el sarao de aquella noche.

Los que asistian de contínuo á formar el séquito de presuntos galanes de Doña Inés de Tordesillas, que tal era el nombre de esta celebrada hermosura, á pesar de su carácter altivo y desdeñoso, no desmayaban jamás en sus pretensiones; y éste, animado con una sonrisa que habia creido adivinar en sus labios; aquél, con una mirada benévola que juzgaba haber sorprendido en sus ojos; el otro, con una palabra lisonjera, un ligerísimo favor ó una promesa remota, cada cual esperaba en silencio ser el preferido. Sin embargo, entre todos ellos habia dos que más particularmente se distinguian por su asiduidad y rendimiento, dos que al parecer, si no los predilectos de la hermosa, podrian calificarse de los más adelantados en el camino de su corazon. Estos dos caballeros, iguales en cuna, valor y nobles prendas, servidores de un mismo rey y pretendientes de una misma dama, llamábanse Alonso de Carrillo el uno, y el otro Lope de Sandoval.

Ambos habian nacido en Toledo; juntos habian hecho sus primeras armas, y en un mismo dia, al encontrarse sus ojos con los de Doña Inés, se sintieron poseidos de un secreto y ardiente amor por ella, amor que germinó algun tiempo retraido y silencioso, pero que al cabo comenzaba á descubrirse y á dar involuntarias señales de existencia en sus acciones y discursos.

En los torneos del Zocodover, en los juegos florales de la corte, siempre que se les habia presentado coyuntura para rivalizar entre sí en gallardía ó donaire, la habian aprovechado con afan ambos caballeros, ansiosos de distinguirse á los ojos de su dama; y aquella noche, impelidos sin duda

por un mismo afan, trocando los hierros por las plumas y las mallas por los brocados y la seda, de pié junto al sitial donde ella se reclinó un instante despues de haber dado una vuelta por los salones, comenzaron una elegante lucha de frases enamoradas é ingeniosas, ó epígramas embozados y agudos.

Los astros menores de esta brillante constelacion, formando un dorado semicírculo en torno de ambos galanes, reian y esforzaban las delicadas burlas; y la hermosa, objeto de aquel torneo de palabras, aprobaba con una imperceptible sonrisa los conceptos escogidos ó llenos de intencion que, ora salian de los labios de sus adoradores como una ligera onda de perfume que halagaba su vanidad, ora partian como una saeta aguda que iba á buscar, para clavarse en él, el punto más vulnerable del contrario, su amor propio.

Ya el cortesano combate de ingenio y galanura comenzaba á hacerse de cada vez más crudo; las frases eran áun corteses en la forma, pero breves, secas, y al pronunciarlas, si bien las acompañaba una ligera dilatacion de los labios, semejante á una sonrisa, los ligeros relámpagos de los ojos, imposibles de ocultar, demostraban que la cólera hervia comprimida en el seno de ambos rivales.

La situacion era insostenible. La dama lo comprendió así, y levantándose del sitial se disponia á volver á los salones, cuando un nuevo incidente vino á romper la valla del respetuoso comedimiento en que se contenian los dos jóvenes enamorados. Tal vez con intencion, acaso por descuido, Doña Inés habia dejado sobre su falda uno de los perfumados guantes, cuyos botones de oro se entretenia en arrancar uno á uno mientras duró la conversacion. Al ponerse

de pié, el guante resbaló pór entre los anchos pliegues de seda, y cayó en la alfombra. Al verle caer, todos los caballeros que formaban su brillante comitiva se inclinaron presurosos á recogerle, disputándose el honor de alcanzar un leve movimiento de cabeza en premio de su galantería.

Al notar la precipitacion con que todos hicieron el ademan de inclinarse, una imperceptible sonrisa de vanidad satisfecha asomó á los labios de la orgullosa Doña Inés, que despues de hacer un saludo general á los galanes que tanto empeño mostraban en servirla, sin mirar apenas y con la mirada alta y desdeñosa, tendió la mano para recoger el guante en la direccion que se encontraban Lope y Alonso, los primeros que parecian haber llegado al sitio en que cayera. En efecto, ambos jóvenes habian visto caer el guante cerca de sus piés; ambos se habian inclinado con igual presteza á recogerle, y al incorporarse cada cual le tenia asido por un extremo. Al verlos inmóviles, desafiándose en silencio con la mirada, y decididos ambos á no abandonar el guante que acababan de levantar del suelo, la dama dejó escapar un grito leve é involuntario, que ahogó el murmullo de los asombrados espectadores, los cuales presentian una escena borrascosa, que en el alcázar y en presencia del rey podria calificarse de un horrible desacato.

No obstante, Lope y Alonso permanecian impasibles, mudos, midiéndose con los ojos de la cabeza á los piés, sin que la tempestad de sus almas se revelase más que por un ligero temblor nervioso, que agitaba sus miembros como si se hallasen acometidos de una repentina fiebre.

Los murmullos y las exclamaciones iban subiendo de punto; la gente comenzaba á agruparse en torno de los actores de la escena; Doña Inés, ó aturdida ó complacién-

dose en prolongarla, daba vueltas de un lado á otro, como buscando dónde refugiarse y evitar las miradas de la gente, que cada vez acudia en mayor número. La catástrofe era ya segura; los dos jóvenes habian ya cambiado algunas palabras en voz sorda, y mientras que con la una mano sujetaban el guante con una fuerza convulsiva, parecian ya buscar instintivamente con la otra el puño de oro de sus dagas, cuando se entreabrió respetuosamente el grupo que formaban los espectadores, y apareció el rey.

Su frente estaba serena; ni habia indignacion en su rostro, ni cólera en su ademan.

Tendió una mirada al rededor, y esta sola mirada fué bastante para darle á conocer lo que pasaba. Con toda la galantería del doncel más cumplido, tomó el guante de las manos de los caballeros, que, como movidas por un resorte, se abrieron sin dificultad al sentir el contacto de la del monarca, y volviéndose á Doña Inés de Tordesillas que, apoyada en el brazo de una dueña, parecia próxima á desmayarse, exclamó, presentándolo con acento, aunque templado, firme:

—Tomad, señora, y cuidad de no dejarle caer en otra ocasion donde, al devolvérosle, os lo devuelvan manchado en sangre.

Cuando el rey terminó de decir estas palabras, Doña Inés, no acertaremos á decir si á impulsos de la emocion, ó por salir más airosa del paso, se habia desvanecido en brazos de los que la rodeaban.

Alonso y Lope, el uno estrujando en silencio entre sus manos el birrete de terciopelo, cuya pluma arrastraba por la alfombra, y el otro mordiéndose los labios hasta hacerse brotar la sangre, se clavaron una mirada tenaz é intensa.

Una mirada en aquel lance equivalia á un bofeton, á un guante arrojado al rostro, á un desafio á muerte.

II.

Al llegar la media noche, los reyes se retiraron á su cámara. Terminó el sarao, y los curiosos de la plebe que aguardaban con impaciencia este momento, formando grupos y corrillos en las avenidas del palacio, corrieron á estacionarse en la cuesta del alcázar, los miradores y el Zocodover.

Durante una ó dos horas, en las calles inmediatas á estos puntos reinó un bullicio, una animacion y un movimiento indescriptibles. Por todas partes se veian cruzar escuderos caracoleando en sus corceles ricamente enjaezados; reyes de armas con lujosas casullas llenas de escudos y blasones; timbaleros vestidos de colores vistosos, soldados cubiertos de armaduras resplandecientes; pajes con capotillos de terciopelo y birretes coronados de plumas, y servidores de á pié que precedian las lujosas literas y las andas cubiertas de ricos paños, llevando en sus manos grandes hachas encendidas, á cuyo rojizo resplandor podia verse á la multitud, que con cara atónita, labios entreabiertos y ojos espantados, miraba desfilar con asombro á todo lo mejor de la nobleza castellana, rodeada en aquella ocasion de un fausto y un esplendor fabulosos.

Luégo, poco á poco fué cesando el ruido y la animacion; los vidrios de colores de las altas ojivas del palacio dejaron de brillar; atravesó por entre los apiñados grupos la última cabalgata la gente del pueblo á su vez comenzó á disper-

sarse en todas direcciones, perdiéndose entre las sombras del enmarañado laberinto de calles oscuras, estrechas y torcidas, y ya no turbaba el profundo silencio de la noche más que el grito lejano de vela de algun guerrero, el rumor de los pasos de algun curioso que se retiraba el último, ó el ruido que producian las aldabas de algunas puertas al cerrarse, cuando en lo alto de la escalinata que conducia á la plataforma del palacio apareció un caballero, el cual, despues de tender la vista por todos lados como buscando á álguien que debia esperarle, descendió lentamente hasta la cuesta del alcázar, por la que se dirigió hácia el Zocodover.

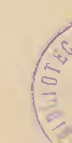
Al llegar á la plaza de este nombre se detuvo un momento, y volvió á pasear la mirada á su alrededor. La noche estaba oscura; no brillaba una sola estrella en el cielo, ni en toda la plaza se veia una sola luz; no obstante, allá á lo léjos, y en la misma direccion en que comenzó á percibirse un ligero ruido como de pasos que iban aproximándose, creyó distinguir el bulto de un hombre: era sin duda el mismo á quien parecia aguardaba con tanta impaciencia.

El caballero que acababa de abandonar el alcázar para dirigirse al Zocodover era Alonso Carrillo, que en razon al puesto de honor que desempeñaba cerca de la persona del rey, habia tenido que acompañarle en su cámara hasta aquellas horas. El que saliendo de entre las sombras de los arcos que rodean la plaza vino á reunírsele, Lope de Sandoval. Cuando los dos caballeros se hubieron reunido, cambiaron algunas frases en voz baja.

—Presumí que me aguardabas, dijo el uno.

—Esperaba que lo presumirias, contestó el otro.

—Y ¿adónde iremos?



—A cualquiera parte en que se puedan hallar cuatro palmos de terreno donde revolverse, y un rayo de claridad que nos alumbre.

Terminado este brevísimo diálogo, los dos jóvenes se internaron por una de las estrechas calles que desembocan en el Zocodover, desapareciendo en la oscuridad como esos fantasmas de la noche, que despues de aterrar un instante al que los vé, se deshacen en átomos de niebla y se confunden en el seno de las sombras.

Largo rato anduvieron dando vueltas á través de las calles de Toledo, buscando un lugar á propósito para terminar sus diferencias; pero la oscuridad de la noche era tan profunda, que el duelo parecia imposible. No obstante, ambos deseaban batirse, y batirse ántes que rayase el alba, pues al amanecer debian partir las huestes reales, y Alonso con ellas.

Prosiguieron, pues, cruzando al azar plazas desiertas, pasadizos sombríos, callejones estrechos y tenebrosos, hasta que, por último, vieron brillar á lo léjos una luz, una luz pequeña y moribunda, en torno de la cual la niebla formaba un cerco de claridad fantástica y dudosa.

Habian llegado á la calle del Cristo, y la luz que se divisaba en uno de sus extremos parecia ser la del farolillo que alumbraba en aquella época, y alumbra aún, á la imágen que le da su nombre.

Al verla, ambos dejaron escapar una exclamacion de júbilo, y apresurando el paso en su direccion, no tardaron mucho en encontrarse junto al retablo en que ardia.

Un arco rehundido en el muro, en el fondo del cual se veia la imágen del Redentor enclavado en la cruz y con una calavera al pié; un tosco cobertizo de tablas que lo de-

fendia de la intemperie, y el pequeño farolillo colgado de una cuerda que lo iluminaba débilmente, vacilando al impulso del aire, formaban todo el retablo, al rededor del cual colgaban algunos festones de hiedra que habian crecido entre los oscuros y rotos sillares, formando una especie de pabellon de verdura.

Los caballeros, despues de saludar respetuosamente la imágen de Cristo, quitándose los birretes y murmurando en voz baja una corta oracion, reconocieron el terreno con una ojeada, echaron á tierra sus mantos, y apercibiéndose mútuamente para el combate y dándose la señal con un leve movimiento de cabeza, cruzaron los estoques. Pero apenas se habian tocado los aceros y ántes que ninguno de los combatientes hubiese podido dar un solo paso ó intentar un golpe, la luz se apagó de repente y la calle quedó sumida en la oscuridad más profunda. Como guiados de un mismo pensamiento y al verse rodeados de repentinas tinieblas, los dos combatientes dieron un paso atrás, bajaron al suelo las puntas de sus espadas y levantaron los ojos hácia el farolillo, cuya luz, momentos ántes apagada, volvió á brillar de nuevo al punto en que hicieron ademan de suspender la pelea.

—Será alguna ráfaga de aire que ha abatido la llama al pasar, exclamó Carrillo volviendo á ponerse en guardia, y previniendo con una voz á Lope, que parecia preocupado.

Lope dió un paso adelante para recuperar el terreno perdido, tendió el brazo y los aceros se tocaron otra vez; mas al tocarse, la luz se tornó á apagar por sí misma, permaneciendo así mientras no se separaron los estoques.

— En verdad que esto es extraño, murmuró Lope mirando al farolillo, que espontáneamente habia vuelto á en-

cenderse, y se mecia con lentitud en el aire, derramando una claridad trémula y extraña sobre el amarillo cráneo de la calavera colocada á los piés del Cristo.

—¡Bah! dijo Alonso, será que la beata encargada de cuidar del farol del retablo sisa á los devotos y escasea el aceite, por lo cual la luz, próxima á morir, luce y se oscurece á intervalos en señal de agonía; y dichas estas palabras, el impetuoso jóven tornó á colocarse en actitud de defensa. Su contrario le imitó; pero esta vez, no tan sólo volvió á rodearlos una sombra espesísima é impenetrable, sino que al mismo tiempo hirió sus oidos el eco profundo de una voz misteriosa, semejante á esos largos gemidos del vendaval que parece que se queja y articula palabras al correr aprisionado por las torcidas, estrechas y tenebrosas calles de Toledo.

Qué dijo aquella voz medrosa y sobrehumana, nunca pudo saberse; pero al oirla, ambos jóvenes se sintieron poseidos de tan profundo terror, que las espadas se escaparon de sus manos, el cabello se les erizó, y por sus cuerpos que estremecia un temblor involuntario, y por sus frentes pálidas y descompuestas comenzó á correr un sudor frio como el de la muerte.

La luz, por tercera vez apagada, por tercera vez volvió á resucitar, y las tinieblas se disiparon.

—¡Ah! exclamó Lope al ver á su contrario entónces, y en otros dias su mejor amigo, asombrado como él, como él pálido é inmóvil; Dios no quiere permitir este combate, porque es una lucha fratricida; porque un combate entre nosotros ofende al cielo, ante el cual nos hemos jurado cien veces una amistad eterna. Y esto diciendo se arrojó

en los brazos de Alonso, que le estrechó entre los suyos con una fuerza y una efusion indecibles.

III.

Pasados algunos minutos, durante los cuales ambos jóvenes se dieron toda clase de muestras de amistad y cariño, Alonso tomó la palabra, y con acento conmovido aún por la escena que acabamos de referir, exclamó dirigiéndose á su amigo:

—Lope, yo sé que amas á Doña Inés; ignoro si tanto como yo, pero la amas. Puesto que un duelo entre nosotros es imposible, resolvámonos á encomendar nuestra suerte en sus manos. Vamos en su busca; que ella decida con libre albedrío cuál ha de ser el dichoso, cuál el infeliz. Su decision será respetada por ambos, y el que no merezca sus favores mañana saldrá con el rey de Toledo, é irá á buscar el consuelo del olvido en la agitacion de la guerra.

—Pues tú lo quieres, sea, contestó Lope.

Y el uno apoyado en el brazo del otro, los dos amigos se dirigieron hácia la catedral, en cuya plaza, y en un palacio del que ya no quedan ni áun los restos, habitaba Doña Inés de Tordesillas.

Estaba á punto de rayar el alba, y como algunos de los deudos de Doña Inés, sus hermanos entre ellos, marchaban al otro dia con el ejército real, no era imposible que en las primeras horas de la mañana pudiesen penetrar en su palacio.

Animados con esta esperanza llegaron, en fin, al pié de la gótica torre del templo; mas al llegar á aquel punto, un

ruido particular llamó su atencion, y deteniéndose en uno de los ángulos, ocultos entre la sombra de los altos machones que flanquean los muros, vieron, no sin grande asombro, abrirse el balcon del palacio de su dama, aparecer en él un hombre que se deslizó hasta el suelo con la ayuda de una cuerda, y por último, una forma blanca, Doña Inés sin duda, que inclinándose sobre el calado antepecho, cambió algunas tiernas frases de despedida con su misterioso galan.

El primer movimiento de los dos jóvenes fué llevar las manos al puño de sus espadas; pero deteniéndose como heridos de una idea súbita, volvieron los ojos á mirarse, y se hubieron de encontrar con una cara de asombro tan cómica, que ambos prorumpieron en una ruidosa carcajada, carcajada que repitiéndose de eco en eco en el silencio de la noche, resonó en toda la plaza y llegó hasta el palacio.

Al oirla, la forma blanca desapareció del balcon, se escuchó el ruido de las puertas que se cerraron con violencia, y todo volvió á quedar en silencio.

Al dia siguiente la reina, colocada en un estrado lujosísimo, veia desfilar las huestes que marchaban á la guerra de moros, teniendo á su lado á las damas más principales de Toledo. Entre ellas estaba Doña Inés de Tordesillas, en la que aquel dia, como siempre, se fijaban todos los ojos; pero segun á ella le parecia advertir, con diversa expresion que la de costumbre. Diríase que en todas las curiosas miradas que á ella se volvian, retozaba una sonrisa burlona.

Este descubrimiento no dejaba de inquietarla algo, sobre todo teniendo en cuenta las ruidosas carcajadas que la noche anterior habia creido percibir á lo léjos y en uno de los ángulos de la plaza, cuando cerraba el balcon y

despedia á su amante; pero al mirar aparecer entre las filas de los combatientes, que pasaban por debajo del estrado lanzando chispas de fuego de sus brillantes armaduras, y envueltos en una nube de polvo, los pendones reunidos de las casas de Carrillo y Sandoval; al ver la significativa sonrisa que al saludar á la reina le dirigieron los dos antiguos rivales que cabalgaban juntos, todo lo adivinó, y la púrpura de la vergüenza enrojeció su frente, y brilló en sus ojos una lágrima de despecho.

LA CORZA BLANCA.

I.

En un pequeño lugar de Aragon y allá por los años de mil trescientos y pico, vivia retirado en su torre señorial un famoso caballero llamado Don Dionís, el cual, despues de haber servido á su rey en la guerra contra infieles, descansaba á la sazon, entregado al alegre ejercicio de la caza, de las rudas fatigas de los combates.

Aconteció una vez á este caballero, hallándose en su favorita diversion acompañado de su hija, cuya belleza singular y extraordinaria blancura le habian granjeado el sobrenombre de la Azucena, que como se les entrase á más andar el dia engolfados en perseguir una res en el monte de su feudo, tuvo que acogerse, durante las horas de la siesta, á una cañada por donde corria un riachuelo saltando de roca en roca con un ruido manso y agradable.

Haria cosa de unas dos horas que Don Dionís se encontraba en aquel delicioso lugar, recostado sobre la menuda grama á la sombra de una chopera, departiendo amigablemente con sus monteros sobre las peripecias del dia, y refiriéndose unos á otros las aventuras más ó ménos curiosas

que en su vida de cazador les habian acontecido, cuando por lo alto de la más empinada ladera y á través de los alternados murmullos del viento que agitaba las hojas de los árboles, comenzó á percibirse, cada vez más cerca, el sonido de una esquililla semejante á la del guion de un rebaño.

En efecto, era así, pues á poco de haberse oido la esquililla, empezaron á saltar por entre las apiñadas matas de cantueso y tomillo, y á descender á la orilla opuesta del riachuelo, hasta unos cien corderos blancos como la nieve, detrás de los cuales, con su caperuza calada para libertarse la cabeza de los perpendiculares rayos del sol y su hatillo al hombro en la punta de un palo, apareció el zagal que los conducia.

—Á propósito de aventuras extraordinarias, exclamó al verle uno de los monteros de Don Dionís, dirigiéndose á su señor; ahí teneis á Estéban el zagal, que de algun tiempo á esta parte anda más tonto que lo que naturalmente lo hizo Dios, que no es poco, y el cual puede haceros pasar un rato divertido refiriendo la causa de sus contínuos sustos.

—¿Pues qué le acontece á ese pobre diablo? exclamó Don Dionís con aire de curiosidad picada.

—¡Friolera! añadió el montero en tono de zumba; es el caso que sin haber nacido en Viernes Santo, ni estar señalado con la cruz, ni hallarse en relaciones con el demonio, á lo que se puede colegir de sus hábitos de cristiano viejo, se encuentra sin saber cómo ni por dónde dotado de la facultad más maravillosa que ha poseido hombre alguno, á no ser Salomon, de quien se dice que sabia hasta el lenguaje de los pájaros.

—¿Y á qué se refiere esa facultad maravillosa?

—Se refiere, prosiguió el montero, á que segun él afirma,

y lo jura y perjura por todo lo más sagrado del mundo, los ciervos que discurren por estos montes se han dado de ojo para no dejarle en paz, siendo lo más gracioso del caso, que en más de una ocasion les ha sorprendido concertando entre sí las burlas que han de hacerle, y despues que estas burlas se han llevado á término, ha oido las ruidosas carcajadas con que las celebran.

Mientras esto decia el montero, Constanza, que así se llamaba la hermosa hija de Don Dionís, se habia aproximado al grupo de los cazadores; y como demostrase su curiosidad por conocer la extraordinaria historia de Estéban, uno de éstos se adelantó hasta el sitio en donde el zagal daba de beber á su ganado, y le condujo á presencia de su señor, que para disipar la turbacion y el visible encogimiento del pobre mozo, se apresuró á saludarle por su nombre, acompañando el saludo con una bondadosa sonrisa.

Era Estéban un muchacho de diez y nueve á veinte años, fornido, con la cabeza pequeña y hundida entre los hombros, los ojos pequeños y azules, la mirada incierta y torpe como la de los albinos, la nariz roma, los labios gruesos y entreabiertos, la frente calzada, la tez blanca pero ennegrecida por el sol, y el cabello, que le caia en parte sobre los ojos y parte al rededor de la cara, en guedejas ásperas y rojas semejantes á las crines de un rocin colorado.

Esto sobre poco más ó ménos era Estéban en cuanto al físico; respecto á su moral, podia asegurarse sin temor de ser desmentido ni por él ni por ninguna de las personas que le conocian, que era perfectamente simple, aunque un tanto suspicaz y malicioso como buen rústico.

Una vez el zagal repuesto de su turbacion, le dirigió de

nuevo la palabra Don Dionís, y con el tono más sério del mundo y fingiendo un extraordinario interés por conocer los detalles del suceso á que su montero se habia referido, le hizo una multitud de preguntas, á las que Estéban comenzó á contestar de una manera evasiva, como deseando evitar explicaciones sobre el asunto.

Estrechado, sin embargo, por las interrogaciones de su señor y por los ruegos de Constanza, que parecia la más curiosa é interesada en que el pastor refiriese sus estupendas aventuras, decidióse éste á hablar, mas no sin que ántes dirigiese á su alrededor una mirada de desconfianza, como temiendo ser oido por otras personas que las que allí estaban presentes, y de rascarse tres ó cuatro veces la cabeza tratando de reunir sus recuerdos ó hilvanar su discurso, que al fin comenzó de esta manera:

—Es el caso, señor, que segun me dijo un preste de Tarazona, al que àcudí no há mucho para consultar mis dudas, con el diablo no sirven juegos, sino punto en boca, buenas y muchas oraciones á San Bartolomé, que es quien le conoce las cosquillas, y dejarle andar; que Dios que es justo y está allá arriba, proveerá á todo.

Firme en esta idea, habia decidido no volver á decir palabra sobre el asunto á nadie, ni por nada; pero lo haré hoy por satisfacer vuestra curiosidad, y á fé á fé que despues de todo, si el diablo me lo toma en cuenta y torna á molestarme en castigo de mi indiscrecion, buenos evangelios llevo cosidos á la pellica, y con su ayuda creo que, como otras veces, no me será inútil el garrote.

—Pero vamos, exclamó Don Dionís, impaciente al escuchar las digresiones del zagal, que amenazaban no concluir nunca; déjate de rodeos y vé derecho al asunto.

—Á él voy, contestó con calma Estéban, que despues de dar una gran voz acompañada de un silbido para que se agruparan los corderos que no perdia de vista y comenzaban á desparramarse por el monte, tornó á rascarse la cabeza y prosiguió así:

—Por una parte vuestras contínuas excursiones, y por otra el dale que le das de los cazadores furtivos, que ya con trampa ó con ballesta no dejan res á vida en veinte jornadas al contorno, habian no hace mucho agotado la caza en estos montes, hasta el extremo de no encontrarse un venado en ellos ni por un ojo de la cara. Hablaba yo de esto mismo en el lugar, sentado en el porche de la iglesia, donde despues de acabada la misa del domingo solia reunirme con algunos peones de los que labran la tierra de Veraton, cuando algunos de ellos me dijeron:

—Pues hombre, no sé en qué consista el que tú no los topes, pues de nosotros podemos asegurarte que no bajamos una vez á las hazas que no nos encontremos rastro, y hace tres ó cuatro dias, sin ir más lejos, una manada, que á juzgar por las huellas debia componerse de más de veinte, le segaron antes de tiempo una pieza de trigo al santero de la Vírgen del Romeral.

—¿Y hácia qué sitio seguia el rastro? pregunté á los peones, con ánimo de ver si topaba con la tropa.

—Hácia la cañada de los cantuesos, me contestaron.

No eché en saco roto la advertencia, y aquella noche misma fuí á apostarme entre los chopos. Durante toda ella estuve oyendo por acá y por allá, tan pronto léjos como cerca, el bramido de los ciervos que se llamaban unos á otros, y de vez en cuando sentia moverse el ramaje á mis

espaldas; pero por más que me hice todo ojos, la verdad es que no pude distinguir á ninguno.

No obstante, al romper el dia, cuando llevé los corderos al agua, á la orilla de este rio, como obra de dos tiros de honda del sitio en que nos hallamos, y en una umbría de chopos, donde ni á la hora de siesta se desliza un rayo de sol, encontré huellas recientes de los ciervos, algunas ramas desgajadas, la corriente un poco turbia, y lo que es más particular, entre el rastro de las reses las breves huellas de unos piés pequeñitos como la mitad de la palma de mi mano, sin ponderacion alguna.

Al decir esto, el mozo instintivamente y al parecer buscando un punto de comparacion, dirigió la vista hácia el pié de Constanza, que asomaba por debajo del brial calzado de un precioso chapin de tafilete amarillo; pero como al par de Estéban bajasen tambien los ojos Don Dionís y algunos de los monteros que le rodeaban, la hermosa niña se apresuró á esconderlo, exclamando con el tono más natural del mundo:

—¡Oh, no! por desgracia no los tengo yo tan pequeñitos, pues de ese tamaño sólo se encuentran en las hadas, cuya historia nos refieren los trovadores.

—Pues no paró aquí la cosa, continuó el zagal, cuando Constanza hubo concluido; sino que otra vez, habiéndome colocado en otro escondite por donde indudablemente habian de pasar los ciervos para dirigirse á la cañada, allá al filo de la media noche me rindió un poco el sueño, aunque no tanto que no abriese los ojos en el mismo punto en que creí percibir que las ramas se movian á mi alrededor. Abrí los ojos, segun dejo dicho; me incorporé con sumo cuidado, y poniendo atencion á aquel confuso murmullo que cada

vez sonaba más próximo, oí en las ráfagas del aire, como gritos y cantares extraños, carcajadas y tres ó cuatro voces distintas que hablaban entre sí, con un ruido y una algarabía semejante al de las muchachas del lugar, cuando riendo y bromeando por el camino, vuelven en bandadas de la fuente con sus cántaros en la cabeza.

Segun colegia de la proximidad de las voces y del cercano chasquido de las ramas que crujian al romperse para dar paso á aquella turba de locuelas, iban á salir de la espesura á un pequeño rellano que formaba el monte en el sitio donde yo estaba oculto, cuando enteramente á mis espaldas, tan cerca ó más que me encuentro de vosotros, oí una nueva voz fresca, delgada y vibrante, que dijo... creedlo, señores, esto es tan seguro como que me he de morir... dijo... claro y distintamente estas propias palabras:

¡Por aquí, por aquí, compañeras,
que está ahí el bruto de Estéban!

Al llegar á este punto de la relacion del zagal, los circunstantes no pudieron ya contener por más tiempo la risa, que hacia largo rato les retozaba en los ojos, y dando rienda á su buen humor, prorumpieron en una carcajada estrepitosa. De los primeros en comenzar á reir y de los últimos en dejarlo, fueron Don Dionís, que á pesar de su fingida circunspeccion no pudo por ménos de tomar parte en el general regocijo, y su hija Constanza, la cual cada vez que miraba á Estéban todo suspenso y confuso, tornaba á reirse como una loca hasta el punto de saltarle las lágrimas á los ojos.

El zagal por su parte, aunque sin atender al efecto que

su narracion habia producido, parecia todo turbado é inquieto; y mientras los señores reian á sabor de sus inocentadas, él tornaba la vista á un lado y á otro con visibles muestras de temor y como queriendo descubrir algo á través de los cruzados troncos de los árboles.

— ¿Qué es eso, Estéban, qué te sucede? le preguntó uno de los monteros notando la creciente inquietud del pobre mozo, que ya fijaba sus espantadas pupilas en la hija risueña de Don Dionís, ya las volvia á su alrededor con una expresion asombrada y estúpida.

— Me sucede una cosa muy extraña, exclamó Estéban. Cuando despues de escuchar las palabras que dejo referidas, me incorporé con prontitud para sorprender á la persona que las habia pronunciado, una corza blanca como la nieve salió de entre las mismas matas en donde yo estaba oculto, y dando unos saltos enormes por cima de los carrascales y los lentiscos, se alejó seguida de una tropa de corzas de su color natural, y así éstas como la blanca que las iba guiando, no arrojaban bramidos al huir, sino que se reian con unas carcajadas, cuyo eco juraría que áun me está sonando en los oidos en este momento.

—¡Bah!... ¡bah!... Estéban, exclamó Don Dionís con aire burlon, sigue los consejos del preste de Tarazona; no hables de tus encuentros con los corzos amigos de burlas, no sea que haga el diablo que al fin pierdas el poco juicio que tienes; y pues ya estás provisto de los evangelios y sabes las oraciones de San Bartolomé, vuélvete á tus corderos, que comienzan á desbandarse por la cañada. Si los espíritus malignos tornan á incomodarte, ya sabes el remedio: *Pater-noster* y garrotazo.

El zagal, despues de guardarse en el zurron un medio

pan blanco y un trozo de carne de jabalí, y en el estomago un valiente trago de vino que le dió por órden de su señor uno de los palafreneros, despidióse de Don Dionís y su hija, y apenas anduvo cuatro pasos, comenzó á voltear la honda para reunir á pedradas los corderos.

Como á esta sazon notase Don Dionís que entre unas y otras las horas del calor eran ya pasadas y el vientecillo de la tarde comenzaba á mover las hojas de los chopos y á refrescar los campos, dió órden á su comitiva para que aderezasen las caballerías que andaban paciendo sueltas por el inmediato soto; y cuando todo estuvo á punto hizo seña á los unos para que soltasen las traíllas, y á los otros para que tocasen los trompas, y saliendo en tropel de la chopera, prosiguió adelante la interrumpida caza.

II.

Entre los monteros de Don Dionís habia uno llamado Garcés, hijo de un antiguo servidor de la familia y por tanto el más querido de sus señores.

Garcés tenia poco más ó ménos la edad de Constanza, y desde muy niño habíase acostumbrado á prevenir el menor de sus deseos, y adivinar y satisfacer el más leve de sus antojos.

Por su mano se entretenia en afilar en los ratos de ócio las agudas saetas de su ballesta de marfil; él domaba los potros que habia de montar su señora; él ejercitaba en los ardides de la caza á sus lebreles favoritos y amaestraba á sus halcones, á los cuales compraba en las ferias de Castilla caperuzas rojas bordadas de oro.

Para con los otros monteros, los pajes y la gente menuda del servicio de Don Dionís, la exquisita solicitud de Garcés y el aprecio con que sus señores le distinguian, habíanle valido una especie de general animadversion, y al decir de los envidiosos, en todos aquellos cuidados con que se adelantaba á prevenir los caprichos de su señora revelábase su carácter adulador y rastrero. No faltaban, sin embargo, algunos que, más avisados ó maliciosos, creyeron sorprender en la asiduidad del solícito mancebo algunas señales de mal disimulado amor.

Si en efecto era así, el oculto cariño de Garcés tenia más que sobrada disculpa en la incomparable hermosura de Constanza. Hubiérase necesitado un pecho de roca y un corazon de hielo para permanecer impasible un dia y otro al lado de aquella mujer singular por su belleza y sus raros atractivos.

La *Azucena del Moncayo* llamábanla en veinte leguas á la redonda, y bien merecia este sobrenombre, porque era tan airosa, tan blanca y tan rubia que, como á las azucenas, parecia que Dios la habia hecho de nieve y oro.

Y sin embargo, entre los señores comarcanos murmurábase que la hermosa castellana de Veraton no era tan limpia de sangre como bella, y que á pesar de sus trenzas rubias y su tez de alabastro, habia tenido por madre una gitana. Lo de cierto que pudiera haber en estas murmuraciones nadie pudo nunca decirlo, porque la verdad era que Don Dionís tuvo una vida bastante azarosa en su juventud, y despues de combatir largo tiempo bajo la conducta del monarca aragonés, del cual recabó entre otras mercedes el feudo del Moncayo, marchóse á Palestina, en donde anduvo errante algunos años, para volver por úl-

timo á encerrarse en su castillo de Veraton con una hija pequeña, nacida sin duda en aquellos países remotos. El único que hubiera podido decir algo acerca del misterioso orígen de Constanza, pues acompañó á Don Dionís en sus lejanas peregrinaciones, era el padre de Garcés, y éste habia ya muerto hacia bastante tiempo, sin decir una sola palabra sobre el asunto ni á su propio hijo, que varias veces y con muestras de grande interés se lo habia preguntado.

El carácter, tan pronto retraido y melancólico como bullicioso y alegre de Constanza, la extraña exaltacion de sus ideas, sus extravagantes caprichos, sus nunca vistas costumbres, hasta la particularidad de tener los ojos y las cejas negras como la noche, siendo blanca y rubia como el oro, habian contribuido á dar pábulo á las hablillas de sus convecinos, y áun el mismo Garcés, que tan íntimamente la trataba, habia llegado á persuadirse que su señora era algo especial y no se parecia á las demás mujeres.

Presente á la relacion de Estéban, como los otros monteros, Garcés fué acaso el único que oyó con verdadera curiosidad los pormenores de su increible aventura; y si bien no pudo ménos de sonreir cuando el zagal repitió las palabras de la corza blanca, desde que abandonó el soto en que habian sesteado comenzó á revolver en su mente las más absurdas imaginaciones.

—No cabe duda que todo eso del hablar las corzas es pura aprension de Estéban, que es un completo mentecato, decia entre sí el jóven montero, mientras que jinete en un poderoso alazan seguia paso á paso el palafren de Constanza, la cual tambien parecia mostrarse un tanto distraida y silenciosa, y retirada del tropel de los cazadores apenas tomaba parte en la fiesta. ¿Pero quién dice que en lo que

refiere ese simple no existirá algo de verdad? prosiguió pensando el mancebo. Cosas más extrañas hemos visto en el mundo, y una corza blanca bien puede haberla, puesto que si se ha de dar crédito á las cántigas del país, San Huberto, patron de los cazadores, tenia una. ¡Oh, si yo pudiese coger viva una corza blanca para ofrecérsela á mi señora!

Así pensando y discurriendo pasó Garcés la tarde, y cuando ya el sol comenzó á esconderse por detrás de las vecinas lomas y Don Dionís mandó volver grupas á su gente para tornar al castillo, separóse sin ser notado de la comitiva y echó en busca del zagal por lo más espeso é intrincado del monte.

La noche habia cerrado casi por completo cuando Don Dionís llegaba á las puertas de su castillo. Acto contínuo dispusiéronle una frugal colacion, y sentóse con su hija á la mesa.

—Y Garcés ¿dónde está? preguntó Constanza, notando que su montero no se encontraba allí para servirla como tenia de costumbre.

—No sabemos, se apresuraron á contestar los otros servidores; desapareció de entre nosotros cerca de la cañada, y esta es la hora en que todavía no le hemos visto.

En este punto llegó Garcés todo sofocado, cubierta aún de sudor la frente, pero con la cara más regocijada y satisfecha que pudiera imaginarse.

—Perdonadme, señora, exclamó dirigiéndose á Constanza; perdonadme si he faltado un momento á mi obligacion; pero allá de donde vengo, á todo el correr de mi caballo, como aquí, sólo me ocupaba en serviros.

—¿En servirme? repitió Constanza; no comprendo lo que quieres decir.

—Sí, señora; en serviros, repitió el jóven, pues he averiguado que es verdad que la corza blanca existe. A mas de Estéban lo dan por seguro otros varios pastores, que juran haberla visto más de una vez, y con ayuda de los cuales espero en Dios y en mi patron San Huberto que ántes de tres dias viva ó muerta os la traeré al castillo.

—¡Bah!... ¡bah!... exclamó Constanza con aire de zumba, mientras hacian coro á sus palabras las risas más ó ménos disimuladas de los circunstantes; déjate de cacerías nocturnas y de corzas blancas: mira que el diablo ha dado en la flor de tentar á los simples, y si te empeñas en andarle á los talones, va á dar que reir contigo como con el pobre Estéban.

—Señora, interrumpió Garcés con voz entrecortada y disimulando en lo posible la cólera que le producia el burlon regocijo de sus compañeros, yo no me he visto nunca con el diablo, y por consiguiente no sé todavía cómo las gasta; pero conmigo os juro que todo podrá hacer menos dar que reir, porque el uso de ese privilegio sólo en vos sé tolerarlo.

Constanza conoció el efecto que su burla habia producido en el enamorado jóven; pero deseando apurar su paciencia hasta lo último, tornó á decir en el mismo tono:

—¿Y si al dispararla te saluda con alguna risa del género de la que oyó Estéban, ó se te rie en la nariz, y al escuchar sus sobrenaturales carcajadas se te cae la ballesta de las manos, y ántes de reponerte del susto ya ha desaparecido la corza blanca más ligera que un relámpago?

—¡Oh! exclamó Garcés, en cuanto á eso, estad segura que como yo la topase á tiro de ballesta, aunque me hiciese más momos que un juglar, aunque me hablara no ya en

romance sino en latin como el abad de Munilla, no se iba sin un arpon en el cuerpo.

En este punto del diálogo, terció Don Dionís, y con una desesperante gravedad á través de la que se adivinaba toda la ironía de sus palabras, comenzó á darle al ya asendereado mozo los consejos más originales del mundo, para el caso de que se encontrase de manos á boca con el demonio convertido en corza blanca. Á cada nueva ocurrencia de su padre, Constanza fijaba sus ojos en el atribulado Garcés y rompia á reir como una loca, en tanto que los otros servidores esforzaban las burlas con sus miradas de inteligencia y su mal encubierto gozo.

Mientras duró la colacion prolongóse esta escena, en que la credulidad del jóven montero fué, por decirlo así, el tema obligado del general regocijo; de modo que cuando se levantaron los paños, y Don Dionís y Constanza se retiraron á sus habitaciones, y toda la gente del castillo se entregó al reposo, Garcés permaneció un largo espacio de tiempo irresoluto, dudando si á pesar de las burlas de sus señores, proseguiria firme en su propósito ó desistiria completamente de la empresa.

—¡Qué diantre! exclamó saliendo del estado de incertidumbre en que se encontraba, mayor mal del que me ha sucedido no puede sucederme, y si por el contrario es verdad lo que nos ha contado Estéban... ¡oh, entónces, cómo he de saborear mi triunfo!

Esto diciendo, armó su ballesta no sin haberla hecho ántes la señal de la cruz en la punta de la vira, y colocándosela á la espalda se dirigió á la poterna del castillo para tomar la vereda del monte.

Cuando Garcés llegó á la cañada y al punto en que, se-

gun las instrucciones de Estéban, debia aguardar la aparicion de las corzas, la luna comenzaba á remontarse con lentitud por detrás de los cercanos montes.

Á fuer de buen cazador y práctico en el oficio, ántes de elegir un punto á propósito para colocarse al acecho de las reses, anduvo un gran rato de acá para allá examinando las trochas y las veredas vecinas, la disposicion de los árboles, los accidentes del terreno, las curvas del rio y la profundidad de sus aguas.

Por último, despues de terminar este minucioso reconocimiento del lugar en que se encontraba, agazapóse en un ribazo junto á unos chopos de copas elevadas y oscuras, á cuyo pié crecian unas matas de lentisco, altas lo bastante para ocultar á un hombre echado en tierra.

El rio, que desde las musgosas rocas donde tenia su nacimiento venia siguiendo las sinuosidades del Moncayo á entrar en la cañada por una vertiente, deslizábase desde allí bañando el pié de los sáuces que sombreaban su orilla, ó jugueteando con alegre murmullo entre las piedras rodadas del monte, hasta caer en una hondura próxima al lugar que servia de escondrijo al montero.

Los álamos, cuyas plateadas hojas movia el aire con un rumor dulcísimo, los sáuces que inclinados sobre la limpia corriente humedecian en ella las puntas de sus desmayadas ramas, y los apretados carrascales por cuyos troncos subian y se enredaban las madreselvas y las campanillas azules, formaban un espeso muro de follaje al rededor del remanso del rio.

El viento, agitando los frondosos pabellones de verdura que derramaban en torno su flotante sombra, dejaba penetrar á intervalos un furtivo rayo de luz, que brillaba como

un relámpago de plata sobre la superficie de las aguas inmóviles y profundas.

Oculto tras los matojos, con el oido atento al más leve rumor y la vista clavada en el punto en donde segun sus cálculos debian aparecer las corzas, Garcés esperó inútilmente un gran espacio de tiempo.

Todo permanecia á su alrededor sumido en una profunda clama.

Poco á poco, y bien fuese que el peso de la noche que ya habia pasado de la mitad comenzara á dejarse sentir, bien que el lejano murmullo del agua, el penetrante aroma de las flores silvestres y las caricias del viento comunicasen á sus sentidos el dulce sopor en que parecia estar impregnada la naturaleza toda, el enamorado mozo que hasta aquel punto habia estado entretenido revolviendo en su mente las más halagüeñas imaginaciones, comenzó á sentir que sus ideas se elaboraban con más lentitud y sus pensamientos tomaban formas más leves é indecisas.

Despues de mecerse un instante en ese vago espacio que media entre la vigilia y el sueño, entornó al fin los ojos, dejó escapar la ballesta de sus manos y se quedó profundamente dormido.. . . . .

. . . .

Cosa de dos horas ó tres haria ya que el jóven montero roncaba á pierna suelta, disfrutando á todo sabor de uno de los sueños más apacibles de su vida, cuando de repente entreabrió los ojos sobresaltado, é incorporóse á medias lleno aún de ese estupor del que se vuelve en sí de improviso despues de un sueño profundo.

En las ráfagas del aire y confundido con los leves rumores de la noche, creyó percibir un extraño rumor de vo-

ces delgadas, dulces y misteriosas que hablaban entre sí, reian ó cantaban cada cual por su parte y una cosa diferente, formando una algarabía tan ruidosa y confusa como la de los pájaros que despiertan al primer rayo del sol entre las frondas de una alameda.

Este extraño rumor sólo se dejó oir un instante, y despues todo volvió á quedar en silencio.

—Sin duda soñaba con las majaderías que nos refirió el zagal, exclamó Garcés restregándose los ojos con mucha calma, y en la firme persuasion de que cuanto habia creido oir no era más que esa vaga huella del ensueño que queda al despertar en la imaginacion, como queda en el oido la última cadencia de una melodía despues que ha espirado temblando la última nota. Y dominado por la invencible languidez que embargaba sus miembros, iba á reclinar de nuevo la cabeza sobre el césped, cuando tornó á oir el eco distante de aquellas misteriosas voces, que acompañándose del rumor del aire, del agua y de las hojas, cantaban así:

CORO.

«El arquero que velaba en lo alto de la torre ha reclinado su pesaba cabeza en el muro.

» Al cazador furtivo que esperaba sorprender la res, lo ha sorprendido el sueño.

» El pastor que aguarda el dia consultando las estrellas duerme ahora y dormirá hasta el amanecer.

» Reina de las ondinas, sigue nuestros pasos.

» Ven á mecerte en las ramas de los sáuces sobre el haz del agua.

»Ven á embriagarte con el perfume de las violetas que se abren entre las sombras.

»Ven á gozar de la noche, que es el dia de los espíritus.»

Mientras flotaban en el aire las suaves notas de aquella deliciosa música, Garcés se mantuvo inmóvil. Despues que se hubo desvanecido, con mucha precaucion apartó un poco las ramas, y no sin experimentar algun sobresalto vió aparecer las corzas que en tropel y salvando los matorrales con ligereza increible una veces, deteniéndose como á escuchar otras, jugueteando entre sí, ya escondiéndose entre la espesura, ya saliendo nuevamente á la senda, bajaban del monte con direccion al remanso del rio.

Delante de sus compañeras, más ágil, más linda, más juguetona y alegre que todas, saltando, corriendo, parándose y tornando á correr, de modo que parecia no tocar el suelo con los piés, iba la corza blanca, cuyo extraño color destacaba con una fantástica luz sobre el oscuro fondo de los árboles.

Aunque el jóven se sentia dispuesto á ver en cuanto le rodeaba algo de sobrenatural y maravilloso, la verdad del caso era, que prescindiendo de la momentánea alucinacion que turbó un instante sus sentidos, fingiéndole músicas, rumores y palabras, ni en la forma de las corzas ni en sus movimientos, ni en los cortos bramidos con que parecian llamarse, habia nada con que no debiese estar ya muy familiarizado un cazador práctico en esta clase de expediciones nocturnas.

A medida que desechaba la primera impresion, Garcés

comenzó á comprenderlo así, y riéndose interiormente de su incredulidad y su miedo, desde aquel instante sólo se ocupó en averiguar, teniendo en cuenta la direccion que seguian, el punto donde se hallaban las corzas.

Hecho el cálculo, cogió la ballesta entre los dientes, y arrastrándose como una culebra por detrás de los lentiscos, fué á situarse obra de unos cuarenta pasos más léjos del lugar en que ántes se encontraba. Una vez acomodado en su nuevo escondite, esperó el tiempo suficiente para que las corzas estuvieran ya dentro del rio, á fin de hacer el tiro más seguro. Apenas comenzó á escucharse ese ruido particular que produce el agua que se bate á golpes ó se agita con violencia, Garcés comenzó á levantarse poquito á poco y con las mayores precauciones, apoyándose en la tierra primero sobre la punta de los dedos, y despues con una de las rodillas.

Ya de pié, y cerciorándose á tientas de que el arma estaba preparada, dió un paso hácia adelante, alargó el cuello por cima de los arbustos para dominar el remanso, y tendió la ballesta; pero en el mismo punto en que á par de la ballesta, tendió la vista buscando el objeto que habia de herir, se escapó de sus labios un imperceptible é involuntario grito de asombro.

La luna, que habia ido remontándose con lentitud por el ancho horizonte, estaba inmóvil y como suspendida en la mitad del cielo. Su dulce claridad inundaba el soto, abrillantaba la intranquila superficie del rio y hacia ver los objetos como á través de una gasa azul.

Las corzas habian desaparecido.

En su lugar, lleno de estupor y casi de miedo, vió Garcés un grupo de bellísimas mujeres, de las cuales, unas

entraban en el agua jugueteando, mientras las otras acababan de despojarse de las ligeras túnicas que áun ocultaban á la codiciosa vista el tesoro de sus formas.

En esos ligeros y cortados sueños de la mañana, ricos en imágenes risueñas y voluptuosas, sueños diáfanos y celestes como la luz que entónces comienza á trasparentarse á través de las blancas cortinas del lecho, no ha habido nunca imaginacion de veinte años que bosquejase con los colores de la fantasía una escena semejante á la que se ofrecia en aquel punto á los ojos del atónito Garcés.

Despojadas ya de sus túnicas y sus velos de mil colores, que destacaban sobre el fondo, suspendidas de los árboles ó arrojadas con descuido sobre la alfombra del césped, las muchachas discurrian á su placer por el soto, formando grupos pintorescos, y entraban y salian en el agua, haciéndola saltar en chispas luminosas sobre las flores de la márgen como una menuda lluvia de rocío.

Aquí una de ellas, blanca como el vellon de un cordero, sacaba su cabeza rubia entre las verdes y flotantes hojas de una planta acuática, de la cual parecia una flor á medio abrir, cuyo flexible tallo más bien se adivinaba que se veia temblar debajo de los infinitos círculos de luz de las ondas.

Otra allá con el cabello suelto sobre los hombros, mecíase suspendida de la rama de un sáuce sobre la corriente de un rio, y sus pequeños piés, color de rosa, hacian una raya de plata al pasar rozando la tersa superficie. En tanto que éstas permanecian recostadas aún al borde del agua con los azules ojos adormidos, aspirando con voluptuosidad el perfume de las flores y estremeciéndose ligeramente al contacto de la fresca brisa, aquellas danzaban en vertiginosa ronda entrelazando caprichosamente sus manos

dejando caer atrás la cabeza con delicioso abandono, é hiriendo el suelo con el pié en alternada cadencia.

Era imposible seguirlas en sus ágiles movimientos, imposible abarcar con una mirada los infinitos detalles del cuadro que formaban, unas corriendo, jugando y persiguiéndose con alegres risas por entre el laberinto de los árboles; otras surcando el agua como un cisne, y rompiendo la corriente con el levantado seno; otras, en fin, sumergiéndose en el fondo, donde permanecian largo rato para volver á la superficie, trayendo una de esas flores extrañas que nacen escondidas en el lecho de las aguas profundas.

La mirada del atónito montero vagaba absorta de un lado á otro, sin saber dónde fijarse, hasta que sentado bajo un pabellon de verdura que parecia servirle de dosel, y rodeado de un grupo de mujeres todas á cual más bellas, que le ayudaban á despojarse de sus ligerísimas vestiduras, creyó ver el objeto de sus ocultas adoraciones, la hija del noble Don Dionís, la incomparable Constanza.

Marchando de sorpresa en sorpresa, el enamorado jóven no se atrevia ya á dar crédito ni al testimonio de sus sentidos, y creíase bajo la influencia de un sueño fascinador y engañoso.

No obstante, pugnaba en vano por persuadirse de que todo cuanto veia era efecto del desarreglo de su imaginacion; porque mientras más la miraba, y más despacio, más se convencia de que aquella mujer era Constanza.

No podia caber duda, no: suyos eran aquellos ojos oscuros y sombreados de largas pestañas, que apenas bastaban á amortiguar la luz de sus pupilas; suya aquella rubia y abundante cabellera, que despues de coronar su frente,

se derramaba por su blanco seno y sus redondas espaldas como una cascada de oro; suyos, en fin, aquel cuello airoso, que sostenia su lánguida cabeza, ligeramente inclinada como una flor que se rinde al peso de las gotas de rocío, y aquellas voluptuosas formas que él habia soñado tal vez, y aquellas manos semejantes á manojos de jazmines, y aquellos piés diminutos, comparables sólo con dos pedazos de nieve que el sol no ha podido derretir, y que á la mañana blanquean entre la verdura.

En el momento en que Constanza salió del bosquecillo, sin velo alguno que ocultase á los ojos de su amante los escondidos tesoros de su hermosura, sus compañeras comenzaron nuevamente á cantar estas palabras con una melodía dulcísima:

CORO.

«Génios del aire, habitadores del luminoso éter, venid envueltos en un giron de niebla plateada.

»Silfos invisibles, dejad el cáliz de los entreabiertos lirios, y venid en vuestros carros de nácar al que vuelan uncidas las mariposas.

»Larvas de las fuentes, abandonad el lecho de musgo y caed sobre nosotras en menuda lluvia de perlas.

»Escarabajos de esmeralda, luciérnagas de fuego, mariposas negras, ¡venid!

»Y venid vosotros todos, espíritus de la noche, venid zumbando como un enjambre de insectos de luz y de oro.

»Venid, que ya el astro protector de los misterios brilla en la plenitud de su hermosura.

»Venid, que ha llegado el momento de las trasformaciones maravillosas.

»Venid, que las que os aman os esperan impacientes.»

Garcés, que permanecia inmóvil, sintió al oir aquellos cantares misteriosos que el áspid de los celos le mordia el corazon, y obedeciendo á un impulso más poderoso que su voluntad, deseando romper de una vez el encanto que fascinaba sus sentidos, separó con mano trémula y convulsa el ramaje que le ocultaba y de un solo salto se puso en la márgen del rio. El encanto se rompió, desvanecióse todo como el humo, y al tender en torno suyo la vista, no vió ni oyó más que el bullicioso tropel con que las tímidas corzas, sorprendidas en lo mejor de sus nocturnos juegos, huian espantadas de su presencia, una por aquí, otra por allá, cuál salvando de un salto los matorrales, cuál ganando á todo correr la trocha del monte.

—¡Oh! bien dije yo que todas estas cosas no eran más que fantasmagorías del diablo, exclamó entónces el montero; pero por fortuna esta vez ha andado un poco torpe dejándome entre las manos la mejor presa.

Y en efecto, era así: la corza blanca, deseando escapar por el soto, se habia lanzado entre el laberinto de sus árboles, y enredándose en una red de madreselvas, pugnaba en vano por desasirse. Garcés le encaró la ballesta; pero en el mismo punto en que iba á herirla, la corza se volvió hácia el montero, y con voz clara y aguda detuvo su accion con un grito, diciéndole:—Garcés, ¿qué haces? El jóven vaciló, y despues de un instante de duda dejó caer al suelo el

arma, espantado á la sola idea de haber podido herir á su amante. Una sonora y estridente carcajada vino á sacarle al fin de su estupor; la corza blanca habia aprovechado aquellos cortos instantes para acabarse de desenredar y huir ligera como un relámpago riéndose de la burla hecha al montero.

—¡Ah! condenado engendro de Satanás, dijo éste con voz espantosa recogiendo la ballesta con una rapidez indecible, pronto has cantado la victoria, pronto te has creido fuera de mi alcance; y esto diciendo, dejó volar la saeta, que partió silbando y fué á perderse en la oscuridad del soto, en el fondo del cual sonó al mismo tiempo un grito, al que siguieron despues unos gemidos sofocados.

—¡Dios mio! exclamó Garcés al percibir aquellos lamentos angustiosos. ¡Dios mio, si será verdad! Y fuera de sí, como loco, sin darse cuenta apenas de lo que le pasaba, corrió en la direccion en que habia disparado la saeta, que era la misma en que sonaban los gemidos. Llegó al fin; pero al llegar sus cabellos se erizaron de horror, las palabras se anudaron en su garganta, y tuvo que agarrarse al tronco de un árbol para no caer á tierra.

Constanza, herida por su mano, espiraba allí á su vista, revolcándose en su propia sangre, entre las agudas zarzas del monte.

CREED EN DIOS.

CÁNTIGA PROVENZAL.

«Yo fuí el verdadero Teobaldo de Montagut, baron de Fortcastell Noble ó villano, señor ó pechero, tú, cualquiera que seas, que te detienes un instante al borde de mi sepultura, cree en Dios, como yo he creido, y ruégale por mí.»

I.

Nobles aventureros, que puesta la lanza en la cuja, caida la visera del casco, y jinetes sobre un corcel poderoso, recorreis la tierra sin más patrimonio que vuestro nombre clarísimo y vuestra montante, buscando honra y prez en la profesion de las armas; si al atravesar el quebrado valle de Montagut os ha sorprendido en él la tormenta y la noche, y habeis encontrado un refugio en las ruinas del monasterio que áun se ve en su fondo, oidme.

II.

Pastores que seguís con lento paso vuestras ovejas que pacen derramadas por las colinas y las llanuras; si al con-

ducirlas al borde del trasparente riachuelo que corre, forcejea y salta por entre los peñascos del valle de Montagut en el rigor del verano, y en una siesta de fuego habeis encontrado la sombra y el reposo al pié de las derruidas arcadas del monasterio, cuyos musgosos pilares besan las ondas, oidme.

III.

Niñas de las cercanas aldeas, lirios silvestres que creceis felices al abrigo de vuestra humildad; si en la mañana del santo patrono de estos lugares, al bajar al valle de Montagut á coger tréboles y margaritas con que embellecer su retablo, venciendo el temor que os inspira el sombrío monasterio que se alza en sus peñas, habeis penetrado en su cláustro mudo y desierto para vagar entre sus abandonadas tumbas, á cuyos bordes crecen las margaritas más dobles y los jacintos más azules, oidme.

IV.

Tú, noble caballero, tal vez al resplandor de un relámpago; tú, pastor errante, calcinado por los rayos del sol; tú, en fin, hermosa niña, cubierta aún con gotas de rocío semejantes á lágrimas, todos habreis visto en aquel santo lugar una tumba, una tumba humilde. Antes la componian una piedra tosca y una cruz de palo; la cruz ha desaparecido, y sólo queda la piedra. En esa tumba, cuya inscripcion es el mote de mi canto, reposa en paz el último baron de Fortcastells, Teobaldo de Montagut, del cual voy á referiros la peregrina historia.

———

I.

Cuando la noble condesa de Montagut estaba en cinta de su primogénito Teobaldo, tuvo un ensueño misterioso y terrible. Acaso un aviso de Dios; tal vez una vana fantasía, que el tiempo realizó más adelante. Soñó que en su seno engendraba una serpiente, una serpiente monstruosa que, arrojando agudos silbidos, y ora arrastrándose entre la menuda yerba, ora replegándose sobre sí misma para saltar, huyó de su vista, escondiéndose al fin entre unas zarzas.

—¡Allí está! ¡allí está! gritaba la condesa en su horrible pesadilla, señalando á sus servidores la zarza en que se habia escondido el asqueroso reptil.

Cuando sus servidores llegaron presurosos al punto que la noble dama, inmóvil y presa de un profundo terror, les señalaba aún con el dedo, una blanca paloma se levantó de entre las breñas y se remontó á las nubes.

La serpiente habia desaparecido.

II.

Teobaldo vino al mundo. Su madre murió al darlo á luz; su padre pereció algunos años despues en una emboscada, peleando como bueno contra los enemigos de Dios.

Desde este punto, la juventud del primogénito de Fortcastells sólo puede compararse á un huracan. Por donde pasaba se veia señalando su camino un rastro de lágrimas y de sangre. Ahorcaba á sus pecheros, se batia con sus iguales, perseguia á las doncellas, daba de palos á los mon-

jes, y en sus blasfemias y juramentos ni dejaba santo en paz ni cosa sagrada que no maldijese.

III.

Un dia en que salió de caza, y que, como era su costumbre, hizo entrar á guarecerse de la lluvia á toda su endiablada comitiva de pajes licenciosos, arqueros desalmados y siervos envilecidos, con perros, caballos y gerifaltes, en la iglesia de una aldea de sus dominios; un venerable sacerdote, arrostrando su cólera y sin temer los violentos arranques de su carácter impetuoso, le conjuró en nombre del cielo y llevando una hostia consagrada en sus manos, á que abandonase aquel lugar y fuese á pié y con un bordon de romero á pedir al Papa la absolucion de sus culpas.

—¡Déjame en paz, viejo loco! exclamó Teobaldo al oirle; déjame en paz, ó ya que no he encontrado una sola pieza durante el dia, te suelto mis perros y te cazo como á un jabalí para distraerme.

IV.

Teobaldo era hombre de hacer lo que decia. El sacerdote, sin embargo, se limitó á contestarle: —Haz lo que quieras, pero ten presente que hay un Dios que castiga y perdona, y que si muero á tus manos, borrará mis culpas del libro de su indignacion para escribir tu nombre y hacerte expiar tu crímen.

—¡Un Dios que castiga y perdona! prorumpió el sacrílego baron con una carcajada. Yo no creo en Dios, y para darte una prueba voy á cumplirte lo que te he pro-

metido; porque aunque poco rezador, soy amigo de no faltar á mis palabras. ¡Raimundo! ¡Gerardo! ¡Pedro! Azuzad la jauría, dadme el venablo, tocad el *alalí* en vuestras trompas, que vamos á darle caza á este imbécil aunque se suba á los retablos de sus altares.

V.

Ya despues de dudar un instante y á una nueva órden de su señor, comenzaban los pajes á desatar los lebreles, que aturdian la iglesia con sus ladridos; ya el baron habia armado su ballesta riendo con una risa de Satanás, y el venerable sacerdote, murmurando una plegaria, elevaba sus ojos al cielo y esperaba tranquilo la muerte, cuando se oyó fuera del sagrado recinto una vocería terrible, bramidos de trompas que hacian señales de ojeo, y gritos de *¡Al jabalí!* — *¡Por las breñas!* — *¡Hácia el monte!* Teobaldo, al anuncio de la deseada res, corrió á las puertas del santuario, ébrio de alegría; tras él fueron sus servidores, y con sus servidores los caballos y los lebreles.

VI.

—¿Por dónde va el jabalí? preguntó el baron subiendo á su corcel, sin apoyarse en el estribo ni desarmar la ballesta.—Por la cañada que se extiende al pié de esas colinas, le respondieron. Sin escuchar la última palabra, el impetuoso cazador hundió su acicate de oro en el ijar del caballo, que partió al escape. Tras él partieron todos.

Las habitantes de la aldea, que fueron los primeros en dar la voz de alarma, y que al aproximarse el terrible ani-

mal se habian guarecido en sus chozas, asomaron tímidamente la cabeza á los quicios de sus ventanas; y cuando vieron desaparecer la infernal comitiva por entre el follaje de la espesura, se santiguaron en silencio.

VII.

Teobaldo iba delante de todos. Su corcel, más ligero ó más castigado que los de sus servidores, seguia tan de cerca á la res, que dos ó tres veces, dejándole la brida sobre el cuello al fogoso bruto, se habia empinado sobre los estribos, y echádose al hombro la ballesta para herirlo. Pero el jabalí, al que sólo divisaba á intervalos entre los espesos matorrales, tornaba á desaparecer de su vista para mostrársele de nuevo fuera del alcance de su arma.

Así corrió muchas horas, atravesó las cañadas del valle y el pedregoso lecho del rio, é internándose en un bosque inmenso, se perdió entre sus sombrías revueltas, siempre fijos los ojos en la codiciada res, siempre creyendo alcanzarla, siempre viéndose burlado por su agilidad maravillosa.

VIII.

Por último, pudo encontrar una ocasion propicia; tendió el brazo y voló la saeta, que fué á clavarse temblando en el lomo del terrible animal, que dió un salto y un espantoso bufido. ¡Muerto está! exclama con un grito de alegría el cazador, volviendo á hundir por la centésima vez el acicate en el sangriento ijar de su caballo; ¡muerto está! en balde

huye. El rastro de la sangre que arroja marca su camino. Y esto diciendo, comenzó á hacer en la bocina la señal del triunfo para que la oyesen sus servidores.

En aquel instante el corcel se detuvo, flaquearon sus piernas, un ligero temblor agitó sus contraidos músculos, y cayó al suelo desplomado, arrojando por la hinchada nariz cubierta de espuma un caño de sangre.

Habia muerto de fatiga, habia muerto cuando la carrera del herido javalí comenzaba á acortarse, cuando bastaba un solo esfuerzo más para alcanzarlo.

IX.

Pintar la ira del colérico Teobaldo, seria imposible. Repetir sus maldiciones y sus blasfemias, sólo repetirlas, fuera escandaloso é impío. Llamó á grandes voces á sus servidores, y únicamente le contestó el eco en aquellas inmensas soledades, y se arrancó los cabellos y se mesó las barbas, presa de la más espantosa desesperacion. Le seguiré á la carrera, áun cuando haya de reventarme, exclamó al fin, armando de nuevo su ballesta y disponiéndose á seguir á la res; pero en aquel momento sintió ruido á sus espaldas; se entreabrieron las ramas de la espesura, y se presentó á sus ojos un paje que traia del diestro un corcel negro como la noche.

—El cielo me lo envía, dijo el cazador, lanzándose sobre sus lomos ágil como un gamo. El paje, que era delgado, muy delgado, y amarillo como la muerte, se sonrió de una manera extraña al presentarle la brida.

X.

El caballo relinchó con una fuerza que hizo estremecer el bosque; dió un bote increible, un bote en que se levantó más de diez varas del suelo, y el aire comenzó á zumbar en los oidos del jinete, como zumba una piedra arrojada por la honda. Habia partido al escape; pero á un escape tan rápido, que temeroso de perder los estribos y caer á tierra turbado por el vértigo, tuvo que cerrar lôs ojos y agarrarse con ambas manos á sus flotantes crines.

Y sin agitar sus riendas, sin herirle con el acicate ni animarlo con la voz, el corcel corria, corria sin detenerse. ¿Cuánto tiempo corrió Teobaldo con él, sin saber por dónde, sintiendo que las ramas le abofeteaban el rostro al pasar, y los zarzales desgarraban sus vestidos, y el viento silbaba á su alrededor? Nadie lo sabe.

XI.

Cuando, recobrado el ánimo, abrió los ojos un instante para arrojar en torno suyo una mirada inquieta, se encontró léjos, muy léjos de Montagut, y en unos lugares para él completamente extraños. El corcel corria, corria sin detenerse, y árboles, rocas, castillos y aldeas pasaban á su lado como una exhalacion. Nuevos y nuevos horizontes se abrian ante su vista; horizontes que se borraban para dejar lugar á otros más y más desconocidos. Valles angostos, erizados de colosales fragmentos de granito que las tempestades habian arrancado de la cumbre de las montañas; alegres campiñas, cubiertas de un tapiz de verdura y sem-

bradas de blancos caseríos; desiertos sin límites, donde hervian las arenas calcinadas por los rayos de un sol de fuego; vastas soledades, llanuras inmensas, regiones de eternas nieves, donde los gigantescos témpanos asemejaban, destacándose sobre un cielo gris y oscuro, blancos fantasmas que extendian sus brazos para asirle por los cabellos al pasar; todo esto, y mil y mil otras cosas que yo no podré deciros, vió en su fantástica carrera, hasta tanto que envuelto en una niebla oscura dejó de percibir el ruido que producian los cascos del caballo al herir la tierra.

I.

Nobles caballeros, sencillos pastores, hermosas niñas que escuchais mi relato, si os maravilla lo que os cuento, no creais que es una fábula tejida á mi antojo para sorprender vuestra credulidad; de boca en boca ha llegado hasta mí esta tradicion, y la leyenda del sepulcro que áun subsiste en el monasterio de Montagut, es un testimonio irrecusable de la veracidad de mis palabras.

Creed, pues, lo que he dicho, y creed lo que áun me resta por decir, que es tan cierto como lo anterior, aunque más maravilloso. Yo podré acaso adornar con algunas galas de la poesía el desnudo esqueleto de esta sencilla y terrible historia, pero nunca me apartaré un punto de la verdad á sabiendas.

II.

Cuando Teobaldo dejó de percibir las pisadas de su cor-

cel y se sintió lanzado en el vacío, no pudo reprimir un involuntario estremecimiento de terror. Hasta entónces habia creido que los objetos que se representaban á sus ojos eran fantasmas de su imaginacion, turbada por el vértigo, y que su corcel corria desbocado, es verdad, pero corria sin salir del término de su señorío. Ya no le quedaba duda de que era el juguete de un poder sobrenatural que le arrastraba sin que supiese á dónde, á través de aquellas nieblas oscuras, de aquellas nubes de formas caprichosas y fantásticas, en cuyo seno, que se iluminaba á veces con el resplandor de un relámpago, creia distinguir las hirvientes centellas, próximas á desprenderse.

El corcel corria, ó mejor dicho, nadaba en aquel océano de vapores caliginosos y encendidos, y las maravillas del cielo comenzaron á desplegarse unas tras otras ante los espantados ojos de su jinete.

III.

Cabalgando sobre las nubes, vestidos de luengas túnicas con orlas de fuego, suelta al huracan la encendida cabellera, y blandiendo sus espadas que relampagueaban arrojando chispas de cárdena luz, vió á los ángeles, ministros de la cólera del Señor, cruzar como un formidable ejército sobre las alas de la tempestad.

Y subió más alto, y creyó divisar á lo léjos las tormentosas nubes semejantes á un mar de lava, y oyó mugir el trueno á sus piés como muge el Océano azotando la roca desde cuya cima le contempla el atónito peregrino.

IV.

Y vió el arcángel, blanco como la nieve, que sentado sobre un inmenso globo de cristal, lo dirige por el espacio en las noches serenas, como un bajel de plata sobre la superficie de un lago azul.

Y vió el sol volteando encendido sobre ejes de oro en una atmósfera de colores y de fuego, y en su foco á los ígneos espíritus que habitan incólumes entre las llamas, y desde su ardiente seno entonan al Criador himnos de alegría.

Vió los hilos de luz imperceptibles que atan los hombres á las estrellas, y vió el arco iris, echado como un puente colosal sobre el abismo que separa al primer cielo del segundo.

V.

Por una escala misteriosa vió bajar las almas á la tierra: vió bajar muchas, y subir pocas. Cada una de aquellas almas inocentes iba acompañada de un arcángel purísimo que le cubria con la sombra de sus alas. Los que tornaban solos, tornaban en silencio y con lágrimas en los ojos; los que no, subian cantando como suben las alondras en las mañanas de Abril.

Despues las tinieblas rosadas y azules que flotaban en el espacio, como cortinas de gasa trasparente, se rasgaron como el dia de gloria se rasga en nuestros templos el velo de los altares; y el paraíso de los justos se ofreció á sus miradas deslumbrador y magnífico.

VI.

Allí estaban los santos profetas que habreis visto groseramente esculpidos en las portadas de piedra de nuestras catedrales; allí las vírgenes luminosas, que intenta en vano copiar de sus sueños el pintor en los vidrios de colores de las ojivas; allí los querubines, con sus largas y flotantes vestiduras y sus limbos de oro, como los de las tablas de los altares; allí, en fin, coronada de estrellas, vestida de luz, rodeada de todas las jerarquías celestes, y hermosa sobre toda ponderacion, Nuestra Señora de Monserrat, la Madre de Dios, la Reina de los arcángeles, el amparo de los pecadores y el consuelo de los afligidos.

VII.

Más allá el paraíso de los justos, más allá el trono do se asienta la Vírgen María. El ánimo de Teobaldo se sobrecogió temeroso, y un hondo pavor se apoderó de su alma. La eterna soledad, el eterno silencio viven en aquellas regiones, que conducen al misterioso santuario del Señor. De cuando en cuando azotaba su frente una ráfaga de aire, frio como la hoja de un puñal, que crispaba sus cabellos de horror y penetraba hasta la médula de sus huesos; ráfagas semejantes á las que anunciaban á los profetas la aproximacion del espíritu divino. Al fin llegó á un punto donde creyó percibir un rumor sordo, que pudiera compararse al zumbido lejano de un enjambre de abejas, cuando,

en las tardes de otoño, revolotean en derredor de las últimas flores.

VIII.

Atravesaba esa fantástica region á donde van todos los acentos de la tierra, los sonidos que decimos que se desvanecen, las palabras que juzgamos que se pierden en el aire, los lamentos que creemos que nadie oye.

Aquí, en un círculo armónico, flotan las plegarias de los niños, las oraciones de las vírgenes, los salmos de los piadosos eremitas, las peticiones de los humildes, las castas palabras de los limpios de corazon, las resignadas quejas de los que padecen, los ayes de los que sufren y los himnos de los que esperan. Teobaldo oyó entre aquellas voces que palpitaban aún en el éter luminoso, la voz de su santa madre, que pedia á Dios por él; pero no oyó la suya.

IX.

Más allá hirieron sus oidos con un estrépito discordante mil y mil acentos ásperos y roncos, blasfemias, gritos de venganzas, cantares de orgías, palabras lúbricas, maldiciones de la desesperacion, amenazas de impotencia y juramentos sacrílegos de la impiedad.

Teobaldo atravesó el segundo círculo con la rapidez que el meteoro cruza el cielo en una tarde de verano, por no oir su voz que vibraba allí sonante y atronadora, sobreponiéndose á las otras voces en medio de aquel concierto infernal.

—*¡No creo en Dios! ¡No creo en Dios!* decia aún su

acento agitándose en aquel océano de blasfemias; y Teobaldo comenzaba á creer.

X.

Dejó atrás aquellas regiones y atravesó otras inmensidades llenas de visiones terribles, que ni él pudo comprender ni yo acierto á concebir, y llegó al cabo al último círculo de la espiral de los cielos, donde los serafines adoran al Señor cubierto el rostro con las triples alas y prosternados á sus piés.

Él quiso mirarlo.

Un aliento de fuego abrasó su cara, un mar de luz oscureció sus ojos, un trueno gigante retumbó en sus oidos, y arrancado del corcel y lanzado al vacío como la piedra candente que arroja un volcan, se sintió bajar, y bajar sin caer nunca, ciego, abrasado y ensordecido, como cayó el ángel rebelde cuando Dios derribó el pedestal de su orgullo con un soplo de sus labios.

I.

La noche habia cerrado, y el viento gemia agitando las hojas de los árboles, por entre cuyas frondosas ramas se deslizaba un suave rayo de luna; cuando Teobaldo, incorporándose sobre el codo y restregándose los ojos como si despertara de un profundo sueño, tendió al rededor una mirada y se encontró en el mismo bosque donde hirió al javalí, donde cayó muerto su corcel, donde le dieron aquella

fantástica cabalgadura que le habia arrastrado á unas regiones desconocidas y misteriosas.

Un silencio de muerte reinaba á su alrededor; un silencio que sólo interrumpia el lejano bramido de los ciervos, el temeroso murmullo de las hojas, y el eco de una campana distante que de vez en cuando traia el viento en sus ráfagas.

—Habré soñado, dijo el baron; y emprendió su camino al través del bosque, y salió al fin á la llanura.

II.

En lontananza, y sobre las rocas de Montagut, vió destacarse la negra silueta de su castillo sobre el fondo azulado y trasparente del cielo de la noche.—Mi castillo está léjos y estoy cansado, murmuró; esperaré el dia en un lugar cercano, y se dirigió al lugar.—Llamó á una puerta.—¿Quién sois? le preguntaron.—El baron de Fortcastell, respondió, y se le rieron en sus barbas.—Llamó á otra.—¿Quién sois y qué quereis? tornaron á preguntarle.—Vuestro señor, insistió el caballero, sorprendido de que no le conociesen, Teobaldo de Montagut.—¡Teobaldo de Montagut! dijo colérica su interlocutora, que no era una vieja; ¡Teobaldo de Montagut el del cuento!... ¡Bah!... Seguid vuestro camino, y no vengais á sacar de su sueño á las gentes honradas para decirles chanzonetas insulsas.

III.

Teobaldo, lleno de asombro, abandonó la aldea y se dirigió al castillo, á cuyas puertas llegó cuando apenas cla-

reaba el dia. El foso estaba cegado con los sillares de las derruidas almenas; el puente levadizo, inútil ya, se pudria colgado aún de sus fuertes tirantes de hierro, cubiertos de orin por la accion de los años; en la torre del homenaje tañia lentamente una campana; frente al arco principal de la fortaleza y sobre un pedestal de granito se elevaba una cruz; en los muros no se veia un solo soldado; y confuso, y sordo, parecia que de su seno se elevaba como un murmullo lejano, un himno religioso, grave, solemne y magnífico.

—¡Y este es mi castillo, no hay duda! decia Teobaldo, paseando su inquieta mirada de un punto á otro, sin acertar á comprender lo que le pasaba. ¡Aquel es mi escudo, grabado aún sobre la clave del arco! ¡Ese el valle de Montagut! Estas tierras que domina, el señorío de Fortcastell...

En aquel instante las pesadas hojas de la puerta giraron sobre sus goznes, y apareció en su dintel un religioso.

IV.

—¿Quién sois, y qué haceis aquí? preguntó Teobaldo al monje.

—Yo soy, contestó éste, un humilde servidor de Dios, religioso del monasterio de Montagut.

—Pero... interrumpió el baron... Montagut, ¿no es un señorío?

—Lo fué, prosiguió el monje... hace mucho tiempo... Á su último señor, segun cuentan, se le llevó el diablo; y como no tenia á nadie que le sucediese en el feudo, los condes soberanos hicieron donacion de estas tierras á los

religiosos de nuestra regla, que están aquí desde habrá cosa de ciento á ciento veinte años. Y vos, ¿quién sois?...

—Yo... balbuceó el baron de Fortcastells, despues de un largo rato de silencio; yo soy... un miserable pecador, que arrepentido de sus faltas, viene á confesarlas á vuestro abad, y á pedirle que lo admita en el seno de su religion.

LA PROMESA.

I.

Margarita lloraba con el rostro oculto entre las manos; lloraba sin gemir, pero las lágrimas corrian silenciosas á lo largo de sus mejillas, deslizándose por entre sus dedos para caer en la tierra hácia la que habia doblado su frente.

Junto á Margarita estaba Pedro, quien levantaba de cuando en cuando los ojos para mirarla, y viéndola llorar tornaba á bajarlos, guardando á su vez un silencio profundo.

Y todo callaba al rededor y parecia respetar su pena. Los rumores del campo se apagaban; el viento de la tarde dormia, y las sombras comenzaban á envolver los espesos ásboles del soto.

Así trascurrieron algunos minutos, durante los cuales se acabó de borrar el rastro de luz que el sol habia dejado al morir en el horizonte; la luna comenzó á dibujarse vagamente sobre el fondo violado del cielo del crepúsculo, y unas tras otras fueron apareciendo las mayores estrellas.

Pedro rompió al fin aquel silencio angustioso, exclamando con voz sorda y entrecortada y como si hablase consigo mismo:

—¡Es imposible... imposible!

Despues, acercándose á la desconsolada niña y tomando una de sus manos, prosiguió con acento más cariñoso y suave:

—Margarita, para tí el amor es todo, y tú no ves nada más allá del amor. No obstante, hay algo tan respetable como nuestro cariño, y es mi deber. Nuestro señor, el conde de Gómara, parte mañana de su castillo para reunir su hueste á las del rey Don Fernando, que va á sacar á Sevilla del poder de los infieles, y yo debo partir con el conde.

Huérfano oscuro, sin nombre y sin familia, á él le debo cuanto soy. Yo le he servido en el ócio de las paces, he dormido bajo su techo, me he calentado en su hogar y he comido el pan á su mesa. Si hoy le abandono, mañana sus hombres de armas, al salir en tropel por las poternas de su castillo, preguntarán maravillados de no verme: ¿Dónde está el escudero favorito del conde de Gómara? Y mi señor callará con vergüenza, y sus pajes y sus bufones dirán en son de mofa:—El escudero del conde no es más que un galan de justas, un lidiador de cortesía.

Al llegar á este punto, Margarita levantó sus ojos llenos de lágrimas para fijarlos en los de su amante, y removió los labios como para dirigirle la palabra; pero su voz se ahogó en un sollozo.

Pedro, con acento áun más dulce y persuasivo, prosiguió así:

—No llores, por Dios, Margarita; no llores, porque tus lágrimas me hacen daño. Voy á alejarme de tí; mas yo volveré despues de haber conseguido un poco de gloria para mi nombre oscuro...

El cielo nos ayudará en la santa empresa; conquistare-

mos á Sevilla, y el rey nos dará feudos en las riberas del Guadalquivir á los conquistadores. Entónces volveré en tu busca y nos iremos juntos á habitar en aquel paraíso de los árabes, donde dicen que hasta el cielo es más limpio y más azul que el de Castilla.

Volveré, te lo juro; volveré á cumplir la palabra solemnemente empeñada el dia en que puse en tus manos ese anillo, símbolo de una promesa.

—¡Pedro! exclamó entónces Margarita dominando su emocion y con voz resuelta y firme: «Vé, vé á mantener tu honra,» y al pronunciar estas palabras, se arrojó por última vez en brazos de su amante. Despues añadió con acento más sordo y conmovido: «Vé á mantener tu honra pero vuelve... vuelve á traerme la mia.»

Pedro besó la frente de Margarita, desató su caballo que estaba sujeto á uno de los árboles del soto, y se alejó al galope por el fondo de la alameda.

Margarita siguió á Pedro con los ojos hasta que su sombra se confundió entre la niebla de la noche; y cuando ya no pudo distinguirle, se volvió lentamente al lugar, donde la aguardaban sus hermanos.

—Ponte tus vestidos de gala, le dijo uno de ellos al entrar, que mañana vamos á Gómara con todos los vecinos del pueblo para ver al conde que se marcha á Andalucía.

—A mí más me entristece que me alegra ver irse á los que acaso no han de volver, respondió Margarita con un suspiro.

—Sin embargo, insistió el otro hermano, has de venir con nosotros, y has de venir compuesta y alegre: así no dirán las gentes murmuradoras que tienes amores en el castillo y que tus amores se van á la guerra.

II.

Apenas rayaba en el cielo la primera luz del alba, cuando empezó á oirse por todo el campo de Gómara la aguda trompetería de los soldados del conde, y los campesinos que llegaban en numerosos grupos de los lugares cercanos vieron desglegarse al viento el pendon señorial en la torre más alta de la fortaleza.

Unos sentados al borde de los fosos, otros subidos en las copas de los árboles, éstos vagando por la llanura, aquellos coronando las cumbres de las colinas, los de más allá formando un cordon á lo largo de la calzada, ya haria cerca de una hora que los curiosos esperaban el espectáculo, no sin que algunos comenzaran á impacientarse, cuando volvió á sonar de nuevo el toque de los clarines, rechinaron las cadenas del puente que cayó con pausa sobre el foso y se levantaron los rastrillos, mientras se abrian de par en par y gimiendo sobre sus goznes las pesadas puertas del arco que conducia al patio de armas.

La multitud corrió á agolparse en los ribazos del camino, para ver más á su sabor las brillantes armaduras y los lujosos arreos del séquito del conde de Gómara, célebre en toda la comarca por su esplendidez y sus riquezas.

Rompieron la marcha los farautes, que deteniéndose de trecho en trecho, pregonaban en alta voz y á son de caja las cédulas del rey llamando á sus feudatarios á la guerra de moros, y requiriendo á las villas y lugares libres para que diesen paso y ayuda á sus huestes.

A los farautes siguieron los heraldos de corte, ufanos

con sus casullas de seda, sus escudos bordados de oro y colores, y sus birretes guarnecidos de plumas vistosas.

Despues vino el escudero mayor de la casa, armado de punta en blanco, caballero sobre un potro morcillo, llevando en sus manos el pendon de rico-hombre con sus motes y sus calderas, y al estribo izquierdo el ejecutor de las justicias del señorío, vestido de negro y rojo.

Precedian al escudero mayor hasta una veintena de aquellos famosos trompeteros de la tierra llana, célebres en las crónicas de nuestros reyes por la increible fuerza de sus pulmones.

Cuando dejó de herir al viento el agudo clamor de la formidable trompetería, comenzó á oirse un rumor sordo, compasado y uniforme. Eran los peones de la mesnada, armados de largas picas y provistos de sendas adargas de cuero. Tras éstos no tardaron en aparecer los aparejadores de las máquinas, con sus herramientas y sus torres de palo, las cuadrillas de escaladores y la gente menuda del servicio de las acémilas.

Luégo, envueltos en la nube de polvo que levantaba el casco de sus caballos, y lanzando chispas de luz de sus petos de hierro, pasaron los hombres de armas del castillo formados en gruesos pelotones, que semejaban á lo léjos un bosque de lanzas.

Por último, precedido de los timbaleros que montaban poderosas mulas con gualdrapas y penachos, rodeado de sus pajes que vestian ricos trajes de seda y oro y seguido de los escuderos de su casa, apareció el conde.

Al verle la multitud levantó un clamor inmenso para saludarle, y entre la confusa vocería se ahogó el grito de una mujer, que en aquel momento cayó desmayada y como

herida de un rayo en los brazos de algunas personas que acudieron á socorrerla. Era Margarita, Margarita que habia conocido á su misterioso amante en el muy alto y muy temido señor conde de Gómara, uno de los más nobles y poderosos feudatarios de la corona de Castilla.

III.

El ejército de Don Fernando, despues de salir de Córdoba, habia venido por sus jornadas hasta Sevilla, no sin haber luchado ántes en Écija, Carmona y Alcalá del Rio de Guadáira, donde una vez expugnado el famoso castillo, puso los reales á vista de la ciudad de los infieles.

El conde de Gómara estaba en la tienda sentado en un escaño de alerce, inmóvil, pálido, terrible, las manos cruzadas sobre la empuñadura del montante y los ojos fijos en el espacio con esa vaguedad del que parece mirar un objeto, y sin embargo no vé nada de cuanto hay á su alrededor.

A un lado y de pié, le hablaba el más antiguo de los escuderos de su casa, el único que en aquellas horas de negra melancolía hubiera osado interrumpirle sin atraer sobre su cabeza la explosion de su cólera.—¿Qué teneis, señor?—le decia. ¿Qué mal os aqueja y consume? Triste vais al combate, y triste volveis áun tornando con la victoria. Cuando todos los guerreros duermen rendidos á la fatiga del dia, os oigo suspirar angustiado; y si corro á vuestro lecho, os miro allí luchar con algo invisible que os atormenta. Abrís los ojos, y vuestro terror no se desvanece. ¿Qué os pasa, señor? decídmelo. Si es un secreto, yo

sabré guardarlo en el fondo de mi memoria como en un sepulcro.

El conde parecia no oir al escudero; no obstante, despues de un largo espacio, y como si las palabras hubiesen tardado todo aquel tiempo en llegar desde sus oidos á su inteligencia, salió poco á poco de su inmovilidad, y atrayéndole hácia sí cariñosamente, le dijo con voz grave y reposada:

—He sufrido demasiado en silencio. Creyéndome juguete de una vana fantasía, hasta ahora he callado por vergüenza; pero no, no es ilusion lo que me sucede.

Yo debo hallarme bajo la influencia de alguna maldicion terrible. El cielo ó el infierno deben querer algo de mí, y lo avisan con hechos sobrenaturales. ¿Te acuerdas del dia de nuestro encuentro con los moros de Nebrija en el Aljarafe de Triana? Eramos pocos; la pelea fué dura, y yo estuve á punto de perecer. Tú lo viste; en lo más reñido del combate, mi caballo herido y ciego de furor se precipitó hácia el grueso de la hueste mora. Yo pugnaba en balde por contenerle; las riendas se habian escapado de mis manos, y el fogoso animal corria llevándome á una muerte segura.

Ya los moros, cerrando sus escuadrones, apoyaban en tierra el cuento de sus largas picas para recibirme en ellas; una nube de saetas silbaba en mis oidos; el caballo estaba á algunos piés de distancia del muro de hierro en que íbamos á estrellarnos, cuando... créeme, no fué una ilusion, ví una mano que agarrándole de la brida lo detuvo con una fuerza sobrenatural, y volviéndole en direccion á las filas de mis soldados, me salvó milagrosamente.

En vano pregunté á unos y otros por mi salvador; nadie le conocia, nadie le habia visto.

Cuando volábais á estrellaros en la muralla de picas, me dijeron: íbais solo, completamente solo; por eso nos maravillamos al veros tornar, sabiendo que ya el corcel no obedecia al jinete.

Aquella noche entré preocupado en mi tienda; queria en vano arrancarme de la imaginacion el recuerdo de la extraña aventura; mas al dirigirme al lecho, torné á ver la misma mano, una mano hermosa, blanca hasta la palidez, que descorrió las cortinas, desapareciendo despues de descorrerlas. Desde entónces, á todas horas, en todas partes, estoy viendo esa mano misteriosa que previene mis deseos y se adelanta á mis acciones. La he visto al expugnar el castillo de Triana coger entre sus dedos y partir en el aire una saeta que venia á herirme; la he visto en los banquetes donde procuraba ahogar mi pena entre la confusion y el tumulto, escanciar el vino en mi copa, y siempre se halla delante de mis ojos, y por donde voy me sigue: en la tienda, en el combate, de dia, de noche... ahora mismo, mírala, mírala aquí apoyada suavemente en mis hombros.

Al pronunciar estas últimas palabras, el conde se puso de pié, y dió algunos pasos como fuera de sí y embargado de un terror profundo.

El escudero se enjugó una lágrima que corria por sus mejillas. Creyendo loco á su señor, no insistió, sin embargo, en contrariar sus ideas, y se limitó á decirle con voz profundamente conmovida:

—Venid... salgamos un momento de la tienda; acaso la brisa de la tarde refrescará vuestras sienes, calmando ese incomprensible dolor, para el que yo no hallo palabras de consuelo.

IV.

El real de los cristianos se extendia por todo el campo de Guadáira, hasta tocar en la márgen izquierda del Guadalquivir. Enfrente del real y destacándose sobre el luminoso horizonte, se alzaban los muros de Sevilla flanqueados de torres almenadas y fuertes. Por encima de la corona de almenas rebosaba la verdura de los mil jardines de la morisca ciudad, y entre las oscuras manchas del follaje lucian los miradores blancos como la nieve, los minaretes de las mezquitas y la gigantesca atalaya, sobre cuyo aéreo pretil lanzaban chispas de luz, heridas por el sol, las cuatro grandes bolas de oro, que desde el campo de los cristianos parecian cuatro llamas.

La empresa de Don Fernando, una de las más heróicas y atrevidas de aquella época, habia traido á su alrededor á los más célebres guerreros de los diferentes reinos de la Península, no faltando algunos que de países extraños y distantes vinieran tambien, llamados por la fama, á unir sus esfuerzos á los del santo rey.

Tendidas á lo largo de la llanura mirábanse, pues, tiendas de campaña de todas formas y colores, sobre el remate de las cuales ondeaban al viento distintas enseñas con escudos partidos, astros, grifos, leones, cadenas, barras y calderas, y otras cien y cien figuras ó símbolos heráldicos que pregonaban el nombre y la calidad de sus dueños. Por entre las calles de aquella improvisada ciudad circulaban en todas direcciones multitud de soldados, que hablando dialectos diversos, y vestido cada cual al uso de

su país, y cada cual armado á su guisa, formaban un extraño y pintoresco contraste.

Aquí descansaban algunos señores de las fatigas del combate sentados en escaños de alerce á la puerta de sus tiendas, y jugando á las tablas, en tanto que sus pajes les escanciaban el vino en copas de metal; allí algunos peones aprovechaban un momento de ócio para aderezar y componer sus armas, rotas en la última refriega; más allá cubrian de saetas un blanco los más expertos ballesteros de la hueste entre las aclamaciones de la multitud, pasmada de su destreza; y el rumor de los atambores, el clamor de las trompetas, las voces de los mercaderes ambulantes, el golpear del hierro contra el hierro, los cánticos de los juglares que entretenian á sus oyentes con la relacion de hazañas portentosas, y los gritos de los farautes que publicaban las ordenanzas de los maestres del campo, llenando los aires de mil y mil ruidos discordes, prestaban á aquel cuadro de costumbres guerreras una vida y una animacion imposibles de pintar con palabras.

El conde de Gómara, acompañado de su fiel escudero, atravesó por entre los animados grupos sin levantar los ojos de la tierra, silencioso, triste, como si ningun objeto hiriese su vista ni llegase á su oido el rumor más leve. Andaba maquinalmente, á la manera que un sonámbulo, cuyo espíritu se agita en el mundo de los sueños, se mueve y marcha sin la conciencia de sus acciones y como arrastrado por una voluntad ajena á la suya.

Próximo á la tienda del rey y en medio de un corro de soldados, pajecillos y gente menuda que le escuchaban con la boca abierta, apresurándose á comprarle alguna de las baratijas que anunciaba á voces y con hiperbólicos enco-

mios, habia un extraño personaje, mitad romero, mitad juglar, que ora recitando una especie de letanía en latin bárbaro, ora diciendo una bufonada ó una chocarrería, mezclaba en su interminable relacion chistes capaces de poner colorado á un ballestero con oraciones devotas, historias de amores picarescos con leyendas de santos. En las inmensas alforjas que colgaban de sus hombros se hallaban revueltos y confundidos mil objetos diferentes: cintas tocadas en el sepulcro de Santiago; cédulas con palabras que él decia ser hebráicas, las mismas que dijo el rey Salomon cuando fundaba el templo, y las únicas para libertarse de toda clase de enfermedades contagiosas; bálsamos maravillosos para pegar á hombres partidos por la mitad; Evangelios cosidos en bolsitas de brocatel; secretos para hacerse amar de todas las mujeres; reliquias de los santos patronos de todos los lugares de España; joyuelas, cadenillas, cinturones, medallas y otras muchas baratijas de alquimio, de vidrio y de plomo.

Cuando el conde llegó cerca del grupo que formaban el romero y sus admiradores, comenzaba éste á templar una especie de bandolina ó guzla árabe con que se acompañaba en la relacion de sus romances. Despues que hubo estirado bien las cuerdas, unas tras otras y con mucha calma, mientras su acompañante daba la vuelta al corro sacando los últimos cornados de la flaca escarcela de los oyentes, el romero comenzó á cantar con voz gangosa y con un aire monótono y plañidero un romance que siempre terminaba con el mismo estribillo.

El conde se acercó al grupo y prestó atencion. Por una coincidencia, al parecer extraña, el título de aquella historia respondia en un todo á los lúgubres pensamientos que

embargaban su ánimo. Segun habia anunciado el cantor ántes de comenzar, el romance se titulaba el *Romance de la mano muerta.*

Al oir el escudero tan extraño anuncio, pugnó por arrancar á su señor de aquel sitio; pero el conde, con los ojos fijos en el juglar, permaneció inmóvil, escuchando esta cántiga:

I.

La niña tiene un amante
que escudero se decia;
el escudero le anuncia
que á la guerra se partia.
—Te vas y acaso no tornes.
—Tornaré por vida mia.
Mientras el amante jura,
diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fia!

II.

El conde con la mesnada
de su castillo salia;
ella que le ha conocido
con grande afliccion gemía:
—¡Ay de mí, que se vá el conde
y se lleva la honra mia!
Mientras la cuitada llora,
diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fia!

III.

Su hermano, que estaba allí,
estas palabras oia:
—Nos has deshonrado, dice.
—Me juró que tornaria.
—No te encontrará si torna
donde encontrarte solia.
Mientras la infelice muere,
diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fia!

IV.

Muerta la llevan al soto,
la han enterrado en la umbría;
por más tierra que la echaban,
la mano no se cubria;
la mano donde un anillo
que le dió el conde tenia.
De noche sobre la tumba
Diz que el viento repetia:
¡Mal haya quien en promesas
de hombre fia!

Apenas el cantor habia terminado la última estrofa, cuando rompiendo el muro de curiosos que se apartaban con respeto al reconocerle, el conde llegó á donde se encontraba el romero, y cogiéndole con fuerza del brazo, le preguntó en voz baja y convulsa:

—¿De qué tierra eres?

—De tierra de Soria, le respondió éste sin alterarse.

—¿Y dónde has aprendido ese romance? ¿Á quién se refiere la historia que cuentas? volvió á exclamar su interlocutor, cada vez con muestras de emocion más profunda.

—Señor, dijo el romero clavando sus ojos en los del conde con una fijeza imperturbable, esta cántiga la repiten de unos en otros los aldeanos del campo de Gómara, y se refiere á una desdichada cruelmente ofendida por un poderoso. Altos juicios de Dios han permitido que al enterrarla quedase siempre fuera de la sepultura la mano en que su amante le puso un anillo al hacerla una promesa. Vos sabreis quizá á quién toca cumplirla.

V.

En un lugarejo miserable y que se encuentra á un lado del camino que conduce á Gómara, he visto no hace mucho el sitio en donde se asegura tuvo lugar la extraña ceremonia del casamiento del conde.

Despues que éste, arrodillado sobre la humilde fosa, estrechó en la suya la mano de Margarita, y un sacerdote autorizado por el Papa bendijo la lúgubre union, es fama que cesó el prodigio, y *la mano muerta* se hundió para siempre.

Al pié de unos árboles añosos y corpulentos hay un pedacito de prado, que al llegar la primavera se cubre espontáneamente de flores.

La gente del país dice que allí está enterrada Margarita.

LA ROSA DE PASION.

Una tarde de verano, y en un jardin de Toledo, me refirió esta singular historia una muchacha muy buena y muy bonita.

Mientras me explicaba el misterio de su forma especial, besaba las hojas y los pistilos que iba arrancando uno á uno de la flor que dá nombre á esta leyenda.

Si yo la pudiera referir con el suave encanto y la tierna sencillez que tenia en su boca, os conmoveria como á mí me conmovió la historia de la infeliz Sara.

Ya que esto no es posible, ahí va lo que de esa tradicion se me acuerda en este instante.

I.

En una de las callejas más oscuras y tortuosas de la ciudad imperial, empotrada y casi escondida entre la alta torre morisca de una antigua parroquia muzárabe y los sombríos y blasonados muros de una casa solariega, tenia hace muchos años su habitacion, raquítica, tenebrosa y miserable como su dueño, un judío llamado Daniel Leví.

Era este judío rencoroso y vengativo como todos los de su raza, pero más que ninguno engañador é hipócrita.

Dueño, segun los rumores del vulgo, de una inmensa fortuna, veíasele, no obstante, todo el dia acurrucado en el sombrío portal de su vivienda, componiendo y aderezando cadenillas de metal, cintos viejos ó guarniciones rotas, con las que traia un gran tráfico entre los truhanes del Zocodover, las revendedoras del Postigo y los escuderos pobres.

Aborrecedor implacable de los cristianos y de cuanto á ellos pudiera pertenecer, jamás pasó junto á un caballero principal ó un canónigo de la Primada, sin quitarse una y hasta diez veces el mugriento bonetillo que cubria su cabeza calva y amarillenta, ni acogió en su tenducho á uno de sus habituales parroquianos sin agoviarle á fuerza de humildes salutaciones acompañadas de aduladoras sonrisas.

La sonrisa de Daniel habia llegado á hacerse proverbial en toda Toledo, y su mansedumbre, á prueba de las jugarretas más pesadas y las burlas y rechiflas de sus vecinos, no conocia límites.

Inútilmente los muchachos para desesperarle tiraban piedras á su tugurio; en vano los pajecillos y hasta los hombres de armas del próximo palacio pretendian aburrirle con los nombres más injuriosos, ó las viejas devotas de la feligresía se santiguaban al pasar por el dintel de su puerta como si viesen al mismo Lucifer en persona. Daniel sonreia eternamente con una sonrisa extraña é indescriptible. Sus labios delgados y hundidos se dilataban á la sombra de su nariz desmesurada y corva como el pico de un aguilucho; y aunque de sus ojos pequeños, verdes, redondos y

casi ocultos entre las espesas cejas brotaba una chispa de mal reprimida cólera, seguia impasible golpeando con su martillito de hierro el yunque donde aderezaba las mil baratijas mohosas y al parecer sin aplicacion alguna de que se componia su tráfico.

Sobre la puerta de la casucha del judío y dentro de un marco de azulejos de vivos colores, se abria un ajimez árabe, resto de las antiguas construcciones de los moros toledanos. Al rededor de las caladas franjas del ajimez, y enredándose por la columnilla de mármol que lo partia en dos huecos iguales, subia desde el interior de la vivienda una de esas plantas trepadoras que se mecen verdes y llenas de sávia y lozanía sobre los ennegrecidos muros de los edificios ruinosos.

En la parte de la casa que recibia una dudosa luz por los estrechos vanos de aquel ajimez, único abierto en el musgoso y grieteado paredon de la calleja, habitaba Sara, la hija predilecta de Daniel.

Cuando los vecinos del barrio pasaban por delante de la tienda del judío y veian por casualidad á Sara tras de las celosías de su ajimez morisco y á Daniel acurrucado junto á su yunque, exclamaban en alta voz admirados de las perfecciones de la hebrea: ¡Parece mentira que tan ruin tronco haya dado de sí tan hermoso vástago!

Porque, en efecto, Sara era un prodigio de belleza. Tenia los ojos grandes y rodeados de un sombrío cerco de pestañas negras, en cuyo fondo brillaba el punto de luz de su ardiente pupila, como una estrella en el cielo de una noche oscura. Sus labios, encendidos y rojos, parecian recortados hábilmente de un paño de púrpura por las invisibles manos de una hada. Su tez era blanca, pálida y tras-

parente como el alabastro de la estátua de un sepulcro. Contaba apenas diez y seis años, y ya se veia grabada en su rostro esa dulce tristeza de las inteligencias precoces, y ya hinchaban su seno y se escapaban de su boca esos suspiros que anuncian el vago despertar del deseo.

Los judíos más poderosos de la ciudad, prendados de su maravillosa hermosura, la habian solicitado para esposa; pero la hebrea, insensible á los homenajes de sus adoradores y á los consejos de su padre, que la instaba para que eligiese un compañero ántes de quedar sola en el mundo, se mantenia encerrada en un profundo silencio, sin dar más razon de su extraña conducta que el capricho de permanecer libre. Al fin un dia, cansado de sufrir los desdenes de Sara y sospechando que su eterna tristeza era indicio cierto de que en su corazon abrigaba algun secreto importante, uno de sus adoradores se acercó á Daniel y le dijo:

—¿Sabes, Daniel, que entre nuestros hermanos se murmura de tu hija?

El judío levantó un instante los ojos de su yunque, suspendió su contínuo martilleo, y sin mostrar la menor emocion, preguntó á su interpelante:

—¿Y qué dicen de ella?

—Dicen, prosiguió su interlocutor, dicen... qué sé yo... muchas cosas... Entre otras, que tu hija está enamorada de un cristiano... Al llegar á este punto, el desdeñado amante de Sara se detuvo para ver el efecto que sus palabras hacian en Daniel.

Daniel levantó de nuevo sus ojos, le miró un rato fijamente sin decir palabra, y bajando otra vez la vista para seguir tu interrumpida tarea, exclamó:

—¿Y quién dice que eso no es una calumnia?

—Quien los ha visto conversar más de una vez en esta misma calle, mientras tú asistes al oculto sanhedrin de nuestros rabinos, insistió el jóven hebreo admirado de que sus sospechas primero y despues sus afirmaciones, no hiciesen mella en el ánimo de Daniel.

Este, sin abandonar su ocupacion, fija la mirada en el yunque, sobre el que despues de dejar á un lado el martillo se ocupaba en bruñir el broche de metal de una guarnicion con una pequeña lima, comenzó á hablar en voz baja y entrecortada como si maquinalmente fuese repitiendo su labio las ideas que cruzaban por su mente.

—¡Jé! ¡jé! ¡jé! decia riéndose de una manera extraña y diabólica; ¿con que á mi Sara, al orgullo de la tribu, al báculo en que se apoya mi vejez, piensa arrebatármela un perro cristiano?... ¿Y vosotros creeis que lo hará? ¡Jé! ¡jé! Continuaba siempre hablando para sí y siempre riéndose, mientras la lima chirriaba cada vez con más fuerza mordiendo el metal con sus dientes de acero. ¡Jé! ¡jé! pobre Daniel, dirán los mios, ¡ya chochea! ¿Para qué quiere ese viejo moribundo y descrépito esa hija tan hermosa y tan jóven, si no sabe guardarla de los codiciosos ojos de nuestros enemigos?... ¡Jé! ¡jé! ¡jé! ¿Crees tú, por ventura, que Daniel duerme? ¿Crees tú, por ventura, que si mi hija tiene un amante... que bien puede ser, y ese amante es cristiano y procura seducirla, y la seduce, que todo es posible, y proyecta huir con ella, que tambien es fácil, y huye mañana por ejemplo, lo cual cabe dentro de lo humano, crees tú que Daniel se dejará así arrebatar su tesoro, crees tú que no sabrá vengarse?

—Pero, exclamó interrumpiéndole el jóven, ¿sabeis acaso?...

—Sé, dijo Daniel levantándose y dándole un golpecito en la espalda, sé más que tú, que nada sabes ni nada sabrias si no hubiese llegado la hora de decirlo todo... Adios; avisa á nuestros hermanos para que cuanto ántes se reunan. Esta noche dentro de una ó dos horas, yo estaré con ellos. ¡Adios!

Y esto diciendo, Daniel empujó suavemente á su interlocutor hácia la calle, recogió sus trebejos muy despacio, y comenzó á cerrar con dobles cerrojos y aldabas la puerta de la tiendecilla.

El ruido que produjo ésta al encajarse rechinando sobre sus premiosos goznes, impidió al que se alejaba oir el rumor de las celosías del ajimez, que en aquel punto cayeron de golpe como si la judía acabara de retirarse de su alfeizar.

II.

Era noche de Viernes Santo, y los habitantes de Toledo, despues de haber asistido á las Tinieblas en su magnífica catedral, acababan de entregarse al sueño, ó referian al amor de la lumbre consejas parecidas á la del *Cristo de la Luz* que, robado por unos judíos, dejó un rastro de sangre por el cual se descubrió el crímen, ó la historia del *Santo niño de la Guarda*, en quien los implacables enemigos de nuestra fé renovaron la cruel pasion de Jesús. Reinaba en la ciudad un silencio profundo, interrumpido á intervalos ya por las lejanas voces de los guardias nocturnos que en aquella época velaban en derredor del alcázar, ya por los gemidos del viento que hacia girar las veletas de las tor-

res, ó zumbaba entre las torcidas revueltas de las calles, cuando el dueño de un barquichuelo que se mecia amarrado á un poste cerca de los molinos, que parecen como incrustados al pié de las rocas que baña el Tajo y sobre las que se asienta la ciudad, vió aproximarse á la orilla bajando trabajosamente por uno de los estrechos senderos que desde lo alto de los muros conducen al rio, una persona que al parecer aguardaba con impaciencia.

—¡Ella es! murmuró entre dientes el barquero. ¡No parece sino que esta noche anda revuelta toda esa endiablada raza de judíos!... ¿Dónde diantres se tendrán dada cita con Satanás, que todos acuden á mi barca teniendo tan cerca el puente?... No, no irán á nada bueno, cuando así evitan toparse de manos á boca con los hombres de armas de San Servando..... pero en fin, ello es que me dan buenos dineros á ganar, y á su alma su palma, que yo en nada entro ni salgo.

Esto diciendo el buen hombre, sentándose en su barca aparejó los remos, y cuando Sara, que no era otra la persona á quien al parecer habia aguardado hasta entónces, hubo saltado al barquichuelo, soltó la amarra que lo sujetaba y comenzó á bogar en direccion á la orilla opuesta.

—¿Cuántos han pasado esta noche? preguntó Sara al barquero, apenas se hubieron alejado de los molinos y como refiriéndose á algo de que ya habian tratado anteriormente.

—Ni los he podido contar, respondió el interpelado; ¡un enjambre!..... Parece que esta noche será la última que se reunen.

—¿Y sabes de qué tratan y con qué objeto abandonan la ciudad á estas horas?

—Lo ignoro... pero ello es que aguardan á álguien que debe llegar esta noche... yo no sé para qué le aguardarán, aunque presumo que para nada bueno.

Despues de este breve diálogo, Sara se mantuvo algunos instantes sumida en un profundo silencio y como tratando de coordinar sus ideas.—No hay duda, pensaba entre sí; mi padre ha sorprendido nuestro amor, y prepara alguna venganza horrible. Es preciso que yo sepa á dónde van, qué hacen, qué intentan. Un momento de vacilacion podria perderle.

Cuando Sara se puso un instante de pié, y como para alejar las horribles dudas que la preocupaban se pasó la mano por la frente que la angustia habia cubierto de un sudor glacial, la barca tocaba á la orilla opuesta.

—Buen hombre, exclamó la hermosa hebrea arrojando algunas monedas á su conductor y señalando un camino estrecho y tortuoso que subia serpenteando por entre las rocas, ¿es ese el camino que siguen?

—Ese es, y cuando llegan á la *Cabeza del Moro*, desaparecen por la izquierda. Despues el diablo y ellos sabrán á dónde se dirigen, respondió el barquero.

Sara se alejó en la direccion que éste le habia indicado. Durante algunos minutos se la vió aparecer y desaparecer alternativamente entre aquel oscuro laberinto de rocas oscuras y cortadas á pico; despues, y cuando hubo llegado á la cima llamada la *Cabeza del Moro*, su negra silueta se dibujó un instante sobre el fondo azul del cielo, y por último, desapareció entre las sombras de la noche.

III.

Siguiendo el camino donde hoy se encuentra la pintoresca ermita de la Vírgen del Valle, y como á dos tiros de ballesta del picacho que el vulgo conoce en Toledo por la *Cabeza del Moro*, existian aún en aquella época los ruinosos restos de una iglesia bizantina, anterior á la conquista de los árabes.

En el átrio que dibujaban algunos pedruscos diseminados por el suelo, crecian zarzales y yerbas parásitas, entre los que yacía medio oculto, ya el destrozado capitel de una columna, ya un sillar groseramente esculpido con hojas entrelazadas, endriagos horribles ó grotescos, é informes figuras humanas. Del templo sólo quedaban en pié los muros laterales, y algunos arcos rotos y cubiertos de hiedra.

Sara, á quien parecia guiar un sobrenatural presentimiento, al llegar al punto que le habia señalado su conductor, vaciló algunos instantes, indecisa acerca del camino que debia seguir; pero por último, se dirigió con paso firme y resuelto hácia las abandonadas ruinas de la iglesia.

En efecto, su instinto no la habia engañado. Daniel que ya no sonreia, Daniel que no era ya el viejo débil y humilde, sino que ántes bien, respirando cólera de sus pequeños y redondos ojos, parecia animado del espíritu de la venganza, rodeado de una multitud, como él, ávida de saciar su sed de ódio en uno de los enemigos de su religion, estaba allí y parecia multiplicarse dando órdenes á los unos, animando en el trabajo á los otros, disponiendo, en fin, con una horrible solicitud los aprestos necesarios

para la consumacion de la espantosa obra que habia estado meditando dias y dias, mientras golpeaba impasible el yunque en su covacha de Toledo.

Sara, que á favor de la oscuridad habia logrado llegar hasta el átrio de la iglesia, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no arrojar un grito de horror al penetrar en su interior con la mirada. Al rojizo resplandor de una fogata que proyectaba la forma de aquel círculo infernal en los muros del templo, habia creido ver que algunos hacian esfuerzos por levantar en alto una pesada cruz, mientras otros tejian una corona con las ramas de los zarzales, ó aplastaban sobre una piedra las puntas de enormes clavos de hierro. Una idea espantosa cruzó por su mente; recordó que á los de su raza los habian acusado más de una vez de misteriosos crímenes; recordó vagamente la aterradora historia del *Niño Crucificado*, que ella hasta entónces habia creido una grosera calumnia, inventada por el vulgo para apostrofar y zaherir á los hebreos.

Pero ya no le cabia duda alguna: allí, delante de sus ojos, estaban aquellos horribles instrumentos de martirio, y los feroces verdugos sólo aguardaban la víctima.

Sara, llena de una santa indignacion, rebosando en generosa ira y animada de esa fé inquebrantable en el verdadero Dios que su amante le habia revelado, no pudo contenerse á la vista de aquel espectáculo, y rompiendo por entre la maleza que la ocultaba, presentóse de improviso en el dintel del templo.

Al verla aparecer, los judios arrojaron un grito de sorpresa; y Daniel, dando un paso hácia su hija en ademan amenazante, la preguntó con voz ronca: — ¿Qué buscas aquí, desdichada?

—Vengo á arrojar sobre vuestras frentes, dijo Sara con voz firme y resuelta, todo el baldòn de vuestra infame obra, y vengo á deciros que en vano esperais la víctima para el sacrificio, si ya no es que intentais cebar en mí vuestra sed de sangre; porque el cristiano á quien aguardais no vendrá, porque yo le he prevenido de vuestras acechanzas.

—¡Sara! exclamó el judío rugiendo de cólera. Sara, eso no es verdad; tú no puedes habernos hecho traicion hasta el punto de revelar nuestros misteriosos ritos; y si es verdad que los has revelado, tú no eres mi hija...

—No; ya no lo soy: he encontrado otro padre, un padre todo amor para los suyos, un padre á quien vosotros enclavásteis en una afrentosa cruz y que murió en ella por redimirnos, abriéndonos para una eternidad las puertas del cielo. No, ya no soy vuestra hija, porque soy cristiana y me avergüenzo de mi orígen.

Al oir estas palabras, pronunciadas con esa enérgica entereza que sólo pone el cielo en boca de los mártires, Daniel, ciego de furor, se arrojó sobre la hermosa hebrea, y derribándola en tierra y asiéndola por los cabellos, la arrastró como poseido de un espíritu infernal hasta el pié de la cruz, que parecia abrir sus descarnados brazos para recibirla, exclamando al dirigirse á los que la rodeaban:

—Ahí os la entrego; haced vosotros justicia de esa infame, que ha vendido su honra, su religion y sus hermanos.

IV.

Al dia siguiente, cuando las campanas de la catedral atronaban los aires tocando á gloria, y los honrados veci-

nos de Toledo se entretenian en tirar ballestazos á los Judas de paja, ni más ni ménos que como todavía lo hacen en algunas de nuestras poblaciones, Daniel abrió la puerta de su tenducho, como tenia de costumbre, y con su eterna sonrisa en los labios comenzó á saludar á los que pasaban, sin dejar por eso de golpear en el yunque con su martillito de hierro; pero las celosías del morisco ajimez de Sara no volvieron á abrirse, ni nadie vió más á la hermosa hebrea recostada en su alfeizar de azulejos de colores. . . . .

Cuentan que algunos años despues, un pastor trajó al arzobispo una flor hasta entónces nunca vista, en la cual se veian figurados todos los atributos del martirio del Salvador; flor extraña y misteriosa que habia crecido y enredado sus tallos por entre los ruinosos muros de la derruida iglesia.

Cavando en aquel lugar y tratando de inquirir el orígen de aquella maravilla, añaden que se halló el esqueleto de una mujer, y enterrados con ella otros tantos atributos divinos como la flor tenia.

El cadáver, aunque nunca se pudo averiguar de quién era, se conservó por largos años con veneracion especial en la ermita de San Pedro el Verde, y la flor, que hoy se ha hecho bastante comun, se llama *Rosa de Pasion.*

EL BESO.

I.

Cuando una parte del ejército francés se apoderó á principios de este siglo de la histórica Toledo, sus jefes, que no ignoraban el peligro á que se exponian en las poblaciones españolas diseminándose en alojamientos separados, comenzaron por habilitar para cuarteles los más grandes y mejores edificios de la ciudad.

Despues de ocupado el suntuoso alcázar de Cárlos V, echóse mano de la casa de Consejos; y cuando ésta no pudo contener más gente, comenzaron á invadir el asilo de las comunidades religiosas, acabando á la postre por transformar en cuadras hasta las iglesias consagradas al culto. En esta conformidad se encontraban las cosas en la poblacion donde tuvo lugar el suceso que voy á referir, cuando una noche, ya á hora bastante avanzada, envueltos en sus oscuros capotes de guerra y ensordeciendo las estrechas y solitarias calles que conducen desde la Puerta del Sol á Zocodover, con el choque de sus armas y el ruidoso golpear de los cascos de sus corceles que sacaban chispas de los

pedernales, entraron en la ciudad hasta unos cien dragones de aquellos altos, arrogantes y fornidos, de que todavía nos hablan con admiracion nuestras abuelas.

Mandaba la fuerza un oficial bastante jóven, el cual iba como á distancia de unos treinta pasos de su gente hablando á media voz con otro, tambien militar á lo que podia colegirse por su traje. Este, que caminaba á pié delante de su interlocutor, llevando en la mano un forolillo, parecia servirle de guía por entre aquel laberinto de calles oscuras, enmarañadas y revueltas.

—Con verdad, decia el jinete á su acompañante, que si el alojamiento que se nos prepara es tal y como me lo pintas, casi casi seria preferible arrancharnos en el campo ó en medio de una plaza.

—¿Y qué quereis, mi capitan? contestóle el guía, que efectivamente era un sargento aposentador; en el alcázar no cabe ya un grano de trigo, cuanto más un hombre; de San Juan de los Reyes no digamos, porque hay celda de fraile en la que duermen quince húsares. El convento á donde voy á conduciros no era mal local, pero hará cosa de tres ó cuatro dias nos cayó aquí como de las nubes una de las columnas volantes que recorren la provincia, y gracias que hemos podido conseguir que se amontonen por los cláustros y dejen libre la iglesia.

—En fin, exclamó el oficial despues de un corto silencio y como resignándose con el extraño alojamiento que la casualidad le deparaba, más vale incómodo que ninguno. De todas maneras, si llueve, que no será difícil segun se agrupan las nubes, estaremos á cubierto, y algo es algo.

Interrumpida la conversacion en este punto, los jinetes, precedidos del guía, siguieron en silencio el camino ade-

lante hasta llegar á una plazuela, en cuyo fondo se destacaba la negra silueta del convento con su torre morisca, su campanario de espadaña, su cúpula ojival y sus tejados de crestas desiguales y oscuras.

— Hé aquí vuestro alojamiento, exclamó el aposentador al divisarle y dirigiéndose al capitan, que despues que hubo mandado hacer alto á la tropa, echó pié á tierra, tomó el farolillo de manos del guía, y se dirigió hácia el punto que éste le señalaba.

Como quiera que la iglesia del convento estaba completamente desmantelada, los soldados que ocupaban el resto del edificio habian creido que las puertas le eran ya poco ménos que inútiles, y un tablero hoy, otro mañana, habian ido arrancándolas pedazo á pedazo para hacer hogueras con que calentarse por las noches.

Nuestro jóven oficial no tuvo, pues, que torcer llaves ni descorrer cerrojos para penetrar en el interior del templo.

Á la luz del farolillo, cuya dudosa claridad se perdia entre las espesas sombras de las naves y dibujaba con gigantescas proporciones sobre el muro la fantástica sombra del sargento aposentador que iba precediéndole, recorrió la iglesia de arriba abajo y excudriñó una por una todas sus desiertas capillas; hasta que una vez hecho cargo del local, mandó echar pié á tierra á su gente, y hombres y caballos revueltos, fué acomodándola como mejor pudo.

Segun dejamos dicho, la iglesia estaba completamente desmantelada: en el altar mayor pendian aún de las altas cornisas los rotos girones del velo con que le habian cubierto los religiosos al abandonar aquel recinto; diseminados por las naves veíanse algunos retablos adosados al muro, sin imágenes en las hornacinas; en el coro se dibu-

jaban con un ribete de luz los extraños perfiles de la oscura sillería de alerce; en el pavimento, destrozado en varios puntos, distinguíanse aún anchas losas sepulcrales llenas de timbres, escudos y largas inscripciones góticas; y allá, á lo léjos, en el fondo de las silenciosas capillas y á lo largo del crucero, se destacaban confusamente entre la oscuridad, semejantes á blancos é inmóviles fantasmas, las estátuas de piedra que, unas tendidas, otras de hinojos sobre el mármol de sus tumbas, parecian ser los únicos habitantes del ruinoso edificio.

Á cualquiera otro ménos molido que el oficial de dragones, el cual traia una jornada de catorce leguas en el cuerpo, ó ménos acostumbrado á ver estos sacrilegios como la cosa más natural del mundo, hubiéranle bastado dos adarmes de imaginacion para no pegar los ojos en toda la noche en aquel oscuro é imponente recinto, donde las blasfemias de los soldados que se quejaban en alta voz del improvisado cuartel, el metálico golpe de sus espuelas que resonaban sobre las ántes losas sepulcrales del pavimento, el ruido de los caballos que piafaban impacientes, cabeceando y haciendo sonar las cadenas con que estaban sujetos á los pilares, formaban un rumor extraño y temeroso que se dilataba por todo el ámbito de la iglesia y se reproducia cada vez más confuso repetido de eco en eco en sus altas bóvedas.

Pero nuestro héroe, aunque jóven, estaba ya tan familiarizado con estas peripecias de la vida de campaña, que apenas hubo acomodado á su gente, mandó colocar un saco de forraje al pié de la grada del presbiterio, y arrebujándose como mejor pudo en su capote y echando la cabeza en el escalon, á los cinco minutos roncaba con más tran-

quilidad que el mismo rey José en su palacio de Madrid.

Los soldados, haciéndose almohadas de las monturas, imitaron su ejemplo, y poco á poco fué apagándose el murmullo de sus voces.

Á la media hora sólo se oian los ahogados gemidos del aire que entraba por las rotas vidrieras de las ojivas del templo, el atolondrado revolotear de las aves nocturnas que tenian sus nidos en el dosel de piedra de las esculturas de los muros, y el alternado rumor de los pasos del vigilante que se paseaba, envuelto en los anchos pliegues de su capote, á lo largo del pórtico.

II.

En la época á que se remonta la relacion de esta historia, tan verídica como extraordinaria, lo mismo que al presente, para los que no sabian apreciar los tesoros del arte que encierran sus muros, la ciudad de Toledo no era más que un poblachon destartalado, antiguo, ruinoso é insufrible.

Los oficiales del ejército francés, que á juzgar por los actos de vandalismo con que dejaron en ella triste y perdurable memoria de su ocupacion, de todo tenian menos de artistas ó arqueólogos, no hay para qué decir que se fastidiaban soberanamente en la vetusta ciudad de los césares.

En esta situacion de ánimo, la más insignificante novedad que viniese á romper la monótona quietud de aquellos dias eternos é iguales era acogida con avidez entre los ociosos; así es que la promocion al grado inmediato de

uno de sus camaradas, la noticia del movimiento estratégico de una columna volante, la salida de un correo de gabinete ó la llegada de una fuerza cualquiera á la ciudad, convertíanse en tema fecundo de conversacion y objeto de toda clase de comentarios, hasta tanto que otro incidente venia á sustituirle, sirviendo de base á nuevas quejas, críticas y suposiciones.

Como era de esperar, entre los oficiales que segun tenian de costumbre acudieron al dia siguiente á tomar el sol y á charlar un rato en el Zocodover, no se hizo platillo de otra cosa que de la llegada de los dragones, cuyo jefe dejamos en el anterior capítulo durmiendo á pierna suelta y descansando de las fatigas de su viaje. Cerca de una hora hacia que la conversacion giraba al rededor de este asunto, y ya comenzaba á interpretarse de diversos modos la ausencia del recien venido á quien uno de los presentes, antiguo compañero suyo de colegio, habia citado para el Zocodover, cuando en una de las boca-calles de la plaza apareció al fin nuestro bizarro capitan despojado de su ancho capoton de guerra, luciendo un gran casco de metal con penacho de plumas blancas, una casaca azul turquí con vueltas rojas y un magnífico mandoble con vaina de acero, que resonaba arrastrándose al compás de sus marciales pasos y del golpe seco y agudo de sus espuelas de oro.

Apenas le vió su camarada salió á su encuentro para saludarle, y con él se adelantaron casi todos los que á la sazon se encontraban en el corrillo, en quienes habian despertado la curiosidad y la gana de conocerle los pormenores que ya habian oido referir acerca de su carácter original y extraño.

Despues de los estrechos abrazos de costumbre y de las

exclamaciones, plácemes y preguntas de rigor en estas entrevistas; despues de hablar largo y tendido sobre las novedades que andaban por Madrid, la varia fortuna de la guerra y los amigotes muertos ó ausentes, rodando de uno en otro asunto la conversacion, vino á parar al tema obligado, esto es, las penalidades del servicio, la falta de distracciones de la ciudad y el inconveniente de los alojamientos.

Al llegar á este punto, uno de los de la reunion que, por lo visto, tenia noticia del mal talante con que el jóven oficial se habia resignado á acomodar su gente en la abandonada iglesia, le dijo con aire de zumba:

—Y á propósito de alojamiento, ¿qué tal se ha pasado la noche en el que ocupais?

—Ha habido de todo, contestó el interpelado; pues si bien es verdad que no he dormido gran cosa, el orígen de mi vigilia merece la pena de la velada. El insomnio junto á una mujer bonita no es seguramente el peor de los males.

—¡Una mujer! repitió su interlocutor como admirándose de la buena fortuna del recien venido; eso es lo que se llama llegar y besar el santo.

—Será tal vez algun antiguo amor de la corte que le sigue á Toledo para hacerle más soportable el ostracismo, añadió otro de los del grupo.

—¡Oh! no, dijo entónces el capitan; nada ménos que eso. Juro, á fé de quien soy, que no la conocia, y que nunca creí hallar tan bella patrona en tan incómodo alojamiento. Es todo lo que se llama una verdadera aventura.

—¡Contadla! ¡contadla! exclamaron en coro los oficiales que rodeaban al capitan; y como éste se dispusiera á

hacerlo así, todos prestaron la mayor atencion á sus palabras, mientras él comenzó la historia en estos términos:

—Dormia esta noche pasada como duerme un hombre que trae en el cuerpo trece leguas de camino, cuando hé aquí que en lo mejor del sueño me hizo despertar sobresaltado é incorporarme sobre el codo, un estruendo horrible, un estruendo tal, que me ensordeció un instante para dejarme despues los oidos zumbando cerca de un minuto, como si un moscardon me cantase á la oreja.

Como os habreis figurado, la causa de mi susto era el primer golpe que oia de esa endiablada campana gorda, especie de sochantre de bronce, que los canónigos de Toledo han colgado en su catedral, con el laudable propósito de matar á disgustos á los necesitados de reposo.

Renegando entre dientes de la campana y del campanero que la toca, disponíame, una vez apagado aquel insólito y temeroso rumor, á coger nuevamente el hilo del interrumpido sueño, cuando vino á herir mi imaginacion y á ofrecerse ante mis ojos una cosa extraordinaria. A la dudosa luz de la luna que entraba en el templo por el estrecho ajimez del muro de la capilla mayor, ví una mujer arrodillada junto al altar.

Los oficiales se miraron entre sí con expresion entre asombrada é incrédula; el capitan, sin atender al efecto que su narracion producia, continuó de este modo:

—No podeis figuraros nada semejante á aquella nocturna y fantástica vision que se dibujaba confusamente en la penumbra de la capilla, como esas vírgenes pintadas en los vidrios de colores que habreis visto alguna vez destacarse á lo léjos blancas y luminosas sobre el oscuro fondo de las catedrales.

Su rostro ovalado, en donde se veia impreso el sello de una leve y espiritual demacracion, sus armoniosas facciones llenas de una suave y melancólica dulzura, su intensa palidez, las purísimas líneas de su contorno esbelto, su ademan reposado y noble, su traje blanco y flotante, me traian á la memoria esas mujeres que yo soñaba cuando casi era un niño. ¡Castas y celestes imágenes, quimérico objeto del vago amor de la adolescencia!

Yo me creia juguete de una alucinacion y, sin quitarle un punto los ojos, ni áun osaba respirar, temiendo que un soplo desvaneciese el encanto.

Ella permanecia inmóvil.

Antojábaseme al verla tan diáfana y luminosa que no era una criatura terrenal sino un espíritu que, revistiendo por un instante la forma humana, habia descendido en el rayo de la luna, dejando en el aire y en pos de sí la azulada estela que desde el alto ajimez bajaba verticalmente hasta el pié del opuesto muro, rompiendo la oscura sombra de aquel recinto lóbrego y misterioso.

—Pero... exclamó interrumpiéndole su camarada de colegio, que, comenzando por echar á broma la historia, habia concluido interesándose con su relato: ¿cómo estaba allí aquella mujer? ¿No la dijiste nada? ¿No te explicó su presencia en aquel sitio?

—No me determiné á hablarla, porque estaba seguro de que no habia de contestarme, ni verme, ni oirme.

—¿Era sorda?

—¿Era ciega?

—¿Era muda? exclamaron á un tiempo tres ó cuatro de los que escuchaban la relacion.

—Lo era todo á la vez, exclamó al fin el capitan des-

pues de un momento de pausa; porque era... de mármol.

Al oir el estupendo desenlace de tan extraña aventura, cuantos habia en el corro prorumpieron en una ruidosa carcajada, mientras uno de ellos dijo al narrador de la peregrina historia, que era el único que permanecia callado y en una grave actitud:

—¡Acabáramos de una vez! Lo que es de ese género, tengo yo más de un millar, un verdadero serrallo en San Juan de los Reyes; serrallo que desde ahora pongo á vuestra disposicion, ya que, á lo que parece, tanto os dá de una mujer de carne como de piedra.

—¡Oh! no... continuó el capitan, sin alterarse en lo más mínimo por las carcajadas de sus compañeros; estoy seguro de que no pueden sér como la mia. La mia es una verdadera dama castellana que por un milagro de la escultura parece que no la han enterrado en su sepulcro, sino que áun permanece en cuerpo y alma de hinojos sobre la losa que le cubre, inmóvil, con las manos juntas en ademan suplicante, sumergida en un éxtasis de místico amor.

—De tal modo te explicas, que acabarás por probarnos la verosimilitud de la fábula de Galatea.

—Por mi parte, puedo deciros que siempre la creí una locura; mas desde anoche comienzo á comprender la pasion del escultor griego.

—Dadas las especiales condiciones de tu nueva dama, creo que no tendrás inconveniente en presentarnos á ella. De mí sé decir, que ya no vivo hasta ver esa maravilla. Pero... ¿qué diantre te pasa?... diríase que esquivas la presentacion. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! bonito fuera que ya te tuviéramos hasta celoso.

—Celoso, se apresuró á decir el capitan, celoso... de los

hombres, no... mas ved, sin embargo, hasta dónde llega mi extravagancia. Junto á la imágen de esa mujer, tambien de mármol, grave y al parecer con vida como ella, hay un guerrero... su marido sin duda... Pues bien... lo voy á decir todo, aunque os mofeis de mi necedad... si no hubiera temido que me tratasen de loco, creo que ya lo habria hecho cien veces pedazos!

Una nueva y áun más ruidosa carcajada de los oficiales, saludó esta original revelacion del estrambótico enamorado de la dama de piedra.

—Nada, nada; es preciso que la veamos, decian los unos.

—Sí, sí, es preciso saber si el objeto corresponde á tan alta pasion, añadian los otros.

—¿Cuando nos reunimos á echar un trago en la iglesia en que os alojais? exclamaron los demás.

—Cuando mejor os parezca: esta misma noche si quereis, respondió el jóven capitan, recobrando su habitual sonrisa, disipada un instante por aquel relámpago de celos.—A propósito. Con los bagajes he traido hasta un par de docenas de botellas de *Champagne*, verdadero *Champagne*, restos de un regalo hecho á nuestro general de brigada, que, como sabeis, es algo pariente.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaron los oficiales á una voz prorumpiendo en alegres exclamaciones.

—¡Se beberá vino del país!

—¡Y cantaremos una cancion de Ronsard!

—Y hablaremos de mujeres, á propósito de la dama del anfitrion.

—Con que... ¡hasta la noche!

—Hasta la noche.

III.

Ya hacia largo rato que los pacíficos habitantes de Toledo habian cerrado con llave y cerrojo las pesadas puertas de sus antiguos caserones; la campana gorda de la catedral anunciaba la hora de la queda, y en lo alto del alcázar, convertido en cuartel, se oia el último toque de silencio de los clarines, cuando diez ó doce oficiales que poco á poco habian ido reuniéndose en el Zocodover, tomaron el camino que conduce desde aquel punto al convento en que se alojaba el capitan, animados más con la esperanza de apurar las prometidas botellas, que con el deseo de conocer la maravillosa escultura.

La noche habia cerrado sombría y amenazadora; el cielo estaba cubierto de nubes de color de plomo; el aire, que zumbaba encarcelado en las estrechas y retorcidas calles, agitaba la moribunda luz del farolillo de los retablos, ó hacia girar con un chirrido agudo las veletas de hierro de las torres.

Apenas los oficiales dieron vista á la plaza en que se hallaba situado el alojamiento de su nuevo amigo, éste, que les aguardaba impaciente, salió á encontrarles, y despues de cambiar algunas palabras á media voz, todos penetraron juntos en la iglesia, en cuyo lóbrego recinto la escasa claridad de una linterna luchaba trabajosamente con las oscuras y espesísimas sombras.

—¡Por quien soy! exclamó uno de los convidados tendiendo á su alrededor la vista, que el local es de los ménos á propósito del mundo para una fiesta.

—Efectivamente, dijo otro; nos traes á conocer una dama, y apenas si con mucha dificultad se ven los dedos de la mano.

—Y sobre todo, hace un frio que no parece sino que estamos en la Siberia, añadió un tercero arrebujándose en el capote.

—Calma, señores, calma, interrumpió el anfitrion; calma, que á todo se proveerá. ¡Eh, muchacho! prosiguió dirigiéndose á uno de sus asistentes; busca por ahí un poco de leña, y enciéndenos una buena fogata en la capilla mayor.

El asistente, obedeciendo las órdenes de su capitan, comenzó á descargar golpes en la sillería del coro, y despues que hubo reunido una gran cantidad de leña que fué apilando al pié de las gradas del presbiterio, tomó la linterna y se dispuso á hacer un auto de fé con aquellos fragmentos tallados de riquísimas labores, entre los que se veian por aquí parte de una columnilla salomónica, por allá la imágen de un santo abad, el torso de una mujer, ó la disforme cabeza de un grifo asomado entre hojarasca.

A los pocos minutos, una gran claridad que de improviso se derramó por todo el ámbito de la iglesia, anunció á los oficiales que habia llegado la hora de comenzar el festin.

El capitan, que hacia los honores de su alojamiento con la misma ceremonia que hubiera hecho los de su casa, exclamó dirigiéndose á los convidados:

—Si gustais, pasaremos al *buffet*.

Sus camaradas, afectando la mayor gravedad, respondieron á la invitacion con un cómico saludo, y se encaminaron á la capilla mayor precedidos del héroe de la fiesta, que al llegar á la escalinata se detuvo un instante, y ex-

tendiendo la mano en direccion al sitio que ocupaba la tumba, les dijo con la finura más exquisita:

—Tengo el placer de presentaros á la dama de mis pensamientos. Creo que convendreis conmigo en que no he exagerado su belleza.

Los oficiales volvieron los ojos al punto que les señalaba su amigo, y una exclamacion de asombro se escapó involuntariamente de todos los labios.

En el fondo de un arco sepulcral revestido de mármoles negros, arrodillada delante de un reclinatorio, con las manos juntas y la cara vuelta hácia el altar, vieron, en efecto, la imágen de una mujer tan bella, que jamás salió otra igual de manos de un escultor, ni el deseo pudo pintarla en la fantasía más soberanamente hermosa.

—En verdad que es un ángel, exclamó uno de ellos.

—¡Lástima que sea de mármol! añadió otro.

—No hay duda que aunque no sea más que la ilusion de hallarse junto á una mujer de este calibre, es lo suficiente para no pegar los ojos en toda la noche.

—¿Y no sabeis quién es ella? preguntaron algunos de los que contemplaban la estátua al capitan, que sonreia satisfecho de su triunfo.

—Recordando un poco del latin que en mi niñez supe, he conseguido, á duras penas, descifrar la inscripcion de la tumba, contestó el interpelado; y á lo que he podido colegir, pertenece á un título de Castilla, famoso guerrero que hizo la campaña con el Gran Capitan. Su nombre lo he olvidado; mas su esposa, que es la que veis, se llama Doña Elvira de Castañeda, y por mi fé que si la copia se parece al original, debió ser la mujer más notable de su siglo.

Despues de estas breves explicaciones, los convidados,

que no perdian de vista el principal objeto de la reunion, procedieron á destapar algunas de las botellas, y sentándose al rededor de la lumbre, empezó á andar el vino á la ronda.

A medida que las libaciones se hacian más numerosas y frecuentes, y el vapor del espumoso *Champagne* comenzaba á trastornar las cabezas, crecian la animacion, el ruido y la algazara de los jóvenes, de los cuales éstos arrojaban á los monjes de granito adosados á los pilares los cascos de las botellas vacías, y aquellos cantaban á toda voz canciones báquicas y escandalosas, mientras los de más allá prorumpian en carcajadas, batian las palmas en señal de aplauso, ó disputaban entre sí con blasfemias y juramentos.

El capitan bebia en silencio como un desesperado, y sin apartar los ojos de la estátua de Doña Elvira.

Iluminada por el rojizo resplandor de la hoguera, y á través del confuso velo que la embriaguez habia puesto delante de su vista, parecíale que la marmórea imágen se trasformaba á veces en una mujer real; parecíale que entreabria los labios como murmurando una oracion; que se alzaba su pecho como oprimido y sollozante; que cruzaba las manos con más fuerza; que sus mejillas se coloreaban, en fin, como si se ruborizase ante aquel sacrílego y repugnante espectáculo.

Los oficiales, que advirtieron la taciturna tristeza de su camarada, le sacaron del éxtasis en que se encontraba sumergido, y presentándole una copa, exclamaron en coro:

—¡Vamos, brindad vos, que sois el único que no lo ha hecho en toda la noche!

El jóven tomó la copa, y poniéndose de pié y alzándola en alto, dijo encarándose con la estátua del guerrero arrodillado junto á doña Elvira:

—¡Brindo por el emperador, y brindo por la fortuna de sus armas, merced á las cuales hemos podido venir hasta el fondo de Castilla á cortejarle su mujer en su misma tumba, á un vencedor de Cerinola!

Los militares acogieron el bríndis con una salva de aplausos, y el capitan, balanceándose, dió algunos pasos hácia el sepulcro.

—No... prosiguió dirigiéndose siempre á la estátua del guerrero, y con esa sonrisa estúpida propia de la embriaguez... no creas que te tengo rencor alguno porque veo en tí un rival... al contrario, te admiro como un marido paciente, ejemplo de longanimidad y mansedumbre, y á mi vez quiero tambien ser generoso. Tú serias bebedor á fuer de soldado... no se ha de decir que te he dejado morir de sed, viéndonos vaciar veinte botellas... toma!

Y esto diciendo llevóse la copa á los labios, y despues de humedecérselos con el licor que contenia, le arrojó el resto á la cara, prorumpiendo en una carcajada estrepitosa al ver cómo caia el vino sobre la tumba goteando de las barbas de piedra del inmóvil guerrero.

—¡Capitan! exclamó en aquel punto uno de sus camaradas en tono de zumba, cuidado con lo que haceis... Mirad que esas bromas con la gente de piedra suelen costar caras... Acordaos de lo que aconteció á los húsares del 5.º en el monasterio de Poblet... Los guerreros del cláustro dicen que pusieron mano una noche á sus espadas de granito, y dieron que hacer á los que se entretenian en pintarles bigotes con carbon.

Los jóvenes acogieron con grandes carcajadas esta ocurrencia; pero el capitan, sin hacer caso de sus risas, continuó siempre fijo en la misma idea:

—¿Creeis que yo le hubiera dado el vino á no saber que se tragaba al ménos el que le cayese en la boca?... ¡Oh!... no!... yo no creo como vosotros que esas estátuas son un pedazo de mármol tan inerte hoy como el dia en que lo arrancaron de la cantera. Indudablemente el artista, que es casi un Dios, dá á su obra un soplo de vida que no logra hacer que ande y se mueva, pero que le infunde una vida incomprensible y extraña; vida que yo no me explico bien, pero que la siento, sobre todo cuando bebo un poco.

—¡Magnífico! exclamaron sus camaradas, bebe y prosigue.

El oficial bebió, y fijando los ojos en la imágen de Doña Elvira, prosiguió con una exaltacion creciente:

—¡Miradla!... ¡miradla!... ¿No veis esos cambiantes rojos de sus carnes mórbidas y trasparentes?... ¿No parece que por debajo de esa ligera epidermis azulada y suave de alabastro circula un flúido de luz color de rosa?... ¿Quereis más vida?... ¿Quereis más realidad?...

—¡Oh! sí, seguramente, dijo uno de los que le escuchaban; quisiéramos que fuese de carne y hueso.

—¡Carne y hueso!... ¡Miseria, podredumbre!... exclamó el capitan. Yo he sentido en una orgía arder mis labios y mi cabeza; yo he sentido este fuego que corre por las venas, hirviente como la lava de un volcan, cuyos vapores caliginosos turban y trastornan el cerebro y hacen ver visiones extrañas. Entónces el beso de esas mujeres materiales me quemaba como un hierro candente, y las apartaba de mí con disgusto, con horror, hasta con asco; porque entónces, como ahora, necesitaba un soplo de brisa del mar para mi frente calurosa, beber hielo y besar nieve... nieve teñida de suave luz, nieve colorada por un dorado rayo de

sol... una mujer blanca, hermosa y fria, como esa mujer de piedra que parece incitarme con su fantástica hermosura, que parece que oscila al compás de la llama, y me provoca entreabriendo sus labios y ofreciéndome un tesoro de amor... ¡Oh!... sí... un beso... sólo un beso tuyo podrá calmar el ardor que me consume.

—¡Capitan! exclamaron algunos de los oficiales al verle dirigirse hácia la estátua como fuera de sí, extraviada la vista y con pasos inseguros... ¿qué locura vais á hacer? ¡Basta de broma y dejad en paz á los muertos!

El jóven ni oyó siquiera las palabras de sus amigos, y tambaleando y como pudo llegó á la tumba y aproximóse á la estátua, pero al tenderle los brazos resonó un grito de horror en el templo. Arrojando sangre por ojos, boca y nariz, habia caido desplomado y con la cara deshecha al pié del sepulcro.

Los oficiales, mudos y espantados, ni se atrevian á dar un paso para prestarle socorro.

En el momento en que su camarada intentó acercar sus labios ardientes á los de Doña Elvira, habian visto al inmóvil guerrero levantar la mano y derribarle con una espantosa bofetada de su guantelete de piedra.

EL MONTE DE LAS ÁNIMAS.

La noche de difuntos me despertó á no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo á las mientes esta tradicion que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada, la imaginacion es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí á escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentia crujir los cristales de mi balcon, estremecidos por el aire frio de la noche.

Sea de ello lo que quiera, *allá va*, como el caballo de copas.

I.

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reunan los cazadores, y demos la vuelta á la ciudad. La noche se acerca, es dia de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro el dia, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oracion en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán á tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque áun no hace un año que has venido á él desde muy léjos. Refrena tu yegua, yo tambien pondré la mia al paso, y mientras dura el camino, te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron á sus hijos Beatriz y Alonso, que precedian la comitiva á bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecia á los templarios, cuyo convento ves allí, á la márgen del rio. Los templarios eran guerreros y religiosos á la vez. Conquistada Soria á los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio á sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenian acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir á sus placeres; los segundos

determinaron organizar una gran batida en el coto, á pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban á sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fué parte á detener á los unos en su manía de cazar y á los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedicion se llevó á cabo. No se acordaron de ella las fieras; ántes la tendrian presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fué una cacería, fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres, los lobos á quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festin. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasion de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo átrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó á arruinarse.

Desde entónces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en girones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro dia se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados piés de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él ántes que cierre la noche.

La relacion de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que dá paso á la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, despues de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

18



II.

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedia un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que al rededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salon.

Solas dos personas parecian ajenas á la conversacion general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguia con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacia rato un profundo silencio.

Las dueñas referian, á propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias de Soria doblaban á lo léjos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima, exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban, pronto vamos á separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oido suspirar varias veces, acaso por algun galan de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fria indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contraccion de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido, se apresuró á añadir el jóven. De un modo ó de otro, presiento que no tardaré en perderte... al separarnos, quisiera que llevases una memoria mia... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo á dar gracias á Dios por haberte devuelto la salud que viniste á buscar á esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atencion. ¡Qué hermoso estaria sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló á la que me dió el sér, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo, contestó la hermosa, pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un dia de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que áun puede ir á Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al jóven, que despues de serenarse dijo con tristeza:

—Lo sé, prima: pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es dia de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mio?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron á quedarse en silencio, y volvióse á oir la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacia crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó á anudarse de este modo:

—Y ántes que concluya el dia de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mio, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro... Despues, con una infantil expresion de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy á la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! y ¿dónde? preguntó Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescriptible expresion de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Ánimas, murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitial; en el Monte de las Ánimas!

Luégo prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oido mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates como mis ascendientes, he llevado á esa diversion, imágen de la guerra, todos los brios de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus piés son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; yo he combatido con ellas de dia y de noche, á pié y á caballo, solo y

en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasion. Otra noche volaria por esa banda, y volaria gozoso como á una fiesta; y, sin embargo, esta noche... esta noche, ¿á qué ocultártelo? tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan, la oracion ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora á levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas! cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos ó arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa á dónde.

Mientras el jóven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido, exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujia la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningun modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo ménos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pié, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazon, y con voz firme exclamó, dirigiéndose á la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adios, Beatriz, adios. Hasta... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso! dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso ó aparentó querer detenerle, el jóven habia desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope; la hermosa, con una radiante expresion de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oido á aquel rumor, que se debilitaba, que se perdia, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcon, y las campanas de la ciudad doblaban á lo léjos.

III.

Habia pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba á punto de sonar, y Beatriz se retiró á su oratorio. Alonso no volvia, no volvia, cuando en ménos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrá tenido miedo! exclamó la jóven cerrando su libro de oraciones y encaminándose á su lecho, despues de haber intentado inútilmente murmurar alguno de los rezos que la Iglesia consagra en el dia de difuntos á los que ya no existen.

Despues de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió: se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos. Creia haber oido á par de ellas pronunciar su nombre; pero léjos, muy léjos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemia en los vidrios de la ventana.

—Será el viento, dijo; y poniéndose la mano sobre el

corazon, procuró tranquilizarse. Pero su corazon latia cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habian crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas, y luégo las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso á su habitacion iban sonando por su órden, éstas con un ruido sordo y grave, aquellas con un lamento largo y crispador. Despues silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se vé, y cuya aproximacion se nota no obstante en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oia mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba á escuchar: nada, silencio.

Veia, con esa fosforescencia de la pupila en las crísis nerviosas, como bultos que se movian en todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! exclamó, volviendo á recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho; ¿soy yo tan miedosa como estas pobres gentes, cuyo corazon palpita de terror bajo una armadura, al oir una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir... pero en vano habia hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió á incor-

porarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusion: las colgaduras de brocado de la puerta habian rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y á su compás se oia crujir una cosa como madera ó hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba á la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubria, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcon; el agua de la fuente lejana caia, y caia con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna á Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos á los primeros rayos de la luz. Despues de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del dia! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponia á reirse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frio cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio habia visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué á buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos á noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que á la mañana habia aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos á una de las columnas de ébano de

lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

IV.

Dicen que despues de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro dia, ántes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el átrio de la capilla, levantarse al punto de la oracion con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera á una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los piés desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas al rededor de la tumba de Alonso

LA CUEVA DE LA MORA.

I.

Frente al establecimiento de baños de Fitero, y sobre unas rocas cortadas á pico, á cuyos piés corre el rio Alhama, se ven todavía los restos abandonados de un castillo árabe, célebre en los fastos gloriosos de la reconquista, por haber sido teatro de grandes y memorables hazañas, así por parte de los que lo defendieron, como de los que valerosamente clavaron sobre sus almenas el estandarte de la cruz.

De los muros no quedan más que algunos ruinosos vestigios; las piedras de la atalaya han caido unas sobre otras al foso, y lo han cegado por complèto; en el patio de armas crecen zarzales y matas de jaramago; por todas partes á donde se vuelven los ojos no se ven más que arcos rotos, sillares oscuros y carcomidos: aquí un lienzo de barbacana, entre cuyas hendiduras nace la hiedra; allí un torreon, que áun se tiene en pié como por milagro; más allá los postes de argamasa, con las anillas de hierro que sostenian el puente colgante.

Durante mi estancia en los baños, ya por hacer ejercicio que, segun me decian, era conveniente al estado de mi salud, ya arrastrado por la curiosidad, todas las tardes tomaba entre aquellos vericuetos el camino que conduce á las ruinas de la fortaleza árabe, y allí me pasaba las horas y las horas escarbando el suelo por ver si encontraba algunas armas, dando golpes en los muros para observar si estaban huecos y sorprender el escondrijo de un tesoro, y metiéndome por todos los rincones, con la idea de encontrar la entrada de alguno de esos subterráneos que es fama existen en todos los castillos de los moros.

Mis diligentes pesquisas fueron por demás infructuosas.

Sin embargo, una tarde, en que ya desesperanzado de hallar algo nuevo y curioso en lo alto de la roca sobre que se asienta el castillo, renuncié á subir á ella y limité mi paseo á las orillas del rio que corre á sus piés, andando andando á lo largo de la ribera, ví una especie de boqueron abierto en la peña viva, y medio oculto por frondosos y espesísimos matorrales. No sin mi poquito de temor separé el ramaje que cubria la entrada de aquello que me pareció cueva formada por la naturaleza, y que despues que anduve algunos pasos ví era un subterráneo abierto á pico. No pudiendo penetrar hasta el fondo, que se perdia entre las sombras, me limité á observar cuidadosamente las particularidades de la bóveda y del piso, que me pareció que se elevaba formando como unos grandes peldaños en direccion á la altura en que se halla el castillo de que ya he hecho mencion, y en cuyas ruinas recordé entónces haber visto una poterna cegada. Sin duda habia descubierto uno de esos caminos secretos tan comunes en las obras militares de aquella época, el cual debió servir para hacer salidas

falsas, ó coger, durante el sitio, el agua del rio que corre allí inmediato.

Para cerciorarme de la verdad que pudiera haber en mis inducciones, despues que salí de la cueva por donde mismo habia entrado, trabé conversacion con un trabajador que andaba podando unas viñas en aquellos vericuetos, y al cual me acerqué so pretexto de pedirle lumbre para encender un cigarrillo.

Hablamos de varias cosas indiferentes, de las propiedades medicinales de las aguas de Fitero, de la cosecha pasada y la porvenir, de las mujeres de Navarra y el cultivo de las viñas; hablamos, en fin, de todo lo que al buen hombre se le ocurrió primero que de la cueva, objeto de mi curiosidad.

Cuando, por último, la conversacion recayó sobre este punto, le pregunté si sabia de álguien que hubiese penetrado en ella y visto su fondo.

—¡Penetrar en la cueva de la mora! me dijo como asombrado al oir mi pregunta, ¿quién habia de atreverse? ¿No sabe usted que de esa sima sale todas las noches *un ánima?*

—¡Un ánima! exclamé yo sonriéndome; ¿el ánima de quién?

—El ánima de la hija de un alcaide moro que anda todavía penando por estos lugares, y se la vé todas las noches salir vestida de blanco de esa cueva, y llena en el rio *una jarrica de agua.*

Por la explicacion de aquel buen hombre, vine en conocimiento de que acerca del castillo árabe y del subterráneo que yo suponia en comunicacion con él, habia alguna historieta; y como yo soy muy amigo de oir todas estas tra-

diciones, especialmente de labios de la gente del pueblo, le supliqué me la refiriese, lo cual hizo, poco más ó ménos, en los mismos términos que yo á mi vez se la voy á referir á mis lectores.

II.

Cuando el castillo del que ahora sólo restan algunas informes ruinas, se tenia aún por los reyes moros, y sus torres, de las que no ha quedado piedra sobre piedra, dominaban desde lo alto de la roca en que tienen asiento todo aquel fertilísimo valle que fecunda el rio Alhama, ocurrió junto á la villa de Fitero una reñida batalla, en la cual cayó herido y prisionero de los árabes un famoso caballero cristiano, tan digno de renombre por su piedad como por su valentía.

Conducido á la fortaleza y cargado de hierros por sus enemigos, estuvo algunos dias en el fondo de un calabozo luchando entre la vida y la muerte, hasta que, curado casi milagrosamente de sus heridas, sus deudos le rescataron á fuerza de oro.

Volvió el cautivo á su hogar; volvió á estrechar entre sus brazos á los que le dieron el sér. Sus hermanos de armas y sus hombres de guerra se alborozaron al verle, creyendo llegada la hora de emprender nuevos combates; pero el alma del caballero se habia llenado de una profunda melancolía, y ni el cariño paterno ni los esfuerzos de la amistad eran parte á disipar su extraña melancolía.

Durante su cautiverio logró ver á la hija del alcaide moro, de cuya hermosura tenia noticias por la fama ántes

de conocerla; pero cuando la hubo conocido la encontró tan superior á la idea que de ella se habia formado, que no pudo resistir á la seduccion de sus encantos, y se enamoró perdidamente de un objeto para él imposible.

Meses y meses pasó el caballero forjando los proyectos más atrevidos y absurdos: ora imaginaba un medio de romper las barreras que lo separaban de aquella mujer; ora hacia los mayores esfuerzos para olvidarla; ya se decidia por una cosa, ya se mostraba partidario de otra absolutamente opuesta, hasta que al fin un dia reunió á sus hermanos y compañeros de armas, mandó llamar á sus hombres de guerra, y despues de hacer con el mayor sigilo todos los aprestos necesarios, cayó de improviso sobre la fortaleza que guardaba á la hermosura, objeto de su insensato amor.

Al partir á esta expedicion, todos creyeron que sólo movia á su caudillo el afan de vengarse de cuanto le habian hecho sufrir aherrojándole en el fondo de sus calabozos; pero despues de tomada la fortaleza, no se ocultó á ninguno la verdadera causa de aquella arrojada empresa, en que tantos buenos cristianos habian perecido para contribuir al logro de una pasion indigna.

El caballero, embriagado en el amor que al fin logró encender en el pecho de la hermosísima mora, ni hacia caso de los consejos de sus amigos, ni paraba mientes en las murmuraciones y las quejas de sus soldados. Unos y otros clamaban por salir cuanto ántes de aquellos muros, sobre los cuales era natural que habian de caer nuevamente los árabes, repuestos del pánico de la sorpresa.

Y en efecto, sucedió así: el alcaide allegó gentes de los lugares comarcanos; y una mañana el vigía que estaba puesto en la atalaya de la torre bajó á anunciar á los ena-

morados amantes, que por toda la sierra que desde aquellas rocas se descubre, se veia bajar tal nublado de guerreros, que bien podia asegurarse que iba á caer sobre el castillo la morisma entera.

La hija del alcaide se quedó al oirla pálida como la muerte; el caballero pidió sus armas á grandes voces, y todo se puso en movimiento en la fortaleza. Los soldados salieron en tumulto de sus cuadras; los jefes comenzaron á dar órdenes; se bajaron los rastrillos; se levantó el puente colgante, y se coronaron de ballesteros las almenas.

Algunas horas despues, comenzó el asalto.

El castillo con razon podia llamarse inexpugnable. Sólo por sorpresa, como se apoderaron de él los cristianos, era posible rendirlo. Resistieron, pues, sus defensores, una, dos, y hasta diez embestidas.

Los moros se limitaron, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, á cercarlo estrechamente para hacer capitular á sus defensores por hambre.

El hambre comenzó, en efecto, á hacer estragos horrorosos entre los cristianos; pero sabiendo que una vez rendido el castillo, el precio de la vida de sus defensores era la cabeza de su jefe, ninguno quiso hacerle traicion, y los mismos que habian reprobado su conducta, juraron perecer en su defensa.

Los moros impacientes, resolvieron dar un nuevo asalto al mediar la noche. La embestida fué rabiosa, la defensa desesperada y el choque horrible. Durante la pelea, el alcaide, partida la frente de un hachazo, cayó al foso desde lo alto del muro, al que habia logrado subir con ayuda de una escala, al mismo tiempo que el caballero recibia un golpe mortal en la brecha de la barbacana, en donde

unos y otros combatian cuerpo á cuerpo entre las sombras.

Los cristianos comenzaron á cejar y á replegarse. En este punto la mora se inclinó sobre su amante que yacía en el suelo moribundo, y tomándole en sus brazos con unas fuerzas que hacian mayores la desesperacion y la idea del peligro, lo arrastró hasta el patio de armas. Allí tocó á un resorte, y por la boca que dejó ver una piedra al levantarse, como movida de un impulso sobrenatural, desapareció con su preciosa carga y comenzó á descender hasta llegar al fondo del subterráneo.

III.

Cuando el caballero volvió en sí, tendió á su alrededor una mirada llena de extravío, y dijo: ¡Tengo sed! ¡Me muero! ¡Me abraso! Y en su delirio, precursor de la muerte, de sus labios secos, por los cuales silbaba la respiracion al pasar, sólo se oian salir estas palabras angustiosas: ¡Tengo sed! ¡Me abraso! ¡Agua! ¡Agua!

La mora sabia que aquel subterráneo tenia una salida al valle por donde corre el rio. El valle y todas las alturas que lo coronan estaban llenos de soldados moros, que una vez rendida la fortaleza buscaban en vano por todas partes al caballero y á su amada, para saciar en ellos su sed de exterminio: sin embargo, no vaciló un instante, y tomando el casco del moribundo, se deslizó como una sombra por entre los matorrales que cubrian la boca de la cueva, y bajó á la orilla del rio.

Ya habia tomado el agua; ya iba á incorporarse para

volver de nuevo al lado de su amante, cuando silbó una saeta y resonó un grito.

Dos guerreros moros que velaban al rededor de la fortaleza habian disparado sus arcos en la direccion en que oyeron moverse las ramas.

La mora, herida de muerte, logró, sin embargo, arrastrarse á la entrada del subterráneo, y penetrar hasta el fondo, donde se encontraba el caballero. Este, al verla cubierta de sangre y próxima á morir, volvió en su razon; y conociendo la enormidad del pecado que tan duramente expiaban, volvió los ojos al cielo, tomó el agua que su amante le ofrecia, y sin acercársela á los labios, preguntó á la mora: ¿Quieres ser cristiana? ¿Quieres morir en mi religion, y si me salvo salvarte conmigo? La mora, que habia caido al suelo desvanecida con la falta de la sangre, hizo un movimiento imperceptible con la cabeza, sobre la cual derramó el caballero el agua bautismal, invocando el nombre del Todopoderoso.

Al otro dia, el soldado que disparó la saeta vió un rastro de sangre á la orilla del rio, y siguiéndolo, entró en la cueva, donde encontró los cadáveres del caballero y su amada, que áun vienen por las noches á vagar por estos contornos.

EL GNOMO.

I.

Las muchachas del lugar volvian de la fuente con sus cántaros en la cabeza; volvian cantando y riendo con un ruido y una algazara que sólo pudieran compararse á la alegre algarabía de una banda de golondrinas cuando revolotean espesas como el granizo al rededor de la veleta de un campanario.

En el pórtico de la iglesia, y sentado al pié de un enebro, estaba el tio Gregorio. El tio Gregorio era el más viejecito del lugar: tenia cerca de noventa navidades, el pelo blanco, la boca de risa, los ojos alegres y las manos temblonas. De niño fué pastor, de jóven soldado; despues cultivó una pequeña heredad, patrimonio de sus padres, hasta que, por último, le faltaron las fuerzas y se sentó tranquilo á esperar la muerte, que ni temia ni deseaba. Nadie contaba un chascarrillo con más gracia que él, ni sabia historias más estupendas, ni traia á cuento tan oportunamente un refran, una sentencia ó un adagio.

Las muchachas al verle apresuraron el paso con ánimo de irle á hablar, y cuando estuvieron en el pórtico, todas

comenzaron á suplicarle que les contase una historia con que entretener el tiempo que áun faltaba para hacerse de noche, que no era mucho, pues el sol poniente heria de soslayo la tierra, y las sombras de los montes se dilataban por momentos á lo largo de la llanura.

El tio Gregorio escuchó sonriendo la peticion de las muchachas, las cuales, una vez obtenida la promesa de que les referiria alguna cosa, dejaron los cántaros en el suelo, y sentándose á su alrededor formaron un corro, en cuyo centro quedó el viejecito, que comenzó á hablarles de esta manera:

—No os contaré una historia, porque aunque recuerdan algunas en este momento, atañen á cosas tan graves, que ni vosotras que sois unas locuelas me prestaríais atencion para escucharlas, ni á mí, por lo avanzado de la tarde, me quedaria espacio para referirlas. Os daré en su lugar un consejo.

—¡Un consejo! exclamaron las muchachas con aire de visible mal humor. ¡Bah! no es para oir consejos para lo que nos hemos detenido; cuando nos hagan falta ya nos los dará el señor cura.

—Es, prosiguió el anciano con su habitual sonrisa y su voz cascada y temblona, que el señor cura acaso no sabria dároslе en esta ocasion tan oportuno como os le puede dar el tio Gregorio; porque él, ocupado en sus rezos y letanías, no habrá echado, como yo, de ver que cada dia vais por agua á la fuente más temprano y volveis más tarde.

Las muchachas se miraron entre sí con una imperceptible sonrisa de burla, no faltando alguna de las que estaban colocadas á sus espaldas que se tocase la frente con el dedo, acompañando su accion con un gesto significativo.

—¿Y qué mal encontrais en que nos detengamos en la fuente charlando un rato con las amigas y vecinas?...—dijo una de ellas.—¿Andan acaso chismes en el lugar, porque los mozos salen al camino á echarnos flores ó vienen á brindarse para traer nuestros cántaros hasta la entrada del pueblo?

—De todo hay,— contestó el viejo á la moza que le habia dirigido la palabra en nombre de sus compañeras.—Las viejas del lugar murmuran de que hoy vayan las muchachas á loquear y entretenerse á un sitio, al cual ellas llegaban de prisa y temblando á tomar el agua, pues sólo de allí puede traerse; y yo encuentro mal que perdais poco á poco el temor que á todos inspira el sitio donde se halla la fuente, porque podria acontecer que alguna vez os sorprendiese en él la noche.

El tio Gregorio pronunció estas últimas palabras con un tono tan lleno de misterio, que las muchachas abrieron los ojos espantadas para mirarle, y con mezcla de curiosidad y burla tornaron á insistir:

—¡La noche! ¿Pues qué pasa de noche en ese sitio, que tales aspavientos haceis y con tan temerosas y oscuras palabras nos hablais de lo que allí podria acontecernos? ¿Se nos comerán acaso los lobos?

—Cuando el Moncayo se cubre de nieve, los lobos arrojados de sus guaridas bajan en rebaños por su falda, y más de una vez los hemos oido aullar en horroroso concierto, no sólo en los alrededores de la fuente, sino en las mismas calles del lugar; pero no son los lobos los huéspedes más terribles del Moncayo: en sus profundas simas, en sus cumbres solitarias y ásperas, en su hueco seno, viven unos espíritus diabólicos que durante la noche bajan por sus ver-

tientes como un enjambre, y pueblan el vacío, y hormiguean en la llanura, y saltan de roca en roca, juegan entre las aguas ó se mecen en las desnudas ramas de los árboles. Ellos son los que aullan en las grietas de las peñas; ellos los que forman y empujan esas inmensas bolas de nieve que bajan rodando desde los altos picos, y arrollan y aplastan cuanto encuentran á su paso; ellos los que llaman con el granizo á nuestros cristales en las noches de lluvia, y corren como llamas azules y ligeras sobre el haz de los pantanos. Entre estos espíritus, que arrojados de las llanuras por las bendiciones y los exorcismos de la Iglesia, han ido á refugiarse á las crestas inaccesibles de las montañas, los hay de diferente naturaleza, y que al parecer á nuestros ojos se revisten de formas variadas. Los más peligrosos, sin embargo, los que se insinúan con dulces palabras en el corazon de las jóvenes y las deslumbran con promesas magníficas, son los gnomos. Los gnomos viven en las entrañas de los montes; conocen sus caminos subterráneos, y, eternos guardadores de los tesoros que encierran, velan dia y noche junto á los veneros de los metales y las piedras preciosas. ¿Veis? prosiguió el viejo señalando con el palo que le servia de apoyo la cumbre del Moncayo, que se levantaba á su derecha, destacándose oscuro y gigantesco sobre el cielo violado y brumoso del crepúsculo; ¿veis esa inmensa mole coronada aún de nieve? pues en su seno tienen sus moradas esos diabólicos espíritus. El palacio que habitan es horroroso y magnífico á la vez. Hace muchos años que un pastor, siguiendo á una res extraviada, penetró por la boca de una de esas cuevas, cuyas entradas cubren espesos matorrales, y cuyo fin no ha visto ninguno. Cuando volvió al lugar estaba pálido como la muerte; habia sorprendido

el secreto de los gnomos; habia respirado su envenenada atmósfera, y pagó su atrevimiento con la vida; pero ántes de morir refirió cosas estupendas. Andando por aquella caverna adelante, habia encontrado al fin unas galerías subterráneas é inmensas, alumbradas con un resplandor dudoso y fantástico, producido por la fosforescencia de las rocas, semejantes allí á grandes pedazos de cristal cuajado, en mil formas caprichosas y extrañas. El suelo, la bóveda y las paredes de aquellos extensos salones, obra de la naturaleza, parecian jaspeados como los mármoles más ricos; pero las vetas que los cruzaban eran de oro y plata, y entre aquellas vetas brillantes se veian, como incrustadas, multitud de piedras preciosas de todos colores y tamaños. Allí habia jacintos y esmeraldas en monton, y diamantes, y rubíes, y zafiros, y qué sé yo, otras muchas piedras desconocidas que él no supo nombrar; pero tan grandes y tan hermosas, que sus ojos se deslumbraron al contemplarlas. Ningun ruido exterior llegaba al fondo de la fantástica caverna; sólo se percibian á intervalos unos gemidos largos y lastimosos del aire que discurria por aquel laberinto encantado, un rumor confuso de fuego subterráneo que hervia comprimido, y murmullos de aguas corrientes que pasaban sin saberse por dónde. El pastor, solo y perdido en aquella inmensidad, anduvo no sé cuántas horas sin hallar la salida, hasta que por último tropezó con el nacimiento del manantial cuyo murmullo habia oido. Este brotaba del suelo como una fuente maravillosa, con un salto de agua coronado de espuma, que caia formando una vistosa cascada y produciendo un murmullo sonoro al alejarse resbalando por entre las quebraduras de las peñas. Á su alrede-

dor crecian unas plantas nunca vistas, con hojas anchas y gruesas los unas, delgadas y largas como cintas flotantes las otras. Medio escondidos entre aquella húmeda frondosidad discurrian unos séres extraños, en parte hombres, en parte reptiles, ó ambas cosas á la vez, pues trasformándose contínuamente, ora parecian criaturas humanas, deformes y pequeñuelas, ora salamandras luminosas ó llamas fugaces que danzaban en círculos sobre la cúspide del surtidor. Allí, agitándose en todas direcciones, corriendo por el suelo en forma de enanos repugnantes y contrahechos, encaramándose por las paredes, babeando y retorciéndose en figura de reptiles, ó bailando con apariencia de fuegos fátuos sobre el haz del agua, andaban los gnomos, señores de aquellos lugares, contando y removiendo sus fabulosas riquezas. Ellos saben dónde guardan los avaros esos tesoros que en vano buscan despues los herederos; ellos conocen el lugar donde los moros, ántes de huir, ocultaron sus joyas; y las alhajas que se pierden, las monedas que se extravían, todo lo que tiene algun valor y desaparece, ellos son los que lo buscan, lo encuentran y lo roban para esconderlo en sus guaridas, porque ellos saben andar todo el mundo por debajo de la tierra y por caminos secretos é ignorados. Allí tenian, pues, hacinados en monton toda clase de objetos raros y preciosos. Habia joyas de un valor inestimable, collares y gargantillas de perlas y piedras finas, ánforas de oro, de forma antiquísima, llenas de rubíes; copas cinceladas, armas ricas, monedas con bustos y leyendas imposibles de conocer ó descifrar; tesoros, en fin, tan fabulosos é inmensos, que la imaginacion apenas puede concebirlos. Y todo brillaba á la vez lanzando unas chispas de colores

y unos reflejos tan vivos, que parecia como que todo estaba ardiendo y se movia y temblaba. Al ménos, el pastor refirió que así le habia parecido.

Al llegar aquí el anciano se detuvo un momento: las muchachas, que comenzaron por oir la relacion del tio Gregorio con una sonrisa de burla, guardaban entónces un profundo silencio, esperando á que continuase con los ojos espantados, los labios ligeramente entreabiertos y la curiosidad y el interés pintados en el rostro. Una de ellas rompió al fin el silencio, y exclamó sin poderse contener, entusiasmada al oir la descripcion de las fabulosas riquezas que se habian ofrecido á la vista del pastor.

—Y qué, ¿no se trajo nada de aquello?

—Nada, contestó el tio Gregorio.

—¡Qué tonto! exclamaron en coro las muchachas.

—El cielo le ayudó en aquel trance, prosiguió el anciano, pues en el momento en que la avaricia, que á todo se sobrepone, comenzaba á disipar su miedo, y alucinado á la vista de aquellas joyas, de las cuales una sola bastaria á hacerle poderoso, el pastor iba á apoderarse de algunas, dice que oyó, ¡maravilláos del suceso! oyó claro y distinto en aquellas profundidades, y á pesar de las carcajadas y las voces de los gnomos, del hervidero del fuego subterráneo, del rumor de las aguas corrientes y de los lamentos del aire, oyó, digo, como si estuviese al pié de la colina en que se encuentra, el clamor de la campana que hay en la ermita de Nuestra Señora de Moncayo.

Al oir la campana que tocaba el Ave-María, el pastor cayó al suelo invocando á la madre de Nuestro Señor Jesucristo, y sin saber cómo ni por dónde se encontró fuera de aquellos lugares, y en el camino que conduce al pueblo,

echado en una senda y presa de un gran estupor, como si hubiera salido de un sueño.

Desde entónces se explicó todo el mundo por qué la fuente del lugar trae á veces entre sus aguas como un polvo finísimo de oro; y cuando llega la noche, en el rumor que produce se oyen palabras confusas, palabras engañosas con que los gnomos que la inficionan desde su nacimiento procuran seducir á los incautos que les prestan oidos, prometiéndoles riquezas y tesoros que han de ser su condenacion.

Cuando el tio Gregorio llegaba á este punto de su historia, ya la noche habia entrado y la campana de la iglesia comenzó á tocar las oraciones. Las muchachas se persignaron devotamente, murmurando un Ave-María en voz baja, y despues de despedirse del tio Gregorio, que les tornó á aconsejar que no perdieran el tiempo en la fuente, cada cual tomó su cántaro, y todas juntas salieron silenciosas y preocupadas del átrio de la iglesia. Ya léjos del sitio en que se encontraron al viejecito, y cuando estuvieron en la plaza del lugar donde habian de separarse, exclamó la más resuelta y decidora de ellas:

—¿Vosotras creeis algo de las tonterías que nos ha contado el tio Gregorio?

—¡Yo no! dijo una.

—¡Yo tampoco! exclamó otra.

—¡Ni yo! ¡ni yo! repitieron las demás, burlándose con risas de su credulidad de un momento.

El grupo de las mozuelas se disolvió, alejándose cada cual hácia uno de los extremos de la plaza. Luégo que doblaron las esquinas de las diferentes calles que venian á desembocar á aquel sitio, dos muchachas, las únicas que no habian desplegado aún los labios para protestar con sus

burlas de la veracidad del tio Gregorio, y que, preocupadas con la maravillosa relacion, parecian absortas en sus ideas, se marcharon juntas y con esa lentitud propia de las personas distraidas, por una calleja sombría, estrecha y tortuosa.

De aquellas dos muchachas, la mayor, que parecia tener unos veinte años, se llamaba Marta; y la más pequeña, que áun no habia cumplido los diez y seis, Magdalena.

El tiempo que duró el camino ambas guardaron un profundo silencio; pero cuando llegaron á los umbrales de su casa y dejaron los cántaros en el asiento de piedra del portal, Marta dijo á Magdalena: —¿Y tú crees en las maravillas del Moncayo y en los espíritus de la fuente?...—Yo, contestó Magdalena con sencillez, yo creo en todo. ¿Dudas tú acaso?—¡Oh, no! se apresuró á interrumpir Marta; yo tambien creo en todo, en todo... lo que deseo creer.

II.

Marta y Magdalena eran hermanas. Huérfanas desde los primeros años de la niñez, vivian miserablemente á la sombra de una parienta de su madre que las habia recogido por caridad, y que á cada paso les hacia sentir con sus dicterios y sus humillantes palabras el peso de su beneficio. Todo parecia contribuir á que se estrechasen los lazos del cariño entre aquellas dos almas hermanas, no sólo por el vínculo de la sangre, sino por los de la miseria y el sufrimiento; y sin embargo, entre Marta y Magdalena existia una sorda emulacion, una secreta antipatía que

sólo pudiera explicar el estudio de sus caractéres, tan en absoluta contraposicion como sus tipos.

Marta era altiva, vehemente en sus inclinaciones y de una rudeza salvaje en la expresion de sus afectos: no sabia ni reir ni llorar, y por eso no habia llorado ni reido nunca. Magdalena, por el contrario, era humilde, amante, bondadosa, y en más de una ocasion se la vió llorar y reir á la vez como los niños.

Marta tenia los ojos más negros que la noche, y de entre sus oscuras pestañas diríase que á intervalos saltaban chispas de fuego como de un carbon ardiente.

La pupila azul de Magdalena parecia nadar en un flúido de luz dentro del cerco de oro de sus pestañas rubias. Y todo era en ellas armónico con la diversa expresion de sus ojos. Marta, enjuta de carnes, quebrada de color, de estatura esbelta, movimientos rígidos y cabellos crespos y oscuros, que sombreaban su frente y caian por sus hombros como un manto de terciopelo, formaba un singular contraste con Magdalena, blanca, rosada, pequeña, infantil en su fisonomía y sus formas, y con unas trenzas rubias que rodeaban sus sienes, semejantes al nimbo dorado de la cabeza de un ángel.

A pesar de la inexplicable repulsion que sentian la una por la otra, las dos hermanas habian vivido hasta entónces en una especie de indiferencia, que hubiera podido confundirse con la paz y el afecto: no habian tenido caricias que disputarse, ni preferencias que envidiar; iguales en la desgracia y el dolor, Marta se habia encerrado para sufrir en un egoista y altivo silencio; y Magdalena, encontrando seco el corazon de su hermana, lloraba á solas cuando las lágrimas se agolpaban involuntariamente á sus ojos.

Ningun sentimiento era comun entre ellas; nunca se confiaron sus alegrías y pesares, y sin embargo, el único secreto que procuraban esconder en lo más profundo del corazon, se lo habian adivinado mútuamente con ese instinto maravilloso de la mujer enamorada y celosa. Marta y Magdalena tenian efectivamente puestos sus ojos en un mismo hombre.

La pasion de la una era el deseo tenaz, hijo de un carácter indomable y voluntarioso; en la otra, el cariño se parecia á esa vaga y espontánea ternura de la adolescencia, que necesitando un objeto en qué emplearse, ama el primero que se ofrece á su vista. Ambas guardaban el secreto de su amor, porque el hombre que lo habia inspirado, tal vez hubiera hecho mofa de un cariño que se podria interpretar como ambicion absurda en unas muchachas plebeyas y miserables. Ambas, á pesar de la distancia que las separaba del objeto de su pasion, alimentaban una esperanza remota de poseerle.

Cerca del lugar, y sobre un alto que dominaba los contornos, habia un antiguo castillo abandonado por sus dueños. Las viejas en las noches de velada referian una historia llena de maravillas acerca de sus fundadores. Contaban que hallándose el rey de Aragon en guerra con sus enemigos, agotados ya sus recursos, abandonado de sus parciales y próximo á perder el trono, se le presentó un dia una pastorcita de aquella comarca, y despues de revelarle la existencia de unos subterráneos por donde podia atravesar el Moncayo, sin que se apercibiesen sus enemigos, le dió un tesoro en perlas finas, riquísimas piedras preciosas y barras de oro y plata, con las cuales el rey pagó sus mesnádas, levantó un poderoso ejército, y marchando por de-

bajo de la tierra durante toda una noche, cayó al otro dia sobre sus contrarios y los desbarató, asegurando la corona en su cabeza.

Despues que hubo alcanzado tan señalada victoria, cuentan que dijo el rey á la pastorcita: — Pídeme lo que quieras, que áun cuando fuese la mitad de mi reino, juro que te lo he de dar al instante.

— Yo no quiero más que volverme á cuidar de mi rebaño, respondió la pastorcita. — No cuidarás sino de mis fronteras, le replicó el rey, y le dió el señorío de toda la raya, y la mandó edificar una fortaleza en el pueblo más fronterizo á Castilla, á donde se trasladó la pastora, casada ya con uno de los favoritos del rey, noble, galan, valiente y señor asimismo de muchas fortalezas y muchos feudos.

La estupenda relacion del tio Gregorio, acerca de los gnomos del Moncayo, cuyo secreto estaba en la fuente del lugar, exaltó nuevamente las locas fantasías de las dos enamoradas hermanas, completando, por decirlo así, la ignorada historia del tesoro hallado por la pastorcita de la conseja; tesoro, cuyo recuerdo habia turbado más de una vez sus noches de insomnio y de amargura, presentándose á su imaginacion como un débil rayo de esperanza.

La noche siguiente á la tarde del encuentro con el tio Gregorio, todas las muchachas del lugar hicieron conversacion en sus casas de la estupenda historia que les habia referido. Marta y Magdalena guardaron un profundo silencio, y ni en aquella noche, ni en todo el dia que amaneció despues, volvieron á cambiar una sola palabra relativa al asunto, tema de todas las conversaciones y objeto de los comentarios de sus vecinas.

Cuando llegó la hora de costumbre, Magdalena tomó su

cántaro y le dijo á su hermana:—¿Vamos á la fuente?—Marta no contestó, y Magdalena volvió á decirle:—¿Vamos á la fuente? Mira que si no nos apresuramos, se pondrá el sol ántes de la vuelta.—Marta exclamó al fin con un acento breve y áspero:—Yo no quiero ir hoy.—Ni yo tampoco, añadió Magdalena despues de un instante de silencio, durante el cual mantuvo los ojos clavados en los de su hermana, como si quisiera adivinar en ellos la causa de su resolucion.

III.

Las muchachas del lugar hacia cerca de una hora que estaban de vuelta en sus casas. La última luz del crepúsculo se habia apagado en el horizonte, y la noche comenzaba á cerrar de cada vez más oscura, cuando Marta y Magdalena, esquivándose mútuamente y cada cual por diverso camino, salieron del pueblo con direccion á la fuente misteriosa. La fuente brotaba escondida entre unas riscos cubiertos de musgo en el fondo de una larga alameda. Despues que se fueron apagando poco á poco los rumores del dia, y ya no se escuchaba el lejano eco de la voz de los labradores que vuelven caballeros en sus yuntas cantando al compás del timon del arado que arrastran por la tierra; despues que se dejó de percibir el monótono ruido de las esquilillas del ganado, y las voces de los pastores, y el ladrido de los perros, que reunen las reses, y sonó en la torre del lugar la postrera campanada del toque de oraciones, reinó ese doble y augusto silencio de la noche y la soledad; silencio lleno de murmullos extraños y leves que lo hacen áun más perceptible.

Marta y Magdalena se deslizaron por entre el laberinto de los árboles, y protegidas por la oscuridad, llegaron sin verse al fin de la alameda. Marta no conocia el temor, y sus pasos eran firmes y seguros. Magdalena temblaba con sólo el ruido que producian sus piés al hollar las hojas secas que tapizaban el suelo. Cuando las dos hermanas estuvieron junto á la fuente, el viento de la noche comenzó á agitar las copas de los álamos, y al murmullo de sus soplos desiguales parecia responder el agua del manantial con un rumor compasado y uniforme.

Marta y Magdalena prestaron atencion á aquellos ruidos que pasaban bajo sus piés como un susurro constante, y sobre sus cabezas como un lamento que nacia y se apagaba para tornar á crecer y dilatarse por la espesura. A medida que trascurrian las horas, aquel sonar eterno del aire y del agua empezó á producirles una extraña exaltacion, una especie de vértigo, que turbando la vista y zumbando en el oido, parecia trastornarles por completo. Entónces, á la manera que se oye hablar entre sueños con un eco lejano y confuso, les pareció percibir entre aquellos rumores sin nombre, sonidos inarticulados como los de un niño que quiere y no puede llamar á su madre; luégo palabras que se repetian una vez y otra, siempre lo mismo; despues frases inconexas y dislocadas sin órden ní sentido, y por último... por último comenzaron á hablar el viento vagando entre los árboles y el agua saltando de risco en risco.

Y hablaban así:

EL AGUA.

¡Mujer!... ¡mujer!... óyeme... óyeme y acércate para

oirme, que yo besaré tus piés mientras tiemblo al copiar tu imágen en el fondo sombrío de mis ondas. ¡Mujer!... óyeme, que mis murmullos son palabras.

EL VIENTO.

¡Niña!... niña gentil, levanta tu cabeza; déjame en paz besar tu frente, en tanto que agito tus cabellos. Niña gentil, escúchame, que yo sé hablar tambien y te murmuraré al oido frases cariñosas.

MARTA.

¡Oh! ¡habla, habla, que yo te comprenderé, porque mi inteligencia flota en un vértigo, como flotan tus palabras indecisas! Habla, misteriosa corriente.

MAGDALENA.

Tengo miedo. ¡Aire de la noche, aire de perfumes, refresca mi frente que arde! Dime algo que me infunda valor, porque mi espíritu vacila.

EL ACUA.

Yo he cruzado el tenebroso seno de la tierra, he sorprendido el secreto de su maravillosa fecundidad, y conozco los fenómenos de sus entrañas donde germinan las futuras creaciones.

Mi rumor adormece y despierta: despierta tú, que lo comprendes.

EL VIENTO.

Yo soy el aire que mueven los ángeles con sus alas inmensas al cruzar por el espacio. Yo amontono en el Occidente las nubes que ofrecen al sol un lecho de púrpura, y traigo al amanecer, con las neblinas que se deshacen en gotas, una lluvia de perlas sobre las flores. Mis suspiros son un bálsamo: ábreme tu corazon y le inundaré de felicidad.

MARTA.

Cuando yo oí por primera vez el murmullo de una corriente subterránea, no en balde me inclinaba á la tierra prestándole oido. Con ella iba un misterio que yo debia comprender al cabo.

MAGDALENA.

Suspiros del viento, yo os conozco: vosotros me acariciábais dormida cuando, fatigada por el llanto, me rendia al sueño en mi niñez, y vuestro rumor se me figuraban las palabras de una madre que arrulla á su hija.

El agua enmudeció por algunos instantes, y no sonaba sino como agua que se rompe entre peñas. El viento calló tambien, y su ruido no fué otra cosa que ruido de hojas movidas. Así pasó algun tiempo, y despues volvieron á hablar, y hablaron así:

EL AGUA.

Despues de filtrarme gota á gota á través del filon de oro de una mina inagotable; despues de correr por un lecho de plata y saltar como sobre guijarros entre un sinnúmero de zafiros y amatistas, arrastrando en vez de arenas diamantes y rubíes, me he unido en misterioso consorcio á un genio. Rica con su poder y con las ocultas virtudes de las piedras preciosas y los metales, de cuyos átomos vengo saturada, puedo ofrecerte cuanto ambicionas. Yo tengo la fuerza de un conjuro, el poder de un talisman y la virtud de las siete piedras y los siete colores.

EL VIENTO.

Yo vengo de vagar por la llanura, y como la abeja que vuelve á la colmena con su botin de perfumadas mieles, traigo suspiros de mujer, plegarias de niños, palabras de casto amor y aromas de nardos y azucenas silvestres. Yo no he recogido á mi paso más que perfumes y ecos de armonías; mis tesoros son inmateriales, pero ellos dan la paz del alma y la vaga felicidad de los sueños venturosos.

Mientras su hermana, atraida como por un encanto, se inclinaba al borde de la fuente para oir mejor, Magdalena se iba instintivamente separando de los riscos entre los cuales brotaba el manantial.

Ambas tenian sus ojos fijos, la una en el fondo de las aguas, la otra en el fondo del cielo.

Y exclamaba Magdalena mirando brillar los luceros en la altura : — Esos son los nimbos de luz de los ángeles invisibles que nos custodian.

En tanto decia Marta, viendo temblar en la linfa de la fuente el reflejo de las estrellas : — Esas son las partículas de oro que arrastra el agua en su misterioso curso.

El manantial y el viento, que por segunda vez habian enmudecido un instante, tornaron á hablar, y dijeron :

EL AGUA.

Remonta mi corriente, desnúdate del temor como de una vestidura grosera, y osa traspasar los umbrales de lo desconocido. Yo he adivinado que tu espíritu es de la esencia de los espíritus superiores. La envidia te habrá arrojado tal vez del cielo para revolcarte en el lodo de la miseria. Yo veo, sin embargo, en tu frente sombría un sello de altivez que te hace digna de nosotros, espíritus fuertes y libres... Ven, yo te voy á enseñar palabras mágicas de tal virtud, que al pronunciarlas se abrirán las rocas y te brindarán con los diamantes que están en su seno como las perlas en las conchas que sacan del fondo del mar los pescadores. Ven, te daré tesoros para que vivas feliz; y más tarde, cuando se quiebre la cárcel que te aprisiona, tu espíritu se asimilará á los nuestros, que son espíritus humanos, y todos confundidos seremos la fuerza motora, el rayo vital de la creacion, que circula como un flúido por sus artérias subterráneas.

EL VIENTO.

El agua lame la tierra y vive en el cieno: yo discurro por las regiones etéreas y vuelo en el espacio sin límites. Sigue los movimientos de tu corazon, deja que tu alma suba como la llama y las azules espirales del humo. Desdichado el que, teniendo alas, desciende á las profundidades para buscar oro, pudiéndo remontarse á la altura para encontrar amor y sentimiento.

Vive oscura como la violeta, que yo te traeré en un beso fecundo el gérmen vivificante de otra flor hermana tuya, y rasgaré las nieblas para que no falte un rayo de sol que ilumine tu alegría. Vive oscura, vive ignorada, que cuando tu espíritu se desate, yo lo subiré á las regiones de la luz en una nube roja.

Callaron el viento y el agua, y apareció el gnomo.

El gnomo era como un hombrecillo trasparente: una especie de enano de luz, semejante á un fuego fátuo, que se reia á carcajadas, sin ruido, y saltaba de peña en peña, y mareaba con su vertiginosa movilidad. Unas veces se sumergia en el agua y continuaba brillando en el fondo como una joya de piedras de mil colores; otras salia á la superficie y agitaba los piés y las manos, y sacudia la cabeza á un lado y á otro con una rapidez que tocaba en prodigio.

Marta vió el gnomo y le estuvo siguiendo con la vista extraviada en todas sus extravagantes evoluciones; y cuando el diabólico espíritu se lanzó al fin por entre las escabro-

sidades del Moncayo, como una llama que corre, agitando su cabellera de chispas, sintió una especie de atraccion irresistible y siguió tras él con una carrera frenética.

¡Magdalena! decia en tanto el aire, que se alejaba lentamente; y Magdalena, paso á paso y como una sonámbula, guiada en el sueño por una voz amiga, siguió tras la ráfaga que iba suspirando por la llanura.

Despues todo quedó otra vez en silencio en la oscura alameda, y el viento y el agua siguieron resonando con los murmullos y los rumores de siempre.

IV.

Magdalena tornó al lugar pálida y llena de asombro. A Marta la esperaron en vano toda la noche.

Cuando llegó la tarde del otro dia, las muchachas encontraron un cántaro roto al borde de la fuente de la alameda. Era el cántaro de Marta, de la cual nunca volvió á saberse. Desde entónces las muchachas del lugar van por agua tan temprano, que madrugan con el sol. Algunas me han asegurado que de noche se ha oido en más de una ocasion el llanto de Marta, cuyo espíritu vive aprisionado en la fuente. Yo no sé qué crédito dar á esta última parte de la historia, porque la verdad es que desde entónces ninguno se ha atrevido á penetrar para oirlo en la alameda despues del toque del Ave-María.

EL MISERERE.

Hace algunos meses que visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos ó tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados á roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé la música; pero le tengo tanta aficion, que áun sin entenderla, suelo coger á veces la partitura de una ópera, y me paso las horas muertas hojeando sus páginas, mirando los grupos de notas más ó ménos apiñadas, las rayas, los semicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto, sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho.

Consecuente con mi manía, repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atencion fué, que aunque en la última página habia esta palabra latina, tan vulgar en todas las obras, *finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado, porque la música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fué sin duda lo que me llamó la atencion primera-

mente; pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó más aún el observar que en vez de esas palabras italianas que ponen en todos, como *maestoso*, *allegro*, *ritardando*, *piu vivo*, *á piaccere*, habia unos renglones escritos con letra muy menuda y en aleman, de los cuales algunos servian para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas han de parecer que salen los alaridos;* ó esta otra: *La cuerda aulla sin discordar, el metal atruena sin ensordecer; por eso suena todo, y no se confunde nada, y todo es la humanidad que solloza y gime;* ó la más original de todas, sin duda, recomendaba al pié del último versículo: *Las notas son huesos cubiertos de carne; lumbre inextinguible, los cielos y su armonía... ¡fuerza!... fuerza y dulzura.*

—¿Sabeis qué es esto? pregunté á un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones, que parecian frases escritas por un loco.

El anciano me contó entónces la leyenda que voy á referiros.

I.

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó á la puerta claustral de esta abadía un romero, y pidió un poco de lumbre para secar sus ropas, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre, y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colacion, su pobre lecho y su encendido ho-

gar, puso el hermano á quien se hizo esta demanda á disposicion del caminante, al cual, despues que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto á que se encaminaba.

—Yo soy músico, respondió el interpelado; he nacido muy léjos de aquí, y en mi patria gocé un dia de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seduccion, y encendí con él pasiones que me arrastraron á un crímen. En mi vejez, quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego, en quien ya comenzaba la curiosidad á despertarse, é instigado por ésta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que habia cometido; mas al intentar pedirle á Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento, cuando un dia se fijaron mis ojos por casualidad sobre un libro santo. Abrí aquel libro, y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contricion verdadera, un salmo de David, el que comienza *¡Miserere mei, Deus!* Desde el instante en que hube leido sus estrofas, mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime, que bastase á contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta. Aun no la he encontrado; pero si logro expresar lo que siento en mi corazon, lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un *Miserere* tal y tan maravilloso, que no hayan oido otro semejante los nacidos; tal y tan desgarrador, que al escuchar el

primer acorde los arcángeles, dirán conmigo cubiertos los ojos de lágrimas, y dirigiéndose al Señor: *¡misericordia!* y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar á este punto de su narracion, calló por un instante; y despues, exhalando un suspiro, tornó á coger el hilo de su discurso. El hermano lego, algunos dependientes de la abadía, y dos ó tres pastores de la granja de los frailes, que formaban círculo al rededor del hogar, le escuchaban en un profundo silencio.

—Despues, continuó, de recorrer toda Alemania, toda Italia, y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, áun no he oido un *Miserere* en que pueda inspirarme, ni uno, ni uno, y he oido tantos, que puedo decir que los he oido todos.

—¿Todos? dijo entónces interrumpiéndole uno de los rabadanes: ¿á que no habeis oido aún el *Miserere* de la montaña?

—¡El *Miserere* de la montaña! exclamó el músico con aire de estrañeza: ¿qué *Miserere* es ese?

—¿No dije? murmuró el campesino; y luégo prosiguió con una entonacion misteriosa: ese *Miserere* que sólo oyen por casualidad los que como yo andan dia y noche tras el ganado por entre breñas y peñascales, es toda una historia; una historia muy antigua, pero tan verdadera como al parecer increible.

Es el caso que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace ya muchos años, ¡qué digo muchos años! muchos siglos, un monasterio famoso, cuyo monasterio, á lo que parece, edificó á sus expensas

un señor con los bienes que habia de legar á su hijo, al cual desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí todo fué bueno; pero es el caso que este hijo, que por lo que se verá más adelante, debió ser la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona, sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se habia trasformado en iglesia, reunió unos cuantos bandoleros, camaradas suyos en la vida de perdicion que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche de Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que iban á comenzar ó habian comenzado el *Miserere*, pusieron fuego al monasterio, saquearon la iglesia, y á éste quiero, á aquél no, se dice que no dejaron fraile con vida.

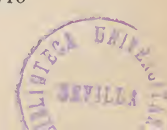
Despues de esta atrocidad se marcharon los bandidos y su instigador con ellos, á donde no se sabe, á los profundos tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio á escombros; de la iglesia áun quedan en pié las ruinas sobre el cóncavo peñon, de donde nace la cascada, que despues de estrellarse de peñon en peñon, forma el riachuelo que viene á bañar los muros de esta abadía.

—Pero, interrumpió impaciente el músico, ¿y el *Miserere*?

—Aguardaos, continuó con gran sorna el rabadan, que todo irá por partes. Dicho lo cual, siguió así su historia:

—Las gentes de los contornos se escandalizaron del crímen: de padres á hijos y de hijos á nietos se refirió con horror en las largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria, es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces á través de las ro-



tas ventanas de la iglesia; se oyen como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradores que se perciben á intervalos en las ráfagas del aire.

Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios limpios de toda culpa, vienen aún del purgatorio á impetrar su misericordia, cantando el *Miserere.*

Los circunstantes se miraron unos á otros con muestras de incredulidad; sólo el romero, que parecia vivamente preocupado con la narracion de la historia, preguntó con ansiedad al que la habia referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿Á qué distancia se encuentra el monasterio?

—Á una legua y media escasa... pero, ¿qué haceis? ¿Á dónde vais con una noche como esta? ¡Estais dejado de la mano de Dios! exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordon, abandonaba el hogar para dirigirse á la puerta.

—¿Á dónde voy? Á oir esa maravillosa música, á oir el grande, el verdadero *Miserere*, el *Miserere* de los que vuelven al mundo despues de muertos, y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no ménos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacia crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caia en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago ilu-

minaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubria.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego:

—¡Está loco!

—¡Está loco! repitieron los pastores, y atizaron de nuevo la lumbre, y se agruparon al rededor del hogar.

II.

Despues de una ó dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadan de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras é imponentes las ruinas del monasterio.

La lluvia habia cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos girones se deslizaba á veces un furtivo rayo de luz pálida y dudosa; y el aire, al azotar los fuertes machones y extenderse por los desiertos cláustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venia á herir la imaginacion. Al que habia dormido más de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada ó un castillo solitario; al que habia arrostrado en su larga peregrinacion cien y cien tormentas, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caian sobre las losas con un rumor acompasado, como el de la péndola de un reloj; los gritos del buho, que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imágen, de pié aún en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles, que despiertos de su letargo por la tempes-

tad sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, ó se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecian al pié del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oido del romero, que sentado sobre la mutilada estátua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigio.

Trascurrió tiempo y tiempo, y nada se percibió; aquellos mil confusos rumores seguian sonando y combinándose de mil maneras distintas, pero siempre los mismos.

—¡Si me habrá engañado! pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos ántes de sonar la hora, ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone á usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada... dos... tres... hasta once.

En el derruido templo no habia campana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aun no habia espirado, debilitándose de eco en eco la última campanada; todavía se escuchaba su vibracion temblando en el aire, cuando los doseles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó á iluminarse espontáneamente sin que se viese una antorcha, un cirio ó una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecia como un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la oscuridad con una luz azulada, inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galbánico que imprime á la muerte contracciones que parodian la vida, movimiento instantáneo, más horrible aún que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza. Las piedras se reunieron á las piedras; el ara, cuyos rotos fragmentos se veian ántes esparcidos sin órden, se levantó intacta como si acabase de dar en ella su último golpe de cincel el artífice, y al par del ara se levantaron las derribadas capillas, los rotos chapiteles y las destrozadas é inmensas séries de arcos, que cruzándose y enlazándose caprichosamente entre sí, formaron con sus columnas un laberinto de pórfido.

Una vez reedificado el templo, comenzó á oirse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecia salir del seno de la tierra é irse elevando poco á poco haciéndose de cada vez más perceptible.

El osado peregrino comenzaba á tener miedo; pero con su miedo luchaba aún su fanatismo por todo lo desusado y maravilloso, y alentado por él dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al borde del abismo por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los girones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales contrastaban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes que fueron arrojados desde el pretil de

la iglesia á aquel precipicio, salir del fondo de las aguas, y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso á las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora expresion de dolor, el primer versículo del salmo de David:

— *¡Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam!*

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y penetrando en él fueron á arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosiguieron entonando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces: aquella música era el rumor distante del trueno, que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemia en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caia sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era la música, y algo más que no puede explicarse ni apenas concebirse, algo más que parecia como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contricion del Rey Salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creia estar fuera del mundo real, vivir en esa region fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino á sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una emocion fuertísima, sus

dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frio penetró hasta la médula de sus huesos.

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del *Miserere:*

In iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea.

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo que parecia un grito de dolor, arrancado á la humanidad entera por la conciencia de sus maldades; un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperacion, de todas las blasfemias de la impiedad, concierto monstruoso, digno intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante á un rayo de sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder á un relámpago de terror otro relámpago de júbilo, hasta que merced á una trasformacion súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste; las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes; una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes; se rompió la cúpula, y á través de ella se vió el cielo como un océano de lumbre abierto á la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, los ángeles y las jerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo que subia entónces al Trono del Señor como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso:

Auditu meo dabis gaudium et lætitiam, et exultabunt ossa humiliata.

En este punto la claridad deslumbradora cegó los ojos

del romero, sus sienes latieron con violencia, zumbaron sus oidos, y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más oyó.

III.

Al dia siguiente, los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, á quienes el hermano lego habia dado cuenta de la extraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

—¿Oísteis al cabo el *Miserere?* le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando á hurtadillas una mirada de inteligencia á sus superiores.

—Sí, respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

—Lo voy á escribir. Dadme un asilo en vuestra casa, prosiguió dirigiéndose al abad; un asilo y pan por algunos meses, y voy á dejaros una obra inmortal del arte, un *Miserere* que borre mis culpas á los ojos de Dios, eternice mi memoria, y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese á su demanda; el abad, por compasion, áun creyéndole un loco, accedió al fin á ella, y el músico, instalado ya en el monasterio, comenzó su obra.

Noche y dia trabajaba con un afan incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecia como escuchar algo que sonaba en su imaginacion, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento, y exclamaba: ¡Eso es; así, así, no hay duda... así! Y proseguia escribiendo notas con una rapidez febril, que dió en más de una ocasion que admirar á los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos, y los siguientes, y hasta la mitad del Salmo; pero al llegar al último que habia oido en la montaña, le fué imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores; todo inútil. Su música no se parecia á aquella música ya anotada, y el sueño huyó de sus párpados, y perdió el apetito, y la fiebre se apoderó de su cabeza, y se volvió loco, y se murió, en fin, sin poder terminar el *Miserere*, que, como una cosa extraña, guardaron los frailes á su muerte, y áun se conserva hoy en el archivo de la abadía.

Cuando el viejecito concluyó de contarme esta historia, no pude ménos de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del *Miserere*, que áun estaba abierto sobre una de las mesas.

In peccatis concepit me mater mea.

Estas eran las palabras de la página que tenia ante mi vista, y que parecia mofarse de mí con sus notas, sus llaves y sus garabatos ininteligibles para los legos en la música.

Por haberlas podido leer hubiera dado un mundo.

¿Quién sabe si no serán una locura?

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE.

—

ERRATAS MÁS NOTABLES.

Página.	Linea.	Dice.	Léase.
10	15	los osamentos..........	las osamentas
17	16	cintazos................	cintarazos
21	13	veinticuatro.	veinticuatros
53	24	oscurecia...............	oscureció
74	19	Bien dices..............	—Bien dices
82	8	arriergarse.............	arriesgarse
85	11	facisnadores.....	fascinadores
89	16	Insensato...............	—Insensato
100	13	al mundo................	el mundo
105	12	Himalaya................	Himalaya;
112	31	bordaban................	bordeaban
154	19	pueda...................	puedan
176	27	cabalgata...............	cabalgata;
200	8	clama...................	calma
202	10	una.....................	unas
209	12	vuestra.................	vuestro
214	21	¡Muerto está!.	—¡Muerto está!
215	16	Le seguiré..............	—Le seguiré
222	7	poosternados......	postrados
227	10	ásboles.................	árboles
234	1	Cuando..................	«Cuando
234	2	dijeron:....	dijeron,
234	4	jinete.	jinete.»
237	17	alquimio................	alquimia
244	30	tu......................	su
245	16	Continuaba..............	continuaba
245	29	descrépito..............	decrépito
278	2	galope; la..............	galope. La
292	12	recuerdan...............	recuerdo
313	23	*Deus*..................	Dómine
315	21	de peñon en peñon.....	de peña en peña
319	4	galbánico...............	galvánico
320	7	*Deus*..................	Dómine


218
Obras
U
405